Etudes Hispaniques 16

Pablo de Olavide

Cartas de Mariano a Antonio
‹El programa ilustrado de "El evangelio en triunfo"›

Introduction de Gérard DUFOUR

1988
Publications - Diffusion Université de Provence
29, av. Robert-Schuman - 13621 Aix-en-Provence Cedex 1

Etudes Hispaniques 16

Pablo de Olavide

Cartas de Mariano a Antonio
‹El programa ilustrado de "El evangelio en triunfo"›

Introduction de Gérard DUFOUR

1988
Publications - Diffusion Université de Provence
29, av. Robert-Schuman - 13621 Aix-en-Provence Cedex 1

© Université de Provence
Service des Publications

Dépôt légal 1er Trimestre 1988

ISBN - N° - 2 - 85399-178-4

INDICE

Página

Introducción..... 5

Bibliografía..... 33

CARTAS DE MARIANO A ANTONIO

Carta I..... 39

Carta II..... 71

Carta III..... 105

Carta IV..... 139

Carta V..... 161

Carta VI..... 191

Apéndice 231

INTRODUCCION

El Evangelio en triunfo, o Historia de un Filósofo desengañado, publicado por primera vez en 1797-1798 por los Hermanos de Orga, en Valencia, es la más singular apología de la religión católica que nunca haya sido escrita.

Primero, por ser la sonada palinodia del que fue considerado en el mundo europeo de las Luces como la víctima por antonomasia de la Inquisición, el volteriano y "hereje formal" (según el Santo Oficio) Olavide. Luego, por contener este prolijo alegato en favor de la Iglesia todo un programa ilustrado de reformas tan a despropósito con el tema anunciado que en Francia se decidió suprimirlo a partir de la tercera edición (1828) de la traducción realizada por Buynand des Echelles.

Esta decisión, con ser muy lógica (desde el punto de vista de sus autores), privó a los lectores de las 13 ediciones que se realizaron en Francia entre 1828 y 1861 de lo que hoy constituye el mayor interés de la obra para quien tiene la paciencia de leer más allá de los tres primeros tomos in 4° de **El Evangelio en triunfo**: un programa de reformas prototípico de la Ilustración.

Es este programa que en la edición princeps constituye las Cartas XXXV- XLI (y última) de **El Evangelio en triunfo** (tomo IV, p. 84-394) lo que ofrecemos a la curiosidad de los lectores.

EL FRUTO DEL TERROR

Condenado en 1778 a ocho años de reclusión en un convento, Olavide había aprovechado en 1781 la autorización que le había concedido el Inquisidor General, Felipe Beltrán, de ir a tomar las aguas medicinales en Caldas (Gerona) para pasarse a Francia donde se instaló en París con el apellido de Conde de Pilos.

Los acontecimientos revolucionarios de 1789 suscitaron primero en él interés y quizás entusiasmo. Pero en octubre de 1791, aceptó la invitación de sus amigos Le Couteulx que acababan de comprarse el castillo de Meung-sur-Loire que, como residencia de verano de los obispos de Orleáns, había sido vendido como Bien Nacional. Allí fue uno de los miembros más activos de una Sociedad del Bien Público que fundó en 1792 Mme Le Couteulx. Lo que no impidió que el 16 de abril de 1794, en aplicación de la ley del 17 de setiembre de 1793, fuera encarcelado como sospechoso por extranjero en la cárcel de Beaugency.

¿Bastó la petición de unos sesenta habitantes de Meung-sur-Loire que no dudaron en dirigirse al Comité de Seguridad General certificando el republicanismo de Olavide para salvarle de la guillotina? ¿O debió la vida a la caída de Robespierre , el 9 de Termidor del año II (27 de julio de 1794), que significó el final del Terror? Resulta imposible decirlo. Pero lo que sí es evidente es que, a pesar de haber sido liberado muy pocos días después de la muerte de Robespierre, a pesar incluso de que la propia Convención Nacional, el 26 de vendimiario del año III (17 de octubre de 1794) decidió que sería considerado como ciudadano francés, nunca pudo olvidar los momentos de pánico que conoció en lo calabozos de Beaugency (1).

Para él, "no era difícil conocer que la causa de todo esto era el funesto influjo de los modernos sofistas" (2). O sea, la descristianización. Y según contará en el Prólogo de **El Evangelio en triunfo**, había imaginado en la misma cárcel revolucionaria el modo de evitar a España semejante catástrofe: escribir un libro "edificante, pero sin soltar un momento la razón de la mano; devoto, pero sin dejar de ser filosófico" (3): una apología de la religión católica, destinada al pueblo y escrita "en un estilo simple y proporcionado a su inteligencia"(4).

INTRODUCCION

¿UN LIBRO ESCRITO A VUELA PLUMA?

Olavide redactó la mayor parte de su apología en el castillo de Cheverny, residencia de su amigo Dufort, en casa de quien vino a vivir, con su capellán el abate Renard, a partir de 1795. Según las **Memorias** de Dufort de Cheverny, escribió **El Evangelio en triunfo** con increible facilidad, sin tener necesidad de consultar ningún libro y contentándose con los prodigiosos recursos de su memoria y de su inteligencia (5). En realidad, el cotejo de la historia del Filósofo desengañado con obras anteriores no deja lugar a dudas: no sólo se valió Olavide de su memoria, sino que, en varias circunstancias, no vaciló en copiar textualmente textos ajenos.

En el *Prólogo*, reconoció su deuda para con el abate Lamourette, cuya "obrita" -**Les Délices de la Religion ou le Pouvoir de l'Evangile pour nous rendre heureux** (6)- le dio "algunas ideas" para ejecutar su pensamiento (7). Le debe la trama novelesca del relato: un incrédulo que cree haber matado a un amigo suyo huye de la justicia y va a dar en un convento donde un Religioso le hará entender de qué manera errónea vivía; convertido a la fe católica, huirá del mundanal ruido y se consagrará a la agricultura en sus tierras, llevando así una vida ejemplar, y tendrá la suerte de encontrar al que creía haber matado, tocado también por la graciia divina. Le debe también la forma: una apología epistolar. Ni siquiera faltan frases de **Les Délices de la Religion** textualmente traducidas e integradas en **El Evangelio en triunfo**, sin la menor alusión a su autor (8).

Además, las numerosísimas referencias de que está plagado **El Evangelio en triunfo** nos permiten formarnos una idea de los libros que su autor tenía a mano cuando redactaba su apología. Así, cita los nombres de Pey (**La Vérité de la Religion chrétienne prouvée à un déiste**) (10) y de Bergier (**Le Déisme réfuté par lui même...**, **La Certitude des preuves du Christianisme...**, **Apologie de la Religion chrétienne contre l'Auteur du Christianisme dévoilé...**) (11), pero no utiliza directamente sus obras. En cambio, además de la Escritura Sagrada, multiplica las referencias a Bossuet, San Agustín, Pascal, Luis de Granada y al propio Catecismo del Concilio de Trento: difícil hubiera sido ostentar una cultura religiosa más clásica, más ortodoxa o más completa. Y sin embargo, silencia la fuente esencial de lo que constituye la clave de su argumentación: las apasionadas discusiones que oponen al Religioso y al Filósofo y de las que sale vencido y convencido el protagonista. La viveza de tono de la disputa, la fuerza de los argumentos esgrimidos por el Filósofo en contra de las demostraciones del religioso son tales que en varias circunstancias las

"pruebas" aducidas por el Padre parecen muy flojas. Pero no se puede sacar ninguna conclusión de estas discusiones. No reflejan, como pudo creerse (12), las reticencias intelectuales de un Olavide "mal desengañado" y que debió hacer un gran esfuerzo para abandonar la razón a favor de la fe ya que, en su inmensa mayoría, no son sino la traducción precisa de la obra maestra del abate Houteville: **La Religion chrétienne prouvée par les faits** (13).

El examen de las fuentes utilizadas por Olavide para **El Evangelio en triunfo** no deja lugar a dudas : este libro, que el subtítulo (**Historia de un Filósofo desengañado**) presenta como una especie de autobiografía es, por lo que toca a la apología propiamente dicha, la obra más impersonal que se pueda imaginar (14). En cambio, la exposición en un tratado religioso de un programa de reformas ilustradas constituía una extraordinaria novedad que incluso pudo dificultar su publicación en España.

COMO SE PUBLICO "EL EVANGELIO EN TRIUNFO".

Olavide expresó concretamente que "podía ser útil la publicación de estas Cartas, especialmente en España, donde el Cristianismo tiene su mejor trono" (15). Y ello porque si "estas reflexiones son ya tardías para la Francia [sic]... pueden ser útiles para otras naciones" (16). Pero por muy provechosa que pudiese resultar la difusión de semejante apología, la situación personal de su autor (condenado por el Santo Oficio y huido al extranjero) hacía casi imposible que su obra se imprimiese en España.

Como para cualquier libro, la impresión de **El Evangelio en triunfo** necesitaba la licencia previa del Consejo de Castilla. Pero Olavide pensó evitar el obstáculo dirigiéndose al marido de su hermanastra, don Luis de Urbina que, el 26 de febrero de 1795, había sido nombrado por el Rey Gobernador y Capitán General del reino de Valencia, con presidencia de la Audiencia real (17). Este último título le daba derecho, como "subdelegado nato" del Consejo de Castilla, a autorizar o no la publicación de los folletos que se le sometieran aunque no podía conceder privilegios que quedaban reservados al Consejo (18). Pero, en realidad, las Audiencias habían extendido su competencia, con el acuerdo tácito del Consejo, y solían pronunciarse sobre auténticos libros. Según testimonio de Juan Antonio Llorente en una carta a Godoy de abril de 1796, esta manera de actuar se practicaba enormemente y ofrecía a los autores la

ventaja de que los jueces de imprenta de las Audiencias solían conceder la licencia de imprimir con mayor facilidad que el Consejo de Castilla (19). Así fue directamente a quien podía decidir sobre la oportunidad o no de publicar **El Evangelio en triunfo** a quien Olavide mandó su manuscrito en cuanto acabó la redacción (20).

A pesar (o a causa) de su situación y del excelente aprecio en el que le tenía la Corte, el asunto resultaba de lo más vidrioso para Luis de Urbina que dio muestra de la mayor prudencia y cumplió escrupulosamente todos los requisitos legales que exigía una publicación.

Así, como "Capitán general" del Reino de Valencia, hizo presente al Consejo de Castilla que tenía "en su poder una obra que se ha dividido en cuatro tomos y cuyo objeto es extender y propagar el estudio de la Religión" y solicitó que "se sirva S.M. de conceder su Real licencia" para la publicación que, precisaba, debía hacerse "cuidando su corrección el P. Benito de San Pedro, de las escuelas Pías". Por Real Orden del 2 de julio de 1797, se le concedió dicha licencia, con tal que los dos censores expresamente designados, los canónigos D. Joseph Faustino de Alcedo y D. Gerónimo de Albizu no hallasen "reparos en esto". El 24 del mismo mes, el Regente de la Audiencia, Eugenio de Laguno, firmaba una providencia en la que concedía la solicitada licencia y autorizaba la impresión con arreglo a las correcciones del R.P. Benito de San Pedro (21).

Desgraciadamente, no han sido descubiertas las censuras de los dos canónigos de Valencia. En cambio, la Biblioteca Municipal de La Carolina (Jaen) conserva un manuscrito de **El Evangelio en triunfo** que será el sometido a las correcciones de Benito de San Pedro y a la censura de Joseph Faustino de Alcedo y de Gerónimo Albizu. El lamentable estado de conservación de este documento dificulta enormemente cualquier tipo de comentario: cuando lo consultamos, en 1965, con motivo de la preparación de nuestra tesis "de tercer ciclo", estaba en un estante de la sección juvenil de la Biblioteca, en medio de los tebeos, y constituía para los jóvenes lectores un motivo de curiosidad, sino de interés. Docenas y docenas de páginas habían desaparecido; otras estaban carcomidas o roidas y puesto que no se había tomado la pena de encuadernarlo, se hallaba en un desorden increíble. Más parecía borrador que manuscrito listo para la entrega a la imprenta: abundaban las correcciones originales (o sea, de la misma mano que había redactado o copiado el texto), lo que confirma el testimonio de Dufort de Cheverny según el cual Olavide había escrito su libro a vuela pluma, sin excesivo cuidado (22). Sin embargo, es evidente que fue el texto mandado a Urbina, ya que aparece mención de la

división en tomos, y que se notan correcciones de otra letra que las de las dos personas que redactaron o copiaron (sin duda, bajo dictado) el texto original. Estas enmiendas resultaron tan numerosas y, con las frases anteriormente tachadas o modificadas, hicieron tan difícil su lectura que fue necesario pasarlo a limpio antes de darlo a la imprenta, como lo prueban algunas variantes entre el manuscrito y el texto publicado (23). Estas correcciones son de distinta índole: las hay (numerosas) de tipo linguístico. Así, la frase siguiente: "Pero debéis saber que Dios no desea nada tanto como le demos ocasión a perdonarnos" se ve anotada al margen como "galicismo" y se sustituye por "Dios se complace cuando nos ve arrependidos y le demos ocasión para perdonarnos" (24). También se añaden de vez en cuando referencias precisas a las Escrituras que no venían en el original y que contribuyen a reforzar la impresión de perfecto conocimiento de los textos sagrados que emana de **El Evangelio en triunfo**, como por ejemplo, las referencias a **Mateo** XXVIII, 18 y VIII, 11-12, o a **Lucas** XIX, 43-44 que hallamos en la carta III (25). Pero, fundamentalmente, el cuidado del corrector y de los censores consistirá en no dejar ninguna ambiguedad en cuanto a la perfecta ortodoxia del texto. Y así lo modificaron de manera considerable por lo que toca al programa de reformas expuesto en el último tomo de **El Evangelio en triunfo**.

Efectivamente, este programa de reformas es, como veremos, esencialmente laico. Así cuando se lee en la carta XXXVIII que "en primer lugar, la sociedad contribuirá por su parte a que el culto de la Iglesia se ejecute con la mayor solemnidad", es un detalle que se le había escapado a Olavide (26). Tampoco se dejó pasar la frase siguiente que asociaba el conocimiento del catequismo con la más burda ignorancia: "Pero lo que nos afligió más que todo fue ver al maestro que conocimos que era un idiota, que apenas sabía leer, menos escribir y que sólo sabía la Doctrina por rutina sin entenderla" que se transformó en "una de las cosas que nos afligieron más fue que, entrando un día en la escuela, no vimos en ella más que un corto número de muchachos a quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta" (27).

La intervención del corrector y de los censores modificó pues de manera bastante importante el texto de Olavide, aumentando a más no poder el carácter perfectamente ortodoxo de su apología. Pero no fueron los únicos en intervenir en la redacción definitiva de **El Evangelio en triunfo**. Así, mientras no habían hecho ningún reparo a una *Adición al fol 8 [de la] Carta 39* , en la versión impresa se suprimió, por orden del juez de imprenta, Laguno, o del propio Presidente de la Audiencia, Urbina, un trozo en el cual manifestaba Olavide la idea poco ortodoxa de organizar en el pueblo del Filósofo desengañado un baile semanal presidido por el

propio Párroco (28). Pero fueron sobre todo las alusiones a la Revolución francesa las que motivaron la censura de la Audiencia. El corrector o los canónigos encargados de examinar **El Evangelio en triunfo** ya habían modificado el texto de Olavide cuando éste ofrecía un resabio demasiado "revolucionario" como, por ejemplo, cuando hablaba de la creación de un "Comité de Damas" que cambiaron por una más castiza y menos comprometida "Comisión de Señoras" (29). Pero en cambio, no habían visto ningún obstáculo a la publicación de tres cartas consagradas a la historia de la Revolución francesa. Todo lo contrario, ya que en una de ellas uno de los censores había escrito "Va, y con mucho gusto lo apruebo y deseo con ansia se imprima" (30). Pero, por capitales que fuesen estos capítulos en el espíritu de Olavide, ni Eugenio de Laguno, ni Luis de Urbina podían contradecir la Real Orden de 1794 que reafirmaba la prohibición de publicar en España cualquier escrito sobre los acontecimientos de Francia (31).

Así fue una obra más que corregida, profundamente modificada, la que en 1797 Luis de Urbina remitió a los impresores valencianos hgermanos de Orga. Veintitrés láminas de Antonio Guerrero, grabadas en cobre por Enguidarnos adornaron esta edición que fue realizada con la mayor urgencia: ni siquiera se esperó a que fuesen compuestos los cuatro tomos que la constituían para poner a la venta el primero.

El éxito (manifiestamente provocado por algunas indiscreciones en cuanto a la identidad del autor) fue enorme: según Dufort de Cheverny, el primer volumen se vendió inmediatamente, pasando su precio de sesenta libras francesas a cien francos (o sea un aumento del 66%) (32), y los hermanos de Orga no vacilaron en hacer una segunda tirada mientras, en Madrid, otro impresor, Joseph Doblado, también se preparaba a editar esta sensacional apología.

Apenas se había realizado la primera edición de **El Evangelio en triunfo**, Luis de Urbina se dirigió el 9 de febrero de 1798 al propio Príncipe de la Paz en su nombre así como en el del autor (cuya identidad todavía no revelaba) para solicitar un privilegio exclusivo de diez años para sí mismo, "con la calidad de poder cederlo o traspasarlo, según convenga a las intenciones del Autor" (33). El 11 de marzo, el ministro de Gracia y Justicia, Gaspar de Jovellanos, solicitaba su parecer sobre este asunto al Consejo de Castilla (34), parecer que fue positivo ya que "urbina por escritura, a seis de Diciembre del mismo añp [...] cedió, recunció y traspasó el Privilegio en Dn Pablo de Olavide, confiriéndole autor y propietario de la obra" (35).

Como "autor y propietario" de **El Evangelio en triunfo**, Olavide pudo mostrarse satisfecho ya que, entre 1797 y 1803 (año de su muerte, el 25 de febrero), se publicaron ocho ediciones en España. Incluso el mismo año de 1803 hubo en Barcelona una edición pirata cuyos ejemplares hizo recoger su heredera, doña Tomasa Arellano, marquesa viuda de San Miguel de la Vega (36). Su obra le sobrevivió mucho tiempo ya que se publicó en España hasta 1848, donde llegaron a un total de doce ediciones, a las que conviene añadir la realizada en castellano por Alzine, en Perpiñán, en 1823. Paradójicamente, fue en Francia donde tuvo su mayor éxito en la traducción de Buynand des Echelles que, entre 1805 y 1861, fue editada quince veces, esencialmente en forma abreviada. Una tarducción al portugués (sin fecha) y otra al italiano (Venecia, 1827) vienen a hacer de esta obra uno de los "best sellers" del siglo XIX (37).

LA VUELTA A ESPAÑA DE OLAVIDE Y EL PROBLEMA DE SU SINCERIDAD.

Apenas había salido a luz el último tomo de la primera edición realizada por los hermanos de Orga cuando Olavide redactó una carta, fechada en "Chiverni [sic], cerca de Blois, a 1° de Mayo de 1798" y destinada al propio Monarca, Carlos IV. Era una súplica que dirigía al Rey por el intermediario de Luis de Urbina, quien la transmitió "por encargo del interesado". Según declaraba de entrada, acudía "a implorar la clemencia de S.M. desde un país extranjero a donde le han conducido sus infortunios y en el cual ha encontrado mayores amarguras que las que padeció en su patria". Concretamente, solicitaba el indulto real y el permiso de volver a España y fundaba su argumentación en la infamia que su posición acarreaba a su familia y sobre todo en la imposibilidad de hacer una buena muerte en un país tan descristianizado como la Francia de aquel entonces:

"Si fuese solo el paciente y si hallase un rincón en que acabar mis días con el consuelo de exhalar mi espíritu auxiliado de los Sacramentos que nos fortalecen para entrar en la eternidad, me resignaría en los impenetrables juicios de la Providencia, sin molestar a V.M. Pero tengo, Señor, en Lima, en Navarra y en otras partes enlaces con familias muy recomendables a las cuales han alcanzado mis desgracias haciéndolas perder la estimación con que vivían entre las gentes de primer orden y obligándolas a un retiro amargo y vergonzoso. Por otra parte, Señor, estoy en un país en que, después de tantos horrores como los que he visto no me queda

la esperanza de hacer una muerte cristiana, que es todo lo que me queda que desear en el mundo".

Por supuesto no cometía Olavide la torpeza de atribuirse mérito alguno por haber escrito **El Evangelio en triunfo**. Sin embargo, el que había recibido un certificado de republicanismo de los habitantes de Meung-sur-Loire, no vacilaba en afirmar que había corrido "el riesgo de perder la cabeza en un Cadahalso, sin otro motivo que el de haber combatido siempre con la mayor firmeza las detestables y subversivas máximas de estos nuevos legisladores" : la alusión al prólogo de su obra no podía estar más clara (38).

Es pues evidente que Olavide aprovechó el éxito de la publicación de **El Evangelio en triunfo** para solicitar el indulto real y la autorización de volver a España (que le fue comunicada el 16 de julio de 1798). Afirmar, como hicieron algunos coetáneos (John Adams, Bourgoing) e hispanistas de la categoría de Morel fatio y Jean Sarrailh que cantó la palinodia con este único propósito y dudar por eso de la autenticidad de sus sentimientos religiosso es ya más arriesgado. (39).

No faltan efectivamente los testimonios de la profunda devoción que caracterizaba a Olavide. El de su amigo Dufort (que no compartía sus ideas, y tuvo que pedirle que renunciase a hablarle de religión) de cuando redactaba su apología (40); el del autor anónimo de una reseña de **El Evangelio en triunfo** publicada en **L'Ami de La Religion et du Roi** publicada en 1822 , y que había vivido también en Meung-sur-Loire por los años de 1792, quien asegura que manifestaba Olavide el máximo dolor cuando tenía noticia de un nuevo ultraje hecho a Dios por los Revolucionarios (41). Antes incluso del Terror, había manifestado una extraordinaria devoción : en 1790, Gouverneur Morris notaba en su diario que la antigua víctima de la Inquisición se entregaba a la más exaltada beatería, lo que le parecía el colmo de la debilidad y de la inconsecuencia humana (42). Incluso en 1781 cuando pasó por Toulouse, después de huir de España, el barón de Puymaurin ya había notado que este hombre perseguido por el Santo oficio era uno de los espíritus más religiosos que había visto nunca y que cumplía escrupulosamente con todos los preceptos de la Iglesia.

No existe pues motivo serio para poner en duda la sinceridad de la fe de Olavide cuando escribía **El Evangelio en triunfo**. Lo que no implica que no hubiera por su parte algún interesado cálculo y la esperanza de que tal obra le facilitara su vuelta a España.

Varios indicios confirman esta hipótesis. Primero, el miedo pánico que sintió en la cárcel cuando creyó que le esperaba la guillotina y que nos pinta en el Prólogo no es algo fingido o exagerado. Así que no se trataba para él de volver a España, sino más bien de huir de esta Francia revolucionaria y que todavía le parecía políticamente insegura en 1797: desde este punto de vista, es muy significativo el número de franceses que, según Dufort de Cheverny, solicitaron acompañarle a España (44). Además, parece que tenía Olavide desde hacía mucho tiempo -quizás, desde 1780- la idea de escribir una apología (45) y que esperó a que las circunstancias fuesen favorables para ejecutar su proyecto. Y cabe decir que Olavide supo esperar el mejor momento. El inglés Richard Croker, que publicó en Londres en 1799 el relato de su reciente viaje a España, se extrañaba de la beatería que se había apoderado de los Reyes (46). Olavide no podía ignorarlo, tan bien informado como estaba de la situación en España según podemos notar en las **Memorias** de Dufort de Cheverny (que, por lo que a él concierne, hay que leer en la versión manuscrita, conservada en la Biblioteca de Blois). Como tampoco ignoraría los conceptos muy precisos que el Primer Secretario de Estado, Godoy, tenía en materia de apologética. El Príncipe de la Paz los expuso claramente en sus Memorias : "Una sola cosa pedía yo y lo logré de algunos: era que se esforzasen en defender la religión con las armas propias de sus enemigos; que la filosofía, la poesía y la elocuencia humana se allegasen con la divina como en los primeros siglos de la Iglesia, y que las virtudes activas y sociales que inspiraba el Evangelio fuesen predicadas al igual que cualquiera de las puramente evangélicas. Tal fue el motivo que yo tuve para promover o proteger especialmente la publicación de algunas obras religiosas como [...] **El Evangelio en triunfo** que, sin mí, habría aumentado el índice expurgatorio porque "relejeaba" decían algunos, necia o traidormente del sabor del veneno filosófico" (47).

Dejando aparte el hecho de saber si exageró o no Godoy la importancia de su protección a Olavide, lo cierto es que entendemos mejor a la luz de esta declaración algunos puntos a priori sorprendentes en una apología. Primero, la declaración del Prólogo, según la cual el libro era "edificante, pero sin soltar un momento la razón de la mano; devoto, pero sin dejar de ser filosófico" (48) que no es -como muchos creyeron- el recuerdo de un pasado ilustrado, sino una mera captatio benevolentiae al uso del propio Favorito. La utilización sistemática de la obra de Houteville, luego, como prototipo de esta apología que quería vencer a los Filósofos con sus propios argumentos (49). Y por fin, esta extraña presencia de las Cartas de **Mariano a Antonio** en el tomo cuarto y último, con su programa de reformas que constituye el objeto de la presente publicación y que representa estas "virtudes activas y

sociales que inspiraba el Evangelio" que Godoy quería ver exaltadas.

Pero la conformmidad de esta última parte de **El Evangelio en triunfo** con los deseos del príncipe de la Paz tampoco deben hacernos creer que fue escrita con el único propósito de ganarse su protección: el desarrollo tan completo de un programa ilustrado, por una parte, y sobre todo las audacias que se permitió Olavide presentando reformas no sólo ilustradas sino revolucionarias (y que, como veremos, hubieran podido costarle ni más ni menos que la propia publicación de la obra) no dejan lugar a dudas sobre la voluntad del autor de presentar un auténtico programa político . En conclusión de su carta al rey de 1 de mayo de 1798, Olavide declaraba con toda solemnidad: "No puede haber ya para mí otro consuelo en la tierra que el de dedicar los cortos alientos que me quedan a la prosperidad de mi patria y al mejor servicio de V.M." (50). Pero para él, estas cartas de Mariano a Antonio ya constituían "el mejor servicio".

LAS CARTAS DE MARIANO A ANTONIO : ILUSTRACION Y REVOLUCION.

Desde el urbanismo (51) hasta la necesidad de enterrar a los muertos fuera de las iglesias (52), no hay aspecto de la organización de la vida social que escape a Olavide en su afán de reformas. Sin embargo, destacan tres puntos fundamentales : la educación, la asistencia pública y la agricultura.

LA CONTRADICCION DE UN CRISTIANISMO ILUSTRADO : RELIGION Y EDUCACION.

Conformes con la opinión de Helvetius según la cual cualquier defensor de la ignorancia es el enemigo del bien público (53), los ilustrados siempre prestaron la mayor atención a la educación (54). El propio Olavide había redactado en 1768 un plan de Estudios para la Universidad de Sevilla (55) y el tema seguía interesándole tan vivamente que anunció en **El Evangelio en triunfo** su intención de escribir una obra específica, únicamente consagrada a los problemas educativos.

Según un sistema clasista muy propio de la Ilustración (y compartido, por ejemplo, por Jovellanos en su **Plan**

deenseñanza para los nobles y clases pudientes españolas (57), Olavide distingue muy netamente la educación destinada a los hijos del pueblo y a los del Filósofo, o sea, las clases pudientes.

Para los hijos de las clases menesterosas (chicos y chicas), preveía la creación de una escuela gratuita y obligatoria (58). A pesar de la Real Cédula de 11 de mayo de 1783, que había quedado sin efecto (59), esta idea era aún nueva en España. Tan nueva que Samaniego la propondrá en 1798 (esto es, inmediatamente después de la publicación de **El Evangelio en triunfo**) a la real Sociedad Vascongada de Amigos del País (60). Por supuesto, Olavide pudo acordarse del ejemplo de las Nuevas Colonias de Sierra Morena que había fundado en 1767, y donde "todos los niños habíbilan de ir a las escuelas de primeras letras, debiendo haber una en cada consejo para los lugares de él, situándose cerca de la iglesia para que puedan aprender también la doctrina al mismo tiempo". Pero entonces, se trataba únicamente de "hispanizar" (por el idioma y la religión) a los hijos de los alemanes que habían venido a colonizar Sierra Morena. La **Novísima recopilación** ... no deja jugar a dudas: no debía haber "estudiuos de gramática en todas estas poblaciones [...] en observancia de lo dispuesto en la ley del reino que con razón los prohibe en los lugares de esta naturaleza [...] cuyos moradores deben estar destinados a la labranza, cría de ganados, y a las artes mecánicas, como nervio de la fuerza del estado" (61). De manera más explícita, la ignorancia era, según este concepto, la garantía de una agricultura próspera.

El propósito de Olavide en El Evangelio en triunfo resulta totalmente distinto. Si no se muestra muy explícito sobre los estudios que han de seguir los futuros agricultores o artesanos, el derecho al saber es tan imprescindible que cabe preguntarse hasta qué punto esta proposición de una escuela gratuita y obligatoria no es una adhesión del autor al programa educativo de la Convención, plasmado en el **Plan d'Education Nationale** de Michel Lepeletier presentado, en nombre del Comité de Instrucción pública por el propio Robespierre el 13 de julio de 1793 (63).

Sin embargo, a pesar de la continua crítica de los métodos tradicionales de enseñanza que hallamos en **El Evangelio en triunfo**, no nos ofrece Olavide un auténtico plan educativo. Si señala con relativa precisión lo que, "por jerarquía" deberán aprender los hijos del Filósofo para que "puedan presentarse en todas partes con decencia" (64) -y, desde este punto de vista, no se separa del antiguo *ordo docendi* de los jesuitas (65)- en cambio no presenta programa formal para los alumnos de las dos escuelas del pueblo. Es éste un silencio que nos parece muy significativo de Olavide, y más

allá de este personaje, de toda la Ilustración: sí, después de la Revolución francesa, nadie niega el derecho de todos a la enseñanza, sin embargo la única educación digna de interés sigue siendo la de las clases pudientes.

Pero ni siquiera la educación de los hijos del Filósofo está exenta de contradicciones. Así, afirma que más vale formar la inteligencia del alumno que sobrecargarle la memoria (66), y al mismo tiempo juzga imprescindible que sepa de memoria el nombre de cuantas plantas existen en el territorio en el que vive (67).

Este confusionismo es más evidente aún en lo que concierne a la educación religiosa. Así, en el tomo tercero había afirmado Olavide que el primer deber del filósofo era hacer participar a sus hijos en la oración común (68), y no vacila en limitar el estudio de la Historia al de la Historia Sagrada (69). Y sin embargo, afirma perentoriamente que es una inepcia hablarles de Dios antes de que hayan alcanzado la edad de razón (70).

Resulta curioso que los censores eclesiásticos encargados de examinar la obra no se hayan fijado en este punto que tan manifiestamente recuerda las teorías de Rousseau (71). Y no es, ni mucho menos, la única influencia de **Emilio** que notamos en **El Evangelio en triunfo**. Así, como Rousseau, Olavide concede una importancia capital al dibujo (72), y los hijos del Filósofo, como Emilio, irán a practicar con artesanos "para que adquieran una idea de todos y cada uno de los oficios más útiles" (73), y especialmente el de carpintero (74) y el de hortelano (75). Y no hablemos de la educación física, a la que tanta importancia concede Olavide (77), lo mismo que Rousseau, Locke o Helvétius.

Si no consiguió Olavide presentar en estas Cartas de Mariano a Antonio un plan coherente de educación, al menos obró a favor de la renovación de los viejos métodos de enseñanza, mostrándose partidario de las teorías de Rousseau (cuyo **Emile** había poseido a pesar de la prohibición inquisitorial) (77) cuando todavía no había sido "desengañado" por la Revolución. Arrepentido en materia religiosa, se presentaba como "pertinax" en su concepción filosófica de lo que había de ser una educación útil no sólo al individuo, sino a la sociedad.

LA JUNTA DEL BIEN PUBLICO.

Si la educación constituía un tema difuso en **El Evangelio en triunfo**, sin auténtico plan elaborado, no ocurre lo mismo con lo que constituye la base misma del sistema reformador de Olavide: la Junta del Bien Público, de la que nos ofrece, con la mayor precisión los estatutos, a modo de ejemplo (78).

Nada de lo que constituye la vida en sociedad queda ajeno a las preocupaciones de esta Junta del Bien Público que viene a ser -en total independencia del poder político- el auténtico gobierno del pueblo del Filósofo. La utopía es evidente. Sin embargo, no deja de recordar otras sociedades que sí existían en España, las Reales Sociedades de Amigos del País que, creadas en 1765 por Peñaflorida sobre el modelo de la Bascongada, se habían multiplicado a partir de 1774 con el visto bueno de Campomanes (79). Lo que no resulta nada extraño cuando se piensa en los vínculos de Olavide con estas Reales Sociedades antes de su condena por el Santo Oficio: ya en 1769, había sido miembro correspondiente de la Real Sociedad Bascongada; en 1775, a propuesta de Campomanes, había sido hecho miembro de la de Baeza, cuyo director era el Marqués de San Miguel, marido de su prima, Tomasa de Arellano, y como Intendente de Sevilla, siempre había protegido a la de la ciudad del Bétis (80).

Se hallan en efecto en las Cartas de Mariano a Antonio varios de los puntos expuestos por el que fomentó estas Reales sociedades: Campomanes. Como él (81), Olavide piensa que los premios anuales, entregados con la mayor solemnidad, tienen la mayor eficacia (82): un sistema que, entre otras, la Real Sociedad Económica de Segovia, cuyo presidente era el futuro Inquisidor General Ramón de Arce, ya había intentado aplicar en 1786 tanto para plantío de árboles como en las artes mecánicas o la enseñanza (83). Asimismo, la importancia que concede Olavide al cultivo del lino y del cáñamo (84) también evoca las recomendaciones del autor del **Discurso sobre el fomento de la industria** para quien: "Las fábricas de lino y cáñamo son las más sencillas y aparentes para emplear a la gente pobre, y aun las primeras materias cuestan menos" (85).

Exactamente como las Reales Sociedades de Amigos del País, la Sociedad del Bien Público tendrá como objetivo principal el fomento de la agricultura y de las artes, lo que suponía el mejoramiento de las condiciones de vida de los habitantes del pueblo.

En su **Memoria para el arreglo de la policía de los espectáculos y diversiones públicas y sobre su origen en España** (1786), Jovellanos confirmó lo que ya había escrito Campomanes en 1775 en su **Discurso sobre la educación popular de los artesanos**: "No debe la juventud que se dedica a las artes y oficios carecer de diversiones, porque los recreos inocentes son una parte de la policía y buen gobierno. Es necesario absolutamente que la gente moza se divierta y tenga días destinados al descanso de sus fatigas ordinarias y penosas de todo el resto de la semana. Lo contrario sería exponerla a hostigarse con el trabajo" (86). Olavide utiliza casi los mismos términos para justificar la creación en su pueblo ideal de un baile público semanal (87). Como ya vimos, este proyecto pareció sin duda demasiado atrevido al juez de la imprenta o al propio Urbina que no lo dejaron publicar y cambiaron este baile en una reunión en el paseo con la organización de diversos juegos (88). Quizás no les faltaba razón ya que precisamente por haber organizado bailes públicos en La Carolina, Olavide había sido acusado de inmoralidad por Fr. Romuald de Friburg, que tanto empeño puso en denunciarle al santo Oficio (89). Otra vez, y a pesar de lo que podía costarle, Olavide manifestaba una total fidelidad a sus ideas de antaño.

La misma que muestra a las ideas ilustradas cuando viene a tratar del segundo punto clave del mejoramiento de las condiciones de vida del pueblo: la asistencia pública, un tema vidrioso desde que en 1777 Floridablanca había creado la Junta Real y General de Caridad y había mandado expulsar a los mendigos de Madrid porque consideraba -como lo hace aquí Olavide (90)- que su mantenimiento era una incitación a la mendicidad y la holgazanería (91). Olavide, que había sido director del hospicio de San Fernando (92) va incluso a hacer suya la famosa exclamación de Barère en el Comité de Mendicidad de la asamblea Legislativa: "¡Ni limosnas, ni hospitales!" (93).

El sistema de asistencia a los enfermos en su propio domicilio que expone en su reglamento de la Junta del Bien Público nos hace pensar en la actuación de los Diputados de Barrio, creados en España en 1778 (94). Pero corresponde también a lo que propuso, en 1790, La Rochefoucault-Liancourt (95) y la especie de seguro social *avant la lettre* que encontramos en estas Cartas de Mariano a Antonio no es sino la adaptación de la Agencia de Socorros propuesta por el mismo diputado a la Asamblea Legislativa al Comité de Mendicidad (96).

A la luz de estos elementos, las correcciones que se pueden observar en el manuscrito (y que hay hemos subrayado) cobran todo su valor: cambiando "Comité de Damas" por "Comisión de

señoras" y sobre todo "Junta" por "Congregación", el corrector no insistía únicamente sobre la pureza lexical. Máxime cuando se puede comprobar que el propio Olavide había escrito primero en vez de "Junta" la expresión "asamblea General" (97). Se disimulaba así el origen "revolucionario" de esta Sociedad del Bien Público, que no dejaba de recordar la Société de Bienfaisance fundada por Olavide en 1792 en Meung-sur-Loire con la "ciudadana Lecouteulx" y de la que, según el testimonio del propio Comité de Vigilancia y de los habitantes de esta ciudad, había sido uno de los administradores más activos y generosos (98).

Se daba así a la Sociedad del Bien Público, nada más que por la expresión "Congregación" un aspecto religioso, sin duda más en conformidad con el tono de una apología, pero que distaba mucho de coincidir con el pensamiento de Olavide. Efectivamente, la Junta del Bien Público es, fundamentalmente, laica. Exponiendo el propósito del Filósofo, Olavide lo manifestó claramente declarando: "Se hacen tantas cofradías de devoción ¿no se pudiera hacer una de caridad" (99). Y por si acaso no fuera suficiente, no vacila en hacer de esta Junta del Bien Público a partir de la vieja (e inútil) Cofradía del Sacramento (100): la secularización y desacralización es tan evidente que no entendemos cómo no suscitó la sospecha de los censores o de algún lector dispuesto a lucirse ante el tribunal del Santo oficio (101). Y no son los únicos indicios del perfecto laicismo de la Junta: así, se elige como presidente de la Junta de Caridad al Cura del pueblo. Pero a partir de este momento, sólo obra como presidente, sin ninguna referencia a su estado eclesiástico. Más grave aún, desde un punto de vista religioso: en caso de enfermedad, hay que avisar inmediatamente al médico y a un inspector de la Junta (102). Olavide, que en la última carta de **El Evangelio en triunfo**, insistirá tanto en la extremaunción (103), se olvida de mandar llamar al sacerdote. Desliz tanto más significativo cuanto que el propio Olavide se había dado cuenta del carácter excesivamente laico de su Junta del Bien Público: cuando había escrito (o dictado) a secas: "La Sociedad cuidará de vestir a los que lo necesiten", había añadido luego "para que se presenten con decencia al altar" (104), lo que también modifica bastante la significación de la obra filantrópica de la Sociedad.

Este aspecto de la Junta del Bien Público, el papel concedido en ella a las mujeres -sea para el cuidado de los enfermos, como quería Bernard d'Airy en su **Rapport sur l'organisation générale des secours publics** (105), sea en la confección de vestidos para los habitantes del pueblo, como había sugerido la *citoyenne* Clavière en su proyecto de Sociedad Filantrópica para mujeres (106)- muestra que más que de las Reales Sociedades de Amigos del País o de las

diputaciones de barrio, Olavide se acordaba de la obra social de la Revolución cuando escribía estas páginas.

Paradójicamente, la Real Orden de 1794 que prohibía cualquier publicación sobre los acontecimientos de Francia impidió que se imprimiesen los dos capítulos en los que denunciaba expresamente Olavide los excesos del terror, y en cambio permitió la difusión de este verdadero homenaje a la labor de la Asamblea Legislativa y de la Convención Nacional en materia de asistencia pública.

"EL MAS DIGNO ESTUDIO DE LOS HOMBRES, LA AGRICULTURA".

Tan importante como la educación y la asistencia pública es en las Cartas de Mariano a Antonio el fomento de la agricultura. Hasta el punto de que en la primera redacción del manuscrito no había vacilado Olavide en escribir : "que es el más digno estudio de los hombres, la agricultura", y sólo revisando el texto, corrigió esta frase un poco atrevida en una apología por un más ortodoxo : "que después del estudio de la religión, éste es el más digno de los hombres" (107).

En sus métodos, fundados en la emulación y el ejemplo, recuerda también los de las Reales Sociedades de Amigos del País: la utopía del Filósofo que convence a los vecinos cultivando sus propias tierras de manera racional y les hace así abandonar sus métodos tradicionales corresponde a la idea de Ward (aceptada como dogma por las Reales Sociedades) según la cual "el único medio de enseñarles algo [a los campesinos]es ejecutando ante sus ojos lo que hay que hacer para que lo hagan ellos mismos y puedan ver los resultados" (108). Asimismo, el sistema de los premios, tan utilizado por Olavide para estimular a los habitantes del pueblo del Filósofo, también correspondía perfectamente a lo preconizado por las Reales Sociedades que en eso, seguían escrupulosamente las recomendaciones de Campomanes en su **Discurso sobre el fomento de la industria popular** y **Discurso sobre la educación popular** (109).

No resulta pues sorprendente que el sistema de fomento de la agricultura presentado por Olavide en estas Cartas de Mariano a Antonio ofrezca cierta similitud con el **Informe de la Sociedad económica de Madrid al Real y Supremo Consejo de Castilla en el expediente de ley agraria** redactado por Jovellanos en 1795, un año antes de que Olavide compusiese **El Evangelio en triunfo** (110). Pero, como demostró Marcelin Défourneaux, mayor semejanza aún tiene este plan de reformas

con el Informe sobre la ley agraria que el propio Olavide había mandado al Consejo de Castilla en 1767 (111).

Otra vez, Olavide mostraba pues su fidelidad a las ideas ilustradas. Pero (exactamente como con la asistencia pública) asomaba también algún concepto, más que ilustrado, revolucionario. Efectivamente, cuando propone un cambio fundamental que consistía en transformar la agricultura española de extensiva en intensiva (como se diría hoy), no se trata únicamente de una modificación del sistema de cultivo, sino de otra repartición de las tierras. Proponiendo la desmembración de las inmensas dehesas que pertenecen a los ganaderos que "son como los vámpiros que se chupan la sustancia pública" (112), denunciaba Olavide la opresión del pobre por el rico. La nueva distribución de las tierras no corresponde, como se ve, a una mera preocupación por la rentabilidad, sino a un proyecto moral que consistía en socorrer a "los pobres [que] no tienen ganado, y si alguno lleva su yegua coja, sus asno viejo, cuando llega no encuentra nada porque los ricos lo han devorado todo" (113). Y otra vez, nos hallamos ante una propuesta del Comité de Mendicidad de la Asamblea Constituyente que, ya en 1790, había manifestado que la disminución del número de pobres estaba vinculada a la partición de la propiedad (114).

A MODO DE CONCLUSION : ILUSTRACION Y REVOLUCION.

Las Cartas de mariano a Antonio nos ofrecen por consiguiente un programa ilustrado de reformas. Pero, a diferencia de los demás ilustrados españoles, Olavide ha vivido la Revolución francesa. Una Revolución que condena como irrupción en la vida política del pueblo que para él es, por definición, "ignorante","vil", "vilolento" y "extremado".

Así se explica su doble propósito: escribir una apología del cristianismo y un programa ilustrado con reformas proyectadas o realizadas en Francia a partir de 1789. Se trataba pues de redactar una obra que, defendiendo al Altar, defendiera por lo mismo al Trono y al proponer la aplicación preventiva de las conquistas francesas sociales (y no políticas) se volvía innecesaria en España la revolución.

Lo cual era también la perfecta manifestación de un espíritu ilustrado.

NOTAS

(1) Sobre Olavide, vid. la obra magistral de Marcelin DEFOURNEAUX: **Pablo de Olavide ou l'Afrancesado (1725-1803)**, Paris, Presses universitaires de France, 1959.

(2) **El Evangelio en triunfo**, Prólogo, I, p. IV. (Utilizamos la edición de Madrid de 1794 por Josef Doblado).

(3) **Ibid.**, I, p.XVI.

(4) **Ibid.**, I, p.VI.

(5) DEFOURNEAUX (Marcelin), Op. cit., p. 427-429.

(6) **Les Délices de la Religion ou le Pouvoir de l'Evangile pour nous rendre heureux**, Paris, 1788, in 12, LIX-372 p.

(7) **El Evangelio en triunfo**, Prólogo, I, p. VIII.

(8) Vid. DUFOUR (Gérard), **Recherches sur El Evangelio en triunfo de Pablo de Olavide**, Thèse pour le Doctorat de 3° cycle, Paris, 1966, p. 61-71.

(9) **Las delicias de la religión cristiana o el poder del Evangelio para hacernos felices. Traducción de la obra que en lengua francesa el señor abate Lamourette, Doctor en Teología, e individuo de la Academia Real de Bellas Letras de Arrás**, con licencia, en Madrid, en la imprenta de don Benito Cano, año de 1796, in 12, 464 p.

(10) **La Vérité de la Religion chrétienne prouvée à un déiste**, Paris, 1771, in 12.

(11) **Le Déisme réfuté par lui-même, ou Examen des principes d'incrédulité répandus dans divers ouvrages de M. Rousseau, en forme de Lettres**, Paris, 1765, 2 vol. in 8°; **La Certitude des preuves du Christianisme ou Réfutation de l'examen critique des Apologistes de la Religion chrétienne**, Paris, 1767, in 8°; **Apologie de la Religion chrétienne contre**

l'Auteur du Christianisme dévoilé et contre quelques autres critiques, Paris, 1769, in 8°.

(13) DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 457 sig.

(13) **La Religion chrétienne prouvée par les faits** [seguido por] **Dissertation sur les faux principes des incrédules**, cuarta edición, Paris, 1765, 4 vol. in 12.

(15) **El Evangelio en triunfo**, Prólogo, I, p. VIII.

(16) Carta XLI de **El Evangelio en triunfo**, publicada por Marcelin DEFOURNEAUX, "La historia religiosa de la Revolución francesa vista por Pablo de Olavide (Un capítulo inédito del Evangelio en triunfo)", en **Boletín de la Real Academia de la Historia**, tomo CLVI, cuaderno II (1965), p. 162.

(17) **Elogio del Excelentísimo Señor D. Luis de Urbina y Zarate, Teniente general de los Reales Exércitos, del Supremo Consejo de la Guerra, Gobernador y Capitán General del Reino de Valencia, Presidente de su real Audiencia, Caballero de la Orden de Calatrava, Gran Cruz de la distinguida Orden española de Carlos III, y Gentihombre de Cámara de S.M. con Entrada, Director de la Real Sociedad del País de Valencia, leido en la junta de la misma Sociedad en 11 de diciembre de 1799 por uno de sus socios. Impreso de acuerdo de la misma Sociedad**, Valencia, 1800, p. 29.

(18) Cfr. GUINARD (Paul-J.), **La Presse espagnole de 1731 à 1791. Formation et signification d'un genre**, Paris, Centre de Recherches Hispaniques, 1973, p. 29.

(19) Cfr. DUFOUR (Gérard), "Lettres de Ilorente au Prince de la Paix (1795-1797), en **Cahiers du C.R.I.A.R.** n° 1 (Université de Rouen, 1981), p. 130-131.

(20) DUFORT (J.N., comte de Cheverny), **Mémoires sur les règnes de Louis XV et Louis XVI et sur la Révolution**; édition avec introduction et notes de R. de Crèvecoeur, Paris, 1886, p. 368.

(21) DEFOURNEAUX (Marcelin), "La historia religiosa...", p. 123-124.

(22) DUFORT (J.N., comte de Cheverny), **op. cit.**, p. 368.

(23) Por ejemplo en la carta XXXVIII, donde dice el manuscrito : "Pero todo lo puedes conseguir cuando escondido entre la Junta lo haga todo por ella. derramará en elle su espíritu, le hará adoptar sus pensamientos, y le hará executar todas las ideas útiles que tenga en vista", se lee en la versión impresa (IV, p. 208, 114 de la presente edición): "Pero, todo lo conseguirá, cuando mezclado en la

misma Junta lo haga todo por ella y con ella, y además derramará en éstos su espíritu, les hará adoptar sus pensamientos, y les hará ejecutar todas las ideas útiles que tiene premeditadas".

(24) Manuscrito, fol. 10.

(25) Respectivamente, p. 53, 57 y 58 del tomo I.

(26) Carta XXXVIII, IV, p. 228 (p. 126 de esta edición).

(27) Manuscrito, fol. s.n.

(28) Reproducimos este texto en apéndice.

(29) Manuscrito, carta XXXIV.

(30) DEFOURNEAUX (Marcelin), "La historia religiosa..." p. 124.

(31) **Ibid.**

(32) DUFORT (J.N., comte de Cheverny), **op. cit.**, II, p. 368.

(33) Archivo Histórico Nacional, Estado 3248.

(34) Ibid., Consejos 5562, n° 107.

(35) Ibid., Consejos 5566, n° 26.

(36) Ibid.

(37) Vid. infra : Bibliografía : las distintas ediciones de **El Evangelio en triunfo.**

(38) Archivo Histórico Nacional, Estado 4822, Expediente reservado sobre la vuelta a españa de Don Pablo deOlavide (1798-1799). Citado (en traducción francesa) por DEFOURNEAUX (Marcelin), **Pablo de Olavide**, p. 439.

(39) Vid. DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 436.

(40) **Ibid.**, p. 429.

(41) **L'Ami de la Religion et du Roi**, XXX (6 fevrier 1822), p. 388-389.

(42) Cfr. DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 416.

(43) Cfr. OZANAM (Didier), "Nouveaux documents sur le séjour d'Olavide à Toulouse (novembre 1780 - janvier 1781) " en **Mélanges de la Casa de Velázquez**, I (1965), p. 279 - 287.

(44) DUFORT (J.N., comte de Cheverny), **Mémoires**, II, p. 381 : "Si don Olavides [sic] avait voulu emmener avec lui une colonie de Français, rien ne lui eut été plus facile; il est accablé de demandes, de lettres, de visistes, et moi par contre-coup. Pour y obvier, il n'emmène personne; se serait mal se poser en arrivant que de s'entourer de Français".

(45) OZANAM (Didier), **op. cit.**, p. 280, n.5.

(46) CROKER (Richard), **Travels throught several provinces of Spain and Portugal**, London, 1799, p. 294 : "Their present Majesties, indeed, are so much given to piety that there is no road preserment but by the influence of Church; their whole confidence is placed in things above; they are their ministers are continually employed in their attendance on mases and religios processions; all other onjects are overlooked or forgotten. The queen attends the batism of all proselytes; and the converts fronm every other religion are liberally rewarded".

(47) PRINCIPE DE LA PAZ, **Memorias**, B.A.E., LXXXVIII, p. 226 - 227.

(48) **El Evangelio en triunfo**, Prólogo, I, p. XVI.

(49) Vid. DUFOUR (Gérard), **Recherches sur "El Evangelio en triunfo"**, p. 71 - 85.

(50) Archivo Histórico Nacional, Estado 4822.

(51) **Cfr. DUFOUR (Gérard), "Le Village idéal au début du XIX° siècle selon 'El Evangelio en triunfo' de Pablo de Olavide" en L'Homme et l'espace dans la littérature, les arts et l'histoire en Espagne et en Amérique latine au XIX° siècle, Université de Lille III, 1986, p. 11 - 25.**

(52) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 348 sig. ; en esta edición, p. 201 sig.

(53) **De L'Homme**, en **Oeuvres complètes**, Liège, 1774, II, p. 68 : "Tout panégyriste de l'ignorance est, du moins à son insu, l'ennemi du bien public".

(54) Sobre este tema, vid. VIÑAO FRAGO (Antonio), **Política y educación en los orígenes de la España contemporánea. Examen especial de sus relaciones en la enseñanza secundaria**, Madrid, Siglo XXI, 1982, especialmente p. 43 - 192.

(55) Este texto ha sido publicado con un estudio preliminar por AGUILAR PIÑAL (Francisco), Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1969. Vid también DEFOURNEAUX (Marcelin), op. cit., p. 109 sig. y DUFOUR (Gérard) "Du Plan de estudios para la Universidad de Sevilla (1764) à El Evangelio en

triunfo (1797), une même préoccupation d'Olavide" in **Les Langues néo-latines** n° 202 (1972), p. 34 - 44.

(56) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 110; en esta edición, p. 54.

(57) B.A.E. LXXXVII, p. 296 - 330.

(58) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 223; en esta edición, p. 123.

(59) Cfr. GIL DE ZARATE (Antonio), **De la instrucción pública en España**, Madrid, 1855, I, p. 240.

(60) Cfr. ELORZA (Antonio), "La Sociedad Bascongada de los Amigos del País" in **Cuadernos Hispanoamericanos** n° 185 (1965), p. 351.

(61) **Novísima recopilación de las leyes de España** publicadas por Salvá, París, 1846, lib. VII, tit. XXII, ley III (p. 219).

(63) Vid. JAURES (Jean), **Histoire socialiste de la Révolution française**; édition revue et annotée par Albert SOBOUL. Préface par Ernest LABROUSSE, Paris, Editions Sociales, 1968 - 1973, VI, p. 28 sig.

(64) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 103; en esta edición, p. 50.

(65) Cfr. **Colección de varios tratados curiosos propios y muy útiles para la instrucción de la muy noble juventud española que publica el Real Seminario de Nobles de Madrid para el uso de los Caballeros Seminaristas**, Madrid, 1757, citado por GLEINDINING (N.), **Vida y obra de Cadalso**, Madrid, 1963, p. 29, n. 201.

(66) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 109; en esta edición, p. 54.

(67) **Ibid.**, p. 120; en esta edición, p. 61.

(68) **El Evangelio en triunfo**, III, p. 322.

(69) **Ibid.**, IV, p. 124; en esta edición, p.63.

(70) **Ibid.**, p. 105; en esta edición, p. 52.

(71) Cfr. ROUSSEAU, **Emile ou de l'Education** , lib. IV: "Je prévois combien de lecteurs seront surpris de me voir suivre tout le premier âge de mon élève sans lui parler de religion. A quinze ans, il ne savait pas s'il avait une âme, et peut-être à dix-huit n'est-il pas encore temps qu'il l'apprenne; car s'il l'apprend plus tôt qu'il ne faut, il

court le risque de ne le savoir jamais" (Citamos por la edición de F. y P. RICHARD, Paris, Garnier, 1964, p. 310).

(72) **El Evangelio en triunfo**, IV, p.102 y 123; en esta edición, p. 50. Cfr. ROUSSEAU: "Les enfants, grands imitateurs, essayent tous de dessiner: je voudrais que le mien cultivât cet art, non précisément pour l'art lui-même, mais pour se rendre l'oeil juste et la main flexible" (**op. cit.**, p. 154). Semejante opinión había sido expresada también por CAMPOMANES, **Discurso sobre la educación popular de los artesanos y su fomento**, Madrid, 1774, p. 94.

(73) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 102; en esta edición, p. 51

(74) **Ibid.**, p. 103; en esta edición, p. 52

(75) **Ibid.**, p. 121; en esta edición, p. 61

(76) **Ibid.**, p. 102 y 224; en esta edición, p. 51

(77) Cfr. DEFOURNEAUX (Marcelin), **Pablo de Olavide**, p. 481.

(78) **El Evangelio en triunfo**, IV, p.213 sig.; en esta edición, p. 117 sig.

(79) Vid. DUBUIS (Michel), "Les Amis du Pays" in **Dix-huitième siècle**, n° 12 (1980), p. 293 - 307.

(80) DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 274 - 276.

(81) RODRIGUEZ CAMPOMANES Y SORRIBA (Pedro), **Discurso sobre el fomento de la industria popular**, Madrid, 1774, p. CXXXII y **Discurso sobre la educación popular de los artesanos**, Madrid, 1775 - 1777, "Introducción preliminar", p. 27.

(82) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 233; en esta edición, p. 127 sig.

(83) **Actas y memorias de la Real Sociedad Económica de los Amigos del País de la Provincia de Segovia. De orden de dicha Real Sociedad**, Segovia, en la imprenta de D. Antonio Espinosa, año de MDCCLXXXVI, 3 vol.

(84) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 243; en esta edición, p. 135.

(85) **Discurso sobre la educación popular de los artesanos**, I, p. XVIII.

(86) **Op. cit.**, p. 128.

(87) Cfr. Apéndice, infra.

(88) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 230; en esta edición, p. 127.

(89) DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 328 - 329.

(90) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 194; en esta edición, p. 105.

(91) Cfr. SOUBEYROUX (Jacques), **Paupérisme et rapports sociaux à Madrid au XVIII° siècle**, Thèse pour le Doctorat d'Etat, Montpellier, 1976, II, p. 315 sig.

(92) DEFOURNEAUX (Marcelin) **op. cit.** p. 89 sig. y SOUBEYROUX (Jacques), **op. cit.**, p. 519 sig.

(93) BAREREE DE VIEUZAC (Bertrand), **Premier rapport fait au nom du Comité de Salut Public, sur les moyens d'extirper la mendicité dans les campagnes et sur les secours que doit accorder la République aux citoyens indigents**, séance du 22 Floréan, Paris, an II, p. 27.

(94) Vid. SOUBEYROUX (Jacques), **op. cit.**, p.649 sig.

(95) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 198 - 199; en esta edición p. 108 - 109. Cfr. LA ROCHEFOUCAULD- LIANCOURT, **Rapport fait au nom du Comité de Mendicité des visites faites dans divers hopitaux, hospices et maisons de charité de Paris**, Paris, Imprimerie Nationale, 1790, p. 83: "Si le système des secours à domicile prévalait, système qui présente entre autres avantages précieux de répandre les bienfaits sur toute la famille du secouru, de le laisser entouré de tout ce qui lui est cher, et de resserrer ainsi, par l'assistance publique, les liens et les affections naturelles, l'économie qui en résulterait serait très considérable, puisqu'une somme beaucoup moins considérable que la moitié de celle que coûte aujourd'hui le pauvre à l'hopital soutiendrait suffisamment l'individu secouru chez lui".

(96) **El Evangelio en triunfo**, IV, p.218 sig.; en esta edición, p. 119 sig., donde se enuumeran las personas (médico, comadronas, visitantes, fabricantes de ropa) necesarias en tal empresa. Cfr. LA ROCHEFOUCAULD - LIANCOURT, **Troisième rapport du Comité de Mendicité**, Paris, 1790, p. 27: "Il serait utile qu'il se trouvât dans cette Agence un médecin, puisque le soin des malades et des enfants est du ressort de l'administration des secours, et parce qu'encore il serait bon que les chirurgiens et sages-femmes répandus dans les campagnes pussent être dirigés par un homme de l'art; il serait encore utile qu'il s'y trouvât un homme qui apportât quelques connaissances dans le fabrication et le commerce des ouvrages susceptibles d'être fabriqués dans les maisons de correction".

(97) Carta 39 del manuscrito (XXXVIII en el texto publicado), fo. 5 (verso) y 6 (recto), 7 (recto) y 8 (verso).

(98) "Il a coopéré à la formation du Comité de bienfaisance établi en cette commune et s'en est toujours occupé avec zèle et continue à la soutenir avec sa générosité ordinaire" (Rapport du comité de Surveillance sur le citoyen Pilos) y "Le citoyen Pilos est un administrateur zélé de la maison de secours qu'il a constamment aidée par son exactitude et les dons qu'il y a faits [...] Que spécialement chargé par la Société de bienfaisance du quartier le plus pauvre, il y est chéri comme unbienfaiteur et l'appui des malheureux" (Pétition des Citoyens de Meung-sur-Loire en faveur du citoyen Pilos et de la citoyenne Lecouteulx). Citado por DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 424.

(99) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 204; en esta edición, p. 112.

(100) **Ibid.**

(101) Vid. DUFOUR (Gérard), "El Evangelio en triunfo devant l'Inquisition", en **Hommage à Madame le Professeur Maryse Jeuland**, Publications de l'Université de Provence, 1983, p. 225 - 231.

(102) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 256; en esta edición, p. 144.

(103) **Ibid.**, p. 344; en esta edición, p. 198.

(104) Manuscrito, carta 39 (XXXVIII en el texto publicado) fol 9, recto. La añadidura es de la misma mano que el texto original.

(105) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 210; en esta edición, p. 115: "Las mujeres por lo general son más tiernas y más compasivas que los hombres, y por eso serán más propias para diferentes objetos de nuestro instituto, como el cuidado de los enfermos". Cfr. BERNARD D'AIRY, Député de l'Yonne, **Rapport sur l'organisation générale des secours publics et sur la destruction de la mendicité présenté à l'Assemblée Nationale au nom du Comité de Secours Publics**, 13 juin 1792, Imprimerie Nationale, que proponía para el auxilio en su domicilio de los enfermos "choisir une partie [...] dans ce sexe où la sensibilité est exquise, et les qualités si aimables ont le plus d'analogie avec ces fonctions intéressantes. Les femmes semblent en effet plus susceptibles que les hommes de les remplir avec succès" (p. 75).

(106) **Cfr. DREYFUS (Ferdinand), L'Assistance sous la Législative et la Convention (1791 à 1795)**, Paris, 1905, que

cita el proyecto de la ciudadana Clavière (mujer del ministro) de fundar una "Société philanthropique et patriotique de Bienfaisance et de bonnes Moeurs [...qui] embrasse tout ce qui constate [sic] la bienfaisance relativement aux femmes, depuis leur naissance jusqu'à leur vieillesse. On y fabriquera des vêtements de tous les âges du sexe, depuis la layette jusqu'à l'habillement convenable à la vieillesse". Tal programa había sido aplicado en la Société Populaire de Meung-sur-Loire, bajo la dirección de Mme Lecoulteux (Archives Nationales (París), A.N. F7 4774.10. Rapport du Comité de Surveillance sur la citoyenne Lecoulteux-Dumoley).

(107) Manuscrito, fol. sin numerar. La corrección esde la misma letra que el texto.

(108) Cfr. SARRAILH (Jean), **L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIème siècle**, Paris, 1954, p. 258.

(109) Cfr. supra, p. 18.

(110) EL Informe sobre la ley agraria de Jovellanos ha sido publicado por primera vez en **Memorias** de la Sociedad económica de Madrid, V, Madrid, 1795. Puede leerse en B.A.E., L.

(111) DEFOURNEAUX (Marcelin), **op. cit.**, p. 446 - 469. P. 129 -171, analiza este informe que ha sido publicado por CARRANDE (Ramón) y RUIZ DEL PORTAL (Joaquín) en **Boletín de la Real Academia de la Historia**, oct.-dic. 1956, p. 357 - 463.

(112) **El Evangelio en triunfo**, IV, p. 153 - 154; en esta edición, p. 81.

(113) **Ibid.**, p. 159; en esta edición, p. 83.

(114) Cfr. MARTIN DOISY (Félix), **Travaux du Comité d'extinction de la mendicité dans la première Assemblée Constituante**, Paris, 1849, p. 4 y LALLEMAND (Léon), **La Révolution et les pauvres**, Paris, 1898, p. 45. Cfr. DUFOUR (Gérard) "Le Village idéal au début du XIX' siècle selon 'El Evangelio en triunfo' de Pablo de Olavide", **op. cit.**, p. 11-25.

(115) Cfr. DUFOUR (Gérard) "Olavide y la Revolución francesa" de próxima publicación en Actas del Coloquio Internacional "La Revolución francesa y la Península ibérica" (Madrid, 1986).

BIBLIOGRAFIA :

LAS DISTINTAS EDICIONES DE EL EVANGELIO EN TRIUNFO

1- **El Evangelio en triunfo, o Historia de un filósofo desengañado,** Valencia, hermanos de Orga, 1797 - 1798, 4 vol. in 4° : XX-416= 432 = 404= 394 p. (con 23 láminas dibujadas por Antonio Guerrero y grabadas en cobre por Tomás López Enguidarnos).

2 - Idem, 1798.

3 - Madrid, Joseph Doblado, 1798, 4 vol. in 4°: XX-416 = 331= 304= 394p.

4 - Idem, 1799.

5 - Idem, 1799 (con 24 láminas).

6 - Idem, 1800, 4 vol. in 4° : XX-440 = 459 = 420 =420p.

7 - Idem 1802 (con 25 láminas y retrato)

8 -Madrid, librería de Sánchez - Joseph doblado, 1803-1808, 4 vol. in 4°: XX-440 = 459 =420 =407 p.

9 - Madrid, Cano, 1805, 4 vol. in 4° : XX-1725 p. (con retrato y 24 láminas de color por Texada, Garrido, Brandi y Orej'on.

10- Madrid, Joseph Doblado, 1809, 4 vol. in 4° : XX-3420 =431 =403 =494 p. (con 23 láminas).

11 - Gerona, Oliva, 1822, 4 vols con láminas.

12- Perpiñán, Alzine, 1823, 4 vol. in 8°: XVII-474 =470 =434 = 418 p.

13- Gerona, B. Imp. y lib. de Francisco Oliva, 1837, 4 vol. in 8° (con 5 láminas).

14 - Idem, 1848 (con 8 láminas).

II - TRADUCCION FRANCESA

1 - **Triomphe de l'Evangile ou Mémoires d'un homme du monde revenu des erreurs du philosophisme moderne. Traduit de l'espagnol par J.F.A. B... des B...** [Buynand des Echelles), Lyon, Buyser ainé et Buynand, 4 vol. in 8 (con láminas).

2 - Idem, seconde édition, Lyon, J. Buynand née Bruyset, 1821 , 3 vol. in 8: XXIV-526 = 528 = 608 p. (con lámina. Esta edición lleva el nombre del traductor).

3 - Troisième édition, abrégée, Besançon, Montarsolo, 1828, 3 vol. in 8: XX-442 = 446 = 526 p. (con "Avertissement" de Buynand des Echelles, p. V-VIII).

4 - Idem , Lyon, Périsse fils, 1831, 4 vol. in 12 : XX-354= 385 = 359 = 366 p.

5 - Idem, 1834 - 1835

6 - Idem, 1838

7 - Lille, Lefort, 1841, in 8, XVI-824 p.

8 - Lyon, Périsse, 1842.

9 - Idem, 1844.

10- Lille, Lefort, 1845.

11- **Retour à la Foi, extrait du "Triomphe de l'Evangile" traduit de l'espagnol Olavides.** Deuxième édition, Lille, Lefort, 1846, 1 vol. in-12, 287 p. (con lámina).

12 - Lyon, Périsse, 1849

13 - Idem, 1849

14 - Idem, 1853.

15 - **Retour à la Foi...** Troisième édition, Lille, 1857, in 12, 240 p. (con lámina)

16 - Lyon, Périsse fils, 1859.

17 - **Retour à la Foi...**, Lille Lefort, 1861.

III - TRADUCCION PORTUGUESA

O Evangelho en triumpho, Lisboa, in 8° (sin indicación de autor , de traductor ni fecha).

IV TRADUCCION ITALIANA.

Il trionfo dell'Evangelio o Memoria d'un Uom di Mondo disingannato degli errori delle moderne filosofia. Opera originale spagnuola, tradotta in varie lingua, ed ora transportata nell'italiana per cura de Promotori della Pia Associazione; Venezia dalla Tip. Gou. di Giuseppe Gattei, 1827, 9 vol. in 12 : XVI- 223= 228 = 230 = 231 = 230 = 240 = 211= 239 = 260 - LIII p.

CARTAS DE

MARIANO A ANTONIO

ADVERTENCIA

El texto que publicamos a continuación corresponde a las cartas XXXVI - XLI de **El Evangelio en triunfo** (tomo IV, p. 84 - 394, edición de D. Joseph Doblado, Madrid, 1799).

La ortografía y la puntuación han sido modernizadas. En cambio, hemos respetado las particularidades léxicas y sintácticas del texto, así como el tan significativo empleo de las mayúsculas.

I

Querido Antonio:

¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu no esperada carta! Después de cinco años de ausencia, después de una separación tan larga, y cuando menos esperaba tus noticias, me hallo con la tuya, en que me avisas de tu feliz arribo, y me añades la satisfacción de saber que has desempeñado tus encargos a gusto del Gobierno. Esto no lo dudaba yo, porque el que con temor de Dios no aparta los ojos de su divina ley acierta en todo.

Pero no siempre se obtiene en la tierra la aprobación y el fruto de las buenas intenciones, y miro como nuevo beneficio del Cielo que las tuyas hayan logrado la aceptación y los premios que me dices. Como quisiera, ya has pagado tu tributo a la patria, y es tiempo de que pienses en pasar con tranquilidad tus últimos días. Esto se entiende si te dejan, pues sabes que si el Gobierno necesita tus servicios, ésta es la primera deuda de un buen ciudadano.

Mucha satisfacción hubiera sido para mí que el navío que te condujo hubiese arribado al mismo puerto de que saliste, pues entonces te hubiera visto y abrazado al paso, y nos hubiéramos instruido mutuamente en los sucesos que han ocurrido durante tu ausencia. Te agradezco la relación que me haces; pero hay mucha diferencia entre contar o escribir las cosas. Una carta es un testigo frío que refiere sin interés, que describe sin fisionomía, y el discurso con el gesto del semblante, y las inflexiones de la voz anima cuanto dices.

Este es el inconveniente en que voy a caer. Tú quieres que yo te refiera mi historia, que te cuente lo que hay de nuevo en esta casa, que te diga cómo me va en ella, si he logrado educar bien los dos niños, según me lo propuse, si éstos han

aprovechado, si su padre ha podido ejecutar los grandes proyectos de beneficencia en que quería ocuparse, si como dices ha logrado transformar este lugar, que te pareció tan abominable, mísero y asqueroso en un pueblo sano y agradable, en fin, quieres que te refiera por menor todo lo que se ha adelantado en este tiempo.

Esta relación, amigo, no es tan fácil de hacer, como quizá te lo imaginas; porque en estos cinco años se ha hecho tanto, y nos han pasado tales cosas, que no es posible comprehenderlas todas en una descripción. Las novedades y mejoras que mi amigo ha hecho y hace todos los días en este lugar son tan rápidas como prodigiosas. Si hubieras pasado por aquí, hubieras tenido un día delicioso con la sorpresa del asombro y con la vista de un tan feliz e inopinado espectáculo, porque la mutación de la escena es completa : lo que dejaste ruina, asco y miseria, lo hubieras visto convertido en hermosura, limpieza, abundancia y felicidad.

En pocos días te hubieras enterado más de lo que yo puedo decirte. Aunque te diga mucho, es imposible que lo diga todo; pero pues Dios no ha querido darme este gusto, y tú exiges de mi amistad este tributo, voy a obedecerte. Procuraré darte una idea de lo que se ha hecho en estos cinco años, y del estado en que se halla hoy esta población. ¡Qué diferencia, amigo, de oirlo a verlo! Pero tu imaginación suplirá a la debilidad del pincel, y tu amistad reconocerá el esfuerzo que hago por servirte.

La misma noche que tú te separaste de nosotros para continuar tu viaje, me expliqué con mi amigo, y le dije : Ya me tienes aquí; me bastó saber que lo deseabas, y estoy dispuesto a obedecer cuanto me ordenes; pero como entre las ideas que me has descubierto, incluyes la de encargarme la educación de tus hijos, debo repetirte lo que dije a Teodoro : no me hallo capaz de tan alta confianza, no soy idóneo para educar dos niños que por su fortuna y nacimiento serán destinados a los empleos más elevados, y me parece que debo desengañarte, porque algún día lo conocerás, cuando ya será tarde.

No creas que mi intención es huir del trabajo, y menos que afecte esta moderación por hacerme rogar : tan despreciable conducta es muy ajena de mi carácter franco. Y para que veas la sinceridad con que te hablo, desde luego te digo que hay muchas cosas que les puedo enseñar. Primeramente la Religión, que ha sido siempre mi primer estudio; tengo también alguna instrucción en las Matemáticas, en la Física y en algunas otras ciencias útiles y sólidas.

No sólo les enseñaré todo esto con gusto, sino que me encargaré de velar sobre ellos, y dirigir su conducta con la más cuidadosa aplicación; pero si se trata de formarles el gusto, y de darles estas gracias exteriores, y modales cortesanos que tanto se estiman en el mundo, te declaro que soy inútil, que no sé nada, y que no soy a propósito. Sabe pues que estoy dispuesto a todo lo que pueda serte útil, pero que no debes fiarte tanto en mi ignorancia, y te suplico que busques otros medios que te aseguren el acierto.

Yo estimo mucho, me respondió, tu tímida franqueza, y respeto más tu modesta desconfianza; pero te responderé como Teodoro : si yo quisiera dar a mis hijos la brillante y corrompida educación del mundo, buscaría un preceptor de otras calidades que las tuyas. Mi ánimo es darles una educación ilustrada, pero cristiana. No excusaré enseñarles lo que contribuya a sostener su nacimiento con decoro; pero no quiero que aprendan nada que los desvíe de esta primera vocación.

Por otra parte, Mariano, viendo los embarazos en que estás, y las dificultades que tú abultas, me figuro que te forjas fantasmas y que tu imaginación te representa que una educación es un monstruo horrible. Quizás mi tranquilidad nace de mi ignorancia; pero yo he puesto en este papel las ideas que me han ocurrido y los deseos que tengo sobre las de mis hijos. Sírvete de leerlo y reflexionarlo despacio. Mira, yo me veo en la necesidad de hacer una ausencia de tres días. Me es indispensable partir mañana muy temprano a uno de mis lugares. Como no te esperaba he escrito a muchos con quienes tengo que tratar negocios graves de que ya te hablaré; me estarán esperando, y les hiciera mucho perjuicio si yo no fuera.

Es menester pues que me perdones. Siento dejarte tan presto, aunque espero volver luego, y que no volveremos ya a separarnos. Me parece también que esta breve ausencia puede ser útil para que te quedes solo con mis hijos; así se acostumbrarán a mirarte como el padre, el ayo y el amigo de quien dependen. A mi vuelta volveremos a hablar, y Dios ayudará nuestra intención. Mi amigo me dio un papel, partió al otro día, y yo desde que me vi solo, leí su escrito que decía así:

Si yo fuera, Mariano, árbitro del destino de mis hijos, si mis actuales desengaños debieran arreglar sus vocaciones, y si no debiera dejarlos en libertad para que cada uno la escoja por sí mismo, y según el cielo se la inspire, mi deseo sería que no escogieran otra que la actual que tenemos, y a la que por mi desgracia me he reducido tan

tarde. Quisiera que se educaran aquí, para vivir aquí siempre, y que nunca salieran de este solitario y pacífico retiro, en que conservan mejor su inocencia.

En efecto, amigo, si lo consideramos con la luz de la verdad, no siendo la tierra más que un estado de prueba, no siendo nosotros más que pasajeros que caminamos a la patria, y no concediéndose el tiempo de la vida transitoria sino para merecer la eternidad, sólo se puede llamar dichoso el que la pasa lejos de los riesgos que presenta el mundo, en donde a la corrupción de la flaqueza propia se añaden tantos alicientes con las máximas falsas, y malos ejemplos.

Por eso yo no conozco en la tierra mayor dicha ni más apreciable gracia que la de pasar toda la vida desde la edad primera en el retiro de una casa, o en el seno de una comunidad que se consagra toda a la virtud. ¡Qué ventaja es haber pasado los días borrascosos de la juventud con la sujeción de una severa disciplina, con la luz de continuas exhortaciones, y con el estímulo de los buenos ejemplos! La más débil virtud puede sostenerse con tantas barreras que se la ponen para que no caiga. Este tiempo que tanto pesa, esta ociosidad que es tan peligrosa, y que abre la puerta a todos los vicios, no tiene allí lugar, ni puede producir sus estragos porque todas las horas se ocupan con arreglados y religiosos ejercicios.

Así se pasa la vida sin sentir, y cuando con la edad calman las pasiones, se reconocen con gratitud todos los bienes que se consiguen. ¡Qué felicidad la de haberse librado de tantos peligros y verse en el puerto donde se registran tantos naufragios! ¡Qué consuelo el de verse cercado de auxilios contra nuevos temores! ¡Qué fortuna encontrarse cerca de la muerte acostumbrado a la virtud! ¡Ah, Mariano! los que el cielo ha distinguido con este privilegio deben dar muchas gracias a Dios. Estos son los felices verdaderos, porque han navegado con viento próspero, y llegan a la orilla sin naufragar en las tempestades.

Pero como el mundo no puede componerse sólo de hombres retirados, porque la armonía y la conservación de las sociedades humanas exigen diferentes destinos, y todos provienen del autor del órden, es sin duda necesario que cada uno siga en general aquel que le indica el cielo por su situación y nacimiento, y es claro que todos pueden hacerse felices en ellos. ¡Dichosos pues aquellos que, contentos con la suerte que les ha cabido, no aspiran con una ambición insensata a ser más de lo que Dios ha querido que sean, y que sin añadir los riesgos de la opulencia o de la

autoridad, procuran en su esfera cumplir con sus obligaciones!

Pero la desgracia es que el hombre por la degradación de su naturaleza y por el desorden de sus pasiones aspira siempre a elevarse, y el moral del mundo es tan corrompido que a este desarreglo del corazón da el nombre de ambición honrada. El injusto y peligroso conato de dominación se llama elevación de alma, y nadie se averguenza de pretenderlo todo. El orgullo ha perdido toda especie de rubor, y con descaro se manifiesta poco satisfecho si no manda a sus semejantes y si no los domina. Esto es lo que únicamente ocupa toda su actividad, sin reflexionar jamás, que cada honor, cada grado, cada dignidad le cerca de nuevos peligros, le aumenta las obligaciones, y le añade más dificultades de salvarse.

Si los hombres nacieran cuerdos, cada cual contento con la suerte que le cupo, lejos de extenderla, trabajaría por reducirla lo más que le fuera permitido. Su mayor deseo sería separar de sí todos los afanes ajenos o superfluos para reforzar su atención sobre él mismo y sobre los deberes inexcusables que el cielo y la naturaleza le imponen. No es la tierra la mansión de las dichas, ni puede haber en ella estado que no tenga sus penas; pero si la imaginación buscara el que tuviera menos, iría a buscar en derechura a un propietario que no lo es más que de un corto terreno, de un terreno suficiente para ocuparle sin cesar, y para mantener sin escasez su virtuosa familia. Este hombre, si un mal gobierno no le aflige, es el que en mi juicio podrá correr los días de esta miserable vida con más tranquilidad e independencia, será el que al fin de su vida habrá sufrido menos, y saldrá de ella con menos responsabilidad.

Así pues esta loca ambición, que no suspira más que por empleos, dignidades y honores, no hace más que trabajar por hacer más peligrosa y más difícil la cuenta que tenemos que dar. Por divertir y contentar el corto número de días que vive, con sus mismas manos hace cuanto puede para hallarse rodeado de riesgos y dificultades en su tránsito a la eternidad. Al que ha nacido en medio de estas dichas del mundo, parece que la providencia le destina, y el cielo le encarga semejantes obligaciones. Así pues debe recibirlas como una carga que el cielo le impone, y pedirle sus luces para desempeñarlas, y no debe buscar otras, sino contentarse con las que le indica la voluntad divina.

Yo creo que éstos deben ser los principios de un cristiano; que su trastorno es el origen de todo el desorden del mundo, y que esta prevaricación en ideas tan vanas no sólo es

contraria al espíritu del Cristianismo,sino muy dañosa a la humana sociedad; porque, amigo, esta ambición casi general con que todos pretenden salir de la clase o esfera en que los colocó la naturaleza para elevarse a otra supoerior, está en continua contradicción con todas las reglas de buen gobierno, y pervierte las ideas del orden.

Los hombres que la naturaleza destinó al campo o a los trabajos de las artes abandonan por lo común los lugares en donde nacieron y en que pudieran ser muy útiles. Se transportan a las ciudades populosas, en donde abundan las riquezas, y se reparten los empleos y en donde esperan hacer fortuna; pero no es tan cierto que la encuentren como que hallarán en ellas una corrupción de costuumbres desconocida en sus hogares, y es muy de recelar que perderán su inocencia antes de encontrar un destino.

De esto nacen también otros muchos inconvenientes políticos. Pues ésta es la causa primordial de esa deplorable multitud de ociosos, mendigos y vagabundos que infestan la nación, y del atraso de los oficios; pues si los hijos siguieran desde luego el de sus padres, le aprenderían mejor; y de esto proviene el abandono del campo y atraso de la agricultura, la disminución de la población útil, y el aumento de la viciosa y superflua; pues no sólo una parte se hace inútil y nociva, entregándose a los vicios, sino que también otra deja de ser provechosa, porque se entrega a las tentaciones del lujo. Sería nunca acabar describir estos daños; pero como no son de mi asunto, voy a tocar otro inconveniente mayor, y que me pertenece más de cerca.

Digo más de cerca, porque nosotros mismos somos los autores. Esta manía de mejorar la suerte se concentra en los que nacieron sin haberes; también se extiende a los que lograron la mejor y la más alta fortuna. Parece que los que obtuvieron el privilegio de nacer con distinción y con riquezas no deban tener otra ambición que la de gozar de estos dones, y hacer buen uso de ellos, pero no es así. El Grande aspira a ser más grande, y el rico quiere ser más rico.

Yo me figuro un joven, como yo era, nacido en el seno de la grandeza y la opulencia, heredero de una casa distinguida, y Señor de muchos lugares, en que mis abuelos me dejaron cómodas habitaciones. Si yo hubiera querido consultar mi razón, ésta me hubiera dicho que pues el cielo me había enviiado al mundo con tantas ventajas, me indicaba en ellas mismas la razón que ha tenido para concedérmelas, y que si me ha dado el señorío de muchos lugares, es para que los proteja y cuide de ellos; y si me ha dado más rentas y

riquezas que a mis vasallos, es para que socorra con lo superfluo de mis gastos a los que necesitan de este auxilio, y que si a los que nacieron más inferiores les impuso la ley del socorro, de la vigilancia y protección.

Yo debía pues considerarme como el padre de todos estos pueblos, como un tutor nombrado por el cielo para cuidar de su felicidad. Y ved aquí una vocación conocida e indubitable; porque mis obligaciones eran naturales e inherentes a la dignidad y ventajas de mi nacimiento. Acaso hubiera sido mejor para mí, y para todos los demás, no nacer con estos privilegios que los hombres estiman tanto, acaso a los ojos de la fe podrá ser más feliz el que nace con menos tierras y ningún señorío; pero como no se escoge el nacimiento, y que es menester recibirle como Dios le da, aquel que le recibió con estas, que el mundo llama ventajas, debe por lo menos entender cuáles son sus obligaciones. No sería justo que, cuando saborea las dulzuras que le halagan, no satisfaga las deudas que le imponen.

Es pues evidente que todos los que hallan en su nacimiento el derecho de mandar a otros hombres y de llamarlos vasallos, nacen también con la obligación de protegerlos, y por consiguiente que el primer objeto de su educación debe ser el formarles un corazón benéfico a favor de estas gentes que el cielo les confía; hacerles conocer y sentir el rigor de la miseria, para que procuren desterrarla de los confines que Dios ha señalado a su celo, enseñarles los principios de la felicidad pública, para que sepan promoverla en sus dominios, y en fin hacerles entender cuánto deben animar el trabajo, desterrar el ocio, extirpar los vicios, y alentar a la virtud.

Como para obtener estos bienes es necesario adquirir los conocimientos de la experiencia, es menester dárselos, hacerles ver los ejemplos de otros pueblos felices por haber logrado buenos administradores, y hacerles conocer los medios con que los han conseguido. Se les debe dar la idea del orden, y tratar de inspirarles el gusto y el amor de esta virtud; porque sin ella el talento es inútil, y los esfuerzos vanos. Sobre todo se ha de trabajar en hacerlos humanos, generosos y sensibles, haciéndoles entender que si Dios los distinguió en la distribución de las riquezas, no es para que satisfagan sus antojos, sino para convertirlas con moderación y decencia en sus necesidades y las de su familia, y para que repartan las restantes sobre los pobres, especialmente aquéllos que puso bajo su dirección.

Ved las primeras ideas generales; y no puedo dejar de lastimarme al paso, cuando reflexiono cuán contraria a estos

principios fue la educación que recibí, y la que comunmente se da a nuestros ricos y señores. En lugar de instruirlos que si tienen pueblos es para gobernarlos bien, para socorrerlos, consolarlos y servirlos, sólo se les repiten los nombres para contentar su orgullo, y apenas los conocen sino por las exacciones con que los consumen. Pocas veces van a ellos, y si van, es a recibir los respetos que exigen, y no a informarse de sus miserias para remediarlas. En lugar de hacerles conocer las obligaciones con que han nacido, y de enseñarles los medios de desempeñarlas, su misma educación los desvía de estos objetos propios de su estado, y sólo se ocupan en objetos extraños de su vocación, en ideas que sólo pueden excitar una mal entendida ambición, pues contradicen, y aun se pudiera decir que casi rebajan los destinos de la providencia.

Así se ve que la mayor parte de los hombres que han nacido en medio de la grandeza y fortuna, que traen consigo cuanto pudiera satisfacer un corazón sano, y ocupar su vida con honor y virtud, no contentos con tan altas ventajas, buscan otras que acaso no son mayores ni más agradables, sino de otro género y de otra esfera. Desdeñan gobernar paisanos, desprecian el respeto de los hombres sencillos, no sienten el inefable placer de hacerlos felices, y en lugar de esta noble y digna ambición, por un incomprensible prestigio del orgullo tienen la de mandar a sus iguales, tal vez a sus superiores, y para esto sólo ambicionan los cargos militares o los empleos de la corte.

No digo que la primera deuda de un ciudadano por más noble y rico que se le suponga no sea la de servir al estado en que vive, y al Soberano que le manda; pero esto debe entenderse cuando el estado y el Soberano necesitan de su persona, y cuando pueda serles útil. Hay mucha diferencia entre los que aceptan los empleos por obediencia o por deber, y los que los solicitn con ardor, y los arrancan con importunidad, entre los que quieren pagar su deuda, y los que sólo aspiran a satisfacer su ambición.

Los primeros, si emplean algún tiempo o los años de su juventud en el servicio del Estado, desde que creen haber cumplido, y cuando no tienen talentos extraordinarios que los hagan necesarios, se retiran a pensar en sí mismos, y sobre todo en la felicidad de los pueblos, a quienes no sólo deben las distinciones naturales, sino la propia subsistencia. Los otros, siempre alucinados con la pueril ambición del mundo, son como niños viejos, que envejecen adormecidos, o en los cargos militares en que no son útiles, o en los empleos de palacio, en que no son necesarios.

CARTA I

Esta manía que se ha hecho tan general, es una de las mayores causas de la desolación del estado. Al principio, debió su origen a la política. El reino estaba dividido en partidos. La autoridad Real no estaba todavía bien establecida. Los Señores de pueblos que vivían en ellos eran muy poderosos, se hacían la guerra entre sí, y tal vez la hacían al Rey. En estas circunstancias fue conveniente traerlos a la corte, y tenerlos a la vista, para asegurarse de su conducta. Para contentarlos se les alagó con la perspectiva de los empleos de palacio. Y esto bastó para satisfacer su orgullo, y después sus pasiones hallaron en el tumulto y placeres de la corte con que recompensarse del sosiego y de la dignidad que dejaban abandonada en el campo.

El hombre sabio se pudiera reir de la habilidad de los unos, y de la imbecilidad de los otros, si este descuaderno de las indicaciones naturales no produjera más que un espectáculo sin consecuencia, si no fuera más que un objeto especulativo, como otros muchos, en que se ve por un lado la destreza del supremo poder, y por otro la ridícula ambición de los que se le acercan; pero no puede dejar de afligirse cuando considera los muchos males que ha producido, pues no hay duda que éste es uno de los daños más capitales que pueden contribuir poderosamente a la ruina de la prosperidad general.

Así se admira y se aplaude a la política que entonces se sirviese de modo tan oportuno para establecer la autoridad suprema y protectora que debía traer consigo la paz, el orden y la felicidad; pero sería igualmente loable que después de haber logrado tan completamente su designio y cuando ya segura de sí misma no necesita de tan duro remedio, procurase curar los males que ha ocasionado, restituyendo a la naturaleza los medios de que se vale para derramar con mano menos desigual sus beneficios sobre toda la extensión de las provincias y de los pueblos.

Porque no hay duda que la naturaleza es liberal en todas partes, que no hay distrito habitado por hombres a quien no ofrezca ella sus producciones respectivas; pero en todos exige trabajo y cultivo. Su intención en general, y con algunas excepciones, es que cada terreno tenga sus productos propios, que los hombres vivan en el suelo en el que nacen, que cultiven la tierra en que viven, que se alimenten con los frutos que recogen, y que además tengan un superfluo para trocarlo por lo que les falte. Así la hace como violencia el que desordena esta marcha regular de su arreglada y benéfica atención. Y todas las instituciones sociales que se opongan o contradigan a estos principios, parece que la fuerzan y la violentan.

De aquí nace que la formación de las ciudades populosas en ciertos puntos de la tierra, en que se acumulan muchos hombres dejando abandonados muchos campos, es una operación que sólo ha podido dictar la necesidad de la defensa en la guerra, o el delirio de la ambición en la política, que no puede ser hija más que de la desgracia o del error, que se opondrá y estará siempre en contradicción con las sabias instituciones de nuestra madre común, y que la buena política, cuando no puede atajarla, desea a lo menos contenerla.

Pero nada puede alterar tanto las intenciones de la naturaleza como el establecimiento de una metrópoli. Como reside en ella el Soberano, dispensador universal de todas las gracias, como allí van a parar todas las riquezas porque todas las provincias tributan al erario, como allí arrastra la ambición a todos los pretendientes, como allí corre todo comercio, porque allí espera más ganancias, y en fin como allí va todo, porque es todo, la corte podría llegar a ser el gigante del reino y como un monstruo del cuerpo político que se traga cuanto el reino produce; y si la política no le ataja esta rabia devoradora, si no sabe detener en su puesto a los que con conato irresistible propenden a arrojarse en el gran abismo, no tardarían en quedar secos y agotados los canales que entumecían su monstruosa excrecencia.

Esta manía de transportarse los hombres y las riquezas, este furor de huir del país nativo para engolfarse en la corte, ocasiona en gran parte la ruina de las provincias, los campos quedan despoblados y sin brazos, y destituídos de medios, la agricultura se debilita, las artes huyen o se entorpecen, las producciones disminuyen y toman unos precios tan subidos que incomodan a todos.

El medio único, el más simple y seguro, es que el gobierno promueva por leyes, por ventajas, y por cuantos arbitrios le da su autoridad, que los señores, los ricos y los grandes propietarios vayan a habitar en sus tierras. Esto sólo es capaz de hacer revivir una nación en poco tiempo. Entonces los que son dueños de las tierras se verán obligados a cultivarlas. Los jornaleros hallarán ocupación, las artes ejercicio, la agricultura medio, y las costumbres muchas mejoras. Me he embarcado en esta digresión porque la aplicación de estos principios es la que me ha dado las ideas que tengo sobre la educación de mis hijos. Y así vuelvo a ellos.

El cielo los ha hecho de una clase que, según las máximas del mundo, pueden aspirar a los más altos empleos de la guerra y de la corte. A pesar de mis profusiones y delirios,

yo espero dejarles muchas rentas, tierras y señoríos. Acaso con la luz actual de mis desengaños, yo quisiera que tuvieran menos, porque ya siento la carga y la cuenta que se ha de dar a Dios. Una fortuna medianamente independiente y exenta de obligaciones me parece el más alto grado posible de la felicidad humana, porque esto es más seguro para la tranquilidad de la vida, y para hallarse con menos inquietudes a la hora de la muerte. Pero como yo no puedo defraudarlos de los bienes que les reparte el cielo, no me queda otro arbitrio que educarlos de manera que puedan después hacer de ellos el buen uso que deben.

Supuesta esta basa, si yo escuchara mi razón, y los temores de mi propia experiencia, quisiera que se criasen en estos campos, y que nunca saliesen de ellos. Quisiera dividir su fortuna de manera que con ella se formaran dos partes iguales, y dejar a cada uno la suya libre, independiente y separada. Quisiera inspirar a los dos el gusto y el amor de las ocupaciones rústicas, de los inocentes trabajos del campo, así para dar pábulo a la inquieta actividad de lajuventud, como para distraerlos de toda afición o gusto pernicioso. Quisiera casarlos temprano sin buscar en sus mujeres otros caudales que un nacimiento honrado y mucha cordura y virtud. Demasiado ricos serán ellos para solicitar otros bienes, y yo sólo deseo hacerlos cristianos y dichosos.

Bien sé que no debo formar sus destinos, y que ellos los deben escoger; pero puedo aconsejarles y dirigirlos. Mi naufragio debe estimular a que con celo los aleje del golfo. Si en mayor edad con más conocimientos quieren ir a servir en la corte, lo podrán hacer; pero no seré yo el que los encamine. En cuanto a la guerra, conozco su obligación, y si manifiestan aptitud para ella, y si las circunstancias lo exigen, no me opondré a que paguen su deuda al Estado; pero quisiera que al instante que dejen de ser útiles, se vuelvan presurosos a su dulce retiro.

Yo me figuro, amigo, que dos muchachos instruidos y acostumbrados a las apacibles tareas de los campos, que siempre ocupados no han dado lugar a la ociosidad, ni entrada a los vicios, que han hallado temprano los halagos de la naturaleza entre los brazos de una mujer querida y honesta y que extenderán por lo regular los afectos de su corazón a los frutos que nacerán de sus honestos matrimonios, han alcanzado toda la dicha que es permitida a los mortales en la tierra: habrán pasado el borrascoso intérvalo de la juventud con menos peligros, llegarán a la madura edad más acostumbrados a la inocencia y a la virtud, y podrán en fin terminar el breve curso de esta vida fugaz con menos zozobra y con esperanzas más bien fundadas.

Con esto te he descubierto el blanco que se proponen mis deseos, y ya debes entrever las líneas que me pueden dirigir a este punto. La primera es ocuparlos siempre. Con este fin me propongo enseñarlos y acostumbrarlos a los ejercicios rústicos; y a medida que se vayan adelantando en edad, repartiré entre ellos el cuidado de diferentes ramos, pero les dejaré el honor de su inmediata dirección. Pero antes de esto, les haré frecuentar las casas de los más hábiles artesanos, para que adquieran una idea de todos y cada uno delos oficios más necesarios. Esto los pondrá en estado de saber lo que mandan, ocupará su tiempo, ejercitará sus miembros, y robustecerá su temperamento.

Además quiero que se apliquen seriamente a una arte, y la aprendan perfectamente como si hubieran de ganar con ella su vida; y hasta ahora, lo que me ha parecido mejor es el dibujo y colorido, así porque todo esto es aseaso como porque sé que en el lugar hay un profesor, que por fortuna es muy hábil y de costumbres excelentes. Mi ánimo es ocuparlos estos tres o cuatro primeros años, poniéndolos allí por algún tiempo. Esto es, irán todas las mañanas a aprender una o dos horas, y esto bastará para su instrucción, y me parece que con esto pasarán una juventud completa.

Si consigo que se acostumbren a esta vida simple e inocente, si el amor de los hijos que tuvieren basta para llenar su corazón, si puedo lograr que su mayor pasión sea la felicidad de los pueblos, si veo que continúan los ejemplos que me propongo darles, si después de vivir con moderación, emplean el sobrante de sus rentas en beneficios generales de sus pueblos, y en el socorro de los necesitados, y en fin si obtengo que su corazón no necesite de otras diversiones y placeres que los que puede presentarles la dulce paz de una familia querida, la felicidad de sus vasallos, de sus criados, dependientes, y de cuantos tengan relación con ellos, yo seré el más feliz de todos los hombres.

Pero como su gusto puede no conformarse con estas ideas, como el destino o las circunstancias pueden llevarlos a la corte, a la tropa, o a grandes ciudades, me parece que debo darle una educación tal que puedan presentarse en todas partes con decencia. Así me parece que debo hacerles aprender el latín, que es la lengua de la Religión y de las ciencias, sobre todo la suya propia, que es la que deben hablar siempre, y que además deben hacer otros estudios que contribuyan a ilustralos, a rectificar su juicio y moderar su corazón.

Pero ésta es la parte en que por mi muy descuidada educación me hallo menos instruido, y necesito de que mis amigos me socorran, principalmente Mariano, a quien pido me explique con franqueza lo que puede haber de defectuoso en las ideas generales que aquí le expongo, y al mismo tiempo me indique la marcha, el método y la naturaleza de los estudios útiles que deseo que hagan.

Yo quedé muy consolado leyendo este escrito, en que vi ideas tan conformes a las mías, y al instante me puse a responderle en estos términos.

Todo lo que dices, amigo, en tu papel es excelente, y mi corto talento se alienta mucho con tus juiciosos y cristianos proyectos porque creo que podré ayudarte en muchos de ellos. Yo había meditado poco hasta aquí sobre estas materias, pero me parece que cuando Dios te inspira ideas tan sólidas y deseos tan santos, si tomamos la luz del Evangelio para que nos alumbre, podemos marchar sin riesgo de extravío.

Tú quieres que junte mis reflexiones con las tuyas, y a pesar de mi justa desconfianza, voy a hacerlo con el celo de la amistad. Yo pienso como tú que no estando seguro del gusto de tus hijos, ni del partido que querrán tomar en adelante, debes darles la especie de educación universal que te propones. Una educación tal que si conformándose con tus deseos se acomodan a vivir siempre en sus tierras, pueda hacer su propia felicidad, ocupándose en la administración de sus haciendas, y en el bienestar de sus pueblos. Pero que también si su gusto o las circunstancias los conducen al comercio del mundo en la corte, en la tropa, en las grandes ciudades, puedan presentarse sin rubor y sostener con decencia el carácter propio de su clase.

Pero, amigo, para lograr estos dos fines, no es menester mudar de plan. La buena educación es buena para todo. La religión, la moral, los principios de las ciencias sólidas, y los conocimientos de las artes útiles, que deben ser la basa de una educación bien entendida, sirven para todas las situaciones y destinos, y son tan propios a dirigir y hacer feliz al hombre del campo como al cortesano, al militar o al ciudadano. Así en el plan que voy a describirte, yo no te propondré más que las instrucciones necesarias y útiles, que son siempre ventajosas en todos los estados, y sin las cuales ningún hombre puede decirse verdaderamente instruido. Yo no te diré sino lo que creo absolutamente necesario para formar lo que se llama un hombre sólido, capaz de todo, y que le pone en disposición de hacer buen uso de sus talentos y fortuna, de pagar a Dios el tributo que le debe, de ser

útil a los demás hombres, de ser feliz y hacer felices a todos los que le rodean. En fin, te expondré la educación que en tus circunstancias me parece conveniente a tus hijos, y tal como yo concibo que se debiera dar a todos los jóvenes que nacen en una casa distinguida con la esperanza de heredar muchos bienes.

Ya estamos convenidos en que el primero de nuestros estudios será la Religión, y que todos los demás serán subordinados a éste. Que no sólo les haremos aprender las verdades fundamentales de la fe, sino también la historia de la Religión, para que vean en ella las pruebas evidentes de su divinidad. Ya sabes que éste es el defecto mayor de nuestra educación general. Apenas se enseña a los niños la Doctrina Cristiana en la primera infancia, y cuando todavía no son capaces de reflexión; y apenas se les da una idea confusa de los grandes misterios, sin que se les expliquen jamás los motivos que tienen para creerlos.

Después se les lleva a la Gramática, y a otras artes o ciencias, sin que se les vuelva a hablar de Religión, y cuando acabados estos estudios literarios, debieran ellos mismos abrir los ojos, y aprender o enterarse de la Religión que profesan; por la mayor parte no lo hacen, o las pasiones los arrebatan, o los negocios los ocupan, y de esto nace que los más aun de aquellos que pasan por instruidos jamás la conocen bien, y que los más fútiles ataques de incredulidad los perturban y los pervierten.

Nosotros trataremos de preservar a los nuestros de este peligro. No sólo les enseñaremos lo que deben creer y practicar, sino el por qué lo deben practicar y creer. Las cartas que escribiste a Teodoro, y lo que te ha dicho tu Director, acomodado por nosotros a la capacidad de tus hijos, nos facilitarán este estudio, y no descansaremos hasta dejarlos bien aguerridos y fortificados contra los ataques de la falaz Filosofía.

Pero como después de la fe no hay nada tan esencial como las costumbres, en esta parte debe ejercitarse mucho nuestra vigilancia. Yo pienso que la primera obligación de un padre o de un ayo, que se encarga de la crianza de los niños, antes de ninguna otra cosa, es criarlos de manera que nunca pierdan la inocencia que les dio la santidad de su Bautismo. El que por su ambición, su avaricia, sus malos ejemplos, o sólo por su negligencia, los priva de bien tan soberano y los expone a recaer en la esclavitud del demonio, comete el mayor delito que un hombre puede cometer.

CARTA I

¿Qué conseguirá un padre con que su hijo sea el honor de su familia, la delicia de la corte, o el heroe del Estado? ¿Qué logrará con dejarle grandes bienes o verle en los más altos honores, si no le deja el gusto y el amor de la virtud? ¿Y qué será el mismo sino un padre cruel, tanto más inhumano cuanto más haya procurado estas ventajas pérfidas con que le ha escondido más su peligro, y le ha hecho más difícil el remedio ? Este hombre no es un padre, es un sacrílego que ha destruido el templo de Dios vivo para construir la infame Babilonia. Es un furioso insensato, porque no puede haber mayor demencia, frenesí más estúpido, ni delirio más rabioso y brutal, que el de un padre insensible, que arrastra consigo a un hijo incauto, y le precipita en el mismo abismo en que él se arroja.

Pero para que un padre pueda conservar intacta la inocencia de su hijo, es indispensable que sin cesar le parte de la vista todos los objetos que le pudieran seducir o que le fortifique contra ellos. Debe ser un Angel tutelar que le acompañe en el camino, quitando todas las piedras en que puede tropezar. Sin duda que debe perfeccionar su espíritu, aprovechar sus talentos y el buen uso de ellos; pero no lo conseguirá si antes no le enseña a conducirse en todo por la razón. Y como un niño no es capaz de ella, es menester que supla su defecto por la autoridad de la Ley divina, haciéndole entender que ésta es la regla suprema, y que no hay ni puede haber razón más segura ni sublime que la Ley que Dios nos ha dado, y que quiere inviolablemente él mismo.

Así pues antes de todo es indispensable empezar por la obediencia que se debe a la Ley, y acostumbrarlos a respetarla y sujetarse a ella. Esto no es fácil porque los hombres en general, y más particularmente los niños apenas creen otro que las impresiones de sus sentidos. Son carnales, y casi sólo los conmueven los objetos exteriores. Las impresiones morales son hijas de la reflexión, y ellos la tienen débil todavía. Pero por lo mismo que por su organización son poco capaces de raciocinio, es menester suplir esta falta con algún resorte que les produzca algún efecto. Y mientras no pueden conocer por sí mismos la evidencia de las verdades metafísicas, no veo otro que ponerles a la vista la autoridad del Criador a quien se debe obedecer.

Por eso un padre no debe conceder nada a sus hijos por pura bondad, menos por capricho, y mucho menos por importunidad. Me parece que siempre a la vista de sus hijos debe conducirse únicamente por la razón, y hacer de esta razón, que dimana de la Ley divina, un principio o una regla general y necesaria de las acciones y voluntades de todos; que es menester acostumbrarlos desde la edad más tierna a

consultarla, a seguirla y sujetarse a ella de manera que en todas las ocasiones deben dar una buena razón hasta de sus deseos.

Al principio será preciso contentarse con razones débiles, o con las apariencias de razón, porque no serán capaces de más, y no será prudente apurarlos para que no se aburran; pero esta sola necesidad de buscarla, y el deseo de encontrarla son ya útiles porque los acostumbra poco a poco, mientras se va formando su carácter, y se les hace familiar la idea de que no deben hacer nada sino por razón y con subordinación a la Ley inmutable, que sola debe reglar nuestras acciones.

Yo no gusto de lo que generalmente se practica en la educación de los niños. Se les carga la memoria de mil cosas inútiles, que no pueden servir más que de comprimir y fatigar unas facultades que no tienen todavía extensión ni consistencia, y que ya están demasiadamente irritadas y conmovidas con la impresión de tantos objetos exteriores. Yo quisiera que se prefiriera el método de hacerles comprehender con claridad los principios ciertos de las ciencias prácticas.

Quisiera también que, aunque todavía sean débiles para conocer bien la evidencia de las verdades espirituales, se les habituara a lo menos a distinguir y penetrar las que son más simples, y que presentan nociones más claras, sobre todo las que deben prepararlos y sirven de basa a verdades más complicadas. Por ejemplo, que se les enseñara a distinguir el alma del cuerpo, y a conocer las propiedades y modificaciones de estas dos sustancias. Lo que en especial me parece más útil es que se les enseñe a desconfiar de sus propios juicios, y de todas sus opiniones sobre objetos morales o sobrenaturales, cuando no tienen más apoyo que la persuasión de sus sentidos, y a no seguir su propio dictamen cuando no está sostenido con las luces que nos vienen del cielo.

El desarrollar estas ideas pediría mucha discusión, y no es mi designio escribir un volumen. Puede ser que si un día tengo tiempo, le ocupe en esto. Entre tanto en la experiencia práctica, verás la aplicación, y ahora me baste decirte que se muere a los diez o doce años de edad como a los sesenta, y que no se debe perder de vista esta verad. ¿Qué será de un niño si la muerte le sorprende con el corazón ya corrompido ? ¿Si su espíritu ya está lleno del orgullo de su calidad, y del amor de los bienes y gustos de la tierra? ¿Qué le servirá en el otro mundo la Geografía de éste? ¿Ni de qué le aprovechará en la eternidad haber aprendido las épocas del tiempo?

CARTA I

Todos estos conocimientos, cuando no están acompañados de la virtud, desaparecen con la muerte y no conducen a la vida eterna. Si los preceptores han preferido a la ciencia de la religión y al cuidado de las costumbres el arte de declinar y conjugar, sus discípulos podrán saber el latín, podrán estar adelantados en la historia, se dirá que eran prodigios, y que daban muchas esperanzas; pero ¡ay! estas esperanzas que daban eran para un mundo en que no debían vivir, y de nada les servirán en aquél en que nada valen las vanidades, en que consumieron el poco tiempo que se les dio para merecer.

¿Hay en el cielo recompensas eternas para estudios vanos? ¿Hay premios de honor para los que hacen composiciones sin defectos? ¿Dios juzgará a los niños por otra ley que le del orden inmutable? ¿Les hará otros cargos que las infracciones del Evangelio que no han practicado o no han conocido? Sin duda que los padres deben criar a sus hijos para servir al estado y al Soberano, pero es después que los han educado para Jesucristo y para el cielo. Si deben afanarse tanto en formarlos para una sociedad de pocos días, ¿cómo deberán afanarse en formarlos para una sociedad que dure siempre? Pero ¡ay! los más instruidos en las ciencias vanas, esos filósofos que se jactan tanto de su ilustración y su saber son los que más desprecian esta ciencia divina, los que más corrompen las públicas costumbres, y los que más turban la tranquilidad de los Estados.

No digo que no se deban aprender muchas ciencias: no pienso que para ser cristiano, pueda conducir ser ignorante y bárbaro. Pero digo que la ciencia de la salud eterna debe ocupar la primera atención; que no se deben aprender las otras, sino cuando el espíritu ya formado por la primera está dispuesto a hacer buen uso de ellas; que no se debe dejar la instrucción de las verdades esenciales para un tiempo a que quizás no llegará, o en que las pasiones no darán lugar a que se puedan gustar y meditar con fruto. Tampoco digo que no pueda mezclarse con el estudio de la Religión el de otras cosas, en especial de aquellas que enseñan a fijar la atención. Por el contrario, me parece que este estudio puede serles muy útil, porque sólo el trabajo de la atención conduce a la inteligencia de la verdad. Y para que entiendan bien las ideas de la Religión, es conveniente acostumbrar los niños a que apliquen la suya. Así me parece que será muy bueno enseñarles desde luego, y exercitarlos en los primeros elementos de las Matemáticas; no sólo porque son las ciencias más sólidas y estimables por sí mismas, y que deben ser preferidas a casi todas, no sólo porque son la llave y puerta de las otras, sino porque su estudio es tal que no es posible aprender nada sin aplicarse. Es imposible entender nada en un libro de Geometría aquel que no aplica su atención a lo que lee.

Ved aquí pues la primera ventaja de este estudio que es acostumbrar los niños a la atención; y en virtud de esta costumbre, su cerebro se va haciendo capaz de toda especie de inflexiones y va adquiriendo fuerzas. Por eso los que desde niños se habituan a meditar, no sólo están más en estado de aprender todas las ciencias, sino que pueden juzgar sanamente de todo, adquieren la aptitud de seguir y profundizar las materias más abstractas, pueden hacer descubrimientos ingeniosos, y son capaces de prever y calcular las consecuencias y resultas de las empresas más inciertas. Y sobre todo se forman un gusto o sabor de la verdad que la sienten y la penetran desde que se presenta; a fuerza de buscarla la conocen ya tanto que se puede decir que casi sin raciocinio, y sólo por instinto la saben distinguir.

Por el contrario las ciencias de memoria turban las ideas más claras, porque por la mayor parte no presentan sobre toda especie de objetos más que semblanzas, verisimilitudes y congruencias. Los hombres que no saben analizar se acostumbran a contentarse con ellas: no distinguen la diferencia que va de ver el objeto a verle bien, y por todos sus lados. Se detienen y se satisfacen con las superficies que los objetos les presentan: cada cual las ve a su modo, y por eso disputan sin medida ni fin.

Sola la verdad es una, indivisible e inmutable. Sola ella puede reunir los espíritus: y esto es lo que únicamente logran los que aprenden las verdades que pueden demostrarse. Las ciencias de memoria tienen otros defectos: naturalmente, inspiran orgullo. El alma se envanece, el corazón se hincha con la multitud de hechos que se acumulan en la cabeza. Auque todas sus especies sean poco útiles, aunque no hayan aprendido más que lo que pertenece a los cuerpos, a las obras del tiempo, o a las opiniones de otros hombres, se imaginan saber mucho y que su espíritu ha adquirido tanta extensión, realidad y permanencia como los objetos de sus ciencias. Con esta presunción su espíritu se derrama en todas las partes del mundo, remonta hasta los siglos más remotos, y mientras vaga, y se pierde en regiones tan vanas, no se ocupa en lo que es él mismo en el tiempo presente, y en lo que será en la eternidad; se olvida de sí mismo, para absorberse en un mundo imaginario con historias de cosas que dejaron de existir, o de quimeras que nunca han existido.

Tampoco quiero decir por esto que se deba despreciar la Historia, y que no se estudien más que las ciencias exactas. Lo que digo es que se deben estudiar las ciencias por el orden de su importancia y de su utilidad; que no se debe estudiar la Historia sino cuando se ha estudiado su propio corazón, su Religión y sus obligaciones, cuando por otros

estudios preliminares se ha puesto en estado de poderla aprender con discernimiento para no dejarse alucinar con sus falsas opiniones, y saber a lo menos distinguir en parte la verdad de los hechos de la imaginación del historiador.

Se pueden estudiar otras lenguas; pero es cuando se sabe ya lo que es una lengua, y sobre todo cuando se sabe bien la de su país. En una palabra, es menester haber aprendido a ser hombre Cristiano y buen Español antes de aprender a ser historiador, poeta o extranjero. También digo que no se debe aprender nada, sino para hacer buen uso de ello. Por ejemplo, no se debe aprender la Geometría para llenarse la cabeza de las propiedades de las líneas, sino para procurar a su entendimiento toda la fuerza y entensión de que es capaz.

En general, conviene empezar los estudios por las ciencias más necesarias, o que pueden contribuir más a perfeccionar el espíritu y corazón. El que solamente sabe distinguir el alma del cuerpo, el que no confunde sus pensamientos y deseos con otros movimientos de su máquina, con el simple conocimiento de esta única verdad es más sólidamente sabio, y está más dispuesto a serlo cada día más que el que habiendo aprendido todas las historias, costumbres y lenguas de los pueblos, ignora su propio ser, no reflexiona sobre la naturaleza de su alma, y no está seguro de que por su carácter de inmortal, le aguarda una eternidad aventurada.

Habrá algunos que quizá no aprobarán estos consejos; pero yo quisiera que, a lo menos consultaran la experiencia, y que después me dijeran si les parece que los que saben a Virgilio y Horacio se conducen mejor que los que estudian y meditan a San Pablo. Si la lectura de Cicerón les ha sido más útil que pudieran serles las palabras de la Sabiduría. Dicen que se debe leer a Cicerón para aprender el latín. Así puede ser; pero yo digo que también sería menester hacerles leer el Evangelio, para aprender la Religión y las virtudes. ¡Pobres niños! Se les cría como si debieran ser ciudadanos de Roma, se les enseña su lengua y sus costumbres, y no se cuida de hacerlos cristianos y habitadores de la celestial Jerusalén. Por lo menos, no se cuida como era menester.

San Agustín se quejaba de esto en su tiempo. ¿Qué dijera si hubiera visto el nuestro? No se necesita de muchas reflexiones para gemir de este abuso deplorable. Basta observar a nuestros jóvenes cuando salen de sus colegios. Parce que pues han acabado sus estudios, debían por lo menos saber lo que es el hombre; que ya debían estar bien enterados de las pruebas evidentes de su Religión para poder preservarse y resistir a los sofismas de toda Filosofía

falaz y seductora; que ya debían conocer el espíritu y la extensión del moral evangélico, porque estos conocimientos son los primeros, los más necesarios para el que sabe que ha nacido con una alma inmortal, y que existen un culto y una Ley, de cuya observancia depende la suerte eterna de sus destinos, y es natural pensar que los hayan aprendido allí, porque es claro que la mayor parte no se vuelve a ocupar más en estos objetos. Los placeres, los negocios, los ocupan únicamente en adelante.

Pero id a examinar a estos jóvenes que han pasado muchos años en la educación de un colegio o de una universidad, y no quiero que no examines sino a los que salen con la reputación de instruidos, y de quienes se dice que son sobresalientes. Los hallarás por lo común llenos de preceptos de Gramática, los encontrarás sabiendo de memoria muchos versos y mucha prosa, muchos textos del Código y Digestos, y si pueden repetir los términos misteriosos y obscuros de Aristóteles, se les mira como un prodigio. Les oirás hablar con satisfacción de todo, sin detenerse en nada, porque lo que mejor han aprendido es el arte de la sofistería, el ímprobo talento de poder defender las opiniones más absurdas o las más encontradas, sin distinguir jamás el error de la verdad.

Pero pregúntales sobre la naturaleza del hombre, sobre la contradicción de su grandeza y sus miserias. Díles que te expliquen los motivos que tienen para creer la verdad de la Religión que profesan. Proponles alguna de las aparentes sofisterías con que los incrédulos la combaten. Pídeles que te refieran la historia del Cristianismo; que te digan lo que han podido percibir en los planes de Dios; cuáles son los designios que ha mostrado en la creación del mundo, en la venida del Redentor y establecimiento de la Iglesia. Ruégales que te hagan ver la necesidad de un Mediador, y la armonía y arreglada cporrespondencia de los misterios divinos con las necesidades humanas, y verás que sobre todo esto no tienen idea alguna, o que sólo tienen nociones diminutas y confusas.

Preservemos pues a nuestros niños de abusos tan irreparables, y no les enseñemos sino lo que los puede conducir a ser felices en ésta y en la otra vida. Enseñémosles lo que puede hacer buenos cristianos, buenos hijos, buenos maridos, buenos amos, buenos Magistrados, militares, ciudadanos y buenos padres de familia, así en su casa como en el gobierno de los otros hombres, y en la administración de sus pueblos. Para conseguir estos fines, después de la Religión y las costumbres, que son la basa de todo, hagámosles aprender con el mayor cuidado las ciencias

prácticas y las artes útiles, que sólo pueden ilustrar su espíritu y gobernar su corazón.

Enseñémosles desde luego el latín; porque como dices muy bien, es la lengua de la Religión y de las ciencias. Es grande consuelo para un cristiano etender las oraciones de la Iglesia así en el sacrificio que ofrece compo en los salmos y cánticos de sus oficios, y en fin esta lengua es la llave con que se abren los conocimientos de las más ciencias. Para enseñársela bien, y para hacerles este estudio más fácil, debe preceder el estudio de la Gramática Española. Como ya saben esta lengua, aprenderán con más facilidad sus reglas, y no sólo quedarán más dispuestos a aprender latín, sino cualquier otra lengua extranjera. Pero desde luego, lograrán la ventaja de haber aprendido por reglas la lengua en que deben hablar siempre, y cuyo estudio merece toda preferencia.

También estamos de acuerdo en que aprendan los principios Matemáticos. Yo me propongo enseñárselos, y particualrmente la Geometría y el Algebra, que no es otra cosa que una Aritmética de orden superior. Estas son las ciencias humanas más útiles, y de un uso más común entre los hombres. Ellas son las más sólidas y verdaderas, porque los hombres casi no pueden saber en la tierra con seguridad más que medir y contar. Pero fuera de estas ventajas tienen las de rectificar el espíritu, y de conducirle por medio más seguros a la indagación de la verdad. Contribuyen también a formar el juicio, y por este medio influyen a dirigir las ocurrencias de la vida.

Creo pues que les será muy útil hacerles aprender estas ciencias muy fundamentalmente, y hacerles pasar cuatro o cinco años en su estudio; y añadiendo a este objeto la feliz idea que tienes de hacerles tomar algún conocimiento práctico de las artes más usuales, y también los principios y reglas de alguna de las Nobles Artes, con todo lo demás que cabe en su edad, y de que hablaré después, me parece que podemos llevarlos hasta la edad de quince o diez y séis años sin ninguna ociosidad.

Cuando hayan aprovechado en todos estos estudios de la infancia, y cuando se hallarán con fuerzas más proporcionadas a otras fatigas, será tiempo de que adquieran otros conocimientos. Tú no quieres hacer eruditos ni doctores. Tú deseas hacer hombres instruidos, de juicio recto, de razón sana, que vean y estimen las cosas como ellas merecen, y que llenen el tiempo de su breve carrera de modo que lleguen al término con inocencia y paz. Es menester pues alejar de ellos todas las ciencias vanas que hinchan,

todos los estudios frívolos que corrompen, todas esas quimeras especulativas en que tanto se disputa y nada se sabe. Es menester aplicarlos a los principios de las artes útiles y de la ciencias prácticas en que un hombre cuerdo se ocupa dignamente, porque por un lado pueden con esta instrucción ser útiles a los demás hombres, y por otro deben elevar su alma al conocimiento, a la admiración y al amor de su Criador.

Nada es tan propio para conseguir estos fines como el estudio de la naturaleza. No el de la naturaleza imaginaria, tal como la han forjado en su cerebro filósofos atrevidos, sino tal como la hizo Dios, tal como ella misma se manifiesta a la experiencia, cuando ésta la consulta, y como la ve con modesta razón, pues sabe contentarse con lo que ella le descubre. Que se acostumbren a desconfiarse de su imaginación, a no embarcarse en este piélago sin la sonda en la mano, a no abandonar jamás la experiencia su inseparable compañera, a dar pasos tímidos y circunspectos, a no avergonzarse de confesar su ignorancia, y a no jactarse de saber lo que ignoran.

Este estudio tomado con estas precauciones, después del de la religión, es el más digno del hombre, o para decirlo mejor, es el que más completa y perfecciona el estudio de la Religión, porque es el que más nos descubre el amor, la sabiduría y la magnificencia de su autor. Este es estudio sólido, porque le instruye de lo que existe, le hace conocer cuanto le rodea, y se aprovecha de lo que puede serle útil. En fin manifiesta las muchas e íntimas relaciones y la absoluta y entera dependencia en que la criatura está de su Criador.

Pero este estudio se debe hacer sin pensar y en todo tiempo, de manera que sin sentir y casi sin designio le puedan aprender. Lejos de que nos ocupe ni nos cueste fatiga este estudio, debe ser recreo y descanso de los otros. Nuestros paseos diarios deben destinarse únicamente a esta instrucción. El campo debe ser nuestra escuela, y divirtiéndonos aprenderemos el nombre, la realidad y las propiedades de cuantos objetos se nos presentan a los ojos. Desde el grano de arena hasta el peñasco, desde el tomillo hasta el olmo, todo lo debemos conocer y examinar.

Allí pues aprenderemos la Historia natural. No será nuestro gabinete una sala grande o pequeña en que se habrán acumulado de regiones remotas producciones exóticas y raras, cuya colección será difícil, y apenas se sacaría utilidad. Nuestro teatro será magnífico y vasto, porque será todo el horizonte que pueda registrar nuestra vista. Serán todos los

objetos a que pueda alcanzar nuestra mano, y los haremos pasar por nuestro examen para distinguirlos y aprovecharnos de sus lecciones.

Con este fin trataremos de conocer todas las plantas de nuestro territorio. Aprenderemos su nombre, su semilla y sus virtudes, y con esto nuestros enfermos campesinos podrán tal vez hallar remedio en sus dolencias, y sacarán de nuestro estudio algún alivio. Lo mismo haremos con los árboles, arbustos, hierbas, flores, frutos, piedras y todas las demás riquezas que contenga nuestra región. Todas pasarán por nuestro examen. Los animales dsede el tardo insecto hasta el ligero ciervo, y desde el conejo tímido hasta el lobo rapaz serán también objeto de nuestra indagación.

Pero el caballo generoso, el buey trabajador y el paciente asno, que son tan útiles al hombre, no sólo serán objeto de nuestra curiosidad, sino también de nuestra atención. No sólo procuraremos conocer sus calidades para aprovecharnos de su servicio con ventaja, sino aprenderemos a socorrerlos y curarlos en sus enfermedades. En fin nada de lo que puedan ver nuestros ojos y tocar nuestras manos se escapará de nuestro conocimiento; y exhortaré a cada uno de los niños a que tengan un estante separado, en que pongan según su gusto lo que les parezca más curioso. Sin duda que no pondrá más que cosas comunes pero ¿qué importa, si el objeto es que aprenda a hacer colecciones de piedras, insectos o mariposas? Que se acostumbre a poner cada cosa en su lugar, a clasificarla por su orden, y este estudio, que fue la diversión de su infancia, podrá ocuparle toda su vida, y ser un estímulo incesante de su adoración al Criador.

Tu quieres que aprendan algún arte, y te lo apruebo mucho; pero sin perjuicio de esta idea, yo quisiera que cuando llegaran a la edad de diez y siete años, en que debemos suponerlos más robustos, aprendieran a ser jardineros. Para esto yo daría a cada uno un corto terreno cerrado, y donde ninguno pudiera entrar sin su permiso. Permitiría el primer año que tu jardinero fuese a hacer el plantío y enseñarles; pero después debería correr por cuenta de los propios jóvenes el cultivo ulterior, y me parece que la emulación de los nuevos jardineros produciría la aplicación de ambos.

Tengo por cierto que esta aplicación pudiera serles muy útil. Desde luego, aprenderían a conocer las tierras, el arte de mejorarlas y hacerlas más fecundas, la necesidad y ventaja de los abonos, objetos todos tan ignorados como esenciales en el cultivo de los campos. Fuera de esto aprenderían a plantar, regar, conocer y mejorar las legumbres, los frutos y los mejores tiempos de cogerlos o

plantarlos. Es muy difícil que un jardinero mercenario sirva bien a un amo que sabe tanto como él; y este ramo de la agricultura, tan útil por sí mismo, añade muchas delicias y abundancias a la casa en que se maneja bien. Por otra parte, es tan dulce ver crecer el árbol que se ha plantado, o comer el fruto que nuestra propia mano ha sabido ingerir, que el que vive en el campo con estos talentos tiene en sí mismo un manantial inagotable de placeres. Además este ejercicio les fortificará el temperamento, trabajando cada día una o dos horas.

Pues tu intención es hacerles grata la mansión del campo, me parece que no debemos olvidar las artes agradables. Ya tienen algunos preceptos de la música y dibujo. Su virtuosa madre se aplicaba a darles los primeros elementos. Es menester pues no dejárselos olvidar, y al mismo tiempo hacérselos aprender bien. Y pues tú, amigo, tocas con tanta destreza el fortepiano, y eres tan hábil en la música, tú debes encargarte de esta parte. Es mucha fortuna que tú estés en estado de enseñarles, que sino sería menester hacer venir otro, y esto no deja de tener sus inconvenientes. Después te diré la vigilancia de que necesitamos para alejar de nuestros niños tada comunicación que no sea segura. Pero en fin, siendo tú su maestro, no hay que temer y también tendrás el gusto de enseñarles un arte que en muchas ocasiones puede servirles de recreación inocente, y tal vez les será un desahogo necesario.

En cuanto al dibujo, fuera del colorido, yo me encargo, porque a Dios gracias me he ejercitado en él lo bastante para poder instruirlos bien. Yo sé por experiencia cuan grande es el placer y embeleso que produce y es muy notoria su utilidad. El dibujo se puede llamar la lengua de las artes, porque con él se habla a los ojos, y se les pinta la idea que no existía más que en el pensamiento. Este arte es necesario para entenderse, y hacerse entender de los artistas, para no engañarse, y poder dar una especie de realidad a las creaciones de la imaginación. El que sabe dibujar sabe ver, porque se fija en el espíritu la idea de los objetos y de sus proporciones con exactitud, y tales como son; pero el que ve vagamente, sin tener cuenta ni saber el modo de determinar los contornos, medidas y lineamentos de los objetos, los altera con su fantasía, y no puede significarlos ni describirlos con la exactitud que conviene.

Este arte tan necesario a todo, lo es más a un grande hacendado que tiene que tratar con artistas de toda especie, así para los instrumentos del campo como para las construcciones y reparos de sus edificios, y debe aprenderse desde muy temprano, porque necesita de una mano ligera y

flexible. Tus hijos están todavía en la edad conveniente, y yo te prometo que no pedonaré medio para que le aprendan bien. En especial me aplicaré a que sepan hacer planes, porque así podrán dibujar la extensión y las figuras de sus tierras.

Me parece que con esto tendrán con qué ocuparse hasta la edad de diez y siete años, en que ya más robustos de cuerpo y más formados de espíritu, será menester reforzar sus estudios, y dar otra forma a sus ocupaciones. Pero hasta entonces nuestro grande cuidado debe ser el de llenar todos los instantes de su vida para desterrar lejos de ellos la ociosidad, y el medio de conseguir un fin tan importante y tan difícil es dividir todo su tiempo entre estudios y recreaciones, pero de manera que las recreaciones sean útiles para los ejercicios del cuerpo y para ciertos estudios ligeros o de entretenimiento que se deben hacer en los paseos y que los que llamamos estudios serios sean de cosas que puedan servir para la ilustración y el ejercicio de las virtudes.

Tú extrañarás quizá no oirme hablar ni de la Poesía, ni de la Historia. En cuanto a la Poesía, yo no la estimo conveniente: me parece un arte que para no ser ridículo es menester ser sublime, y esto es dado a pocos. Creo que es necesario nacer y sentirse casi con el ingenio de un Virgilio para dedicarse a él sin rubor. Aun supuesto el talento, queda mucho campo abierto para el recelo, por el defecto de los objetos a que se aplica. La razón es la misma cuando se presenta con el traje de una decente y decorosa prosa, y la Poesía no la añade ni fuerza ni verdad: sólo la viste con adornos que por la mayor parte no consisten sino en la material combinación de las palabras. Por otra parte, si tuviera alguna ventaja, un hombre de bien no debería emplearla sino en cantar la gloria de la Religión, en exhortar a la observancia del moral, o en pintar con elegancia la hermosura de la virtud. Fuera de estos asuntos, todo lo demás es o pueril, o indecente o ridículo; y por lo común, la veo emplear de tal manera que no me es posible contar con ella en nuestra educación.

En cuanto a la Historia profana, la miro como una lectura arriesgada. Es un vaso cuyos bordes están dorados, pero en el fondo suele estar lleno de ponzoña. Muchos historiadores penetrados por la mayor parte del espíritu del mundo, le derraman en sus narraciones sin reparo. Pintan los objetos con falsos coloridos, transforman los vicios en virtudes, ensalzan la ambición, exaltan la gloria humana, y están casi siempre por las pasiones dulces y agradables. El conquistador es su héroe, la modesta narración es baja, y hasta los delitos como sean brillantes son aplaudidos. El

lector incauto, que no tiene formado el juicio, se traga el veneno sin sentirlo, y adquiere idea que corrompe su corazón, y le desacreditan el Evangelio. Preservemos a nuestros niños de tan funesto contagio; y si algún día deben leerla, que sea cuando ya pueden discernir los errores, o con alguno de nosotros que les presente los preservativos.

Pero para conseguir el fruto de nuestra aplicación es indispensable que tomemos de acuerdo ciertas disposiciones previas, de que te voy a proponer algunas. La más esencial es que estorbemos el que jamás hablen a solas con ninguno que pueda destruir en un instante todo el trabajo de muchos días. Por regla general es menester que no tengan criado destinado a servirles, a fin de que se hagan al trabajo, que hagan uso de sus miembros, y que sientan el precio de su independencia. Tus hijos pues deben saber que no pueden mandar a nadie. Y los criados deben estar advertidos de no obedecerlos, y de no hacer por ellos nada de lo que pueden hacer ellos por sí mismos.

Lo que nos importa más que todo es que dispongamos las cosas de manera que nunca por ningún motivo los dejemos solos, y en ocasión de hablar con alguno, como no sea en nuestra presencia. Te repito esto, porque considero muy importante que nadie les diga palabra que no la oiga uno de nosotros. Bien sé que ésta es una terrible sujeción; pero si queremos conservar su inocencia, es indispensable que nos hagamos de ello una ley inviolable. De mi parte te prometo que jamás me separaré un instante de ellos, y que sin afectación, sin pedantería, sin que ellos mismos ni otro alguno advierta mi vigilancia, nadie les dirá nada que yo no escuche; pero si por desgracia me hallo enfermo o impedido, será menester que tú me suplas.

Insisto tanto en ello, porque se llega fácilmente al puerto sin vientos contrarios; pero una borrasca sola puede conducir al naufragio. Los niños por la delicadeza de sus órganos guardan con tenacidad las primeras impresiones que reciben, sobre todo cuando halagan a los sentidos, y vienen de los que aman. ¿Qué adelantaremos pues en procurar acostumbrarlos a que juzguen de todo por los principios de la razón y religión, en dirigirlos a la victoria de las pasiones y sentidos, y enseñarles la frugalidad y el desprecio que merecen los bienes terrenos, las grandezas humanas, y los placeres fugitivos, si una visita, un criado, un indiscreto les habla de estos mismos objetos con tal estimación y tantos deseos que serían capaces de hacer impresión aún en espíritus más formados?

CARTA I

El estilo del mundo es por sí mismo falaz, seductor, y mucho más en labios profanos que no tienen ideas morales, y están muy apegados a la tierra. Por lo común, no se habla de los bienes verdaderos, y si se habla, es con tanta tibieza que no pueden inspirar más que indiferencia. Los más oficiosos y menos perjudiciales serán los que se querrán meter a preceptores y les dirán : Levanta la cabeza, ponte derecho, no dobles el cuerpo, y ve aquí toda su doctrina.

Si declaman con gracia algunos versos profanos en que se pinte el amor apasionado, y descubren en ellos alguna de las calidades que el mundo estima, entonces los aplaudirán, mostrando toda la expresión de la alegría; pero si les observan defectos graves de aquellos que descubren al que conoce el corazón humano una corrupción abominable, entonces no harán más que reir y divertirse. Si los que están encargados de su educación procuran humillar su orgullo y corregir su amor propio, la aprobación y el aplauso de estos indiscretos les inspiran odio contra los severos preceptores, y quitan a éstos los medios de ser útiles.

Amigo, a los niños se debe mucha reverencia. Los ejemplos son muy poderosos, cuando halagan nuestra natural corrupción. El que en presencia de un niño con ademanes de alegría hace alguna cosa, o dice alguna máxima seductora, sin decirle nada, le deja una impresión más fuerte que la que puede hacer el que discurriendo de la virtud le exhorta a seguirla. Preservemos pues a los nuestros de toda impresión extraña, y para esto no hay otro remedio que sin afectación y sin que parezca desconfianza, uno de los dos esté siempre delante. Nuestra presencia contendrá a los extraños y criados, y si por desgracia se les escapare una mala palabra o ejemplo, nuestra corrección detendrá el influjo. Repito que ésta es mucha esclavitud para el que no tiene el corazón de un padre o de un amigo, que se propone hacer la obra de Dios, pero el mismo por quien se hace nos dará fuerza.

Creo que si tenemos esta constancia, si sabemos ocupar su tiempo en los estudios y los ejercicios que van dichos, si los alternamos con recreaciones de su gusto, en que ejerciten sus cuerpos para satisfacer la necesidad de movimientos que la naturaleza inspira a su edad, si sabemos divertirlos en nuestros paseos con el arte de presentar a su curiosidad objetos nuevos, y con el gusto de satisfacerla a cada paso, y si en fin sabemos ganarles el corazón con nuestra ternura, y los placeres puros que los podremos procurar, entonces ignorando y no deseando los placeres pérfidos y coruptores, contendándose con las simples e inocentes diversiones de la naturaleza y del espíritu que les haremos renacer sin cesar, podrán llegar a la edad de

diez y siete años, habiendo empleado bien todo su tiempo, y conservado la pureza y el candor de su corazón. Se hallarán instruídos de todo lo que deben saber, y en estado de continuar los otros estudios y ejercicios propios de su menor edad, hasta que llegue el momento de ponerlos en los brazos de una modesta Esposa con la misma inocencia que ahora tienen.

Ya tenía escrito esto cuando volvió mi amigo, y desde que pudimos quedar solos, me dijo: Y bien, Mariano, ¿has visto mi papel? No sólo le he visto, le respondí, sino que según tu orden he escrito otro, en que te expongo mis ideas sobre la educación de tus hijos. Al instante quiso que se leyese, y me pareció que le escuchaba con mucha complacencia; pues repetidas veces dio señales de aprobación. No bien le acabé, cuando vino a mí, y echándome los brazos al cuello, me dijo: ¿Y tú eres el que no se halla capaz de encargarse de una crianza? ¡Ay, Mariano! Todas estas ideas son sólidas y verdaderas. Yo no las hubiera imaginado; pero desde que te las he oído, las hallo en mi corazón. ¡Cuánto te debo por tus sacrificios!

Dejemos que los otros den la educación que quieran o que puedan. Al Gobierno toca mejorar la pública, y nosotros no podemos prescribir a los padres y los preceptores el método y el orden de las suyas; pero podemos dirigir la que nos ha confiado el cielo. Mi Director dice que, a falta de las buenas instituciones públicas, cada padre debe ejercer una especie de magisterio doméstico, y ser el Director y como el Apóstol en sus propios hogares.

La desgracia es que la mayor parte de los padres o mal educados ellos mismos, o atados a la cadena de otros negocios, o no pueden o no saben lo que es necesario para serlo; y yo soy uno de ellos. Pero que hagan lo que yo: que busquen un amigo que los ayude, y que pidan al cielo les depare uno como el mío. Sí, Mariano, tú serás nuestro Conductor, nuestro Maestro común; pero no pienses que porque tú tienes la generosidad de condescender a mis deseos, yo quiera descargarme de todo el peso, y echarlo sobre ti. No, amigo, la carga es mía, Dios me la ha dado, yo soy el padre, y debo tomar la parte más penosa.

Lo que te pido únicamente es que me ayudes en aquello de que por mi ignorancia no soy capaz. Este es un empleo, una función en que nos vamos a ocupar de mancomún. Los dos nos daremos un auxilio recíproco; pero yo adopto por entero tu plan, y te ofrezco sujetarme a tus ideas con escrúpulo. La educación que me propones es precisamente la que deseo que

mis hijos reciban, y desde hoy mismo, arregla lo que te parezca conveniente.

En efecto, aquel mismo día se dio orden para que se pusiera mi lecho en una pieza en que estaban los de los niños, y que lindaba con la alcoba de su padre. Al otro día se arreglaron todas las horas de la familia, y los destinos de los criados en que no quedó ninguno ocioso, y en que cada uno fue declarado responsable de la parte que le cabía; pero en esta distribución no quedó señalado ninguno ni para mí ni para los niños. Yo les dije que, no siendo ni inhábiles ni mancos, pues teníamos buenos brazos, no teníamos necesidad de que nos sirviesen. Que yo desde que empecé a ser hombre, no había querido depender de otro para servirme, sino hacerlo todo por mi mismo; y pues ellos lo empezaban a ser, era razón para que se desprendiesen de una esclavitud que sólo era necesaria a la ineptitud de la infancia. Ellos adoptaron este pensamiento como una fiesta, se hicieron un punto de honor, y renunciaron a toda idea de servicio ajeno.

En la hora del desayuno arreglamos también nuestra distribución personal; esto es, el uso que debíamos hacer de todas las horas del día; y después de haber consagrado los primeros momentos de la mañana y algún tiempo de la noche a dar las gracias que debemos al autor y Conservador de nuestra existencia, distribuimos todo lo demás en estudios, recreaciones y paseos. Allí por la primera vez les empecé a dar alguna idea del imperio que debe tener la razón sobre nosostros, del respeto y sujeción que la debemos, y del amor que debemos al orden, tanto porque Dios le ama, pues es su Autor, como porque nuestro propio interés lo exige. Estos han sido los dos polos o los dos ejes en que ha estribado la parte moral de mi educación; y desde la vez primera, viendo la facilidad con que me entendieron, y la docilidad con que se sujetaron, conocí su aptitud y su buen corazón. Desde entonces pues empezó nuestro método, y continúa hasta hoy. Referirte por menor todas las ocupaciones de cinco años sería imposible. Baste decirte en general que una vez que se estableció el orden de nuestra vida, le hemos seguido con regular exactitud, que tanto su padre como yo, fieles a nuestro plan, hemos sido inseparables compañeros de nuestros niños, que hoy que Félix tiene ya más de quince años, y Paulino catorce, son ya dos gallardos muchachos, llenos de fuerza y robustos, instruidos en todos los oficios y muy hábiles en el dibujo, que ya conocen, distinguen y ponen en su clase todas las producciones que la naturaleza ha concedido a su territorio, que ambos están muy adelantados en la Geometría, y aun más en la Algebra, pues los dos cuentan ya con tanta superioridad como pudieran hacer dos comerciantes.

Debo añadirte que no han hecho menores progresos en la música y el colorido, con esta diferencia que aunque los dos han aprovechado mucho, Félix lleva a su hermano tanta ventaja en el colorido como Paulino la lleva en la música. Esto ha dependido sin duda de la diferente aptitud. Dentro de poco pensamos dar a cada uno su terreno para que cultiven su jardín. Su padre y yo vemos con mucha complacencia el fruto de nuestros trabajos, y estamos muy bien pagados de nuestros cuidados y desvelos, porque fuera de rápidos progresos con que se adelantan en toda especie de conocimientos útiles, observamos con placer que Dios los ha dotado de buenos corazones, de sentimientos honrados, de inclinaciones dulces y de un gran fondo de razón.

Todavía no han podido hacer el estudio serio de la religión que les reservo para mayor edad, y con todo me parecen ya tan enterados de sus pruebas y tan persuadidos de su verdad que no será fácil disuadirlos. Me atreviera a desafiar a todos los Filósofos, y no creo que pudieran desquiciarlos de los fundamentos de la Fe. Ya los tengo por invulnerables y superiores a todos sus ataques; pero a pesar de esta persuación, y aunque continuamente los procuramos entretener en estos principios, su padre y yo les reservamos para de aquí a cuatro o cinco años un estudio más profundo, más seguido y raciocinado. Yo espero, Antonio, que han de ser hombres muy útiles y estimables. Lo que me consuela más que todo es estar persuadido a que conservan pura su alma, y que todavía no han perdido la gracia de la inocencia.

Tú me dirás, amigo, que esto ha podido ser fácil en sus tiernos años, que les quedan muchos que pasar antes de llegar al tiempo en que los podamos conducir a la dulzura de un tálamo virtuoso, y que éstos son precisamente los más turbulentos y peligrosos. Todo esto es verdad; pero Dios que nos ha favorecido tanto hasta aquí, nos continuará su protección, y nuestra vigilancia no se cansará. Ya su padre y yo hemos formado el plan de nuestra conducta ulterior, y ve aquí los medios de que nos serviremos. Todavía les dejaremos continuar los mismos ejercicios dos o tres años, así para que acaben de formar su temperamento como para que se perfeccionen en sus estudios.

Cuando lleguen a los diez y ocho o diez y nueve años, que serán más robustos, y su espíritu estará más formado, daremos otra forma a sus ejercicios, y los dirigiremos a estudios más elevados. Ya tienen muchas ideas de la Agricultura, ya conocen su importancia, y en nuestras conversaciones y paseos han adquirido las primeras nociones; pero entonces haremos un estudio más serio y más comprehensivo de todos sus ramos. Su padre piensa dar a cada uno una heredad moderada, esto es, una mediana extensión de

tierra que pueda cuidar por sí mismo, datada de los instrumentos necesarios para su cultivo. Su intención es que ellos dirijan por sí mismos su cultivo, y asistan con los sirvientes necesarios, que verifiquen también las nuevas experienccias que estén acreditadas en Europa, y que observen con la mayor atención el efecto de la mejoras de las nuevas invenciones que parezcan más recomendables.

Ya montan muy bien a caballo, pero entonces se les acostumbrará más a este ejercicio. El estudio de la Historia natural, que hasta aquí no ha sido más que un juego o entretenimiento, pasará entonces a ser una parte de la Teología. Hasta ahora nos hemos contentado con ver los objetos de la naturaleza por fuera; no hemos hecho más que conocerlos, distinguirlos, llamarlos por su nombre, saber sus usos más conocidos, sus propiedades más comunes, o para decirlo en una palabra, no nos hemos casi ocupado en otra cosa que en aprender su nomenclatura.

Pero entonces empezaremos a verlos por adentro, nos aplicaremos a registrar su organización interior. Admiraremos las maravillas de su estructura, examinaremos el Arte secreto de su mecanismo, y combinaremos los usos en que puedan emplearse para el servicio del hombre; todo esto haciéndonos conocer la maravillosa, oculta y admirable industria con que la naturaleza elabora todas sus producciones, nos hará conocer también la infinita sabiduría de su autor, nos descubrirá el concierto, la armonía y el arreglo de cada cosa en sí misma, y de todas entre sí. Nos mostrará la justa proporción de la causa con sus efectos, nos hará divisar los designios que el Autor supremo nos descubre en cada objeto, y esta admirable consonancia con que todo se corrresponde en las obras de su mano nos llenará de estupor y de admiración. Veremos en ella el poder, la sabiduría, la magnificencia y el amor con que Dios ha tratado al hombre, y cada movimiento de nuestro asombro será un acto de amor y de adoración.

Para ayudarlos en este inmenso y majestuoso estudio, les daré una idea de la Física general. Esto es, les contaré las opiniones de los hombres, distinguiéndoles lo poco que se sabe de lo mucho que se opina, y de lo infinito que se ignora. Pero a fin de que las pocas verdades que se saben se graben mejor en su memoria, haré venir mi gabinete o mi colección de instrumentos, y con ellos les haré ver los verdaderos fenómenos que la experiencia ha revelado a nuestra curiosidad.

También les daré una instrucción más extendida de los elementos de la Química, para que se formen una justa idea

de la transformación de las sustancias, y de la utilidad que han sacado las artes de la disolución de las materias, y les enseñaré con más individualidad la Geografía, así para que conozcan la casa en que habitan, como para que puedan entender la Historia, cuando llegue el caso de que la leamos juntos.

Pero en lo que procuraré detenerlos mucho es en la observación del cielo, y en el estudio de la Astronomía. Esta ciencia que trae consigo tanto atractivo y embeleso es también la que contribuye a divisar de algún modo la grandeza, la magnificencia y la inmensidad del Criador. Estos innumerables Globos colgados de la Esfera, esos Astros brillantes que los Telescopios multiplican a medida que se perfeccionan, esos orbes casi sin término a que el Telescopio no alcanza, y que la razón supone por analogía, ¿quién los divisa sin llenarse de admiración y de espanto?

¿Quién levanta los ojos a la Esfera, y contemplando en el incomparable espacio tantos Globos celestes alumbrados por Soles sin número, no reconocerá su pequeñez y su miseria? ¿Qué hombre no se sumergirá en su nada, y quién en fin se apegará a los bienes de la tierra, cuando ve en la grandeza de los cielos un indicio de la magnificencia que no puede ver, pero que puede esperar?

Sí, Antonio. Nada hay en este bajo mundo que pueda darnos alguna idea de su Autor como la inmensidad de estas grandiosas obras de su poderosa mano. Yo espero divertirlos, interesarlos y ocuparlos mucho con ellas. Sobre todo espero conservar en su corazón el amor y el temor, el respeto y la gratitud que se debe a un Dios tan poderoso, tan magnífico y liberal con sus criaturas. Espero también hacerles concebir cuántos bienes prepara a la virtud el que después de hacernos ver tan grandes cosas nos dice que reserva en su mansión para sus escogidos lo que los ojos no han visto ni han escuchado los oídos.

Estas son las ocupaciones con que hemos proyectado conducirlos al día en que se fije su destino, y deban gobernarse ya por sus propios consejos. ¡Dichoso yo, si puedo contribuir a su felicidad, y que la propaguen a los hijos que tengan! ¡Más dichoso, si logro que salgan de mis manos tan puros e inocentes como entraron! Y ¡mil veces más dichoso, si Dios a quien consagro mis deseos, y de quien imploro los auxilios, se digna de aceptar este pequeño sacrificio.

Esta carta es ya tan larga que no me atrevo a continuarla, y con todo no he podido hablarte en ella más que de los hijos. En mi primera, te hablaré del Padre. Adiós, querido Antonio.

II

Antonio mío:

Voy a continuar mi relación y, como te prometí en mi última, a hablarte del Padre. Ya te acordarás que cuando te encaminabas a la América, y me trajiste aquí, la primera cosa que te dió en rostro fue la miseria de este lugar. Yo me acuerdo de que tú, viendo este espectáculo horroroso, me dijiste que aunque por desgracia muchos de los lugares de España en ciertas provincias eran infelices y miserables, no habías visto ninguno que lo fuese tanto y no podías concebir cómo se toleraba que una sociedad de hombres viviese con tan poca policía y aseo; y añadiste que esto degradaba la humanidad.

En efecto las casas por la mayor parte eran asquerosas y amenazaban ruina; tan bajas, que no se podía estar en pie; tan hondas, que el agua no podía salir y estaban siempre húmedas; sus ventanas eran tan pequeñas, que el aire no podía circular. Así los asilos de aquellos miserables, lejos de servir de reparo a sus fatigas, eran sepulcro de vivos. Las calles estaban tan cargadas de inmundicia, y tan llenas de infección, que no extrañamos que la salud, la robustez y la alegría no pudiesen habitar en ellas. Concebimos la verdadera causa de la miseria, y nos afligió mucho ver tantas gentes con el aspecto de hambrientos, y con el horror de la desnudez, y nos presentaban el de la más lamentable indigencia. Tu partiste, y yo quedé consternado considerando la infeliz sociedad a que me destinaba el cielo.

Mi corazón se afligió más, cuando habiendo ido a buscar al Cura, le encontré en una Iglesia obscura, húmeda, triste, desaliñada, y que apenas presentaba un lugar decente para ofrecer el sacrificio, y así las vestiduras como los vasos del culto me parecieron muy pobres. No pude ocultar al Cura la pena que me causaba este espectáculo. El me manifestó la suya, y me dijo que esto le atormentaba en seis años que

llevaba de Cura; pero que su parroquia era en general muy pobre, y que si algunos vivían con tal cual comodidad, los más eran infelices, y a ninguno sobraba nada.

Me añadió que sus rentas eran cortas, y no bastaban a socorrer los muchos pobres que sin su auxilio morirían de necesidad, y que siendo éstos los templos vivos de Dios, le parecía que merecían ser preferidos. En fin, yo no veía ni escuchaba nada que no me cubriese de luto el corazón. Lo único que me consoló fue el mismo Cura, que me pareció en su aspecto y discursos hombre sensato y religioso, de mucho juicio y grande instrucción. La experiencia nos ha hecho conocer después su prudencia, madurez y virtud.

Desde que volvió mi amigo, le dí parte de mis tristes observaciones, y él me respondió : Yo lo he visto como tú, y la primera impresión que me hizo fue tan melancólica como la que tú experimentas; pero una reflexión me ha calmado, y espero que produzca el mismo efecto en ti. Yo me dije: pues mi Dios me trae a este lugar que parece desdichado, y me ha dado los medios de poder remediarlo, sin duda que me hace venir para que sea el reparador de tantos males. Ve aquí pues la vocación de mi vida, ve aquí el destino que me explica el cielo; tú puedes decirte lo mismo, y en vez de gemir sobre tantas miserias, trabajemos para remediarlas.

Veo que hay mucho que hacer; pero haremos lo que podamos, y se puede conseguir mucho con la protección del cielo, y cuando se va despacio y con madurez. Hagamos cuanto sea posible, pero que sea sin fausto ni ostentación. Empecemos por hablar con el cura, y ponernos de acuerdo con él. Estoy informado de que en la ciudad vecina hay un buen Arquitecto, le haremos venir, le pediremos que nos haga un plan en que nos proponga los medios de extender, aclarar y hacer sana la Iglesia, y nos podemos servir de su talento para concluir la obra.

Pediremos al cura que vaya a la ciudad, que compre todos los ornamentos y vasos que le parezcan necesarios para la decencia y majestad del culto, y en breve todo esto puede estar reparado. Que éstas sean nuestras primeras ocupaciones. Tú y yo debemos considerarnos como hombres que ha traído aquí el cielo para ser los padres de este pueblo. Yo sería reo de toda la miseria que pudiera haber aquí si no la remediara. Dios me impuso esta obligación dándome tantas tierras y derechos, y ahora me la renueva haciéndome vivir con estas gentes: todos los pobres son mis hijos, y van a ser objetos de mi solicitud. Empecemos pues por ellos, pero sin olvidar a Dios.

Yo aplaudí ideas tan cristianas. Vino el Arquitecto, se proyectó el plan, se emprendió la obra. La Iglesia se agrandó, se aclaró y adornó. El Cura trajo de la ciudad lo que encontró más propio para servir a los usos del culto; y cuando todo estuvo pronto, hicimos para bendecir y abrir la Iglesia una función devota, en que yo dije la misa, y el Cura nos predicó un sermón. Este sermón acabó de darnos una idea digna del mérito de nuestro pastor, pues nos predicó con la simplicidad que correspondía al auditorio, pero con toda la pureza y elevación que pide el Evangelio, y con la tierna y religiosa unción de un corazón devoto y penetrado.

Mi amigo me había mandado hacer para aquel día doscientos vestidos de hombre, otros tanto de mujer, y cuatrocientos de muchachos, y los había dado al Cura para que los distribuyese entre los más desnudos. Todos asistieron vestidos ya con decencia a nuestra misa, y esta circunstancia contribuyó mucho a hacer más plausible nuestra fiesta, que fue muy alegre sin dejar de ser devota. Parecía que todas aquellas gentes habían adquirido un espíritu nuevo, que se hallaban gozosas de verse con una Iglesia más espaciosa y elevada, en que ya no temían infección ni humedad, en que se veía más la luz, se respiraba mejor aire, y se adoraba a Dios con más decencia.

Para acabar de una vez este asunto, te diré, aunque sea adelantando las épocas, que una de las cosas que nos afligieron más fue que entrando un día en la escuela, no vimos en ella más que un corto número de muchachos, a quienes se les daba una enseñanza muy imperfecta. Nos pareció muy extraño que en un lugar en donde había tantos muchachos, hubiese tan pocos que quisieran aprender los rudimentos más necesarios; pero lo que nos afligió más que todo fue ver al maestro, que conocimos era un idiota, que apenas sabía leer, menos escribir, y que sólo sabía la Doctrina Cristiana por rutina sin entenderla.

El Cura que nos acompañaba nos dijo que en el lugar no había otro ni podía haberlo, porque no era posible proporcionar a un maestro que fuera capaz de enseñar bien, un salario competente con que poder subsistir; que esto provenía de que una gran parte de los padres eran tan pobres que ni siquiera podían pagar la módica retribución acostumbrada; que otro gran número que pudiera pagarla, siendo ignorantes ellos mismos, y no conociendo la importancia de esta instrucción, se descuidaban de enviar a sus hijos, y preferían ocuparlos en cosas que creían más útiles; que estando la escuela desierta, no era posible pagar un maestro, y que si el actual hacía esto, era porque no podía vivir de otra manera, y que mejor era aquello que nada, y aun así se veía continuamente precisado a socorrerle.

Con este motivo nos contó que el año antecedente había venido al lugar un hombre nacido en el lugar mismo, pero que, habiéndose criado en la capital, se había instruido bien, y era un maestro excelente; que estaba en estado de enseñar bien a leer, a escribir y contar, y a más muy bien enterado en la Doctrina Cristiana, y capaz de enseñarla con perfección; que había hecho cuanto era posible para detenerle, y que tomase la escuela del lugar a su cargo; que el mismo maestro lo deseaba, porque tenía en él sus parientes y amigos; pero que había vito que era imposible, porque el abandono general de la escuela y la incuria de los padres imposibilitaba sus subsistencia.

Esto me causó, señores, tanta más pena, nos añadió el Cura, porque yo hubiera satisfecho los más vivos deseos de mi corazón. ¿Y dónde está este hombre, le preguntó mi amigo? Se volvió a la capital, dijo el Cura. ¿Y pensáis, le volvió a decir mi amigo, que si se le ofreciera un salario proporcionado querría venir todavía? No lo dudo, respondió, pues lo deseaba mucho. Pues bien, señor Cura, concluyó mi amigo, escribidle que venga; vos señalaréis el salario que convenga darle, y yo me obligo a hacer que se le dé; que venga, que enseñe a los muchachos de balde, que su obligación sea instruirlos en la Doctrina Cristiana, en leer, escribir, contar y algo de dibujo, y nosotros haremos lo posible para estimular a los padres a que envíen a sus hijos a la escuela.

En efecto el hombre vino, y ha desempeñado completamente su ministerio. La escuela está muy bien arreglada, los muchachos van todos, mi amigo tomó para esto medidas que te explicaré después. Ahora, sólo te digo que todos han aprendido fuera de lo esencial alguna cosa de dibujo, y algo del canto de la Iglesia; que responden muy bien a los oficios, que todos los domingos y días de fiesta tenemos misas solemnes, que yo soy el que las digo de ordinario, que el Cura les hace sermones verdaderamente útiles y devotos, que todo se practica con la mayor unción y reverencia, y que te llenarías de edificación y dulzura celestial, si vieras como pasamos en le Iglesia las mañanas de los días consagrados al culto del señor.

Después te diré cómo pasamos las tardes; pero ahora para no perder el hilo de la enseñanza pública, te hablaré de las niñas. Mi amigo preguntó al Cura qué educación se las daba, y éste respondió que ninguna; que no había escuela en que aprendiesen, que no tenían más maestras que sus propias madres, y que siendo éstas ignorantes de todo, no podían darlas mejor educación que la que recibieron; que en cuanto a la Doctrina Cristiana, él procuraba instruirlas, pero que siendo tantas le era imposible instruir bien a todas; que

era una lástima ver la grosería que heredaban las unas de las otras, pues eran pocas las que sabían leer; que ésta era la parte más triste de aquella población, porque las mujeres por su poca habilidad en todo, estaban ceñidas a las ocupaciones domésticas, y absolutamente privadas de todos los medios de ganar la vida.

Este retrato fiel afligió mucho a mi amigo, y dijo al Cura : ¿No habrá medio para remediar esto? Yo lo veo muy difícil, respondió, porque sería menester establecer una escuela, dotarla, y encontrar una mujer capaz de dirigirla. La mujer es lo difícil, volvió a decir mi amigo, porque en cuanto a los gastos de la escuela, yo pudiera hacerlos. Oyendo esto, como si un rayo de luz me pasara por delante de los ojos, me acordé de una mujer que yo conocía, y les dije : Yo veo desde aquí a una mujer, que creo muy capaz de esta confianza. Es una viuda que poco ha perdió su marido, y con él la renta de su empleo. Yo la vi en situación muy desconsolada. Sé que ha tenido una educación distinguida, y me parece muy superior a lo que necesita una escuela.

Creo que no se pudiera hacer una elección mejor, porque fuera de la instrucción y talento que he dicho, me consta que es prudente, modesta y religiosa, y no me parece imposible que acepte la proposición, porque busca un destino con que poder subsistir. Mi amigo pidió con encarecimiento que la escribiera sin perder un instante. Yo lo hice, la mujer vino, y ha puesto una escuela que da gusto verla. Muchas muchachas se han educado y otras se educan. Ya hay muchas que saben la doctrina de la Religión con una inteligencia muy superior a lo común, que leen y escriben bien, y además han aprendido todas las artes propias de su sexo. Ya no hay padre que no se apresure a enviar a sus hijas, y no podrás figurarte cuánto ha influido esta atención a mejorar las costumbres públicas: ya todas parecen aseadas, decentes y modestas; se distinguen fácilemnte las que han estado en la escuela, y esto ha contribuido a derramar entre todas una particular decencia y atención. Después te contaré el destino de estas niñas, cuando acaban el tiempo de su enseñanza.

Mientras nos ocupábamos en estos objetos, hacíamos también grandes excursiones en el campo, y dábamos grandes y útiles paseos. Mi amigo quiso verlo todo, y reconocer por sí mismo tanto la extensión y límites de sus propiedades como el territorio de la comarca, y no daba un paso sin gemir, porque hallaba todo en mal estado. No se veía más que una porción inmensa de tierra erial y abandonada, muy poca, esto es, la que estaba más cerca del lugar, puesta en cultivo, y toda la demás en manos de la inculta y agreste naturaleza. Aun aquella porción que estaba cultivada, lo estaba de una

manera tan superficial y miserable que no se podía ver sin lástima. La tierra apenas estaba removida, y cuando observábamos los tristes labradores cultivando sus campos, nos daba pena ver sus arados tan pequeños y ligeros, sus animales tan débiles, y por consiguiente los surcos muy superficiales.

Muchas veces me dijo mi amigo : Ve aquí qué es esta tierra, aunque sea fértil como es, no produce más que cosechas infelices. ¿Cómo puede ser fecunda, si está tan poco removida? ¿si se trabaja tan poco, y se la ayuda o fertiliza menos? Y ve aquí también la causa primera y más activa de la pobreza de este pueblo. Todo país en que la agricultura no florece será siempre desdichado, porque con ella todas las artes se fomentan y adelantan, y sin ella todas se debilitan y se pierden.

Mi amigo pensaba seriamente en buscar un remedio a este mal, que es la raíz de todos los males políticos y arrastra consigo la decadencia y la ruina de los imperios; pero no era fácil. Un día me dijo: Yo he hecho reflexiones, y me parece que la causa más inmediata de la flojedad y abandono que observamos en nuestros labradores procede de dos principios: no habiendo visto ni conocido nunca mejor cultura, se imaginan que no hay más que hacer que lo que ellos hacen. El segundo es su pobreza, pues aunque supieran que es posible otra cultura mejor, no tendrían los medios de ponerla en práctica. La tierra es una madre fecunda y agradecida, pero corresponde a proporción de lo que se da, y no retribuye sino a medida de lo que se cultiva.

Para vencer estos inconvenientes no veo más que dos remedios. El primero es dar el ejemplo: al pueblo se persuade con hechos, no con discursos. Me parece que yo haría bien en destinar una porción de tierra cerca del lugar a la vista de todos, y hacerla cultivar bien. Allí podrán ver cómo se cultiva bien una tierra, y mis cosechas que serán ciertamente muy superiores a las suyas les harán conocer las ventajas del buen cultivo. Será muy posible que ellos no cojan nada, y que yo coja mucho, y entonces verán la diferencia que hay de una tierra bien cultivada a otra que no lo está. Es natural que así suceda, porque la mayor parte de la pérdida de nuestras cosechas tiene por principio los defectos de nuestro cultivo. Esto me parece demostrable, y para convencerte, te pido sigas con atención el raciocinio que voy a hacer.

La experiencia nos hace ver que, por lo común, las causas porque se pierden las cosechas en España y que tantas veces exponen la nación a la miseria, son cuatro : o las aguas

excesivas del invierno deslíen la tierra y destruyen el grano; o los hielos tardíos que sobrevienen cuando ya están formadas las cañas, les cortan la vegetación; o la falta de lluvias en la primavera deseca las plantas; o finalmente los calores bochornosos que producen los vientos meridionales y que llegan en el momento de la granazón enjugan el grano, le disminuyen, y le hacen perder su natural grosor. Me parece que éstas son las causas ordinarias de la pérdida o disminución de las cosechas, y que todo lo demás que puede hacerlas mal es un fenómeno extraordinario, de que no debe hacerse caso ni mención.

Supuestos estos hechos, es fácil considerar la diferencia de un buen cultivo al malo, y las ventajas de una tierra bien preparada a otra que no lo está. Llamo mal preparada a una tierra que no está labrada más que superficialmente, porque el arado no ha profundizado, y que por este defecto no ha podido sacar nueva tierra, que esté descansada y productiva, sino que presenta siempre la misma superficie ya fatigada de haber producido; cuando no se ha dividido la tierra ni pulverizado, sino que se la dejan grandes glebas, que no sólo no producen, sino que impiden que produzca la tierra que cumbren; y en fin cuando porque no se ha removido el interior, se conserva el fondo duro, y queda la simiente superficial expuesta a todos los inconvenientes, que por consiguiente no puede nacer, y si nace no puede tomar consistencia ni robustecerse, porque a causa de la dureza del fondo no puede penetrarla con sus raíces.

Llamo la tierra bien preparada cuando está labrada profundamente, y cuando el arado removiendo el fondo ha sacado otra tierra nueva que presenta una superficie descansada capaz de producir con nuevo vigor, cuando está dividida y tan sin glebas, que parece pulverizada; y en fin cuando la labor es bastante profunda para que el grano que se siembra quede enterrado a lo menos cuatro pulgadas, y además el fondo en que cae esté bastantemente removido para que pueda penetrarle con sus raíces, vegetar y fortificarse.

Es evidente que en la primera tierra el grano queda superficial y sobre un fondo duro, que no le es fácil penetrar; por consiguiente, no puede robustecerse, y queda aventurado a todas las intemperies, y que en la segunda, está bastantemente cubierto y defendido, y como encuentra un fondo blando puede en poco tiempo echar raíces profundas, penetrarle, fortificarse y sufrir sin peligro muchas intemperies.

Esto solo basta para para demostrar y bacer patentes las causas por qué se ve angustiada tantas veces la nación con

la falta o cortedad de las cosechas, pues las encontrarás fácilmente en la pequeñez de sus arados, y en lo superficial de sus trabajos, recorriendo los principios que hemos dicho ser los que producen estos daños; y hallarás visible que todas se deben atribuir a este defecto de las labores. Si el invierno es excesivo, como el suelo de la tierra está duro, se detienen las aguas, forman charcos, el grano ques está superficial en ellos se delíe, se pudre, se deshace, en vez de que si el suelo estuviera removido, las aguas se filtraran, el grano quedara más arriba y se conservara.

Si los hielos son tardíos, secan la caña ya formada, y no puede vegetar más; pero esto nace de que el grano no habiendo podido echar una raíz fuerte y vigorosa, porque no ha podido penetrar la tierra, tampoco ha podido criar más que una arista o caña débil y somera, que no puede resistir a la impresión del hielo, y por esto al instante se seca y marchita; pero si hubiera podido arraigarse mejor, hubiera producido una caña más robusta, resistiendo a la rigidez de la intemperie.

Si la sequedad y el ardor de la primavera queman y consumen en poco tiempo las mieses de los campos, es porque la poca agua de las lluvias del invierno, que ha podido guardar en su seno una tierra dura, se disipó muy presto con el calor del sol, y la débil raíz no puede resistir a su actividad; en vez que si la tierra hubiese estado profundamente removida, hubiera guardado en su fondo más humedad, y tanto por la mayor fuerza que sus raíces adquirieron como por la mayor frescura que conserva, hubieran aguantado la sequedad, esperando más tiempo el socorro del cielo.

En fin, si el bochorno enjuga, deseca y consume las plantas, es porque las encuentra débiles, sin vigor ni resistencia; pero las robustas le resistieran más, porque con la humedad de su pie, y la fuerza y lozanía de su caña se defendieran mejor.

Ve aquí las causas por qué aunque Dios ha dotado a nuestra España de las más excelentes tierras de Europa, y tan fecundas que se podría aumentar diez veces más el número de sus habitadores, se halla tantas veces angustiada, y con los justos temores de no poder sustentar los pocos que tiene, son necesarias las más felices influencias del cielo para que salga por acaso una buena cosecha, y como vistas las vicitudes de las estaciones, aquellas no son comunes, las cosechas abundantes también son raras, y la menor intemperie basta para destruir en un momento los consuelos y las esperanzas de un año.

CARTA II

Vuelvo a decir que es visible que esta miseria nace de la poca atención que se da a la Agricultura, y aunque se pudieran alegar otros defectos de ella, como son la mala distribución de las poblaciones, el mal ordenado repartimiento de las tierras, y otros que es fácil numerar, es menester reconocer que todos estos males vienen a parar, y se reunen todos a producir este cultivo ligero, atropellado y superficial que es la causa más inmediata y próxima de todos los daños.

Es imposible esperar ninguna especie de prosperidad sin que este defecto se remedie, porque al fin la Agricultura es el primero y más importante fundamento de la felicidad pública, como que de él depende no sólo la vida y la tranquilidad de los hombres, sino también el comercio, las artes, y todo lo que contribuye a dar fuerza y respeto a una potencia, y es también lo que hace el placer, las delicias y abundancias de los individuos. Pero el remedio de tantos males no es dado a nuestros esfuerzos; sólo puede ponerlos el Gobierno. Contentémonos nosotros con procurar a estas pobres gentes el poco bien que está en nuestras manos.

Yo pienso pues cultivar un buen pedazo de tierra, y cultivarlo a vista de todos. Nada persuade tanto como el ejemplo, y nada convence tan eficazmente como la experiencia. Procuraré exhortar a los que tienen medios a que me imiten, y si viese que algunos tienen voluntad de hacerlo, y que sólo lo dejan de hacer porque no pueden, procuraré ayudarlos. Parece que esta idea es simple y fácil; pero no lo es tanto como parece, porque nuestra razón es a veces tan imperfecta, tan mal entendida, y tan contraria a la misma propiedad que se propone, que ella misma ata los brazos de aquellos que con más luces y buenas intenciones quisieran contribuir a la felicidad de su país.

Observa cómo el término dilatado de este lugar está reducido a un cultivo tan estrecho, que apenas se ven en labor las tierras inmediatas; pero desde que empiezan a alejarse un poco, ya está todo inculto y abandonado. Yo soy cómplice de este delito, que se pudiera llamar de lesa humanidad, pues impido el aumento de la población. Digo que soy cómplice, porque una gran parte de estas tierras son dehesas mías; diferentes sujetos tienen otras, y nos contentamos con arrendarlas para pastos, y por muy corto precio. También hay porciones considerables, que se llaman baldíos, y éstas aprovechan menos. Todas estas tierras sirven de poco, y el motivo o pretexto de esta pérdida es el pasto de los ganados; pero estamos tan atrasados en este punto que por nuestra inconsideración, ni tenemos cultivo ni pasto.

El origen de este mal es que no sabemos ni estamos acostumbrados a criar los ganados en casa, esto es, a darles de comer de noche en el establo como se hace con los caballos y mulas. Queremos que el ganado lanar y vacuno vivan siempre a cuenta de la providencia, que la economía y la industria del hombre no les ayuden en nada, y que no coman sino lo que la naturaleza les presenta en el campo. Para conseguir esto, es menester destinar mucha tierra a pocos animales, y despoblar los lugares de hombres. Con esta conducta es indispensable convertir las poblaciones en desiertos, y por aumentar la cría de los ganados, disminuir la población humana.

Pero lo peor es que ni aun esto se logra, porque ese cálculo tan atroz es también falso, siendo evidente que cuanto más hombres haya, cuanto más trabajen y cultiven la tierra, tantos más ganados habrá. Nuestras leyes hechas en tiempo en que la economía pública era desconocida, no tuvieron en consideración estos principios, y así el interés de algunos y la costumbre general lo arrastran todo.

Aquí le interrumpí yo diciéndole: He oido y leido que todas las naciones extranjeras sin excepción, y sobre todo las que más florecen en la Agricultura, han introducido una especie de prados artificiales, esto es, plantan unas especies de hierbas vivaces que, aunque se corten, se reproducen, y las dan muchas siegas que las guardan para mantener con ellas el ganado lanar y vacuno en invierno, y que por este medio con poca tierra que destinan a la producción de estas hierbas, tienen con que alimentar muchos más ganados. He oido también que con más ganados tienen más estiércol, pueden beneficiar mejor sus tierras, y con la tierra así beneficiada, coger mayores y más seguras cosechas.

Tú has dicho en pocas palabras, me respondió mi amigo, todo el secreto de la Agricultura; y por ese tan encadenado método ya debes advertir que un labrador puede tener con poca tierra más ganados y más frutos. Todo depende de entender bien esta economía, que es hija de la reflexión, y que está autorizada por la experiencia práctica de las naciones agricultoras. Y ve aquí los principios simples a que todo se puede reducir: no encargarse de una porción inmensa a que no pueden alcanzar las atenciones de un hombre; ceñirse a un terreno moderado, tal que un hombre pueda ver y cultivar bien; aprovechar la labor haciéndola alternar cada año para diversificar los frutos; destinar una pequeña parte de la producción de las hierbas que mantienen los ganados, y cuidar de que éstos vengan todas las noches al establo así para que se alimenten como para que dejen allí el estiércol, que es el más precioso y útil de sus dones.

CARTA II

Yo concibo, le respondí, que todo eso sería muy bueno; pero ¿cómo sería posible conseguir eso con labradores que por la mayor parte son muy miserables? ¿Cómo podrán tener establos para conducir allí de noche sus ganados, sobre todo si me hablas de los transhumantes, que tienen tantos, y que están tan mal repartidos? Pocos particulares tienen cabañas inmensas, y hay... No, me volvió a decir, no hablo ahora de esos. Este es otro grande mal, que tiene otros principios, y necesita otros remedios y otras leyes. Pero este asunto nos forzaría a una gran discusión, que nos alejaría de lo que tratamos. Por ahora, no te hablo más que de los ganados que llaman estantes, esto es de los que tiene cada labrador para el uso y servicio de su tierra.

Tú dices que cómo los pobres labradores podrán encontrar establos. Yo te digo que tienes razón. Te diré más, que ni ellos ni aun los más ricos pudieran criar prados artificiales; pero también te diré que esta imposibilidad proviene en gran parte de nuestra antigua legislación que tal vez engañada por los interesados, en vez de ayudar a la Agriculturaa, la aniquila, en vez de animar al labrador, le abate por favorecer al ganadero.

Ya sabes que en todas las provincias hay una especie de hombres que se llaman ganaderos, y son los que crían o compran y mantienen los que sirven para el abasto. Estos son los enemigos públicos, la causa del atraso que padece la Agricultura. No pertenecen a la clase de los labradores, ni son dignos de nombre tan honroso; son traficantes de carnes, que con una grangería tan útil para ellos como ruinosa para el estado, sin tener tierras ni labores, se ocupan en criar, vender y mantener ganados; en una palabra, son como los vámpiros que se chupan la substancia pública.

Su pretexto es abastecer el común de viandas, y para obtener sus fines, han arrancado del Gobierno providencias destructoras; unas veces engañando, otras corrompiendo, y siempre intimidando al Gobierno con la carestía o dificultad de los consumos, han conseguido todo lo que facilitaba su ruinoso tráfico, hasta forzar a las leyes a violar los derechos de los propietarios, obligándolos a dejar sus propios domicilios abiertos a su voracidad; en fin, han quitado a la Agricultura los medios de prosperidad. No sólo tienen yerma y desierta gran parte del campo, sino que impiden que lo poco que se cultiva se cultive bien, pues impiden al labrador que lo cierre, y con esto hacen imposible la cría y el aumento de los árboles, aunque en el día se han cortado muchos de estos abusos.

Desdichado el país donde el ganado que debe ser el amigo y el compañero del hombre está en manos de estos traficantes codiciosos. El verdadero y útil abastecedor es el labrador que vende para el consumo el ganado que ya le ha servido, o el que todavía no puede servirle. Si en España los labradores no están todavía en este caso, es por el mal estado de la labranza; pero en los países en que los labradores por el uso de los prados artificiales pueden con poca tierra mantener muchos ganados, ellos son también los que mantienen los abastos, y ve aquí lo que sucede.

La tierra está dividida en pequeñas propiedades, cada propietario o cada arrendador tiene la suya, y en ella todos los ganados que pueden mantener las hierbas que coge en sus prados; pero como cada año sus crianzas se multiplican, y no puede mantenerlas todas, está obligado a vender su sobrante. ¿Y qué hace? Renueva sus bueyes, hace engordar a los que le han servido y están cansados, y los vende, reservándose para el trabajo otros nuevos y más vigorosos.

Como tampoco puede mantener todas las terneras que nacen en su establo, está forzado a venderlas, como también los carneros, y repone su falta con corderos nuevos. Por este medio, siempre hay en la circulación del comercio muchas carnes para el consumo. La multitud de los labradores tiene y vende mucho más de lo que venden ahora los ganaderos, y este proceder produce muchas ventajas; porque fuera de la abundancia y mejor precio que resulta de la concurrencia de tantos vendedores, las crías se multiplican anualmente, la tierra se cultiva sin tropelía, y todos los ramos de Agricultura prosperan.

¡Qué lejos estamos nosotros de una economía tan bien entendida, y que sin embargo es casi general en toda Europa! Para ponerla en planta sería menester empezar por dividir las propiedades: puesto que ha dado ya el Gobierno la facultad de cerrarlas, e impedido con sus leyes que nadie pueda entrar a devastar las propiedades ajenas, él mismo debería encargarse de dar en todas las provincias el ejemplo de los prados artificiales; exhortar a los grandes y ricos propietarios a que lo imiten; excitar a su formación con premios y ventajas a los medianos, y no descansar hasta que llegue este método hasta los últimos. Todo esto es muy fácil al gobierno y en poco tiempo puede hacerlo sin más gasto que el de hacer leyes sabias, justas y bien entendidas, que indirectamente se dirijan a su logro. La dificultad que me propones de los establos es grande; pero ésta no es obra de un día, y lo que no se empieza no se acaba.

CARTA II

Aquí le dije yo: Todo esto, amigo, es hermoso, y me parece claro; pero ¿qué hacemos con eso? Nuestros discursos no pueden ser más que especulaciones vanas, o cuando más los lamentos de un buen corazón, pues que no podemos remediar nada. Así es, me respondió, y si te lo digo, es porque estas ideas me han conducido a los proyectos que voy a exponerte. Dime, Mariano, ¿no te duele ver este término tan vasto, este horizonte donde la vista no encuentra un árbol ni una casa, este inmenso terreno que pudiera estar cubierto de lugares, espigas, frutales y jardines; verle, digo, yermo, inculto y abandonado, sin más destino que el de mantener pocos ganados que se mantuvieran mejor en una pequeña porción de tiera bien gobernada? En cuanto a mí, te confieso que esta idea me contrista.

¡Pero cuánto más debe contristar la consideración de que en las más de las provincias de España sucede lo mismo; que los lugares están muy lejos los unos de los otros, que apenas se ve sembrada una parte de sus ruedos, y que todo lo demás se queda inculto! Un proceder tan absurdo no tiene otro principio que un error de que también los ganaderos son autores. Se deja en cada lugar con nombre de Comunes una vasta porción de tierra destinada a pastos. El pretexto es que los vecinos del lugar puedan apacentar sus ganados; el hecho es que sólo los aprovechan los ricos ganaderos. Los pobres no tienen ganado, y si alguno lleva su yegua coja, su asno viejo, cuando llega ya no encuentra nada, porque los ricos ganaderos en un día lo han devorado todo. Así no hay provecho para ninguno; y si le hubiera, sólo sería para el ganadero que sin ser labrador vive con esta odiosa grangería.

La verdad es que ni aun ellos mismos pueden disfrutarlos, porque al instante que las hierbas despuntan, temerosos unos de otros se apresuran a meter su ganado, sin dar tiempo a los pastos de crecer, madurar y sazonarse. Si los ganados lo comen, es cuando aun no pueden dar sustento; pero por la mayor parte los pisan, los atropellan e inutilizan. ¿Cuánto más ventajoso sería al Estado repartirlos entre labradores para que cada uno los disfrutara con sosiego y oportunidad? Por lo menos, serían más útiles, y sustentarían más ganados.

Vengamos ahora a las dehesas. Estas son grandes proporciones de tierra que los propietarios pudieran cultivar, pero no las cultivan; las arriendan a ganaderos para que pasten sus ganados, y se contentan con un precio muy inferior. Los más hallan muy cómodo este método, porque sin ningún trabajo ni aplicación encuentran una cierta renta que las más veces es segura porque casi todos los ganaderos son ricos. Yo poseo en mi patrimonio muchas dehesas, y en este mismo término tengo muchas considerables; pero hasta ahora he hecho lo

mismo que los otros, sin pensar más que en ver cómo aumentar el precio del arriendo. Era difícil que habitando siempre en la capital, distraido en tales devaneos, pensase en mejorar mis tierras.

Lo peor es que una gran parte del reino está condenada a este triste abandono, y muchas causas concurren a este daño. La fuerza de la costumbre muy poderosa en los hombres ordinarios: así hallaron las cosas cuando las heredaron, y así las dejan; la ignorancia, la falta de ideas, el no haber visto otra cosa, el defecto de medios, la pereza, el amor a los placeres, la violencia de las pasiones, y sobre todo aquella máxima general de que ya hemos hablado, con que todos por mejorar de fortuna, aun los que nacieron favorecidos de la suerte, se transportan a las capitales o a la corte, y abadonan sus propiedades heredadas; todo esto unido o separado es la causa ordinaria de que no haya quien se aplique a mejorarlas.

Todos pues se contentan con arrendarlas: el precio del arriendo no puede ser sino muy inferior si se compara con el valor que pudiera dar el cultivo. La tierra está abandonada a la espontánea producción de las hierbas que cría una naturaleza lánguida, pues está destituida de todo auxilio. Es claro que si se dieran labores, los pastos fueran más abundantes y mejores; también es cierto, que si se cultivara para granos, la paja que éstos produjeran, excediera en mucho la cantidad de pastos naturales; que si se acostumbrara criar ganados a la mano, se alimentara con la misma tierra mucho más número, y que fuera de esta ventaja se hallaría la de tener muchos frutos para el sustento de los hombres.

Todo esto es claro, cierto y evidente; pero como para lograr estos beneficios sería menester estar allí y aplicarse, y como la mayor parte de los propietarios o no lo sabe, o no lo reflexiona, o no quiere dejar la ciudad que habita y los placeres que le divierten, ve aquí por qué no pueden pensar en ello; y ve aquí por qué el mayor esfuerzo de su industria se reduce únicamente a ver si es posible aumentar el precio de su arriendo. Pero como gracias a Dios yo estoy aquí, y estoy en estado de emplear mejor las dehesas que poseo, he hecho sobre este objeto muchas reflexiones.

Desde luego, ha observado que la población de este lugar es numerosa, que si es pobre de fortuna porque hay en su término poco cultivo, es rica de familias, rica de brazos, y ésta es la riqueza verdadera. Basta saber ponerlos en una actividad bien arreglada para conseguir todos estos bienes. Cuando hay tierras y brazos, y no faltan instrumentos, ¿qué

puede faltar a la prosperidad más que ponerlos en ejercicio? Yo pienso pues, amigo, sacar las dehesas que poseo de la parálisis en que yacen, y ponerlas en cultivo; pienso también empezar por las de este lugar. ¿Qué te parece, Mariano, de este pensamiento?

Yo le respondí que me parecía una operación excelente, pues con ella aumentaría sus rentas, y haría vivir muchas familias que trabajarían en ellas. En cuanto al aumento de mis rentas, me respondió, no lo dudo; pero no es mi ánimo el cultivarlas por mí: esto traería inconvenientes. Yo por mí solo no pudiera cultivar tanta tierra. Necesitaría de grandes desembolsos, y después de todo no las cultivaría bien. En nadie se verifica tanto como en la labranza el proverbio de que el que mucho abarca, poco aprieta. Es imposible que un hombre solo por activo que sea, y por más gastos que haga, pueda abrazar una grande extensión y que se hagan en ella todas las operaciones con la perfección que conviene. En la agricultura no adelanta el que hace más, sino el que hace bien, y el que cultiva diez fanegas con esmero y cuidado gana más que el que cultiva doscientas con ligereza y atropellamiento, que son inevitables en las grandes labores.

Así voy a proponerte otra idea. Entre las dehesas que tengo aquí, hay una que está muy cerca del lugar, y por eso me parece propia para un ensayo. Digo ensayo, porque antes de hacer en grande la operación que voy a proponerte, me parece cuerdo hacer una prueba. Si ésta sale mal, nos desengañaremos con poca pérdida, y si sale bien, entonces será fácil extenderla. Digo pues que mi pensamiento es dividir esta dehesa, que pasa de mil fanegas en porciones y suertes iguales de treinta a treinta y cinco fanegas cada una, que harán más de treinta suertes. Mi proyecto es establecer en ellas otras tantas familias, y que cada una la trabaje para sí.

Me parece que esta cabida de treinta y cinco fanegas es la más proporcionada para un arado; porque sin tener demasiada tierra tendrá la suficiente para ocuparle todo el año. Además, los que la trabajen tendrán la ventaja de tenerla en un pedazo toda a la vista, y con la facilidad de gobernarla bien, y creo que una suerte de éstas bien cultivada debe producir lo suficiente para mantener una familia con desahogo.

Desde que las suertes estén divididas y acotadas, yo tomaré una, tú otra, y cada uno de mis hijos la suya. También pienso persuadir que tomen una algunos de los vecinos del lugar que tienen algún dinero, y no tienen otra tierra, por

ejemplo el Cirujano y el Arquitecto, que está ya resuelto a quedarse con nosotros. Quiero suponer que ganemos a algunos, y que empecemos ocho o diez a dar el ejemplo. Siendo nosotros más inteligentes, y teniendo más medios, podremos en poco tiempo hacer visibles los frutos de nuestra aplicación.

Yo no daré ninguna de estas suertes al que tiene ya tierra en propiedad, pues el que no cuida la que tiene, tampoco cuidará la que yo le reparta; a menos que la porción que tiene sea tan corta que no baste a mantener su familia; pues en este caso, si veo que trabaja la que tiene, será una razón para preferirle; pero no al que tenga la suficiente, pues no sería más que para hacerle más rico, y sería mejor darla al que no tiene ninguna, porque lo que conviene al estado es que la tierra se subdivida en moderadas porciones, que se trabaje por muchas manos, y que el número de los pequeños propietarios se multiplique. Así me propondré como ley inviolable no dar ninguna suerte al que tenga diez fanegas propias.

Supuesto pues que nosostros ocupamos los ocho o diez suertes primeras, me quedarán veinte o veintidos que repartir. Yo quisiera hacer de esta distribución un objeto de emulación o premio; pero ahora es imposible, porque todavía no se conoce el beneficio. Será pues necesario informarnos de quiénes son los arrendadores de tierras ajenas que no la tienen propia, o los jornaleros más aplicados, que parezcan de mejores costumbres, que vivan más honradamente con sus familias, y que tengan hijos grandecillos, que puedan ayudarlos. Tú me vas a decir : ¿Cómo es posible que esos pobres que apenas tienen pan para sus hijos puedan cultivar una suerte? Yo te responderé que será preciso que yo les ayude, pero que no es tan difícil ni tan costoso como te parece, y que por otra parte ellos me lo pagarán bien.

Examinemos este punto. Supongo que al principio es menester no sólo dárselo todo, sino mantenerlos hasta que cojan su primera cosecha. Sin duda que con la tierra debo darles un arado y dos vacas para que la cultiven, los demás intrumentos de labor que son poca cosa, cinco o seis pollas con un gallo para que comiencen la cría, una puerca, y si quieres, dos o tres ovejas para que den principio a esta útil procreación. Si añades a esto el trigo y los granos para hacer sus primeras sementeras, hemos dicho todo lo que necesitan para establecerse. Calcula ahora el valor de todo, y verás que no es un objeto mayor para un grande propietario que quiere hacer buen uso de sus rentas. Si consideras el bien que le resultará a sí mismo, verás que es colocar su dinero a grande interés. ¿Y qué alma noble no sentirá una grande complacencia, si echa los ojos sobre el que resultará

a su nación, aumentando el número de los pequeños propietarios, metiendo nuevas tierras en valor, multiplicando los frutos, y haciendo el bienestar permanente de familias honradas, que se sacan de la miseria? Si consideras esto y otras grandes ventajas que te expondré después, me confesarás que estos gastos son nada comparados con los beneficios y que el que no los hace cuando puede hacerlos, no hace bien.

Pero para que esta operación sea feliz, para que tome consistencia y produzca todos los bienes que se esperan, no basta simplemente darles las tierras; es indispensable dárselas con ciertas leyes, calidades y condiciones, y del acierto de éstas depende el logro de la operación. Así mi intento es darles la suerte no en arriendo, ni en ninguna otra especie de contrato precario y temporal: cederé la tierra plena y absolutamente, transfiriéndoles el dominio útil, esto es, el goce y usufruto de la tierra, sin reservarme otra cosa que el dominio directo, o la propiedad de ella, y la parte de frutos que deben obligarse a pagarme.

En virtud de este contrato, no sólo ellos sino también sus hijos y nietos hasta la última generación estarán seguros de gozarla sin que ni yo ni ninguno de mis sucesores puedan desposeerlos siempre que cumplan con las condiciones que se han estipulado. Esta condición es alma de esta empresa; sin ella sería imposible conseguir nada, y además es menester juntar otras, que produzcan las ventajas de todos. Pero antes de explicártelas, permite que te diga, para tranquilizar más al colono sobre la seguridad de su posesión, que sólo en el caso de haber obtenido yo o mis sucesores una sentencia pasada en autoridad de cosa juzgada, declaratoria de que los colonos no han cumplido con las obligaciones que pactaron, podremos volver a entrar en nuestro derecho primordial y quitarles la tierra para darla a otra familia, o hacer de ella el uso que nos parezca.

Veamos ahora cuáles serán estas condiciones. La primera, que el colono pague cada año al propietario la parte de frutos en que se hayan convenido; la segunda, que no puedan vender la tierra ni gravarla con censos; la tercera, que no la abandonen, sino que la cultiven siempre al uso del país; la cuarta, que no puedan dividir la suerte, sino que pase entera al que la herede, pues si cada familia pudiera partirla entre sus hijos, presto quedaría pedazos y reducida a trozos pequeños inútiles para la agricultura. Ya ves que todas estas cuatro condiciones son justas y fáciles; luego veremos las utilidades que traen para todos.

Ahora no me detengo en examinar cuál sea la parte de frutos que convendrá imponer al colono. En esto hay mucha diversidad, porque aunque yo no tenga noticia de contratos de la naturaleza que propongo con tan absoluta enajenación del dominio útil, sé que hay provincias en que los propietarios arriendan sus tierras a pagar en frutos; esto es, el propietario da la tierra, el colono pone su trabajo, y después de reservar lo necesario para la siembra, parten lo que queda; pero en esto está la diversidad. Unos exigen el tercio de lo sobrante; otros la mitad, y uno y otro me parece demasiado para mí. Contribución tan fuerte, aunque esté autorizada por el uso, es dictada por el interés; y yo quiero que mi operación, aunque no olvide del todo mis ventajas, tenga moderación, y lleve consigo el carácter de la beneficencia.

Ve aquí como he calculado. Si yo en vez del tercio o de la mitad en que por lo común se arriendan, me contento con uno de ocho, esto es que después de haber pagado el diezmo a la Iglesia, el colono tome para sí siete partes, y a mí no me da más que una, me parece, digo, que no me alejo de la moderación que busco. Así lo creo, y después te probaré que no sólo habré hecho mucho bien al colono y al Estado, sino que yo multiplicaré también con exceso el valor de mis propiedades.

Volvamos a las condiciones. Sólo su contexto ha podido hacerte entrever el principio y máximas que me gobiernan, y el espíritu que me las dicta. Si les doy la tierra con una enajenación tan entera, es porque quiero inspirarles confianza y seguridad. Deseo que sepan que ni yo ni mis sucesores podremos despedirlos, siempre que satisfagan a las condiciones justas y fáciles que contratan. Esta idea, y la seguridad de que los frutos de su aplicación pasarán a sus hijos y demás descendientes, los harán trabajar con gusto y con celo. Plantarán, fabricarán habitaciones, harán mejoras, lo que no es posible esperar de un hombre que no está seguro de la tierra en que trabaja.

Si limito a treinta y cinco fanegas la extensión de la suerte, es porque es la porción que puede cultivar cada año un arado, porque con esta medida nunca estará ocioso; pero también es lo que puede cultivar sin atropellamiento. Y si no quiero que tenga tierra para dos arados, es porque setenta fanegas partidas en dos suertes con dos arados y dos labradores producen más que las mismas con un labrador y dos arados, y están mejor gobernadas; y porque el principal interés del estado es que el número de las familias se aumente, y que no sólo los frutos se multipliquen, sino también los hombres.

CARTA II

Yo quisiera imponerles la condición de que a lo menos hicieran una choza para que habitasen en ella sus ganados. Esta sería la perfección del establecimiento. Son imponderables las ventajas que resultan de que el labrador habite en el campo que cultiva. Cuando todos los días tiene que hacer un viaje de ida y vuelta del lugar al campo, pierde mucho tiempo. ¡Cuántos días pierde también cuando el tiempo parece turbado y amenaza! No se atreve a salir; y aunque después se serene, pero ya es tarde, y el día se ha perdido.

Cuando vive en el lugar, pierde en parte el estiércol de su ganado, pierde también el que pudiera hacer viviendo en su tierra, con las gallinas, palomas, ovejas y los demás animales de su corral. Cuando sale del lugar para ir a la tierra, va solo; su mujer nunca va al campo, no adquiere la menor inteligencia, y jamás puede ayudarle en nada; se queda en el lugar y malbarata mucho tiempo, porque las haciendas de la casa se acaban presto, y se acostumbra a buscar sus vecinas, a murmurar con ellas, y abrir las puertas a todos los vicios dela ociosidad. Los hijos le son una carga inútil en la infancia, porque no le pueden servir de nada si se quedan en el lugar, y se acostumbran a correr con los otros muchachos, y viciarse con ellos.

El mismo labrador desde que acaba sus labores o concluye su sementera no vuelve a su tierra, principalmente en el invierno, porque no encuentra en ella un abrigo. Es pues preciso que la deje abandonada a la providencia; y si los caminantes le abren sendas, si le pisan sus sembrados, si las malas hierbas se apoderan de ellos, si los ganados los atropellan, en fin, en cualquier daño que se le haga, como no lo ve, tampoco puede impedirlo. Se ve forzado a pasar el invierno en el lugar. ¿Y qué puede hacer en tan largo tiempo, más que tratar con los otros, jugar, murmurar y divertirse en la taberna? Ve aquí una de las causas que más contribuyen a la corrupción general que se observa, porque es imposible que la ociosidad y el trato de los pervertidos no perviertan las costumbres.

¡Pero qué diferente es la situación de una familia que habita en el campo, y en medio de la tierra que cultiva, sobre todo si la mira como propia, y como la herencia de sus hijos! Píntate, Mariano, con el espíritu esta imagen, y verás que aunque no quiera, renueva los ejemplos de la vida Patriarcal. Ya desde luego no malogra un momento. Como está cerca de su trabajo, desde que amanece hasta que anochece, todo lo aprovecha. No hay para él días inciertos y perdidos, porque al instante que serena toma su arado. No sólo aprovecha el estiércol de su ganado mayor, sino que también

le añade el de los animales del corral que tiene en el campo, y que no pudiera tener en el lugar.

Su mujer después de hacer en breve las cortas haciendas de la casa, queda libre y le puede ayudar; habitando en el campo, con él se instruye por necesidad en muchas cosas; adquiere el gusto del trabajo, y le puede ser útil en cuidar del ganado, en transportar estiércol a la tierra, en plantar sus berzas o legumbres, que son el aliño del campo, y en otras mil faenas que hacen la vida y el alma de la agricultura. Sus hijos desde la primera edad empiezan a servirle: los pequeños conducen el ganado menor, los medianos el mayor, y los más grandes rompen las motas para pulverizar la tierra, acomodan los fosos que dividen la heredad, hacen las demás obras que necesitan fuerza, y ayudan a su padre en la labor y en las demás faenas.

Todos son también guardas y custodios vigilantes y continuos de su heredad para preservarla de todo daño. Nadie se atreve a abrirle un camino, ni a pisarle sus siembras; impiden que los ganados entren, y si entran, los rechazan; en fin estorban los daños o los remedian. Si las malas hierbas despuntan en sus sembrados, al instante las arrancan, y no dan lugar a que se apoderen de la tierra y debiliten la substancia de los ganados. Este cuidado activo e incesante con que las mujeres y los hijos limpian las siembras es el más útil de todos, y los buenos labradores saben cuánto aumenta y multiplica las cosechas.

También es fácil concebir cuánto esta situación contribuye a preservar y mantener las buenas costumbres. Toda la familia toma el gusto y la inteligencia de los trabajos del campo. Y el padre aislado en su posesión no tiene la frecuente comunicación con los hombres viciosos del lugar, que es la que corrompe a todos. La distancia le quita la facilidad y la tentación de ir a la taberna. La sucesión de sus trabajos y la esperanza de los frutos le embelesan y fijan allí su corazón.

Su mujer y sus hijos le acompañan y se acostumbran. La mujer conserva su inocencia, y los hijos se crían con ella. Ocupados toda la semana en sus trabajos, el día de fiesta van a la Iglesia, cumplen con su obligación de cristianos, oyen la palabra de Dios, se proveen en el mercado de lo que necesitan, y vuelven a su rústico albergue a gozar de la paz, tanquilidad y comodidades inocentes. Esta es la almáciga que produce tantos labradores honrados y robustos, y de su sobrante se forman los bravos soldados, los hábiles marineros, los artesanos activos, y los industriosos

fabricantes. Esta es en fin la madre de la que nacen todas clases de ciudadanos útiles.

Es pues de la mayor importancia excitar a los labradores a que habiten en sus tierras, y tengo para mí que el mayor y más digno afán de un Gobierno ilustrado debía ser el promover este objeto con leyes sabias, y providencias bien entendidas, que no es difícil atinar. Nadie puede dudar que si un estado se poblara de nuevo, lo más conveniente, según los principios dela agricultura, política y moral, sería diseminar los labradores por toda la superficie de la tierra de modo que no hubiera una porción mediana que no tuviera sobre sí una casa ocupada por el labrador, su familia y su ganado.

Se deseara que cada porción poblada así de casas y familias dispersas tuviera en su centro un lugar o puesto de reunión, en que habitaran los artesanos necesarios para uso del campo, como herreros, carruajeros etc. y los fabricantes que pudieran formarse en ellos. Y que además, y con la distancia conveniente, se encontrasen villas y poblaciones mayores que fuesen depósito del comercio y de manufacturas más finas, que necesitan de muchas manos y muchas artes. Lo cierto es que por este método toda la tierra estaría bien poblada, bien trabajada, y todos los oficios se darían el auxilio de que recíprocamente necesitan.

Si esto es tan visiblemente ventajoso, ¿por qué el Gobierno no contribuirá a que este daño se repare en lo posible? Si la desgracia de las guerras interiores que sufrió la nación con los Moros obligó a que por temor de las inopinadas incursiones se abandonase la habitación de los campos, y que cada población se reconcentrase en un punto para no ser sorprendida y defenderse mejor; si después la falta de ideas sobre la economía política ha escondido la gravedad de este daño, y no ha pensado en remediarle, ¿no era ya tiempo de pensar en él, y curar un mal que mientras existe, es imposile que la nación se levante al poder y riqueza a que está proporcionada?

Te confieso, amigo, dije yo aquí, que he corrido las más de las provincias de españa, y fuera de Vizcaya y Galicia, de Cataluña y Valencia, en donde al primoroso cultivo se añade una gran industria y actividad, todo lo demás me ha parecido muerto y desanimado. Todo está como dices: los lugares muy separados unos de otros, las inmediaciones únicamente cultivadas, y los espacios inmensos que median entre ellos incultos y desiertos. Esto me daba en rostro, pero no distinguía entonces todos los inconvenientes que este estado de cosas debe acarrear. Tus reflexiones ma hacen conocer que

basta ver este aspecto de cosas, la mala distribución de tierras, la mala colocación de los pueblos, y el abandono del cultivo para conocer que toda la miseria que padecemos es una consecuencia inevitable.

¿Pero qué remedio a tanto mal? ¿Cómo una obra de tantos siglos, una costumbre tan inveterada puede corregirse? ¿sería posible a los hombres encontrar un remedio? Sí, amigo, me respondió: el Gobierno sin gasto alguno, y con pocas y sabias leyes podría corregirlo todo. No ha faltado quien le ha propuesto no sólo los medios, sino también para facilitarlo más, una serie de leyes que pudieran remediarlo por entero: leyes por otra parte justas y dulces, que no hacían perjuicio a nadie, que eran benéficas para todos, y que en poco tiempo hubieran hecho revivir el reino; pero ésta es la desgracia de la humanidad, que el torrente de los negocios corrientes se lleva la atención de todos los días, y no da lugar a poner en ejecución los mejores proyectos.

Pero no nos detengamos en lo que no podemos remediar, y dejemos lamentos, que como dices son los suspiros de un hombre de bien. Contraigámonos a nuestro asunto, y te vuelvo a decir que convencido de la importancia de que cada labrador viva en su tierra, yo deseara imponerles la obligación de fabricar a lo menos una choza o barraca en que pudieran abrigarse ellos y sus ganados; porque esto empezaría poco a poco a acostumbrarlos, conocerían prácticamente las ventajas, y se esforzarían a mejorar cada día su hacienda y su habitación.

Pero ahora no me atrevo; temo espantarlos; es tanta su miseria, y están tan acostumbrados a vivir en los lugares que esta sola obligación los pudiera arredrar. Me parece pues prudente no insistir en esto a los principios. El tiempo y la experiencia lo podrán conseguir. Y aunque este método será más lento, es menos aventurado. Por otra parte, como la dehesa que pienso repartir ahora está tan cerca del lugar, no tiene los mismos inconvenientes que las que están más lejos. Empezaré pues por repartir las suertes, sin imponer esta obligación, pero no por eso dejaremos de persuadirlos y excitarlos con el ejemplo, y ve aquí mis cálculos.

Ya contamos con las ocho casas que nosotros y los vecinos acomodados fabricaremos. Daremos las demás suertes a los que nos parezcan más capaces de servirlas. Yo les daré los primeros auxilios. Dentro de dos o tres años veremos si la operación puede o no prosperar. En cuanto a mí, no puedo persduadirme que unos hombres que arrendaban la tierra, la trabajaban y la pagaban, dejen de trabajar cuando se les da

una porción de tierra no sólo de balde, sino que se les auxilia y que no se exige de ellos más que la octava parte de lo líquido que les queda.

Digo lo líquido, porque mi intención es que el total de los productos se considere como una masa, que de esta masa se saque desde luego el diezmo que pertenece a la Iglesia, y las contribuciones directas que se deban al estado en caso que las haya, y que lo restante se distribuya entre nosotros con esta proporción: siete partes al colono para pagarle sus gastos y trabajo, y una sola para mí por el valor de mi tierra. Ya sé que esto es ventajoso al colono, que pudiera pagar dos o tres partes; pero te repito que mi ánimo no es hacer el negocio de un traficante, que quiero imprimir a esta operación el carácter de beneficencia y que es menester ahora alentar a los colonos en un negocio en que no conocen todavía sus grandes ventajas. Pero también te vuelvo a decir que esta sola parte me pagará con usuras el precio actual de mis arrendamientos y de los avances que haga.

De aquí a dos o tres años veremos con claridad, si esta operación se acierta o no. Si no se acierta, yo no habré perdido más que los avances, y no se pueden decir perdidos, porque habré mantenido y ocupado muchos pobres. Pero la tierra me queda ya mejorada, porque si se ha trabajado alguna cosa, esto debe haber mejorado sus pastos. Si se acierta, discurre cuáles son y pueden ser las consecuencias que este ejemplo pudiera producir. ¡Qué consuelo para mí mismo ver en poco tiempo mi tierra en labor, haber hechos felices algunas familias, verlas bien establecidas y para siempre, y haber multiplicado tanto los ganados como los frutos de la tierra!

Estas ventajas, aunque grandes en sí, serán muy inferiores al aliento y esperanza que me dará este acierto para poblar otras muy vastas y lejanas dehesas que poseo, donde hay excelente tierra, y en que entonces me será fácil establecer numerosas y felices poblaciones. Entonces y con la experiencia de este logro ya podré exigir condiciones a que ahora no me atrevo. Les podré obligar a habitar su tierra, y abriré la puerta no sólo a los vecinos de este lugar, sino a todos los que me pidan suerte, de cualquier país que sean, sólo con la condición de que no tengan diez fanegas propias. Y por este medio esta pequeña dehesa que habré poblado, me poblará todas las otras.

¿Pero qué digo, amigo? esta dehesa sola debiera poblar todo el reino, porque ella sola, suponiéndola poblada, debería abrir los ojos a las villas, a los grandes propietarios, y alentar al Gobierno mismo. Puede llegar un día en que yo no

tenga más tierra que dar, por haberla dado toda. Y si todos reconocen las ventajas, todos querrán aprovecharlas. Mis colonos solos bastarán para excitar este deseo, y presentar una nueva y copiosa almáciga de pobladores. Porque como las suertes no podrán dividirse, y que es menester que pasen enteras al heredero en cada familia, pueden quedar dos o tres hermanos, que acostumbrados al campo, no teniendo tierra propia la desearán, y los padres y hermanos se ofrecerán a ayudarlos.

Entonces no será mucho que las villas convencidas por la experiencia de la utilidad deseen repartir entre labradores útiles sus casi inútiles baldíos. Y es posible también que muchos grandes propietarios, unos por generosidad y amor del bien público, y otros por interés, quieran hacer lo mismo, y conviertan los inmensos desiertos que aprovechan tan poco en vastas dehesas y yermos a que los destinan, los conviertan, digo, en útiles y productivas poblaciones. El Gobierno mismo despertará con el ruido de empresas tan felices, y promoverá la felicidad pública por un medio tan simple y tan superior a todos. ¡Cuántos bienes habrá producido entonces una pequeña y dichosa dehesa!

Figúrate un momento para divertir nuestras ideas que entrase en la nación con algunos ejemplos felices un espíritu general de población, que el Gobierno y los particulares compitiesen en poblar los innumerables desiertos que la afean, la empobrecen y tienen despoblada; que cada villa, cada propietario y el Gobierno mismo repartiesen las tierras de que pueden disponer entre labradores útiles, que no tienen tierra propia, y que los ayudasen por estos o semejantes medios. ¿Quién puede dudar que en poco tiempo la nación se aumentaría considerablemente? ¿Que toda la tierra se vería poblada, habitada y trabajada? ¿Que los ganados y los frutos, los hombres y las subsistencias abundarían? Y en fin ¿que en vez de la miseria y languidez en que hoy yace la nación, se la vería alegre, próspera y poderosa?

No te aflijas con el temor de que en algunos años no habría más tierra que repartir, porque sería el colmo de la felicidad. Cuando una nación logra ver todo su territorio bien cultivado, cuando ya no hay un pedazo de tierra que no tenga dos brazos que la sirvan, y cuando sobran otros muchos brazos que no tienen tierra en que ocuparse, entonces ha llegado al más alto punto de su prosperidad; porque de estos brazos sobrantes se sirven las artes, las manufacturas, el comercio, las tropas, la marina, la navegación, y esto es lo que hace a las naciones ricas, poderosas y fuertes

Esta, amigo, puede ser una hermosa novela. El sabio que conoce que toda causa debe producir su efecto no dudará de que leyes sabias y un Gobierno aplicado y bien entendido deban alcanzar a producir estos bienes. Y así lo que importa es que cada uno se instruya, y que se aplique. Pero como esto no depende de nosostros, dejemos a Dios y al tiempo las resultas de mi operación, y no pensemos más que en ejecutarla con los medios que el cielo me dispensa. Y ve aquí para resumirme lo que pienso hacer en el repartimiento de mis tierras.

Como el fin de que nosotros tomemos una suerte cada uno, es para enseñar a los colonos lo que deben hacer con el tiempo, me propongo hacer fabricar desde luego en cada una y en medio de ellas, en cuanto sea posible, una casa pequeña, simple, pero que tenga todo lo necesario o puede ser útil a un labrador. Sobre todo, haré hacer un corral grande. Esta es la pieza más importante, en que habrá abrigo para mis gallinas y pavos; habrá un establo para mis vacas, otro mayor para mis ovejas, no faltará un lugar para mis puercos, ni un grande hoyo o estercolero para echar a pudrir y dejar madurar el estiércol de mis ganados. Haré cercar todo el circuito de mi tierra con un foso, para que los ganados ajenos no puedan entrar en ella, y para su resguardo, la haré cercar de haya viva. Esta haya crecerá sobre la tierra que he sacado de los fosos, y también me aprovecharé de ella para guarnecer toda la circunferencia de árboles útiles como olivos o moreras.

Cuando ya me vea cercado y seguro de que nadie pueda echar a perder mis trabajos, distribuiré mi tierra en cuatro partes iguales. Destinaré una por entero al plantío de un prado artificial. Si tuviere agua con que poder regarle, le plantaré de alfalfa; si no tengo agua y el terreno es húmedo, le plantaré de trebol o heno; y si fuere seco, débil o pedregoso, le plantaré de mielga. Con esta aplicación a las diferentes calidades de tierra, los labradores saben que no hay ninguna que no pueda ser útil y criar una especie de prado. Tendré cuidado de que se hagan los cortes en su tiempo, y estas hierbas me servirán para mantener con ellas mis ovejas y vacas en el invierno.

Las otras tres partes las distribuiré en tres pedazos iguales. Una será para trigo, otra para cebada, y otra para legumbres o granos menudos; pero de la manera que conviene, esto es alternando y variando cada año su producción. Por ejemplo, la que este año ha producido trigo, el año siguiente la destinaré a cebada; la que estaba de cebada, destinaré para granos menudos o legumbres; y la que estaba de éstos, que ha descansado todo el invierno, que ha sido bien arada, y que no ha producido más que legumbres que no

la cansan, la destinaré a trigo; y guardaré siempre esta alternativa sin interrumpirla jamás. Este es el método que observan los Ingleses, que son los mejores labradores de la Europa, y que lo han enseñado a otras naciones bastante ilustradas para conocer que después del estudio de la Religión, éste es el más digno de los hombres. Ve aquí, Mariano, las ideas que después de algunos días me hierven por la cabeza; pero como yo no estoy tan instruido como debiera, no me atrevo a fiar de mi propio juicio. Yo quisiera consultarlo con personas prácticas, y más con hombres de una razón sana, que me dirijan y aconsejen; pero aquí no tengo a quien volver los ojos. Labradores hay; pero son hombres de rutina, que no conocen otros usos que los suyos, que jamás han reflexionado sobre ellos, y que cuando se les habla de una cosa nueva, de que no tienen idea, se asombran y oyen con desconfianza cuanto se les dice. Hombres de esta especie no pueden ser buenos consejeros, y no saben más que poner dificultades y desanimar. ¿Qué te parece a ti Mariano?

¿Qué quieres que te diga, amigo? le respondí. Nacido en una grande ciudad, criado en ella, no habiendo salido al campo sino con motivo de paseo, y habiendo pasado toda mi vida entre mis libros y mi Iglesia, no soy capaz de tener ideas sobre este asunto, que me parece de mucha importancia. Desde luego te confieso que tu proyecto me llena, y que me parece tan claro como útil; todos tus raciocinios me parecen justos. No has dicho nada que no me parezca lleno de luz y de razón. Repito que no soy capaz de aconsejarte; pero dentro de mí formo un raciocinio que tiene a mis ojos mucha fuerza y es éste :

En todos los negocios obscuros y dudosos que no es posible formar un juicio seguro y sosegado porque dependen de acasos contingentes ¿qué es lo que aconseja la prudencia? Que se comparen los riesgos y las consecuancias del malogro con las ventajas o provechos del acierto. Si se gana poco cuando se gana, y se puede perder mucho en caso que se pierda, la prudencia nos dice no emprenderlo; pero si en caso de perderse, no se puede perder más que poco, y en caso de ganarse se gana mucho, es claro que la razón dicta no detenerse. Si este principio es cierto, tú mismo has decidido tus dudas; porque tú dices: mi dehesa puede poblar el reino. Me hago cargo de que éste es un entusiasmo hijo de tu imaginación brillante, y de tu encendido amor del bien público. No me dejo seducir por él; prescindiendo de todo, y no queriendo consultar más que el dictamen de una razón sana y severa, pongo a un lado las villas, los propietarios y el Gobierno, y no miro en este momento más que a ti solo.

CARTA II

Ve aquí pues los términos a que me ciño. O logras poblar esta dehesa o no lo logras. Si la pueblas, es natural, es posible, que puebles las otras y en este caso tú piensas aumentar tus rentas; pero cuando esto no sea, es seguro que darás existencia y comodidad a un cierto número de familias pobres que arrancarás de la ociosidad y de los vicios muchas personas, que multiplicarás los frutos y las subsistencias del lugar, que tú mismo y todos nosotros nos ocuparemos en cosas inocentes, útiles y benéficas. Estos por sí solos ya son grandes bienes.

Pero si no logras tu empresa, si a pesar de todos tus afanes y gastos no se consigue la población ¿que es lo que sucederá? ¿qué inconvenientes resultarán de esta desgracia? Tú lo has dicho: perderás los avances que hayas hecho, y no los perderás todos, porque tú no los harás sino sucesivamente en el tiempo de la oportunidad, mientras dura la esperanza del logro; pero la tierra siempre te quedará mejorada con el tal cual cultivo que haya recibido. Así la mayor desgracia será que la vuelvas a ver en la necesidad de arrendarla para pastos, y éste es el estada que hoy tiene.

¿Y cómo pueden llamarse perdidos los avances que hayas dado a estos colonos, ni los granos con que hayas mantenido sus familias? Pues en la disposición en que te veo, si los has mantenido como colonos, también los hubieras mantenido como necesitados. Veo pues que arriesgas perder poco, y que puedes ganar mucho. Desde luego los gastos que hayas hecho en tus suertes y las de tus hijos ahí se quedan, y te serán útiles. No veo pues que te deba detener cosa alguna.

Pero no puedo omitir una consideración superior a todas, y es que cuando la beneficencia se ocupa en desterrar la miseria, dando medios de trabajo, es tan útil como puede ser nociva la que sólo se ocupa en acallar el importuno, o en socorrer al miserable que pudiera dejarlo de ser. Estimo más verte dar esos socorros a hombres que se dedican al cultivo, y trabajan con la idea de establecerse, aunque esto no se logre, que si los dieras a esos mismos hombres que sin actividad ni emulación no desearan más que vivir a costa de la piedad ajena. Esta especie de limosnas no hace más que radicarlos en los vicios, fomentar su ociosidad, acabarlos de pervertir.

Tienes razón, Mariano, me respondió mi amigo. Sólo puede ser buena la limosna cuando da trabajo al que puede trabajar, y socorro al que no puede. Al fin, ya te he descubierto una parte de mis ideas, procuraremos madurarlas, y sobre todo pide a Dios que nos ilumine y dirija nuestros buenos deseos. Esta fue la primera conversación que tuvimos sobre este

asunto. Después mi amigo confirió con muchas personas, y al fin se determinó a emprender la obra. Hizo dividir y marcar su dehesa en suertes iguales, y publicó su pensamiento.

Desde que la idea fue conocida, hizo gran sensación en el pueblo; cada uno hablaba a su manera. Los presumidos de hábiles, porque hablaban de todo, aunque nada entendían, decían que esto era imposible y que jamás se ejecutaría. Los tímidos y avaros decían que más valía tener seguro el precio del arriendo aunque corto, pero pagado con fidelidad, que ponerse en manos de pobres, que no pagarían nada. Los que no conocían más que la rutina del campo, y creían que la felicidad pública consistía en los ganados, decían que si se quitaban los pastos faltarían los ganados. En fin, las opiniones eran varias y absurdas.

Mi amigo despreció dictámenes tan poco ilustrados, y desde que descubrió su idea, no pensó más que en ejecutarla. Ya había obtenido del Arquitecto que trabajaba en la Iglesia que se quedase con nosotros; ya había reconocido su talento, actividad y honradez, y le pareció muy propio tanto para emprender las obras que proyectaba como para reparar tantas ruinas. En efecto nos ha sido muy útil para todo. No sólo ha enseñado a los muchachos en una escuela formada paar la instrucción de los niños los principios de Arquitectura, de lo que te hablaré después, sino que ha contribuido mucho a reparar y hacer saludables los edificios contiguos, y ha animado con su celo y ejemplo al progreso de nuestra población.

Tanto él como otros tres vecinos acomodados, que logramos persuadir, tomaron suerte; y estos cuatro unidos a nosotros cuatro, eramos ya ocho colonos, ocho casas y ocho labradores. Al principio no faltaron embarazos; pero todos los venció la constancia de mi amigo, y hoy están todas las suertes pobladas, habitadas y en buen cultivo. Pocos auxilios y mucha emulación han hecho este milagro.

El método que siguió mi amigo de distribuir su suerte en cuatro partes, según el orden que me dijo, ha sido adoptado por todos. No han cogido hasta ahora más que cinco cosechas, y ya los más no sólo están bien, sino que viven con mucho desahogo. Todos tienen prados artificiales con que sustentan sus ganados. Han conocido la facilidad y la importancia de este proceder, y todos se han dedicado con celo. Y ahora ven que la misma dehesa mantiene diez veces más vacas y ovejas que podía mantener antes, y que además tienen en su corral las gallinas, los puercos y demás animales que la dehesa no podía tener.

CARTA II

Te daría gusto ver esta asombrosa transformación. Aquel pedazo de tierra poco antes muerto, miserable y desnudo es hoy un jardín animado: todo está partido en suertes, y cada cual de ellas señalada por árboles útiles que empiezan ya a hacer una vista muy agradable, y lo que es más todo habitado. Mi amigo no se engañó en sus esperanzas. No sólo se fabricaron las ocho primeras casas con que contábamos, sino que los otros colonos se han alentado. Mi amigo declaró que perdonaría tres años de su octava parte a los que al cabo de este tiempo estarían alojados con sus familias en su tierra; y esto junto a la experiencia que han adquirido de las ventajas que les produce vivir junto a su hacienda los alentó de modo que hoy todos los colonos y sus ganados están ya a cubierto, y los más han concluido su casa, y quedan pocas por concluir.

Por esto se puede decir que mi amigo no recibe sino después de dos años su octava parte; y esta misma exacción, que siempre es tan dura y desagradable al que paga, aquí es justa, y se hace con alegría. Porque ve aquí lo que sucede. Como el colono sabe que no sólo él sino sus hijos y toda su posteridad están seguros de la tierra y que mientras cumplan con las justas y fáciles condiciones a que se han obligado, nadie les puede quitar su posesión, él y toda su familia trabajan con gusto por hacer cuantas mejoras pueden. No sólo se fabrican casa y corral, sino allanan la tierra, plantan árboles, conducen las aguas, limpian sus fosos, en fin hacen cuanto les puede ser útil.

Mi amigo no tiene otra cosa que hacer sino dejarlos obrar. Cuando más, los excita con sus elogios o los ayuda con sus consejos. Pero va allí las más de las tardes, porque éste es nuestro paseo ordinario, y su noble alma debe gozar mucho de la actividad que ha inspirado, y de los beneficios que ha hecho. Un corazón menos desinteresado que el suyo también pudiera decir: Ve aquí un pueblo que trabaja por mí y para mí; pues después de hallar en sus labores el precio de sus fatigas y la justa subsistencia de sus familias, también me viene a tributar una parte de sus sudores, como un tributo que paga a mi beneficencia paternal. En efecto aunque el cultivo no ha llegado aun al punto a que puede llegar, ya la octava parte que mi amigo recoge excede incomparablemente a lo que la dehesa le producía.

¿Pero quién podrá comparar esos cálculos del interés con las inefables ganancias del corazón? ¿Con esos placeres vivos y siempre renacientes de ver tantas familias poco antes miserables, mendigas y viciosas, ser hoy honradas y bien estantes con un bienestar independiente que cada uno se mejora de día en día? ¿Ver tantos felices por los beneficios de su propia mano, y por haberlos arrancado de la miseria y

del vicio para conducirlos al bienestar, a la religión, a las buenas costuumbres? ¡Ah! si puede haber en la tierra felicidad sólida y verdadera, yo no conozco ninguna que pueda igualar a ésta.

En efecto el cobro de los derechos, que en todas partes es amargo y produce pleitos y disensiones, aquí se hace con tranquilidad y alegría. Los demás acreedores van de ordinario a requerir al colono cuando para pagar se necesita de mal vender o adeudarse, y en fin siempre se le aflige. Pero aquí no puede suceder esto porque no se le va a pedir la octava parte, sino cuando tiene su cosecha junta. Y después de separar las cargas comunes, como son diezmos y contribuciones, se parte lo restante con distribución tan favorable al colono que por cada parte que se da se reserva siete.

No puede haber en esto pleito, porque la parte de cada cual está sujeta a medida, y si alguno de los dos se quejara, basta medir para asegurarse de la verdad. Tampoco cuesta pena al colono dar lo que debe, porque sabe que si da una parte, guarda para sí siete. Así todo se hace no sólo con paz y concordia, sino con alegría. Muchos dicen: yo quisiera pagar mucho más, porque cuanto más pagara, me quedara siete veces tanto.

Si a estas indecibles satisfacciones del corazón quieres juntar las consideraciones políticas, discurre, Antonio, lo que sería España si cada lugar tuviera un vecino como éste, si las ciudades quisieran reflexionar sobre estos hechos, y si el Gobierno penetrado de estas ventajas tomara disposiciones para que en cada término se hiciera otro tanto. ¡Cuánto sería su riqueza propia, y cuánta fuera la pública prosperidad! Si en cinco años experimentamos aquí tantas ventajas, discurre lo que sería España al cabo de diez.

Aunnque nosotros no estamos todavía más que a los principios, pero a vista de esta experiencia no dudo que de aquí a otros cinco años todo el terreno se halle poblado, habitado y cultivado. En efecto, desde el tercero las ventajas fueron tan visibles, la alegría y el bienestar de los nuevos colonos tan patentes, que ya las demás familias del lugar, aquellas mismas que al principio oyeron la idea con desdén, y no quisieron tomar parte, ya decían que era menester que mi amigo hiciese repartir por el mismo método una dehesa muy grande, que tiene a tres leguas, en que hay tierra excelente, y un arroyo que pudiera regar una parte considerable de ella.

CARTA II

No sólo clamaban por este reparto los vecinos de este lugar, sino muchos de los pueblos comarcanos. Algunos de ellos no pedían ni ganados ni instrumentos, diciendo que los tenían propios, y que sólo pedían la tierra. Cuando mi amigo conoció que este deseo era vivo, y que había muchos pretendientes, mandó dividir la dehesa en suertes, de manera que cada una tuviese una parte de regadío; pero declaró que estando aquella dehesa tan distante del lugar, era menester que cada colono empezase por fabricar una choza o corraliza, aunque no fuera más que de ramaje para guardar su ganado, y que se obligasen a construir en el espacio de tres años una casa a su gusto, pero bastante sólida para habitar en ella con su familia.

Añadió que para facilitarles esta construcción, les cedería por tres años los frutos de su octava parte; y además, prometió fabricarles en medio de la dehesa una Iglesia decente, que se les pondría un Cura y un Mestro de escuela, con todo lo demás necesario, para que en ningún caso se viesen obligados a venir al lugar; que solicitaría que se aplicase una parte de los nuevos diezmos, tanto para la manutención del Cura como de los demás sirvientes y subalternos para el servicio de la Iglesia, de modo que estarían exentos de toda contribución en esta parte; que así no se les exigiría ninguna retribución por nada de lo perteneciente al pasto espiritual, como bautismos, casamientos y entierros, pues Ministros bien dotados harían todo esto gratuitamente.

Muchos se enfriaron, oyendo que era menester abandonar el lugar, y confinarse desde luego en la tierra; pero mi amigo decía: Hombres que prefieren las conversaciones, el juego y la taberna del lugar a la útil comodidad de servir y cuidar de la tierra con que sustenten su familia, aman demasiado la ociosidad y sus vicios. Poco se pierde en perderlos. Pero hubo otros que lo aceptaron; y habrá año y medio que se empezó con ellos esta segunda población. Lo que puedo decirte es que ya están trabajando en ella ochenta y tres familias, entre las que se repartió aquella dehesa; que ya todas las suertes están llenas y habitadas por los colonos y sus ganados, que el cultivo está en toda actividad, que muchas casas están empezadas, que la iglesia está a medio hacer, y que no dudo que antes de tres años esté terminada esta empresa, y que sea también una población feliz.

Pero no es esto sólo, porque ya se empieza también a hablar de otra grande dehesa que le queda a mi amigo; y muchos dicen que por qué no se reparten los baldíos. Los buenos efectos de esta primera población han desterrado todas las desconfianzas, han vencido todas las preocupaciones, y ya no se habla más que de poblar, de dar tierras, de meterlas en

labor, y establecer familias. Esto será ya muy fácil en adelante, no sólo porque han conocido con la experiencia las ventajas, sino porque las mismas poblaciones hechas dan un medio seguro de hacer otras con ventajas de todos. Voy a explicarte esto.

Muchos de los padres tienen dos o tres hijos, que les ayudan a trabajar en su suerte, y ponerla corriente. Desde que lo esté, y que no les quede más que el trabajo sucesivo y ordinario del año, no necesitan de tantos brazos. Cada uno podrá gobernar su suerte solo, o cuando más, ayudado por el hijo que la ha de heredar. Como el padre no puede dividir su suerte, y que ésta debe pasar entera al heredero, ¿qué puede hacer, sino solicitar que se reparta otra nueva a estos hijos que le han servido, y no puede acomodar en su suerte? Así lo hacen, y ya vemos que los que han acabado de arreglar su suerte, no sólo piden que se les dé una nueva a estos hijos, sino que se obligan a mantenerlos ellos mismos, a darles dos vacas de las muchas que ya tienen, la simiente que necesiten y a ayudarlos en sus trabajos, hasta dejarlos corrientes y establecidos.

De manera que ya sin gasto, y sin más esfuerzo que el de medir las suertes y dar la tierra, cada población hecha puede desenvolviéndose duplicarse o triplicarse, y de aquí puedes inferir con qué facilidad pudiera poblarse toda España; pues aunque las primeras poblaciones que se hicieran pudieran costar algunas dificultades y gastos, ellas mismas facilitarían que en adelante se hicieran otras con mucho menos gastos y dificultades. No costaría más que repartir tierras, pues no es dudoso que estos padres ya bienestante, que no pueden acomodar en sus suertes más que un hijo, solicitarían nueva tierra para sus segundos o terceros hijos, o para sus yernos, obligándose ellos a mentenerlos y habilitarlos.

Ve aquí como las mismas poblaciones serían una almáciga subsistente de hombres, y un fecundo principio de otra sucesiva no interrumpida reproducción. Esto es lo que ya empieza a experimentarse aquí, y tengo por cierto que en poco tiempo todo este término quedará poblado y cultivado. Dentro de poco, faltarán tierras, y sobrarán pobladores. Quiera el cielo que un ejemplo tan útil no sea estéril, y que se verifique lo que decía riendo mi amigo: que su dehesa había de poblar toda la nación. Yo también me reía entonces; pero en verdad que ahora me río, y empiezo a esperar, porque es menester estar muy ciego para no ver tanta luz.

No creas tampoco que mi amigo haya puesto sus atenciones sólo en el campo; en el lugar también demuestra a cada paso

su actividad, su inteligencia y amor del bien. Todo se ha transformado. Este pueblo que te causó tanto horror, este conjunto de habitaciones ruinosas, húmedas, profundas y malsanas, estas calles sucias, asquerosas y llenas de barros, ya no presentan el horroroso y desagradable aspecto en que las viste. Mi amigo, alentando a unos, prestando a otros, y acudiendo a los más, ha hecho también levantar los suelos para que estando más altos que la calle , no puedan entrar en ellos las aguas llovedizas que se preserven de la humedad. Ha hecho que en vez de las estrechas ventanas por donde apenas entraba la luz, se rasguen otras espaciosas por donde el aire circule con libertad. En fin, ha hecho que los mismos vecinos arreglen y tengan empedradas las calles, dando corriente a las aguas, de modo que hoy todo el lugar está seco y sano, y sus casas, lejos de parecer como antes receptáculos de bestias, parecen hoy habitaciones de racionales.

Todo esto sería poco, si no hubiera contribuido y logrado una gran reforma y mejora en las costumbres públicas y domésticas. Su celo en esta parte ha sido tan activo y tan feliz que ... ¿pero dónde me iba a meter? ¡Qué asunto tan fecundo! y ya mi carta es demasiado larga. permíteme pues que la interrumpa aquí, y que lo reserve para otra. Adiós, Antonio mío.

III

Amigo Antonio:

Hasta ahora no he podido hablarte más que de las mejoras exteriores de casas, calles y suertes. En mi última te prometí hablarte de las interiores, esto es, de lo que ha hecho mi amigo para desterrar la ociosidad y la mendicidad, para excitar la industria, promover las artes, y reformar las costumbres. Estos bienes que son tan grandes y que parecen tan difíciles, se han logrado por los medios que voy a referirte.

Una mañana, pocos días después de mi llegada, vino el Cura y trajo a mi amigo una lista de más de doscientas familias entre quienes había distribuido el dinero que le había dado para repartir entre los pobres. Y añadió que, aunque la cantidad era considerable, el número de los necesitados era tal, y las necesidades tan continuas, que se había consumido sin haber podido satisfacerlas todas. Mi amigo dijo que le haría dar otra cantidad igual para que la volviese a repartir de nuevo.

Yo dije que no aprobaba esta conducta; que me parecía que esta manera de hacer limosna en vez de hacer bien produciría muchos males; y que con ella mi amigo, lejos de remediar el lugar, acabaría de perderle y arruinarle; que las familias pobres que eran entonces doscientas, dentro de tres meses serían cuatrocientas, y al fin del año lo serían casi todas; que ésta era una verdad infalible, acreditada por la experiencia, porque el hombre es naturalmente perezoso y holgazán, que jamás trabaja sino aguijoneado por la necesidad, y que cuando puede vivir sin trabajar, no trabaja para vivir.

Señores, les añadí, en un país en que ni el Gobierno, ni las costumbres han sabido imprimir un carácter de infamia y

deshonor a la ociosidad, se prefiere vivir sin hacer nada a costa de la caridad ajena, y cuando vean que vos dáis dinero a los que piden, todos os pedirán y abandonarán el trabajo. Con esto lo que conseguiréis es acabar de arruinar las pocas artes que haya, haréis que dejen toda ocupación honesta y laboriosa, y aumentaréis la embriaguez con los demás viciso, compañeros inseparables de la ociosidad.

Si queréis hacer limosnas útiles y bien entendidas, proponed medios con que puedan ganar su pan y producir obras provechosas. Estableced manufacturas groseras y comunes de que sean capaces, y que les proporcionen los medios de subsistir, produciendo efectos que sirvan a otros, y en fin obedeced al genio de la naturaleza, que no quiere que el hombre se aproveche de sus dones, sino cuando los sabe arrancar de su seno, y cuando la fuerza a producirlos. Obedeced también a la ley divina que ha condenado al hombre a sazonar su pan con el sudor de su frente.

Aquí señor, me respondió el Cura, todos esos principios son impracticables. No hay en que ganar la vida; los jornaleros mismos apenas pueden encontrar trabajo, sobre todo en lo que se llama tiempo muerto, y en que es menester contar casi todo el invierno. Para las infelices mujeres, no hay tiempo vivo, ni ellas saben ni hay ocasión en que puedan ganar un cuarto. Algunas pocas se destinan a servir, y ésta es toda su salida; y fuera de que es grande su ignorancia, hija de su crianza infeliz, no hay aquí personas que las ocupen en nada.

Ve aquí pues, le volví yo a decir, los males que se deben remediar, y que no se remedian con esas limosnas mal entendidas, antes sí se aumentan. Si mi amigo quiere hacer limosnas bien hechas, que sean provechosas al pobre, útiles al estado y agradables a Dios, que disponga y prepare sus ocupaciones en que todos puedan ganar su jornal. La tierra ofrece muchos medios para emplear los brazos robustos. Las artes no presentan menos para ocupar los débiles, y si todavía sobran brazos, las manufacturas los emplean sin límites. No hay en el mundo población tan numerosa que pueda bastar para llenar todo lo que estos medios reunidos pueden comprehender.

Mi amigo desea poblar una parte de sus tierras, quiere construir algunos edificios, y cooperar a que las cosas del lugar se consoliden y mejoren. Ve aquí pues caminos para ocupar muchos jornaleros. Las familias que adquieran suertes y cosechas son otros tantos pobres quitados de la ociosidad; sólo a los que no quieran o no puedan tener parte en esta ventaja será conveniente proporcionarles otros medios de

ganar su vida. Y los más naturales y fáciles son los de fomentar en el lugar el progreso de las artes más comunes. ¿Por qué nuestros habitadores irán a comprar a las ciudades vecinas sus zapatos, monteras y camisas? ¿Por qué no podrán aprender y ejercitarse ellos mismos en estos oficios?

¿Por qué mi amigo en lugar de repartir ese dinero que vuestra mano pasa a la de los pobres, y con que los acostumbra a la pereza y a los vicios, no podrá emplearle en hacer que los muchachos aprendan a ser herreros y carpinteros? ¿Por qué no lo empleará en establecer aquí fábricas de lienzos comunes y de paños groseros, para que hagan los géneros de que se visten, y que ocuparán a muchos, sobre todo a las mujeres que ganarán el pan con las hilazas? Me parece que mi amigo obraría mejor empleando en esto su atención y su dinero, que no en darles los medios de ser holgazanes, y que vayan a la taberna. Yo creo que la limosna que propongo es la mejor.

Sin duda, Señor, me volvió a decir el Cura, que eso sería incomparablemente mejor; pero eso pide tiempo, y las necesidades son urgentes. Por otra parte, cuando reconozcáis el lugar, y esta especie de gentes, quizá juzgaréis que no será tan feliz introducir aquí fábricas que necesiten de inteligencia y aplicación. La pereza a que se van acostumbrando estas gentes, es difícil de concebir. Pero decidme, cuando con el tiempo eso se consiguiera, ¿qué haremos con los muchos enfermos que hay continuamente, con tantos impedidos y estropeados, que vagan por las calles, inútiles para el trabajo?

Si a lo menos hubiera un hospital en que curar los enfermos, si hubiera una casa de misericordia en que recoger los estropeados, concibo que presentando ocupaciones a los sanos, habría razón para no dar limosna a los mendigos; pero como, aunque se abran muchos caminos de ganar la vida, es imposible que falten necesitados de esta especie, lo es también dejar de dar socorros. Ve aquí lo que sucede: un padre con el trabajo de sus manos mantiene muy bien su familia; pero cae enfermo, y no hay un hospital que lo reciba. Aquel mismo día no sólo él sino toda su familia están en la miseria. ¿No es preciso socorrerlo? Y mucho, le respondí yo. Si se debe dar trabajo al que puede trabajar, se debe prestar atención, auxilio y socorro al que no puede, y nadie lo merece tanto como un jornalero o artesano honrado, que vive con su trabajo, cuando una enfermedad o accidente le priva de los medios de ganar el sustento.

Es pues necesario, me replicó que en un lugar tan numeroso como éste haya un hospital para curarlos. Yo no saco esa

consecuencia, respondí, ni soy de esa opinión. ¡Qué, señor! me volvió a decir espantado; ¿vos pensáis que no sería útil aquí un hospital, en que se pudiese curar a los pobres enfermos? Sí, señor, le volví a responder, creo que no sería útil porque me parece que se puede disponer mejor. No os escandalicéis, señor Cura, porque esta opinión que os parece tan dura, nace de principios de humanidad. Escuchad mis razones.

Confieso que los hospitales pueden ser necesarios en las cortes, en las capitales o en las ciudades muy populosas, porque como por razón de la mayor facilidad de hallar trabajo, por la concurrencia de los que conducen los consumos, y por otros muchos motivos concurren a ellas gentes de todas las provincias, y pobres de todas especies, siempre existe en sus recintos un gran número de extraños que no tienen allí ni hogar ni familia, y que cuando caen enfermos, no tienen a quien volver los ojos: no hallarían persona que los cuidase, ni abrigo que los cubriese, y se morirían por las calles. Estas circunstancias hacen indispensables los hospitales en ellos, y se les asista lo mejor que se pueda. No hay otra razón sólida para defenderlos.

Pero los hospitales tienen en sí defectos intrínsecos e irremediables, que dependen de la naturaleza de las cosas humanas. Por más celo y caridad con que se disponga su establecimiento, es imposible que el tiempo, la costumbre y la multitud de los enfermos no debiliten poco a poco este sentimiento de dulzura y compasión que consuela tanto a la débil sensibilidad del enfermo. Como es preciso servirse de subalternos mercenarios que no ejercen este penoso oficio sino por interés, y que no pueden tener afición personal a enfermos que no conocen, adquieren por la costumbre una especie de dureza que causa mayor mal a los enfermos, que el bien que pueden producir los remedios.

Las enfermedades de ordinario al paso que enflaquecen el cuerpo, debilitan el ánimo; y nunca es más útil y más benéfica para los hombres la compasión, la paciencia y el cariño de las personas que les asisten. El miserable enfermo que se transporta al hospital, no sólo pierde la vista, la compañía, y la asistencia de su mujer y de sus hijos, sino que lleva en su corazón un torcedor atroz con la idea de que todos quedan en la más estrecha miseria. Basta para afligirle esta forzosa separación de las personas que más ama.

Pero el enfermo que se puede curar en su casa en compañía y con la asistencia de las personas que le aman y que él ama,

evita por lo menos todos estos quebrantos que hacen su situación más dolorosa. No añade a los males de la naturaleza los que el enfermo del hospital sufre por la necesidad de las circunstancias. No sólo está mejor asistido, sino que también padece con más consuelo. Estas ventajas me persuaden que en un lugar donde hay advenedizos, donde todos tienen una familia y su hogar, bueno o malo, no conviene establecer un hospital, sino cuidar de que cada uno se cure en su casa.

¡Qué cada uno se cure en su casa! exclamó el Cura con calor, ¿y de dónde saldrá el dinero que es menester para tanto gasto? De la misma bolsa, le respondí yo, de que hubiera salido el que se necesita para fundar y mantener el hospital, y creo que es más barato. Considerad, señor, lo que es necesario para fundar un establecimiento de esta especie. Es menester empezar por construir, comprar o adquirir un edificio sólido y bastante espacioso para recibir los muchos enfermos que puede haber, y disponerlo y guarnecerlo de los lechos y demás ustensilios necesarios, que no basta hacer una vez, porque es menester renovarlos siempre. Esto es muy costoso, y yo lo evito todo, pues cada uno tiene su casa y su cama.

Será menester hacer separaciones de hombres y mujeres, y además otras separaciones para las enfermedades contagiosas. Todo esto exige mucha extensión y mucho gasto. Yo nada necesito de esto, pues cada enfermo tiene su casa separada. Después de hechos estos gastos, será menester dotar este hospital de Administradores, Médicos, Cirujanos, Capellanes, Enfermeros, Cocineros, y un número infinito de otros sirvientes. Este estado mayor es numeroso, obliga a mucho gasto, y sin hablar de los descuidos, del desorden o de los robos que puede haber, es cierto que absorberá una gran parte de las rentas, y que antes de que las aproveche un enfermo, se las habrán comido muchos sanos; pero uno en su casa no tiene la necesidad de este aparato. Con los socorros que se le pueden dar, cada enfermo pagará a todos los que le sirven durante la enfermedad. Nada manifiesta tanto los inconvenientes de los hospitales como la general repugnancia del pueblo. Apenas van los más desvalidos, los de la ínfima clase, y cuando se ven forzados por la necesidad más estrecha; sólo van cuando ya no pueden resistir a la violencia del mal, y no les queda otro arbitrio. Los más prefieren sufrir y morir en su pobre cama al triste recurso de tan rudo y desagradable servicio, y es como verguenza aceptar alivio tan penoso, que parece destinado a los que la suerte reduce al último punto de miseria: indicios todos de que allí la caridad no es, y acaso no puede ser, tan dulce, tan benigna, tan atenta, vigilante y afectuosa como debiera.

Considerad ahora el consuelo que es quedarse entre los suyos, recibir con dulzura y amor de las personas que más quiere los servicios de que se necesita, y que son de confianza tan íntima, tenerlas siempre a su vista, y verlas tan compadecidas de sus dolencias como ingeniosas en su alivio. Que se me compare la atención y el cuidado de una mujer que sirve al marido que ama, del marido que ve en peligro a la madre que le ha dado y cría sus hijos, de la hija tierna que ve padecer al padre por quien vive; que se comparen, digo, estos tiernos y afectuosos servicios con el grosero atropellamiento de un sirviente insensible, y que se me diga cuál será mejor para la curación del cuerpo y la salud del alma. Señor Cura, cuando fuera posible probarme que supuesto el establecimiento y la dotación de un hospital, su método sería menos costoso que el de que cada uno se cure en su casa, yo no le prefiriera. Porque lo que puede costar de más, es también limosna, y va más derechamente al fin de la caridad, que es la curación y el alivio del enfermo. Nadie puede dudar que será mejor asistido, más presto curado, o a lo menos que tendrá más consuelo; y si a estas consideraciones añadís la circunstancia de que los socorros que se le dan para su curación, aprovechan a la familia que le sirve, y que por su enfermedad queda sin medios de subsistencia, no dudaréis que esta caridad es más universal y más bien entendida.

Sin duda, señor, me respondió el Cura, que si fuera posible curar a los pobres enfermos en su casa, esto sería incomparablemente mejor, y a todas las ventajas que habéis dicho, yo pudiera juntar una quizás superior a las demás, y es que los dependientes o descuidados o ignorantes dejan muchas veces los enfermos sin advertirles de su peligro, y sin prepararlos a recibir los últimos sacramentos de la Iglesia, y es de creer que entre las familias cristianas no habría este descuido.

¿Pero cómo es posible que nadie en el mundo sea capaz de dar todos los socorros que necesitan los enfermos? Cuando hubiera una bolsa destinada para esto, ¿quién puede abrazar un cuidado de tanta extensión? ¿Cómo sabrá quién está enfermo? Cuando lo supiera, ¿cómo podría llevarle los socorros? Cuando no tuviera otra ocupación, ¿le pudiera bastar el día? ¿Y qué será, si unos enfermos están al un extremo del lugar, y otros al opuesto? ¿Quién puede encargarse de este afán?

Nosotros, le interrumpí yo; nosotros mismos. Para esto es menester que nos juntemos muchos, es menester que dividamos el lugar en cuarteles o porciones, y que cada uno se encargue... Aquí me anda saltando una idea, y me parece que esta idea no sólo será útil para el objeto de que hablamos,

que es la curación de los enfermos, sino también para llenar todos los demás objetos que desea mi amigo, y que pueden servir a reformar o mejorar el lugar de todas maneras. En efecto creo que si se planta y sostiene con vigor, se podrá con ella atender a todo, poner buenas escuelas, entablar manufacturas y en general cuanto sea del bien público, hasta producir, puede ser, el destierro de los vicios públicos, y la introducción de las buenas costumbres.

Mucho nos prometes, dijo sonriéndose mi amigo. Tu hallazgo valdría más que el de la piedra filosofal. No te burles, le respondí yo, antes de oirme. Puede ser que me engañe; pero vuelvo a decirte que según mi parecer, si se pone en planta lo que imagino, y si la seguimos con firmeza y constancia, es muy posible que veas conseguido todo lo que deseas: esto es, introducir en este lugar aplicación, amor al trabajo, medio de ganar la vida, dar todos los socorros posibles a la humanidad que sufre, y al mismo tiempo inspirar el amor y la estimación de la virtud con el destierro y el oprobio de los vicios; pero mis ideas no están diregidas, y necesito de meditarlas. Concédeme tres días de tiempo, y volveremos a hablar.

Al cabo de tres días, nos juntamos de nuevo, y dirigiéndome a mi amigo, le dije: La providencia te ha trahido a este lugar, él te produce grandes rentas, al mismo tiempo tienes otras muchas que te ha dado el cielo, pero lo que es más precioso también te ha dado la voluntad de emplearlas bien. Tú deseas convertirlas en beneficio del estado en que has nacido, del bien público de que eres parte, de la humanidad de que eres miembro, y de los pobres de quienes el cielo te ha hecho depositario; pues concediéndote más de lo que honestamente necesitas, te manda que les distribuyas el sobrante, fiando a tu inteligencia y celo el orden de la distribución por las reglas de una caridad bien entendida.

El cielo te ha concedido pues muchas ventajas y te ha impuesto grandes obligaciones; tú las conoces, y deseas desempeñarlas. Acaso ésta es la mayor gracia que te hace. Se diría a primera vista que para un rico, nada hay más fácil que hacer bien cuando lo desea; pero no es así, y nada es tan difícil como hacer bien cuando lo desea. No bastan las riquezas aunque las acompañen los buenos deseos, porque con muy buenas intenciones, se puede hacer mucho mal. Tampoco bastan el propio celo y la propia inteligencia, porque un hombre por inteligente y activo que sea, no puede hacerlo todo por sí, y necesita de otros que le ayuden, que se penetren de su espíritu, y que sean también inteligentes, activos y celosos.

Ya hemos dicho que el método de dar limosnas por las manos del señor Cura o de cualquier otro, sin esforzar a los pobres al trabajo, produciría grandes inconvenientes, y en vez de hacer bien, haría mal a todos. Peor sería si tú las distribuyeras por tu mano o por la de cualquiera de los tuyos que serían más fácilmente engañados. La vista de estos inconvenientes, y la dificultad de que pocos hombres solos pueden abrazar toda la extención de los males que hay que reparar, y de los muchos bienes que se pueden producir, me ha excitado la idea de que sería bueno y útil formar una especie de sociedad o junta de bien público... Pero antes de pasar adelante, yo quisiera que el señor Cura me respondiese a esta pregunta:

¿Sería posible encontrar en el lugar cuarenta o cincuenta personas de inteligencia y honor así hombres como mujeres, que se juntasen en una especie de cofradía consagrada al servicio de los pobres? Se hacen tantas cofradías de devoción, ¿no se pudiera hacer una de caridad? El Cura me respondió: Nosotros tenemos tres cofradías en la Iglesia, y la del Sacramento es muy distinguida. Se compone de los mejorcitos del lugar, de los que tienen un pasar más honrado. No se reciben en ella jornaleros ni hombres de oficio. Serán como de setenta a ochenta, y los más hombres de bien; pero aunque algunos tienen un mediano pasar, ninguno tiene sobrado. Con todo, dije yo, ¿ellos hacen los gastos de su cofradía? Sí, respondió el Cura; pero éstos son tan ligeros que con una peseta cada mes, salen de todos sus empeños. Yo no he menester más, volví a decir, con eso me basta para poner en práctica mi pensamiento.

Empecemos por hablar a los que el Señor Cura nos indique; pidámosles que se junten con nosotros para formar esta sociedad, contentémonos por ahora con treinta o cuarenta hombres, los mejores, y otras tantas mujeres. Este será nuestro primer fondo, después querrán agregarse otros y los recibiremos. Les explicaremos que nuestro instituto o el objeto que nos proponemos es el bien público, y por eso nos llamaremos la Junta del bien público, y que en esto se comprehende así el servicio de los pobres como todo lo que sea útil y ventajoso al pueblo.

Expliquémosles también que nuestras obligaciones son dar una peseta de contribución cada mes, y estar dispuestos a ocuparnos en todos los empleos que nos diere la Junta. ¿Os parece, Señor Cura, que será fácil encontrar esto? Muy fácil, me respondió; pero yo dudo que con tan pocas pesetas se pueda atender a todo.

CARTA III

Yo no he menester pesetas, porque ya las tengo. Lo que necesito es de personas celosas, inteligentes y honradas, de cooperadores hábiles, que penetrados del mismo espíritu ejecuten y sostengan las buenas ideas que queramos poner en planta. En cuanto al dinero, mi amigo está en ánimo de emplear cada año una cantidad en beneficios, que puedan ser útiles a todos. Quiero suponer mil doblones... Y mucho más si fuere necesario, interrmpió mi amigo. Estoy pronto a dar todo lo que sea menester para convertirlo en beneficios sólidos y verdaderos del pueblo.

Y bien, señor Cura, ya podéis ver el fondo de la Junta, y que aunque no presentemos al público más que cincuenta a sesenta pesteas, tendremos siempre una reserva secreta para hacer todo lo que convenga, y me parece mucho mejor que sea así. Pero ahora, para entendernos, tomo por ejemplo mil doblones y digo que esta cantidad distribuida por el método y con las reglas que propondré, será más útil, y producirá más efectos y bienes que diez veces otro tanto empleado sin orden ni principios. Y digo más, que si mi amigo repartiera esta cantidad por sí o por tercera persona como lo ha hecho hasta aquí, no haría otra cosa que derramar mucho dinero vagamente sin fruto, y haciendo mucho mal, en vez de que con la institución de esta Junta, podrá por medio de ella distribuirlo bien con conocimiento verdadero, y produciendo bienes de una felicidad permanente.

La razón de esto es que la junta será obligada a gobernarse por principios de rectitud, equidad y sana política, que la serán dictados en los reglamentos de que hablaré después. Nada quedará al arbitrio, a la fantasía, o a los intereses de ningún particular: así, todo debe hacerse por reglas de justicia y conveniencia. Por otra parte, no hay particular que no pueda ser engañado, porque ninguno puede tener por sí todos los conocimientos necesarios, y menos la atención y el tiempo que es menester para examinar todas las personas, y cuidar de todos los ramos.

Pero cuando el trabajo se reparte entre muchos, cuando cada uno se aplica a lo que más entiende, cuando con una noble emulación todos procuran desempeñar su encargo, cuando lo que ejecuta el celo de unos es sostenido por la vigilancia y el conato de todos, entonces con pocos medios se hacen grandes cosas, las empresas más arduas no encuentran contradicción, o las supera la reunión de muchos talentos y de muchos esfuerzos.

Así mi designio no es otro sino de que mi amigo con el nombre y el pretexto de una Junta se asocie a un número escogido de cooperadores que le ayuden a lograr sus

excelentes fines, y conseguir que el dinero que quiera emplear se convierta en verdaderos socorros, y en beneficios útiles y subsistentes. Ya hemos dicho que es imposible que lo haga por sí solo, porque sería engañado a cada paso, y que sería el único objeto de los importunos que le arrancarían sin arbitrio limosnas mal aplicadas. Por otra parte, mi amigo no quiere hacer el ostentoso papel de único bienhechor, no quiere adquirir reputación de limosnero. La modestia cristiana prescribe cierta reserva.

Pero todo lo conseguirá, cuando mezclado en la misma Junta, lo haga todo por ella, y además derramará en éstos su espíritu, les hará adoptar sus pensamientos, y les hará ejecutar todas las ideas útiles que tiene premeditadas. El será el alma, el timón, el resorte que dirija todos sus movimientos; los otros le servirán sin saber que le sirven, creerán cumplir con sus obligaciones, y las cumplirán en efecto, y mi amigo añadirá a sus propios méritos el de hacer que los adquieran los otros. Cuando los medios falten, podrá verterlos en la sociedad por mil caminos sin fausto ni ostentación.

Se empezará por un fondo que no se sabrá de dónde viene, aunque será fácil adivinarlo. Cuando vengan después estrecheces, y se necesite de nuevos medios, unas veces los dará en su nombre, porque es el más rico y debe hacerlo, y esto se mirará como una gracia; otras veces llegarán dados por un anónimo; otras se pedirá a un miembro de la Junta que los ofrezca en su nombre; en fin se puede hacer que nada falte sin la pública ostentación de ser uno el que lo ofrece todo. Sin duda que se sospechará la mano de donde vienen los dones, pero éste es menor mal. A lo menos se procura evitar el riesgo y la tentación de la vanagloria, y también la humillación ajena..

Así si propongo que cada miembro dé una peseta mensual, no es porque crea que esto pueda contribuir al progreso de la operación. Aunque sé que cincuenta o sesenta pesetas no pueden hacer mucho peso en asuntos que necesitan de millares; pero me ha determinado una razón que yo creo de profunda política. Señor Cura, si esta contribución es muy pequeña para el fondo de la obra, es muy grande y muy importante para su logro y consistencia. Escuchad mi razón.

Si mi amigo no quisiera que los demás miembros contribuyeran por su parte, diciendo que él hará todos los gastos, jamás consiguiera reunir esta Junta, o a lo menos, jamás pudiera inspirarles celo, movimiento y actividad. A unos pareciera que mi amigo quería para sí toda la gloria, otros se desdeñarían de tomar parte, pareciéndoles que sería

tratarlos como criados o dependientes, todos se mirarían como instrumentos pasivos, ninguno miraría la operación como cosa suya, ninguno se inflamaría en celo, ni tomaría el interés activo que inspira la idea del interés propio, todos procurarían excusarse, sin empeño, y jamás se podría eslabonar bien esta serie de operaciones encadenadas que necesita de tan estrecho enlace, y de tan activos resortes para que se pueda producir los efectos deseados.

Pero al instante que se les dice que todos van a trabajar juntos y de mancomún, y que ésta es una sociedad en que todos ponen por igual su contribución y sus esfuerzos, ya les parece que la obra es suya, ya que se imaginan que la gloria es para todos; cada cual piensa que tendrá su parte, y trabajará por adquirirla. Entonces el celo y el ardor se apoderarán de su corazón, y habrá algunos que se aplicarán a estos objetos con más vehemencia que a sus propios negocios. Tal es el corazón humano: él desea ser actor en todo; el papel de testigo le cansa, el de admirador le fastidia, el de instrumento le humilla; pero de actor le sostiene, y cuando imagina que le alcanzará una parte del interés o de la gloria, con este estímulo se le lleva adonde se quiere. Así es su naturaleza, y pues así es, procuremos seguirla.

Yo pienso también que nuestra Junta debe componerse de mujeres, y me parece que ésta será una parte muy útil y necesaria para muchos usos. Las mujeres por lo general son más tiernas y compasivas que los hombres, y por eso serán más propias para diferentes objetos de nuestro instituto, como el cuidado y alivio de los enfermos, la asistencia de las que están de parto, la crianza física de los niños abandonados, la educación de las muchachas, y otros mil objetos de esta misma especie. Al mismo tiempo, son más hábiles para ciertos encargos que nos serán necesarios, como la distribución de las hilazas entre las otras mujeres para nuestras fábricas de lienzos, paños y otras iguales.

Es menester pues que el señor Cura empiece por escoger un cierto número de aquellas que le parezcan más juiciosas, que tengan mejor reputación, y cuyo ejemplo pueda persuadir a las demás; que las explique nuestro designios para que le conciban y le hagan concebir a las otras otras, a fin de que todas se animen, y nos ayuden en la empresa. Tengo por cierto que muchas contribuirán con todos sus medios, y que nos serán muy útiles. El carácter de las mujeres por lo general es bueno y dulce, desean el bien, y toman con ardor todos los empeños de que se encargan. Por otra parte, si tenemos por nosotros las mujeres, los hombres las imitarán.

Yo creo que uno de los más útiles será establecer telares de lienzos y de paños groseros que sirvan a los pobres, y aunque a mi amigo le sería muy fácil hacerlo por sí, tengo por conveniente que lo ejecute por mano de la Junta. Lo único que mi amigo puede hacer es facilitarla los medios, haciendo lo que la Junta no pudiera hacer. Por ejemplo, puede tratar con los fabricantes de fuera, y hacerlos venir al lugar con tres o cuatro telares de cada especie. Para conseguir su traslación, les concederá algunas ventajas, y les asegurará que la Junta les proporcionará trabajo a precios cómodos. Al mismo tiempo hará comprar mil arrobas de lana y otras tantas de lino, que entegará a la Junta, y ésta cuidará por el órgano de sus miembros de hacerlas hilar y tejer hasta llevarlas a su debida perfección.

Con esta operación, se harán muchos bienes. En primer lugar, comprando el lino en el país, se anima la cría y cultivo de uno y otro, se sostienen las familias de los fabricantes que han venido, y se da con ellas el ejemplo de la actividad y aplicación. Se pondrán muchachos que aprendan, se irán multiplicando sucesivamente los telares, se aumentará cada día esta industria y el número de las familias que se mantendrán con ella. Todas las mujeres del país se ocuparán con más vehemencia en hilar, se fabricarán muchas varas de lienzos y de paños, los pobres habrán contribuido con su trabajo, se habrán mantenido con él, y después se vestirá a otros pobres con lo mismo que han hecho los primeros. Por este modo los beneficios se doblarán, y se satisfará a todos los objetos de la caridad.

He propuesto este ejemplo para dar una idea de todo lo demás; pero sin detenerme en esto, y suponiendo los preliminares que he dicho, voy a explicar ahora lo que se puede hacer. El primero que debe abrir la marcha, es el señor Cura. Este debe hablar a las primeras o a las más estimadas personas del lugar de uno y otro sexo, para enterarlas de nuestro designio, y pedirlas que contribuyan por su parte; y formará dos listas de todas las que consientan y suscriban, una de hombres y otra de mujeres. En la primera, pondrá desde luego así a mi amigo como a sus hijos, a mí y a las demás personas que le nombraremos.

Cuando su lista sea ya de treinta o cuarenta personas de cada sexo, nos convidará a todos un día señalado a la sala que hay sobre la sacristía, en que pueden caber más de doscientas personas. Allí nos hará un breve discurso, en que nos explique el fin y objeto para que nos ha juntado, que es formar una sociedad de beneficencia, que se ocupe así en lo que puede contribuir al alivio y socorro de los pobres, como en lo que pueda ser útil y ventajoso a todo el público. Y como toda sociedad necesita de leyes o reglas que la

gobiernen, yo me he ocupado estos días en hacer un reglamento, pero antes de que salga al público, es menester que el señor Cura y mi amigo lo examinen, y que le corrijan y le modifiquen como les parezca.

Entonces saqué un papel, y leí los artículos que había escrito. Tanto el Cura como mi amigo me hicieron diferentes reparos y observaciones, y al mismo tiempo añadieron otras muchas cosas muy útiles. Nuestra conferencia duró más de tres días; pero en fin, después de haber discurrido de cada artículo en particular, quedamos convenidos en que quedaría del modo que te lo voy a copiar aquí.

REGLAMENTO PARA LA JUNTA DEL BIEN PUBLICO

El objeto de esta Junta es cuidar tanto de lo que puede ser alivio y socorro de los pobres, como de todo lo que sea útil y ventajoso al pueblo.

La Junta se compone de todos los miembros que han sido admitidos, y están inscritos en el libro de la sociedad, y de todos los que lo serán después. Todos los miembros reunidos forman la Junta general.

Esta Junta general nombrará una Junta particular que llamará ejecutiva, la cual se encargará de hacer observar los reglamentos generales, y los estatutos particulares de que se hablará en su lugar.

ESTATUTOS PARA LA JUNTA GENERAL

La Junta general en que se deben y pueden juntarse todos los miembros admitidos se tendrá una vez cada mes en día fijo, como por ejemplo el primer domingo del mes después de vísperas. Desde que se sale de la Iglesia se subirá a la sala que está sobre la sacristía, y que es el lugar destinado paar ella.

Allí se nombrará un Presidente a pluralidad de votos, que tendrá el derecho de convocar, presidir y poner órden en las conferencias, un Secretario y un Tesorero, y todos estos oficios durarán un año.

El Secretario debe tener dos libros: uno para escribir en él todas las deliberaciones, y otro para tomar razón de todo lo que por cualquier título entre en manos del Tesorero, o de otra persona, y pertenezca a la sociedad, para que se les pueda hacer cargo.

El Tesorero debe llevar su cuenta, y deberá darla cada mes a la Junta particular de que se hablará después, la que debe ser examinada, y estar conteste con el cargo que le resulte del libro del Secretario, y vista y aprobada por dicha Junta.

En la Junta general se deben elegir a pluralidad de votos estos cuatro oficios de Presidente, Presidenta, Secretario y Tesorero, y además otros dos miembros, y una Señora, que deben componer la Junta particular. Y al mismo tiempo en las juntas mensuales, se examinará la relación que le deberá hacer el Secretario en nombre de la Junta particular, de todo lo que haya hecho en aquel mes, como después se dirá con más extensión.

Todos los miembros tendrán el derecho de explicar su opinión aprobando o censurando lo que les parezca justo, y el de exponer nuevas ideas y mejoras. Estos puntos se decidirán por el mayor número de opiniones, y al Predidente toca declarar la pluralidad y la resolución que resulte.

Cuando los negocios de la Junta general estén concluidos, el Presidente eligirá a la Señora de la Congregación que le parezca, y ésta dará una vuelta a la sala para recibir las limosnas, y que son independientes de la peseta de contribución mensual, que cada individuo debe dar al Tesorero. En caso de que no asista, la enviará, o el Tesorero tendrá cuidado de recogerla.

ESTATUTOS DE LA JUNTA PARTICULAR

La Junta particular se compondrá de siete individuos: el Presidente, la Presidenta, el Secretario y el Tesorero serán miembros natos, y además se añadirán dos hombres y una Señora, que serán también nombrados por la Junta general. Las funciones de todos deben durar un año.

Esta Junta reune en sí toda la autoridad. Como no es posible que muchos puedan ocuparse sin confusión en una administración tan prolija porque se embarazarían unos a

otros, la Junta general, nombrando esta Comisión o Junta particular, debe delegarla todos sus poderes, pues son personas escogidas por todos, y por consiguiente dignas de su confianza.

Debe pues dejándola toda la autoridad, contentarse con que cada mes la dé cuenta de todas sus operaciones, para que sean públicas y conocidas y que todos sepan el buen uso que se hace de los fondos. El Secretario en las juntas mensuales hará una relación, en que la informe de todo lo que se ha ejecutado en virtud de los reglamentos, de los enfermos y pobres que han socorrido, con expresión de las familias, personas y barrios, de los adelantamientos que haya, o de los daños que se han reparado, en fin, de todos los gastos que se han hecho, y de las existencias que quedan.

Esta cuenta es necesaria para el orden, y para que la Junta general pueda determinar con conocimiento la cantidad que destina para los gastos del mes siguiente. La Comisión le propondrá la que le parezca necesaria; pero la Junta podrá confirmarla, aumentarla o disminuirla con arreglo a los fondos y circunstancias.

La Junta particular hará dividir el lugar en barrios, y nombrará para el cuidado, asistencia y dirección de cada uno un Inspector y una Inspectora sacados de los miembros de la sociedad.

Esta Junta tendrá dos sesiones mensuales: una el lunes siguiente al domingo en que se habrá tenido la Junta general, y la otra el lunes que precede al domingo en que se debe tener la otra Junta general que se sigue.

Estas cuentas deben ser comprobadas con recibos en cuanto sea posible, y vistas y examinadas por la Junta, la que en caso de aprobarlas, pondrá su visto bueno, y deben pasar después al secretario, el que con ellas formará la lista de los gastos hechos, la de los bienes que han producido, y la cuenta general que se debe presentar a la sesión mensual de la Junta general.

ESTATUTOS DE LOS INSPECTORES Y DE LAS INSPECTORAS

El destino de los Inspectores y de las Inspectoras es ocuparse con vigilancia benéfica y activa en todo lo que es humanidad, asistencia, paz y concordia en el cuartel que les está señalado. Deben considerarse como el padre y la madre

de todos los pobres que le habitan, como tutores de los niños huérfanos y demás desvalidos que le pueblan, y como amigos de todos los vecinos. Así deben a todos socorros, consuelo, consejos y buenos servicios.

En primer lugar, cuidarán de todos los enfermos pobres. Como ya están asalariados el Médico y el Cirujano, los Inspectores no tienen otra cosa que hacer, sino atender a que las familias no se descuiden en avisarles a tiempo. En cuanto a la botica, la Comisión se arreglará con el Boticario, a fin de que éstos suministren a las familias los remedios que prescriban los Médicos en sus recetas; y cuidará de pagarles cada mes. Pero queda a su caridad y a su prudencia el arbitrio de dar a las familias algún socorro, si por la enfermedad del padre quedan en la miseria, y sobre todo consolarlos y dirigirlos.

Cuidarán también de las mujeres que estén cerca de parir; si vieren que no tienen con que envolver la criatura, pedirán a la Comisión de Señoras que les den una envoltura de las que deben estar prevenidas en el almacén. En el parto, les darán los alivios que puedan, sobre todo los que no se hallan en la botica, como podría ser vino, azucar. Contribuirán a que las madres, si no tienen alguna imposibilidad física, sigan el instinto de naturaleza y crien a sus propios hijos; y si muriere la madre, buscarán los medios de hacer criar a los niños.

La sociedad se propone como uno de sus principales objetos hacer respetar la vejez y socorrerla. Por esto les encarga que si en su cuartel se hallan hombres de avanzada edad, los traten con humanidad y distinción: que no sólo les den los socorros comunes a todos, sino algunos consuelos y alivios particulares, como serán un poco de vino o tabaco, si esto puede agradarles. Los impedidos, estropeados o inválidos deben considerarse en la misma clase. Si pueden ocuparse en algún trabajo, se les deberá procurar; y si no, se les debe tratar como a los viejos.

También cuidarán de todos los muchachos de su cuartel. No permitirán que jueguen en la calle, ni divaguen, y harán que vayan a la escuela, instruyendo a los padres de que la sociedad tiene resuelto que la familia que no envíe sus hijos a ella no tendrá parte en sus socorros.

Fuera de estas indicaciones determinadas, en general sus cuidados y afanes deben ocuparse en todo lo que puede ser útil y ventajoso a los vecinos de su cuartel, teniendo por principal objeto todo lo que puede contribuir al servicio de

Dios, al bienestar de las familias, y a la paz de todos. Así sus primeras vistas deben dirigirse a la extirpación de todo vicio, y al fomento de todas las virtudes. Desde luego no permitirán ningún mendigo, ocioso ni vagabundo; y si hubiere entre los pobres de su cuartel genios díscolos o violentos, hombres que maltraten a sus mujeres o sus hijos, dados al vino, o que tengan otros defectos de aquellos que incomodan y turban el órden de la sociedad civil, procurarán amonestarlos, corregirlos y amenazarlos con que se les privará de todos los socorros, y se les borrará de la lista de las familias de la sociedad.

Si nada de esto bastare, el Inspector dará cuenta a la Comisión, y ésta informará de todo a la Justicia, que con mano más poderosa podrá contener el mal, usando de la fuerza y de la autoridad de las leyes.

La sociedad les encarga no dar jamás a los pobres los socorros en dinero, porque la experiencia acredita que no suelen hacer buen uso, y que los viciosos lo malgastan en el juego, en aguardiente, y en otros objetos que en vez de aliviarlos, les hacen más daño. La Junta pues recomienda a los Inspectores e Inspectoras que tomen el trabajo de comprar ellos mismos, y darles las cosas necesarias. Esto es más penoso, pero es más útil y más meritorio.

El Inspector cuidará también del aseo interior de las casas de todos, exhortando a las mujeres a que las tengan limpias y enjutas, así para su salud y la de su familia, como para la de sus vecinos; igualmente de la limpieza y aseo de las calles, que tanto contribuyen a la comodidad y a la salud pública.

En especial, se encarga mantener la paz y la buena armonía entre todos, procurando evitar las rencillas y desavenencias que son tan frecuentes entre los vecinos de mala educación. Procurará también evitar todos los pleitos que puedan nacer de intereses, haciéndose el conciliador de todos. Para esto procurará componerlos, mediando entre ellos, y proponiéndoles arbitrios que les eviten los gastos, los trabajos y malas resultas de todos los litigios.

Para todo esto se servirá de la autoridad paternal que le da su cargo, de la superioridad de razón que debe darle su mejor crianza, y de aquella secreta irresistible fuerza que da la virtud, cuando se ocupa con celo y desinterés en beneficio de otros. No es posible resistir a la fuerza de la verdad, ni a la actividad de un consejo de paz y de razón, cuando sólo le promueve el amor del bien, y cuando es para

ventaja del que le recibe, y cuando el que le da no deja sospechosa su virtud; y este imperio que es tan eficaz por sí mismo, adquiere nueva fuerza, si el que le maneja puede abrir o cerrar a su arbitrio su mano benéfica.

ESTATUTOS DE LOS INSPECTORES DE LAS ARTES Y OFICIOS.

Uno de los principales objetos de la Sociedad será el progreso de las artes y oficios, y hacer que los muchachos del lugar se apliquen a aprender las más usuales que son las más útiles. Así la Junta particular pondrá y pagará el aprendizaje de todos los que pueda y sus facultades la permitan. Pero desea también hacer de este adelantamiento, para hacerle más útil, un objeto de justicia, y al mismo tiempo de emulación y premio: y ve aquí lo que se propone.

Su intención es que todos los muchachos vayan a la escuela, para aprender en ella los elementos de la Religión, a leer, escribir y contar. Pero no siendo posible que pueda pagar después los aprendizajes de todos, quiere que esta misma enseñanza sirva de estímulo y de premio para algunos. Con esta idea piensa establecer ciertos premios, que se explicarán después, para aquellos que más se distinguieren en los exámenes o concursos que se formarán.

Para contentar desde luego al preferido, se podrá añadir alguna bagatela que se le dará al instante; pero el principal premio que se le dará es que, cuando haya aprendido todo lo que la escuela puede enseñar, o que tenga la edad suficiente, la Sociedad le pague el aprendizaje del oficio que quiera aprender, con tal que sea de uso común, y de la clase de los necesarios, tales como los de Herreros, Cerrajeros, Carpinteros, Zapateros, Medidores de tierra, y otros de esta especie. Se les enseñará también el dibujo, y por estos medios estos oficios que son tan útiles, sirven también de estímulo para la primera instrucción: se hace en cierta manera justicia a los muchachos, pues se les premia su aplicación, y vienen a las artes los que se han reconocido por más hábiles.

Pero entre estos oficios se exceptúa el de Sastres, y todos los demás que no pidan fuerza, porque éstos deben reservarse para las mujeres. La naturaleza privilegió a los hombres dotándoles de fuerza, y los hizo aptos con ella a tantos oficios diferentes, que son rudos, y que necesitan de movimiento, y es justo que dejen a las mujeres el ejercicio de los que son sedentarios y proporcionados a su flaqueza. Así la Sociedad quiere que cuando las muchachas salgan de la

escuela, en la que también hayan ganado los premios que se instituirán para ellas, se les pague igualmente el aprendizaje de Sastres, Costureras y demás oficios que puedan ser propios de su sexo;

También quiere la Sociedad que cuanto se haga en ella en materia de vestidos, camisas, sábanas, ajuares de niños, y cuanto se costee, cosa y arregle para los pobres, se ejecute con preferencia por estas mujeres que hayan sido aprendices suyas. Y a fin de cuidar de todos estos objetos, la Comisión nombrará a dos de sus miembros, un hombre y una Señora, para que se encarguen respectivamente de lo que pertenece a los muchachos y a las muchachas aprendices: ambos velarán sobre su conducta, pagarán los maestros, y darán cada mes cuenta a la Junta ejecutiva.

INSPECTORES DE ESCUELAS.

La Junta ejecutiva nombrará del mismo modo un Inspector para las escuelas de muchachos, y una Inspectora para la de muchachas, que se encargarán cada uno en la suya de hacer que todos asistan, y se entenderán para esto con los Inspectores de cuartel, a fin de que éstos estrechen a los padres que no tuvieren cuidado de enviar a sus hijos. Asimismo, cuidarán de que los maestros no aflojen, y que todo vaya con el orden y la decencia conveniente. Y como es importante pensar también en la educación física, en que los muchachos se crien robustos, que adquieran agilidad y fuerza, cuidarán de que el maestro les dé cada semana una tarde de asueto, y que los lleve al campo, para que allí se ejerciten en correr, saltar, transportar pesos, o en otros objetos difíciles que promoverá con prudencia.

También nombrará dos de sus indviduos, uno Inpector de las fábricas de lino, y una Inspectora, para las hilazas. El primero dará orden al Depositario de dar el lino y cáñamo en bruto que pida la Inspectora. Esta dará su recibo, y lo distribuirá entre las mujeres del lugar, para que lo hilen a precio ajustado. Cuando esté hilado y recibido, la Inspectora librará contra el Inspector el precio de la hilaza, y éste lo pagará.

Cuando todo esté hilado, la Inspectora lo pasará al Inspector de fábricas, para que éste lo distribuya entre los Tejedores, y éste tendrá cuidado de que se ejecuten todas las operaciones necesarias para la conclusión. Cuando esto se verifique, lo pasará todo al almacén de Señoras, la Depositaria le dará recibo, y estos recibos le servirán de descargo en la cuenta que debe presentar a la Junta

ejecutiva, la que mandará pagarle sus adelantamientos, si los ha hecho.

Del mismo modo se nombrará un Inspector y una Inspectora para las fábricas de lanas que procederán con el mismo método, y sólo se debe añadir que la Inspectora podrá hacer con acuerdo del Inspector que una parte de las hilazas se convierta en hacer medias de todos tamaños, y gorros para los hombres.

COMISION DE SENORAS

La Comisión de Señoras se compondrá de la Presidenta y de todas las Inspectoras, con facultad de asociarse todas las personas que puedan ayudarlas. Nombrarán entre sí una Secretaria que siente las deliberaciones, y firme las cuentas, una Tesorera que guarde y dé cuenta del dinero que la va dando sucesivamente la Junta ejecutiva para los gastos ocurrentes, y una Depositaria general que custodie todos los efectos que pertenecen a la Sociedad, así los que provengan de sus fábricas, como de las limosnas que muchas personas harán de sus desechos y ropas usadas, que pueden acomodarse al uso de los pobres, y de que se debe hacer un almacén.

Esta Comisión se juntará una vez cada semana, y de manera que pueda dar a la Junta ejecutiva cuenta de sus operaciones, y del estado en que se hallan. Sus funciones son hacer cortar, coser y concluir todos los géneros de las fábricas que se destinan a vestir a los pobres. Por esto cuidarán de hacer que todos los paños se reduzcan a trajes, y todos los lienzos a camisas o sábanas, según el número y los tamaños que les prescriba la Junta ejecutiva, prefiriendo las mujeres pobres para este trabajo, en especial las aprendices de la Sociedad.

Estos trabajos deben hacerse de modo que las ropas que se destinan para el año estén prontas para el primer día de noviembre, a fin de que la Junta ejecutiva pueda antes del invierno hacer por mano de los Inspectores una repartición general.

Esta misma Comisión tendrá cuidado de tener siempre pronta una docena de envoltorios de niños para darlos a las Inspectoras del cuartel que los pedirán cuando una pobre de su cuartel esté cerca de parir, y no tenga medios de hacerlos por sí misma.

CARTA III

A fin de hacer más perceptible esta cadena de las operaciones de la Sociedad, se repetirá sumariamente :

Que el mes de noviembre, antes de los fríos, se deben repartir entre los pobres que absolutamente lo necesiten, los vestidos, camisas, medias, gorros, y demás cosas que deben servir a su abrigo y cubrir su desnudez.

Que por consiguiente, se debe cooperar a que todo esté hecho para aquel tiempo, y que desde entonces se empezará a trabajar en hacer otros nuevos vestidos para el año siguiente.

Que las Juntas generales deben ser doce, una cada mes, y que en ellas el secretario debe dar razón de todo lo que se ha hecho y gastado en el mes antecedente. Por este medio, el público será informado de los bienes que la Sociedad hace, de los socorros que da, y de los enfermos que cura. Esto contribuirá a que todos se esfuercen a sostenerla con sus servicios y sus limosnas. Y al mismo tiempo determinará la cantidad que se debe emplear el mes siguiente en los gastos corrientes.

Que la Junta ejecutiva, fuera de las sesiones extraordinarias a que pueden las circunstancias obliagarla, debe tener dos ordinarias y fijas. La primera poco después de la Junta general con el fin de repartir la cantidad que la Junta general ha señalado para los gastos del mes. Los Inspectores deberán asistir, para que cada uno explique las necesidades de su cuartel, y pida lo que le parezca necesario con proporción a ellas. La Junta con su prudencia lo regalará todo de manera que dé a unos más que a otros, según el número de sus enfermos o el de sus inválidos. Lo demás se repartirá entre los Inspectores que cuidan de las fábricas, para que éstos paguen los costes de ellas y de las hilazas. Dará una parte a la Comisión de Señoras, y procurará que quede algo reservado. Que la segunda sesión de esta Junta debe ser ocho días antes de la otra Junta general, para que el secretario tenga tiempo para preparar su relación; que en ella todos los que han recibido dinero, traerán su cuenta comprobada; que la Junta las examinará y aprobará; que el Tesorero dará también la suya, y por este medio se sabrá lo que queda en caja; que el Secretario con estos materiales formará la relación que se debe leer en la Junta general, y que comprehenderá dos partes: en la primera, dará razón de todos los socorros o beneficios que se han hecho aquel mes, y en la segunda, de los gastos que se han causado, de los caudales que se han recibido, y de las existencias que quedan así en dinero como en materias en bruto o trabajadas, y que deben servir para los socorros

ulteriores; el mismo Secretario al fin del año formará de estos doce estados mensuales un estado general que los resuma todos; y este estado se deberá presentar a la Sociedad en la última Junta general del año, y se podrá fijar en un sitio público, para que lo vean todos. Parece que por estos medios la Sociedad podrá socorrer a sus pobres con orden y economía; parece que podrá atender a otros muchos objetos de su instituto. Pero deseosa de extender más su beneficencia, y sobre todo de propagar el amor y la estimación de la virtud, el respeto y la obediencia filial, el progreo de las artes y oficios, las mejoras de la educación física y moral, la aplicación al trabajo, y el destierro de la embriaguez, y de todos los demás vicios, se ha propuesto formar diversas instituciones para conseguir fines tan loables.

En primer lugar, la Sociedad contribuirá por su parte a que el culto de la Iglesia se ejecute con la mayor solemnidad, y que todos asistan a los sagrados oficios con el respeto y decencia que se les debe. Para esto nombrará dos Individuos, especialmente encargados de cuidar que todo se haga con orden y arreglo. En los domingos y fiestas del año, se cantará una misa solemne a las nueve de la mañana en el verano, y a las diez en el invierno. La música asistirá y se celebrará con los asistentes y acompañamiento que corresponde. Por la tarde a las dos en el invierno, y a las cuatro en el verano, se volverá a vísperas y se acabará con una salve que se cantará a la Madre de Dios.

Sanctificados así los días de fiesta, la Sociedad piensa que será conveniente procurar a todas las edades del pueblo diversiones honestas, en que puedan desahogarse de los trabajos de la semana. Ya se está plantando a la salida del lugar una alameda en que puedan pasearse, y al mismo tiempo cree que será útil establecer por un lado y otro diversos juegos, en que según su edad y gusto puedan entretenerse como por ejemplo de pelota, de bochas, de bolos, de tirar a la barra, y otros de esta especie, que al mismo tiempo los distraen de la taberna y otros vicios, y aumentan la agilidad y las fuerzas.

La Sociedad juzga que todo buen Gobierno por una política bien entendida, después de dar a los pueblos de ganar la vida, debe también en cuanto sea posible, hacerles agradable el país que habitan, para destruir el espíritu de vagancia, y excitar los estímulos de la aplicación. Que después de haber dado la semana al trabajo, y la mayor parte de los días de fiesta a la religión, es justo que las gentes encuentren diversiones sencillas y desahogos honestos; que esto interrumpe la continua fatiga, y da nuevo aliento para volver a comenzar. Que esto les hace amar el país en que

viven, y no piensan en abandonarle. Que los que no pueden conocerse en los demás del tiempo, porque cada uno está en sus trabajos, se conocen en estas ocasiones, y se forma un espíritu de hermandad, que es absolutamente necesario para producir la dulzura y amenidad del trato.

Gobernada por estos principios, y deseosa de evitar mayores inconvenientes, la parece muy útil el establecimiento de estas recreaciones inocentes, porque es cierto que pueden producir muchos bienes. En primer lugar, se ocupa la juventud en momentos que por razón de la inacción forzada son los más peligrosos: se les ocupa en ejercicios de su gusto, y se les distrae de otras ocupaciones más secretas y peligrosas. ¡Cuántos mozos y hombres dejarán de ir a la taberna, de embriagarse y tener tantas discordias, quimeras y aún heridas, como se experimentan en los días de fiesta!

Por otra parte esta reunión a la vista del paseo público obligará a todos los asistentes a asearse y aliñarse, para presentarse con mayor decencia, y este cuidado de limpieza, que es tan útil para la salud del cuerpo, influye mucho para suavizar la aspereza del trato humano, y afinar la natural rusticidad y grosería de los que ven poco a las gentes. Al mismo tiempo el deseo de vestirse con alguna distinción es un vivo estímulo que los excita al trabajo, pues él solo les puede dar los medios de obtenerlo. Y todo esto produce en los ánimos un sentimiento común de benevolencia, cortesía y atención, que se derrama en todos, que se hace general, y de que resulta lo que se llama urbanidad, calidad necesaria para que una sociedad de hombres pueda vivir con dulzura y atención recíproca; y calidad que no pueden tener los hombres groseros, que cubiertos de grasa se esconden en sus andrajos, y viven separados unos de otros como los osos en sus cuevas.

Fuera de esto la Sociedad quiere instituir y repartir diferentes premios. Espera excitar con ellos diversos géneros de emulaciones, y venir por su medio al logro de todos sus objetos; porque dándose en concurso y con solemnidad, no sólo deben estimular la aplicación de todos para obtenerlos, sino darán también una ocasión de fiesta, y serán motivo de que todos se junten, se diviertan, y pasen con interés y placer una parte de los días de descanso.

Estos premios también contribuirán por una parte a extender y hacer común la instrucción de lo que conviene saber, y por otra multiplicarán las especies que se desea promover. Como deben repartirse entre las personas del lugar que tienen en él sus padres, parientes y amigos, y no se dan sino por una superioridad de mérito reconocida y juzgada, es imposible

que este movimiento no excite mucho interés en todas las familias. Aquellas que han logrado el premio, tendrán el gozo de que un sujeto que les pertenece haya sido reconocido por el mejor. Las otras se consolarán con las esperanzass del año venidero, y todas tomarán un interés muy activo en los progresos de todo.

Estos premios también dados sucesivamente y en tiempos oportunos tendrán siempre el lugar en un movimiento continuo de alegría, y deben contribuir a que todos tengan un motivo de interés y esperanza. A fin de proporcionarlos bien, la Sociedad ha pensado que se deben repartir doce, uno en cada mes, y siempre en un dí a de domingo, de modo que cada mes tenga el suyo por el orden que se va a exponer.

El premio de Enero se llamará de mérito, y será destinado a mozos solteros, con la expresa condición de que sean labradores, o que ejerzan un oficio o arte mecánico. El premio se debe dar al mozo, que se ha reconocido tiene mérito, y este mérito consiste principalmente en observar la ley de Dios. Por consiguiente todo mozo de malas costumbres, que blasfema, que jura, que se embriaga, que juega, que no se aplica ni trabaja no puede tener mérito. Todo mozo que ha salido de la casa paterna sin su licencia, aunque sea por poco tiempo, es indigno de ser premiado.

La Sociedad pues desea premiar a los mozos que no tengan ninguno de estos defectos, y que siendo muy aplicados y sometidos a sus padres sean pacíficos, juiciososo y sosegados. Para ser admitidos a este concurso es menester haber cuumplido diez y nueve años, y no pasar de veinte y cinco. El premio no se podrá dar sino a uno de los que estén en dicha edad, y se debe dar a pluralidad de votos. Los votantes no deben ser otros que los mismos mozos del lugar de la misma edad, de modo que ellos mismos se den el premio los unos a los otros. Y para que se proceda a la votación con orden, la Sociedad nombrará tres Individuos de su cuerpo que presidan a la operación, y además el Presidente, la Presidenta, el Secretario, el Tesorero y el Cura del lugar, que deben ser Asistentes natos. Esta Junta se llamará Asistencia, y servirá para todos los otros premios, de que se hablará después.

El modo de proceder será éste. A las siete o las ocho de la mañana, según el tiempo, vendrá la Asistencia a la sala de las Juntas. Los mozos de diez y nueve a veinte y cinco años estarán ya advertidos y esperarán fuera. Se les hará entrar, y el que presida les hará un corto discurso, explicándoles en qué consiste el mérito, según lo que va dicho. Les encargará la conciencia, para que no den su voto sino con

justicia, y que desempeñen la confianza que la Sociedad hace de ellos.

Después de esta corta exhortación, se les hará salir, y luego volverán a entrar uno solo cada vez para que ninguno de los otros mozos pueda oirlos. Se les preguntará cuáles son los mozos que les parecen más dignos del premio. Se les hará nombrar tres, porque si no nombraran más de uno o dos, es de temer que cada uno nombrara sus amigos o parientes; pero nombrando tres, se puede esperar que después de haber satisfecho su corazón, escuche su conciencia, y que nombre al benemérito. Como no se hará caso del lugar de las nominaciones sino del número, se puede también esperar que el que sea nombrado más veces lo merezca mejor.

Luego que los mozos hayan acabado de votar, la Asistencia a solas hará el escrutinio. El que habrá sido nombrado más veces será el preferido. La asistencia guardará el secreto de manera que nadie pueda saber nada, hasta que el Cura lo proclame en el púlpito. Esto añadirá interés, y le dará el gusto de la sorpresa. La Asistencia pues saldrá de la sala, sin dejar adivinar su secreto. Irá a la Iglesia, se sentará en un banco que estará preparado frente del altar. El Cura subirá al púlpito, y allí dirá: El mozo que sus compañeros han juzgado más digno de que la Sociedad le conceda el premio es N., hijo de N. y N.

Al instante los tambores y todos los instrumentos de música deben sonar en celebridad del triunfo y señal de alegría. Dos individuos de la Asistencia saldrán a buscarle donde esté, y le conducirán al banco de la misma Asistencia. Allí el Presidente a la vista de todos le echará al cuello una banda de color de fuego, para que la use todo el día, y le dará una bolsa con tres mil reales que llevará prevenidos el Tesorero, y que deben servir para el futuro establecimiento del premiado. Le harán sentar entre el Presidente y la Presidenta, y desde allí oirá misa. Otros dos Individuos de la Sociedad irán a buscar a su padre y madre, hermanos y hermanas, y los harán también sentar con ellos en otro banco distinguido, y que debe estar preparado para esto.

Acabada la misa, la música irá con el premiado y su familia, y los conducirá a su casa. Por la tarde vendrán a vísperas, y se sentarán del mismo modo. Acabadas éstas, irá con todos al paseo y juegos públicos. La música irá por delante, se sentará entre el Presidente y la Presidenta, y al anochecer la música le conducirá otra vez a su casa.

En Febrero cae regularmente el Carnaval. Estos tres días se pasan de ordinario en diversiones inútiles y profanas. La Sociedad quisiera arreglarlas de manera que fuesen decentes y útiles. Para esto piensa desde luego que se sanctifiquen. Que como si fueran días de fiesta, se diga por la mañana una misa solemne, y por la tarde se canten las vísperas y la salve, y que después se emplee el resto de estos días en lo que se llamará juegos de la juventud. Desde que se salga de la iglesia se irá con la música a la alameda. Dos Individuos de la Sociedad serán nombrados para presidir a estos juegos; y ve aquí lo que se hará.

Ya se ha dicho que el Maestro y el Inspector de la escuela de muchachos, para que éstos se críen fuertes y robustos, deben promover por todos los medios prudentes que se ejerciten todo el año en ejercicios del cuerpo. Y en los tres días de Carnestolendas es cuando se debe ver el fruto de esta aplicación. Para esto se formarán tres bandas de atletas o de concurrentes. La primera de diez a catorce años, la segunda de catorce a diez y siete, y la tercera de diez y siete a veinte. La Asistencia se colocará en lugar distinguido, donde lo pueda ver todo, y será la que juzgue y decida en todas las dificultades que puedan ocurrir.

El domingo las tres bandas harán sus ejercicios. Se empezará por saltar en alto, y se dará por premio un peso duro al muchacho de la primera banda que hubiere saltado más arriba; lo mismo se hará con el de la tercera. Después se vendrán a los saltos en longitud y extensión, y se dará igualmente un peso duro al que de cada banda hubiere hecho un salto más largo.

El lunes se destinará a otros juegos, que serán el peso y la carrera. En cuanto al peso, cada banda tendrá el suyo proporcionado a su edad; pero tal que ninguno pueda llevarle sin pena y sin esfuerzo. El premio será también un peso duro, y se dará al muchacho de cada banda que le hubiese llevado más pasos. Estos premios deben ser dobles, esto es, que cada banda jugará dos veces, y tendrá dos premios. Los que hayan ganado los primeros, no podrán disputar los segundos.

También se harán seis pruebas de carrera, esto es, cada banda correrá dos veces. El premio será un peso duro, que se pondrá en el término que la Asistencia haya señalado a la carrera. El que pueda tomarle antes, porque llegó primero, será dueño de guardarle.

CARTA III

El martes será destinado a subir sobre piquetes, que se elevarán en tierra, y que deben tener a lo menos veinte y cinco varas de alto. En la cima se atará un pavo. A esto jugarán todos los que se presenten. La suerte decidirá la vez del que deba subir, y el primero que le pueda coger será su dueño. En estas o cosas semejantes, todos pueden divertirse en estos días.

La Sociedad quiere que en la Pasqua de Resurrección haya una comida pública para los ancianos. En este día se pondrán en la iglesia bancos distinguidos, para que en la misa y en los demás oficios se sienten todos los ancianos de ambos sexos, de cualquier estado o condición que sean. Bastará para disfrutar este honor que los hombres tengan setenta y cinco años, y las mujeres setenta.

Cuando se salga de la iglesia, irán todos precedidos de la música y de los Individuos de la Sociedad a una sala en que estará preparada una mesa simple, pero abundante, a fin de que los convidados puedan distribuir una parte a las personas de su familia, y los dos Individuos de la Sociedad se sentarán con ellos. De allí irán a vísperas, y de la iglesia a las recreaciones públicas.

El domingo de Quasimodo es destinado para la primera comunión de los muchachos que estén en estado. Dos Individuos de la Sociedad asistirán a los exámenes precedentes de doctrina cristiana, que deben hacerse con mucha atención y cuidado. Se hará una lista de los que se consideren en estado, y se enviarán los otros a estudiar de nuevo para otro año. La Sociedad cuidará de vestir a los que lo necesiten; hará que se presenten con decencia al altar; pero los Individuos de la Sociedad declararán cuál es el muchacho y la muchacha que están más fundamentalmente instruidos, para que se les den los premios que se van a indicar.

En el mismo domingo de Quasimodo se abrirá un concurso para todos los muchachos, que quieran presentarse y aspiren a los premios que se llamarán de Instrucción, y en el siguiente la Asistencia se sentará en una sala; allí hará leer a todos los concurrentes de uno y otro sexo; después los hará escribir, y después contar. Cuando la Asistencia quede sola, adjudicará un premio a un muchacho, y otro a una muchacha que hubiere leído mejor; otros dos a los dos que hayan escrito mejor; y finalmente dos a los que se hayan aventajado en el contar. Estos serán seis premios, que unidos a los dos que se destinan a los que han parecido superiores en la doctrina cristiana serán ocho.

Tendrá el honor de ser admitido en la Sociedad el que se ofrezca también a dar lecciones de dibujo a los muchachos, en especial a los que tomen oficio; y para que puedan aprender sin distraerse de sus demás obligaciones, deberá abrir su escuela cuando anochezca, y dar a esta ocupación dos horas todos los días de trabajo. Si la Sociedad se digna de admitir su oferta, también puede determinar que pasado el primer año necesario para que empiecen a aprender, se darán otros dos premios a los dos muchachos que presenten los dos mejores dibujos.

Los premios serán un libro análogo que pueda serles útil; y para honrarlos el Presidente escribirá y firmará esta inscripción en la primera hoja: N. de N.. La Sociedad en premio de su adelantamiento. Y además de esta recomendable distinción, se les dará otra más ventajosa, que será que la Sociedad se encarga de pagar su aprendizaje del oficio útil que quieran aprender. Y en efecto pagará al maestro que le reciba la cantidad acostumbrada por tres años, que es el tiempo que se considera necesario para aprender un oficio, pues en adelante ya ganan su jornal.

De este modo la Sociedad pondrá cada año diez nuevos aprendices, y acabándose cada aprendizaje al cabo de tres años, con el tiempo pagará treinta aprendices continuos cada año, lo que basta a multiplicar su número en poco tiempo; y como éstos son muchachos escogidos, que por su mayor talento han merecido los premios, y que van bien instruidos en las primeras letras y en el dibujo, es de esperar que salgan excelentes artesanos.

Pero para dar a estos premios más solemnidad, convendrá que la Asistencia no publique desde luego los nombres escogidos, y que queden secretos hasta que habiendo pasado todos de la sala a la iglesia, el Cura los proclame en el púlpito. Entonces sonará la música. Los Individuos qui cuidan del orden de la iglesia irán a buscarlos, y los traerán al Presidente. Este les dará en presencia de todos el libro que hemos dicho, y después los premiados juntos se pondrán por un lado a oir la misa.

En Mayo se dará el premio de la virtud. Este premio es destinado para solteras, hijas de labradores o artesanos desde la edad de diez y seis años hasta la de veintitres. Este premio se dará del mismo modo y con las mismas circunstancias que el de mérito, y las votantes deben ser las mismas solteras del lugar que tengan la misma edad. La Presidenta, antes de votar, las hará también un corto discurso, para explicarlas que la virtud de una doncella consiste en ser también muy obedeciente a sus padres, muy

aplicada y hacendosa, modesta y retirada, sobre todo no haber dado nunca que decir, ni haber descubierto ninguna mala inclinación particular, y que espera sometida conocer el gusto de sus padres y recibir sus consejos. Se guardará en todo el mismo secreto y el mismo orden. Cada soltera nombrará también tres. La Presidenta será la que eche al cuello una banda azul, y la que dé los tres mil reales que se la dan para su establecimiento.

En Junio se darán los premios que se llamarán de los buenos padres de familia, y que se adjuricarán a un padre y a una madre labradores o artesanos del pueblo. Los votantes serán todos los padres de familia, y cada uno nombrará tres personas. El Presidente les explicará las calidades que deben tener los sujetos que nombren, y se procederá en lo demás como en el premio del mérito y de la virtud, con esta diferencia solamente, que al padre de familia escogido el Presidente le echará al cuello una banda blanca, y que su gratificación será de setecientos reales. Para el premio de la madre de familia debe entrar en cuenta el número de varas de lienzo que ha hecho en el año, y que excede a las otras por su buena conducta y la aplicación de su familia. A ésta la echará la Presidenteb una banda también blanca, y le dará su gratificación de seiscientos reales.

En Julio se dará el premio de prados artificiales. La Asistencia nombrará dos expertos, que con noticia de los propietarios y labradores reconocerán los prados artificiales del contorno, y le darán por escrito relación de todo lo que hayan observado. Esta relación será leida en público un día que se promulgará, para que los interesados puedan estar presentes y exponer lo que les convenga. La Asistencia decidirá quién es el que por haber hecho más prados artificiales y por tenerlos en mejor estado merece el premio. El Cura le publicará en el púlpito. Los individuos le presentarán al Presidente, y éste hará como con los demás, excepto que no habrá banda, y que el premio será de dos mil reales.

En Agosto se dará el premio a los jardineros. Como importa mucho promover este precioso ramo de la agricultura, el señor del lugar se ofrece tomar doce muchachos de edad como de diez y ocho años, los mantendrán por el espacio de tres años, y los pondrá con el excelente jardinero que tiene, para que éste les enseñe. La Sociedad se propone también adquirir el pedazo de tierra que está a la salida del lugar, que contiene como veinte fanegas, y en que por fortuna hay una copiosa fuente, que no es necesaria para los usos del lugar, pues tiene otras aguas suficientes.

Su proyecto es de distribuir esta tierra en pedazos competentes, para que cada uno forme una huerta capaz de mantener una familia, y que provean al lugar con abundancia de verduras y legumbres. Para esto se distribuirá el agua de la fuente de manera que alcance a las más suertes y si faltare para algunas, como se ha reconocido que el agua subterránea no está profunda, hará construir una noria en cada una.

Su intención es dar sucesivamente uno de estos terrenos a los muchachos que hayan aprendido, dándoles al mismo tiempo las semillas y los árboles de que necesiten para hacer sus plantíos. El Señor del lugar también ofrece continuarles la manutención con otros seis meses, después que se les haya dado la tierra, para que tengan tiempo de ponerla corriente, y esperar los frutos de su huerta con que deben vivir en adelante; y al mismo tiempo promete que a medida que estos muchachos salgan, pondrá otros en su lugar, no sólo hasta que se completen todas las suertes que se les puedan repartir, sino también después; porque considera que aunque a éstos ya no se les puede dar tierra, les será siempre útil aprender este arte, con que pueden ganar su vida en otras partes.

Por estos medios la Sociedad espera multiplicar el número de jardineros, y formar una almáciga, que no sólo será útil al lugar, sino a toda la nación. Pero no contenta con esto, desea también que los vecinos del lugar y los labradores, sobre todo los que se van a establecer en el campo, formen huertas para su propio consumo y servicio. No hay cosa que haga tan dulce y tan independiente la situación de una familia como tener en su casa, y de su propia cosecha, lo que necesita para su propia subsistencia. Y nadie puede conseguirlo mejor que un labrador, cuando a las producciones de su campo, y a los animales de su corral junta las frutas, las verduras y legumbres de su huerta.

Para animar pues a cultivo tan provechoso así a los que viven en el lugar, si tienen porción, como a los que se establezcan en el campo, la Sociedad nombrará dos expertos que reconozcan todas las huertas del territorio, que tengan a lo menos treinta varas cuadradas de superficie. Harán su relación a la Asistencia en el domingo de este mes del mismo modo, y con la misma publicidad e intervención de los interesados que en el precedente; y al que tenga su huerta más bien trabajada, y cuyos árboles frutales estén mejor tallados y más bien injertos, se le dará del mismo modo un premio de quinientos reales.

CARTA III

En Septiembre se darán los premios de Agricultura. Los expertos que serán nombrados harán a la Asistencia relación individual del estado de todo el campo del término. Harán tres listas: una de las tierras bien trabajadas, cuyos labradores son recomendables por la atención y esmero con que han cultivado su campo; otra de las tierras en que parece que no han puesto más que una atención floja y ordinaria; y en fin otra tercera de las tierras que han sido descuidadas o han estado mal trabajadas; y esta lista servirá para que la Asistencia se informe de las causas de este abandono, y que si nace de pobreza, enfermedad o accidentes, tome las providencias oportunas para que en adelante se mejore su cultivo, ya sea animando a los labradores, ya haciéndoles algunas anticipaciones que pagarán al tiempo de las cosechas.

Pero al mismo tiempo harán relación de la tierra que ha habido mejor trabajada, y que ha producido con proporción más frutos precisamente por razón de su mejor cultivo, esto es la tierra que ha sido arada más veces y con mayor profundidad; la sementera que ha estado más limpia de malas hierbas, y que por consiguiente ha producido más y mejores granos; en fin, la tierra que haya sido más beneficiada. También harán mención de la que se siga en mérito: a estas dos tierras dará la Sociedad dos premios, uno de dos mil reales, y otro de quinientos con la misma solemnidad que los precedentes.

En Octubre se dará el premio de las viñas. Los expertos nombrados reconocerán todas las del término, y harán a la Asistencia la relación del mismo modo, y con las tres listas para los mismos fines, y al dueño de la viña que se reconozca más limpia, más bien conservada y mejor cuidada, se le darán con la misma solemnidad quinientos reales.

En Noviembre se darán los premios de lino y de cáñamo. Esto es con la misma solemnidad se darán cuatrocientos reales al que hubiere recogido aquel año mayor cantidad de lino, y trescientos al que haya cogido mayor de cáñamo. Y a fin de que no haya fraude, y que unos no puedan prestar a otros, los expertos apreciarán las cosechas en el campo, y darán cuenta a la Asistencia.

Finalmente en Diciembre se dará con la misma formalidad un premio de seiscientos reales al que en su tierra hubiere plantado más árboles. No deben comprehenderse en este número los que fueren plantados en las huertas, y han sido premiados en Agosto, sino los plantados así para cercar las heredades, como alrededor de la casa para darla sombra, o para cualquier otro uso, prefiriéndose los útiles como

olivos o moreras. Este premio se dará los tres primeros años al que plantare mayor número; pero después se dará al que manifestare mayor número de árboles plantados por él, y que se conserven sanos, limpios y vigorosos.

Estos fueron, Antonio, los términos en que después de largas disensiones dejamos nuestro proyecto. El buen Cura se llenó perfectamente del espíritu de aquellas ideas, y el gozo le rebozaba los ojos. Ya le parecía coger el fruto con las manos; ya estaba como transportado y fuera de sí. Nos repetía muchas veces: Es imposible que si esto se practica, no experimentéis en breve el bien que debe infaliblemente resultar. Y yo admiraba en el ardor del entusiasmo el carácter de su alma benéfica y celosa.

Con las lágrimas en los ojos nos decía: Señores, ¡qué bienes para todos! pero el primero y más beneficiado de todos soy yo mismo. Yo era aquí un pobre Cura cargado de muchas obligaciones, y sin ningún medio de desempeñarlas; yo sufría todos los días y a todas las horas el inexplicable tormento de ser testigo de la mayor miseria, de conocer las necesidades más urgentes, sin poder socorrer ninguna. Vos vais a darme no sólo los medios de socorrerlas todas, sino que me asociáis un grande número de personas honradas, que se encarguen de lo que yo solo debía hacer, y que lo podrán hacer con más conocimiento, orden y economía.

Por el medio de la división de cuarteles concibo que dos Inspectores hábiles y honrados pueden en cada uno hacer fácilmente con inteligencia y acierto lo que a ningún hombre solo con el mayor talento y más abundantes remedios sería posible hacer. Vos vais a dar a cada cuartel padres, dos madres, dos Angeles tutelares, que conocerán todas las personas, que sabrán todas las miserias, que serán informados de todas las enfermedades, accidentes y desgracias, y que podrán al instante curarlas, remediarlas o consolarlas. Estos serán los Angeles de paz que llevarán a todas las familias los remedios y los consuelos.

¡Y que ascendiente no les debe dar sobre todas ellas este continuo ejercicio de beneficencia! ¿Qué dependencia en el mundo puede ser más estrecha que la que produce por un lado la gratitud de los beneficios recibidos, y por otro la esperanza de los que se pueden recibir? ¡Con qué docilidad se escuchan los consejos y las instrucciones de los que movidos de amor y compasión no muestran en su solicitud otro interés que el de nuestro bien! ¡Con qué facilidad nos hacen entrar en las veredades de la virtud que nos indican! ¿Cómo los vicios podrán resistir a las instrucciones de un hombre que nos ama, que socorre nuestra familia, y que puede

abandonarla, si por nuestra mala conducta nos hacemos indignos de su protección?

Sí, señores, yo entiendo que por este medio no hay lugar, no hay pueblo, que no deba sentir al instante la influencia de una operación tan caritativa y bien ordenada; y que una Sociedad de esta especie, si encuentre como es regular, Inspectores cristianos y celosos, ha de reformar las costumbres y dar entrada a todas las virtudes. El socorro de los pobres, con ser una cosa tan santa, será lo de menos, porque con él se debe esperar el estudio de la religion, la buena crianza de los muchachos, la honestidad pública, la decencia exterior, la urbanidad, la paz de las familias, la extinción de los pleitos y discordias, el destierro de los vicios vergonzosos, y en fin la extensión de las artes, el amor y aplicación al trabajo, la prosperidad de los estados, y todos los bienes particulares de que resulta la felicidad pública.

Y me parece que no hay ciudad alguna por populosa que sea que no pudiera servirse del mismo medio, y que no debiera aprovecharse y gozar de las mismas ventajas. Londres y París, Pekín y la antigua Roma con sus innumerables habitadores no me intimidarán, porque por medio de cuarteles todos se pudieran gobernar. Y como lo que cada Inspector hace, reconoce y dispone en cada cuartel, nace de los mismos principios que le ha dictado la Junta ejecutiva, y como todo vuelve a ella, todos estos ramos están unidos con el mismo tronco, todos tienen un mismo principio de vida, todo será gobernado por las mismas máximas, por el mismo espíritu, y por un mismo principio de acción y movimiento. La Sociedad podrá diseminar por todas partes con el influjo de su ejemplo las mismas instrucciones, la misma aplicación, las mismas virtudes, y podrá desterrar de todas la mendicidad, la embriaguez, la disolución y todos los vicios.

El buen Cura no acababa, y ya quería salir para hablar a todos, y que se alistasen en la Sociedad. Mi amigo le vio tan inflamado que le pareció preciso moderarle, y le dijo: Señor Cura, vamos de espacio. Hasta para hacer bien es preciso caminar con madurez. Huyamos de toda precipitación, y sobre todo de meter mucho ruido. Si Dios se digna bendecir nuestros deseos, después les daremos mayor extensión. Empecemos con tiento: por ahora, no hablemos más que a treinta o cuarenta personas de cada sexo, pero que sean las más estimadas y las de mejor reputación.

Yo fui de la misma opinión. El Cura se conformó con ella y nos dijo que dentro de dos o tres días volvería con una lista de cincuenta o sesenta personas, y que nombraríamos

día para juntarnos a dar principio a esta grande obra. Todo se hizo así, y en efecto el día señalado nos juntamos en su casa. Aquí debía contarte lo que sucedió; pero esta carta es tan larga que me parece necesario reservarlo para otra. Adiós por hoy, Antonio mío.

IV

Antonio mío:

El día citado para dar principio a nuestra Sociedad fuimos a casa del Cura, y ya encontramos en ella más de cincuenta personas; este número se aumentó con nosotros, y los que llegaron después. Como su sala se halló estrecha para tanto número, pasamos a la de la iglesia que está sobre la sacristía. Allí el Cura nos hizo un excelente discurso sobre la caridad y el mucho bien que se podía hacer al lugar más con la abundancia del celo que con la muchedumbre de las limosnas. Después de esto, explicó por mayor el objeto de nuestra reunión, y se leyó el reglamento que fue muy aplaudido.

El Cura dijo entonces: Señores, pues os dignáis de aprobarlo, y no estamos reunidos aquí sino para establecer la Sociedad, el primer paso que debemos dar es nombrar un Presidente. Al instante todos volvieron los ojos a mi amigo, y le aclamaron; pero mi amigo habiendo dado algún tiempo para acallar este rumor general, se levantó y les dijo con modestia y dulzura que se sentía penetrado de gratitud por el honor que se le hacía; que estaba dispuesto a obedecer con celo a cuanto le mandase la Sociedad, pero que la debía representar que en el principio de un establecimiento tan útil, le parecía preciso poner a la frente un hombre que tuviera conocimiento práctico del lugar, y de las personas que le habitaban.

Que él, como acabado de llegar, no le podría tener; que suplicaba a la Sociedad le diese tiempo para adquirirle, y que si entonces se dignaba de echar los ojos sobre su persona, la encontraría dispuesta a servirla en todo. Pero que en aquel momento le parecía que el Cura, como su pastor, les conocía bien, y que era tan generalmente estimado y tan

digno de serlo, era el que debía poner la primera piedra del edificio que se iba a construir, y ser el primer Presidente.

Este discurso hizo diferentes efectos. Unos se contristaron, y otros parecían en disposición de insisitir. Yo, creyendo que en aquellas circunstancias convenía nombrar al cura, cortar aquella indecisión y ayudar a mi amigo, insinué a los que estaban cerca que era menester nombrar al Cura; y levantándome, dije en voz alta que la elección del Cura era muy buena, y que nosotros la apoyábamos. Esto fue aprobado por la Junta, y propuse que se pasase a nombrar los otros empleos.

Se nombró por Presidenta una viuda, cuya estimación era sin duda general, pues la manifestó el aplauso con que fue elegida. Se escogió por secretario un hombre honrado que era muy entendido en los negocios, que escribía muy bien, que había pasado muchos años en la capital, y que se había retirado al lugar, su patria, para acabar en él sus días con virtud y reposo. Era hombre lleno de celo y de religión, y muy capaz de aquel empleo. En fin, se nombró por Tesorero un mercader que tenía tienda en el lugar, que pasaba por bastante rico, y que no por eso dejaba de tener buena reputación.

Luego que estos miembros fueron nombrados, pasaron a tomar asiento alrededor de una mesa que estaba prevenida, y se procedió a nombrar los dos hombres y la señora que debían ser miembros de la Junta ejecutiva. Entonces se volvió a nombrar a mi amigo, para que fuera uno de los dos miembros, y éste levantándose dijo: pues este encargo no pide más que celo y aplicación, acepto la honra que me hace la Junta. Se nombró otro hombre y una señora que aceptaron también, y quedó compuesta la Junta particular en que debía residir toda la ejecución y autoridad de la Sociedad entera.

Dado este primer paso, el Presidente dijo: Ya que la Sociedad ha nombrado su Junta ejecutiva, ésta procederá mañana mismo, según el reglamento se lo ordena, a la nominación general de los Inspectores y demás empleados, y espera que ninguno se excusará de admitir el empleo que le destine. Todos lo aplaudieron, asegurando que estaban prontos a emplearse en servicio de los pobres, del público y de la Sociedad.

El Presidente tomó entonces una caja cubierta que estaba sobre la mesa, destinada a recoger las limosnas voluntarias, y la dio a una señora de la compañía. Esta vino a presentarla a todos: cada uno dio en secreto lo que quiso.

CARTA IV

La señora trajo la caja al Presidente, se contó lo que había en ella, y se hallaron más de tres mil reales. Sin duda que mi amigo dio una buena parte, pero no lo dio todo, y pudimos observar que algunas personas del lugar habían contribuido con liberalidad. Esto y la alegría que se veía en los semblantes, la actividad y el celo con que se manifestaban todos, nos consoló mucho, porque nos hizo conjeturar que la institución prosperaría.

Al otro día se reunió la junta ejecutiva en la misma sala, y se nombraron todos los Inspectores, Inspectoras y demás empleados indicados en el reglamento. Se eligió también un hombre del común, a quien se dio un módico salario para que se encargase de cuidar de la sala, tenerla aseada, y servir en lo que fuera necesario, como llevar los papeles o recados cuando fuera menester; y éste fue el que nos llevó aquel día los avisos a los que fuimos nombrados por la Junta.

Cuando yo llegué, ya encontré otros que también esperaban, y la Junta explicó a cada uno su destino. Allí quedaron nombrados los Inspectores y las Inspectoras generales para que desde luego se encargasen de la curación y socorros de los enfermos y de los pobres, y de todo lo demás perteneciente a la policía de sus cuarteles respectivos. Se arregló lo conveniente con el Cirujano y Boticario. Se distribuyó entre los Inspectores el primer fondo que había recogido la Sociedad, para que éstos lo empleasen en los socorros más urgentes.

Mi amigo puso a disposición de la Junta cuatro mil libras de lino, otras tantas de cáñamo, y dos mil de lana. Dio noticia de los Tejedores que habían venido a establecerse en el lugar, de los precios en que estaban convenidos, y del deseo que mostraban de entrar en actividad. La junta nombró un Depositario para custodiar las materias primeras, y los Inspectores de fábricas que ofrecieron ponerlas sin dilación en movimiento. En fin, se nombraron todos los empleados, dando a cada uno por escrito una instrucción que contenía la extensión de sus funciones y el modo con que se debían dirigir. A mí se me encargó la inspección de las escuelas de los muchachos, y se me nombró maestro de dibujo. Todos aceptamos con alegría los encargos que se nos dieron, y todos salimos de allí para ir cada uno a ocuparse en lo suyo con tal ardor como si de esto dependiera su fortuna.

Es imposible que yo te explique por menor el movimiento progresivo que ha tenido este establecimiento, ni las bendiciones que Dios ha derramado sobre él. Para hacértelas comprender, bastará explicarte el estado actual en que hoy se ve, y él será lo que te hará inferir mejor las dificultades que habrá sido menester superar, los esfuerzos

que ha sido preciso hacer, la continua atención, y la vigilante constancia que se ha debido emplear; y en fin los pasos lentos y sucesivos, pero tenaces y firmes que ha sido necesario dar para poder conducirle a este punto de prosperidad que hoy tiene, y los efectos que ha producido.

Este lugar que viste tan miserable, tan asqueroso y desdichado, es hoy uno de los más alegres, cómodos y deliciosos del reino. Ya te he dicho y te repito que se han bajado y arreglado las calles, que se han levantado los pisos de las casas, que a éstas se han rasgado grandes ventanas por donde circula el aire con libertad, y las hace sanas. Así este lugar que viste como una cloaca inmunda, impropio para racionales, está hoy lleno de habitaciones aseadas, sanas y agradables, y cortado por calles y plazas en que se transita fácilmente. Se ha hecho un camino sólido y firme para ir en todos tiempos cómodamente a la ciudad vecina. Cada propietario ha compuesto y arreglado el que conduce a su heredad, y se han establecido en éstas sus términos o linderos tan distinguidos, que no puede haber ya los pleitos interminables que nacían de este descuido.

Se ha construido a la salida del lugar una hermosa alameda que casi le rodea, en que pueden pasear las gentes, y se han establecido en ella por uno y otro lado diferentes juegos, en que el pueblo se divierte los días de fiesta después de vísperas. También se ha fabricado una especie de lonja grande y redonda, que sirve de dar abrigo a todo lo que se vende en el mercado. Es muy propia para esto, porque tiene en su circunferencia tres órdenes de gradas, está cubierta por el techo contra el agua y el sol, pero está descubierta alrededor. Sus muros no son más que columnas ligeras que sostienen el tejado, pero todas abiertas de manera que cuando el interior está lleno, puede una muchedumbre ver desde fuera lo que pasa dentro.

Ya te he dicho también cómo los labradores a quienes repartió mi amigo las primeras suertes de la dehesa inmediata están todos acomodados: no hay ya ninguno que no tenga su suerte toda corriente y cultivada; ninguno que no tenga el cuarto de su tierra destinado a prados artificiales; que por consiguiente, no hay ninguno que no haya aumentado mucho sus ganados; ninguno que no tenga mucho estiércol para beneficiar sus tierras, y hacerlas producir muchas y repetidas cosechas. Te añadiré que todos tienen un corral espacioso en que abrigan sus ganados, sus gallinas, sus puercos, ovejas y vacas. Todos tienen sus lecherías que le dan leche, queso y manteca fresca; todos tienen un horno en que cuecen su pan; y los despojos de sus granos sirven a alimentar las aves que les dan pollos y huevos; y si juntas a todo esto las hortalizas y las frutas de su huerta, porque

no hay ninguno que no la tenga, verás cómo estos nuevos labradores viven ya con comodidad y regalo.

Este ejemplo ha sido tan elocuente y persuasivo que ya todos quieren tierras. Después que el público vio poblada la primera dehesa, fue fácil poblar las otras, porque todo el mundo quería y pedía suerte. Ya están casi pobladas todas las otras dehesas de este término, tanto con los vecinos de este lugar como con los de los pueblos comarcanos, y si todavía no están acabadas de poblar, no es porque no las pidan: muchos las solicitan con instancia, pero mi amigo reserva una parte porque dice que es justo preferir a los hijos de los primeros colonos; y ve quí cómo esto se hace.

Cuando uno de estos colonos ha puesto su tierra corriente, ya no ha menester tantos brazos para su cultivo ulterior. Supongámosle tres hijos que le han ayudado a poner su tierra corriente, y que ya no necesita de su auxilio, pues le basta el suyo con el del hijo que le hereda; pero como no puede dividir su suerte, y ésta debe pasar a uno solo, el amor paternal le inspira el deseo de acomodar a los otros. En este caso ¿qué es lo que hace? Empieza por acomodar a uno de los dos: pide tierra para él, declara que no pide otra cosa, y que él se encarga de dotar al nuevo colono de todo lo que necesite para el cultivo de la nueva suerte. Puede hacerlo porque ha multiplicado sus ganados, y sin que le hagan falta, le da los que necesita para empezar. Le da las simientes, y le mantiene hasta que coja su cosecha. El mismo y sus otros dos hijos le ayudan a preparar, cultivar y sembrar esta tierra, y con el auxilio de todos queda en poco tiempo acomodado. Desde que éste lo está, se pasa a hacer lo mismo con el tercero, y si hubiese más, se acomodaran todos.

De manera que la población por sí misma se desenrolla y desenvuelve. Ya tenemos algunos hijos de colonos establecidos de este modo por sus mismos padres; y entre otros ejemplos que pudiera citarte, sólo te haré mención de uno de nuestros colonos que ahora cinco año era un pobre jornalero, y hoy es un propietario bienestante, y un excelente padre de familia. Desde luego destinó a su hijo mayor para que le herede y siga en su suerte; pidió otra para su segundo que ha establecido aviándole de todo; ayúdale un mozo que se casó con una de sus hijas; le quedan otros dos hijos y una hija, y no dudamos que de aquí a tres años, a hijo por año, todos quedarán acomodados.

Todo esto no ha costado a mi amigo más que dar la tierra, y otros muchos se han establecido del mismo modo. Pero mi amigo se aflige de que presto no lo quedará más tierra; y suele decir suspirando : ¡Ah! ¡Quién tuviera a su encargo

toda la tierra del reino para hacer un jardín de toda España.

Pero volvamos a nuestra Sociedad que ha producido tantos bienes que es imposible concebirlos sin verlos. Jamás se podrá entender que con tan cortos gastos, y sólo en virtud del orden y la regla con que se emplean, se hayan logrado tantas y tan grandes ventajas. En cuanto a los enfermos, no tengo más que una palabra que decirte. Al instante que hay alguno en una casa, una persona de la familia va a advertir al Médico o al Cirujano, al Inspector o a la Inspectora; éstos se transportan, y al momento le dan todos los socorros. El Boticario da los remedios que recetan los primeros, y los segundos están enterados de la situación de la familia: le dan lo que les parece más urgente, como buen alimento, vino y lo demás que no se halla en la botica; lo ven con frecuencia, y nada les falta hasta que Dios dispone de ellos.

Los Inspectores por encargo especial procuran conocer todas las familias de su cuartel, enterándose no sólo de sus necesidades, sino también de su moralidad y costumbre. De aquí resulta que la Junta ejecutiva conoce perfectamente el carácter de las familias pobres, y las trata según merecen. Los mismos Inspectores con sus rondas y asistencia continua, con su incesante vigilancia, y con sus frecuentes exhortaciones han contribuido mucho a corregirlas; pues a las que mostraban más dificultad, las amenazaban de que las borrarían de las listas, y por no ser borradas, todas se corregían.

Ya puedes discurrir cuánto habrán ganado las costumbres con esta administración paternal. Ya no se ven las quimeras y rencillas que antes eran tan frecuentes; porque a la primera disputa o queja, el Inspector o la Inspectora toman la mano, son como el padre y la madre de todas las familias de su cuartel, se enteran del motivo de la desavenencia, y procuran arreglarla como pudiera un padre con sus hijos.

La beneficencia y el amor con que los socorren en sus necesidades y aflicciones les dan una autoridad superior a la que pueden tener las leyes y la subordinación civil. Los genios más díscolos están obligados a someterse a sus prudentes y amigables decisiones por la incesante dependencia con que les están sujetos. Así las quimeras se terminan presto, y después de largo tiempo observamos con gusto una paz general no interrumpida, o tan poco alterada, que no se ve dominar aquí la infeliz desavenencia que es tan común en los pueblos cortos.

Lo mismo sucede en lo interior de las familias. Los inspectores, que las ven con frecuencia, están siempre a la mano para corregir los vicios o defectos que puede haber en ellas. El primer principio que la Sociedad ha procurado establecer y que ha inspirado a sus individuos con más constancia es dar a la autoridad paterna toda la extensión, fuerza y poder que sea compatible con las leyes del país, porque está persuadida de que de este principio sostenido con vigor deben nacer las buenas costumbres generales.

Por eso nada ha inculcado, nada ha promovido, a nada ha conspirado tanto por todos sus medios como a que los hijos vivan siempre y en todo con la debida sumisión a sus padres. No ignora que hay padres injustos y muy rudos; pero también sabe que éstas son excepciones, y que el instinto general de la naturaleza es inspirar al corazón paterno un sentimiento vivo de ternura para con los hijos, en quienes ven una parte de sí mismos; y que este sentimiento es tan común, que se ve hasta en las fieras, y tan íntimo que precede a toda reflexión, y no necesita de mérito ni de motivo;

La experiencia acredita que este afecto natural determina a los hombres en todas las circunstancias difíciles a hacer sacrificios propios en favor de sus hijos, y la edad y la razón son otra presunción en favor del padre. Por eso la naturaleza y la Religión fiándose de sus mayores luces y en la fuerza de su inclinación natural le constituyeron primer juez, primer Magistrado, primer Soberano de sus hijos; y el Gobierno no puede hacer mejor que reforzar esta autoridad y dejarla obrar en todo lo que no se oponga a las leyes.

Pero como puede haber algunos padres que arrebatados por la violencia de una pasión no escuchen este estímulo de la naturaleza, los inspectores están encargados de corregirlos y moderarlos en secreto para dejar intacto, y salvar en cuanto sea posible el respeto que se debe, y la autoridad que ha dado el cielo a estos primeros órganos de sus voluntades. Y con esta mira jamás se da una suerte ni otra cosa a los hijos, sin que los padres intervengan; jamás se autoriza, ni se contribuye a ningún casamiento de las gentes jóvenes, sin que los padres hayan dado su consentimiento. Se desea que los hijos vivan en una continua y sometida dependencia, y la falta de respeto o la menor desobediencia de un hijo a su padre se mira como delito irremisible, que le excluye para siempre y sin remedio de los beneficios de la Sociedad.

También se ha puesto mucha severidad contra la embriaguez. Este era el vicio más común del país, y se había extendido hasta la juventud y las mujeres. La ociosidad, el ningún

trajajo que podían encontrar en todo el invierno, y la ninguna idea del horror y de la infamia de este vicio tan grosero que embrutece la razón, eran la causa de que todos se abandonasen sin rubor. El ejemplo de los ancianos corrompía a los jóvenes, y el desorden se aumentaba, extendiéndose a todas las edades y sexos; pero la Sociedad, conociendo su deformidad, y las malas consecuencias que produce, le declaró guerra viva desde su fundación.

Los inspectores fueron encargados de excluir de la lista de sus beneficios a todos los que después de dos o tres amonestaciones paternales continuasen en tan despreciable costumbre, y pocos ejemplos de severidad bastaron para corregir a los más. Las propias mujeres y los hijos eran los más solícitos en persuadir a los viejos a que dejasen tan infame vicio, y cuando no lo podían conseguir, y cuando a pesar de su insistencia los arrastraba la costumbre, procuraban a lo menos esconderlos para que toda la familia no fuese víctima de su desorden, y con esto se consiguió imprimir un carácter de oprobio a esta degradación del espíritu. Hoy todas las familias miran con horror, y como una especie de infamia, que alguno de los suyos se deje ver en estado tan vil.

La misma tacha se ha logrado imprimir a la mendicidad voluntaria, compañera de la embriaguez, y que no era menos común. Hoy no se ve un mendigo en el lugar, y lo que es más, ninguno se atreve a serlo, porque las opiniones se han mudado, y el que lo quisiera ser, en vez de hallar socorro no lograría más que desprecio. Su familia se avergonzaría, ninguna otra querría aliarse con ella, porque hoy se mira este vicio como prueba infalible de costumbres perversas, como señal segura de corrupción y flojedad, como clara demostración de no querer aplicarse al trabajo; y estas ideas producen un concepto o una tacha que no sólo se extiende a la persona que lo hace, sino a la familia que lo sufre;

Ya puedes considerar cuánto esto solo ha debido contribuir a hacer nacer la aplicación, y mejorar las costumbres de todos; pero no podrás figurarte los otros bienes que esta Sociedad ha producido. Todo este lugar está hoy como un reloj que el diestro artífice que le hizo cuida de mantener en perfecta armonía. Y todo este arreglo se debe al esfuerzo de haber por varios medios desterrado la ociosidad. Lo que debe admirarse más es que esta máquina que parece tan complicada y tan difícil se ha construido y se mantiene con los medios más simples.

CARTA IV

Un hombre solo, movido de su genio benéfico, iluminado por la luz del Evangelio, y sin más que gastos moderados, ha sabido emprenderla y acabarla. Reducido a sus propios esfuerzos no la hubiera podido levantar; pero supo asociarse un número de personas honradas y celosas, y que menos con gastos que con su personal aplicación le ayudaron a construirla, y le ayudaron a mantenerla. A la vista está un prodigio tan agradable como increíble: basta abrir los ojos para ver cómo todo ha mudado de aspecto, que la abundancia ha sucedido a la miseria, y la salud y la robustez a la languidez y a las enfermedades, que los jóvenes se aliñan, los ancianos se asean, que las familias están unidas, que los padres y las madres han conocido su dignidad y su poder, que los hijos han reconocido el respeto y la obediencia que les deben; que en fin la autoridad paternal se ha restablecido, y que se ha conseguido extirpar los vicios, y dar estimación a la virtud.

Estos individuos que antes eran tan infelices, y vivían tan tristes, comparando su antiguo estado con el que tienen hoy, conocen su felicidad actual, y gozan de ella. Todos han tomado amor a su país, todos sienten las ventajas que logran, y han perdido este espíritu errante y vagabundo con que se abandona sin pena el país natural en que no se está bien, para buscar otro en que no es está mejor: espíritu de miseria que quita toda especie de aplicación, que hace al hombre extranjero en su país, y que no le presenta una patria en ninguna parte.

Este espíritu destructor no existe ya en este lugar regenerado. Ninguno de los que le habitan quisiera dejarle por ningún interés, porque saben que en ningún otro encontrarían los medios de ganar la vida, las comodidades, las fiestas y los placeres que dejarían en él. Es verdad que toda la semana trabajan, pero es un trabajo moderado a que se han hecho, un trabajo que les produce un fruto que satisface prontamente sus necesidades. Los padres trabajan para criar y hacer felices a sus hijos, y los mozos para asearse, y parecer en las asambleas con el aliño y la decencia que puede hacerlos bien vistos y estimados de los otros, en especial de la persona que han escogido para esposa.

Esta idea es un estímulo eficaz que incesantemente se renueva, porque cada domingo, cada día de fiesta le ofrece una ocasión que le hace conocer la utilidad del sacrificio que ha hecho toda la semana, y esto ha contribuido mucho a inspirar a todos un cierto barniz de policía, un exterior de urbanidad que estaba antes muy lejos de sus costumbres rústicas y de sus modales groseros. Esos padres antes tan toscos, que no decían una palabra sin pronunciar una

execración, tan descuidados con sus hijos, y a veces tan embriagados y rencillosos, hoy son moderados, atentos, cuidadosos, y no se les ve indicios de grosería ni desorden.

Esos mozos que antes con tan malos ejemplos y sin freno alguno se criaban tan holgazanes, y se daban desde muy temprano a los vicios, sin cuidar de su aseo, y sin más ambición que la de mendigar o de disponerse a robar, hoy tienen ya principios de honor. Saben que deben vivir con su trabajo, se aplican, procuran parecer comedidos y respetuosos, y piensan por medios honrados satisfacer los deseos de su corazón. Las mozas que antes tan groseras como sus madres se criaban asquerosas e inmundas, que no tenían ninguna apariencia de decoro, ni aun la menor idea de pudor, hoy parecen modestas, decentes y aplicadas; hoy apenas se separan de sus madres, viven con recogimiento, no se toman la menor libertad, ni sufrirían ningún discurso libre, y todo esto va acompañado de tal inocencia y candor que se hacen respetar de todos.

Esta transformación de las mozas es admirable, es la que más ha contribuido a mudar las costumbres generales, y dar a todos el tono de urbanidad y decencia que se ha logrado introducir. La digna mujer que por orden de mi amigo hice venir de la capital para fiarla la escuela de las niñas, ha desempeñado altamente su encargo: ha sabido inspirarlas tanta idea de la dignidad de su sexo, y tantos principios de modestia y virtud que éste ha sido el móbil más activo, el resorte más poderoso para mejorar las costumbres de todos. Desde que los mozos vieron esta mudanza en las mozas, desde que conocieron que ya no se las podía agradar con la familiaridad que no permitían, ni con la licencia que desaprobaban, se vieron obligados a tomar el carácter de la decencia y el respeto, y esto ha contribuido mucho a derramar el tono general de atención, que es hoy el que domina.

En efecto, amigo, no es fácil concebir cómo un pueblo tan rústico se ha podido mudar tan de repente. También te admirará el contraste de la severa y seria ocupación de los días de trabajo, con la animada y alegre actividad de los días del culto; y el ver que los mismos que estaban cubiertos toda la semana del traje desaseado que exigen sus trabajos, saben los días de fiesta aliñarse y pulirse para asistir al templo, y destinar después algún tiempo a la alegría de sus diversiones. Pero no te imagines que ésta sea la alegría insensata de personas groseras, que no sabe ser activa y bulliciosa sino con el desorden y la licencia; es la alegría de corazones inocentes que buscan un descanso a sus fatigas, pero que se contienen en los términos que les prescriben la buena crianza y los buenos ejemplos.

CARTA IV

¡Qué diera yo por hacerte ver uno de nuestros domingos o fiestas! Vieras lo que no se puede ver en otra parte y que no se puede ver aquí sin ternura y consuelo. Desde que empieza el día, vieras el lugar lleno de los que vienen del campo a oir la primera misa, para volverse a guardar su casa, mientras vienen los otros a oir la mayor. La iglesia está llena cuando ésta se celebra, porque las madres vienen con sus hijas, y los padres con sus hijos. Nuestros santos misterios se celebran con solemnidad y reverencia. Mi amigo no permite que falte nada para la decencia del culto, y los individuos de la Sociedad no sufrirían desacato ni aun negligencia. La menor falta sería severamente castigada; pero no se necesita de esfuerzo. La costumbre ha establecido tal policía de orden y respeto que ya es superfluo todo aviso para su observancia.

En los días de premio que son muchos, pues por lo menos hay uno cada mes, se añade mucho placer y mucho interés a la fiesta, pues toda la mañana se ocupa en los exámenes o en las decisiones que se hacen, o en los premios que se publican, y por la tarde después de vísperas vamos todos con la música o a los juegos que se han preparado, o con los esposos cuyas bodas se han celebrado por la mañana en la iglesia.

Entonces las familias se retiran, y ya puedes considerar que en
días tan ocupados en que todos están a la vista los unos de los otros, y a la vista también de la autoridad pública, no puede haber lugar ni para las embriagueces y disputas, ni menos para los desórdenes vergonzosos que necesitan la obscuridad. Lejos de todo eso, todos quedan satisfechos con la esperanza de repetirle en los días que vendrán después; así son felices con lo que gozan y con lo que esperan, y mi amigo es más feliz que ellos, porque goza de la felicidad de todos.

Ve aquí algunos de los medios con que la Sociedad ha conseguido mejorar las costumbres de este pueblo; pero ahora voy a hablarte de una institución que ha sido la más poderosa, y que al mismo tiempo era la más útil e importante de todas. Esta ha sido el estudio de nuestra santa Religión. No me es posible referirte el modo con que nos hemos aplicado a este objeto, y los frutos que hemos conseguido, sin extenderme mucho y sin tomar las cosas muy de lejos; pero el asunto es de tanta importancia, ha contribuido tanto al logro de nuestros deseos, y puede ser tan útil a otros que le quieran practicar, que me he resuelto a explicártele desde su origen y por extenso.

DE MARIANO A ANTONIO

A mi llegada aquí, tuve muchas conversaciones con mi amigo sobre la educación de sus hijos, y sobre el plan o método que debíamos seguir en ella. Hablamos de la Religión y del modo con que debían aprenderla, y aunque dijimos muchas cosas que no es posible recoger aquí, te diré lo más esencial porque de estas conferencias nació la excelente institución de que voy a informarte. Mi amigo pues me dijo: " El mayor consuelo que recibo de tu venida y de tu condescendencia en encargarte de la educación de mis hijos, es que por tu medio aprenderán bien la Religión.

Cuando digo que la aprenderán bien, ya debes entender que deseo que la aprendan de otro modo que la hemos aprendido tú y yo, y que no sea como en general la aprenden los muchachos. Yo pienso que el estudio sólido y fundamental de la religión no sólo es útil para sostenernos contra nuestra propia flaqueza, sino el único preservativo contra el contagio de la incredulidad, y que ésta no debe los rápidos y lamentables progresos que han corrompido nuestro siglo, sino a este defecto de la educación actual, que nos deja en una ignorancia vergonzosa de lo que más nos importa saber.

Acuérdate, Mariano, de lo que se ha hecho con nosotros, y de lo que se hace en general con los niños. Apenas se les enseña en los más tiernos años dela infancia, y cuando todavía no son capaces de entender nada, se les hace aprender de memoria los artículos necesarios de nuestra fe. Los niños los repiten sin saber lo que dicen, tales como los hallan en ciertos catecismos dispuestos a este fin, que los presentan secos, aislados y despojados de toda la majestuosa conexión y dependencia, de todo el magnífico enlace con que está revestido el augusto edificio de la Religión.

De modo que toda su instrucción se reduce a repetir de memoria las verdades eternas, sin que jamás se les enseñe los principios de donde nacen, ni los fundamentos que las sostienen, ni las pruebas que las persuaden. Así se les hace cristianos, casi como a los Turcos se les hace mahometanos, únicamente por tradición y por ejemplo. Y con esto se despoja a la Religión cristiana del singular privilegio que tiene sobre todas, que es haberla fundado su Padre celestial sobre la roca indestructible de basas luminosas y evidentes a que la razón no puede resistir cuando las examinas.

Tú sabes que a esto se reduce en general la instrucción que se les da, y a la verdad es la única que se les puede dar en la niñez, pero la desgracia es que de ordinario es también la única que reciben en todo el discurso de su vida; porque desde que sus años se aumentan, sus fuerzas crecen, y su razón empieza a desenvolverse, se les llena el tiempo con

otras ocupaciones y estudios, sin que haya intervalo ni época en que se les vuelva a hablar de los principios de la Religión. Así este objeto que por su importancia debía ocupar todos los momentos de su vida, no encuentra en el discurso de la más larga uno solo que se le consagre.

En efecto, apenas salimos de la primera infancia, y antes de que nuestra razón acabe de formarse, se nos llena la cabeza de instrucciones extranjeras, que por lo mismo que no se cimentan sobre la Religión, son más pernicisosas que útiles; se nos enseñan cosas fútiles que no sirven más que de hacernos caer en muchos defectos y grandes extravíos. Se nos enseña larga y fastidiosamente lo que ni en la edad madura podremos entender, lo que no nos importa saber, y lo que nunca podrá contribuir a hacernos más virtuosos o más felices. Así se pierde la mejor parte de nuestra vida; así la edad de aprender, la edad destinada por la naturaleza para adquirir y guardar las primeras buenas impresiones, y las ideas sanas y justas que deben formar en nuestras almas las virtudes que exigen la Religión y la Sociedad, se pasa por la mayor parte en fruslerías inútiles.

De aquí resulta que en general los hombres no saben la Religión, y que si se examina un pueblo entero, se hallará poco instruido de lo único que importa saber, que por consiguiente la práctica de las virtudes debe ser muy rara y muy difícil, y que si algunos niños privilegiados, porque el cielo les ha repartido corazones más tímidos o más sensibles, reciben en mejor tierra las semillas de las verdades eternas, y conforman con ellas sus costumbres, casi no lo hacen sino por un principio de temor; porque a pesar dela naturaleza degradada, las amenazas de una eternidad infeliz les han dejado una impresión más viva y más sentida. Pero ¿cómo pueden ser conducidos por principios de amor? ¿Cómo serán movidos por la hermosura de la virtud? ¿Cómo pueden sentir la dignidad de su vocación? ¿Cómo pueden admirar a Dios en sus obras, y sobre todo en el magnífico y sublime plan de su religión, si nada de esto conocen?

Pero ¡ay! lo más triste es que aún éstos, que siquiera el temor debiera contener, son raros, y que la mayor parte se precipita, no teniendo de la Religión más que una tintura ligera y superficial, ignorando los principios estables de su fe; no teniendo ninguna idea del espíritu que la rige y delos medios que la sostienen, su alma está abierta a todas las seducciones, sin que haya una barrera que la detenga. El primer enemigo que la combate, la vence, el primero que la lisonjea, la seduce; si los vicios la alagan, se apoderan de ella; y si la incredulidad la combate con su estilo pérfidamente seductor, al instante se la entrega, sacude el yugo, suelta las cadenas que la ponía la severidad de la

justicia cristiana, y en poco tiempo pasa de la indiferencia en que yacía, al odio sistemático de la Religión. Y así no es extraño que se hallen hombres que antes de haber empezado a creer, sean ya incrédulos, y enemigos de la Religión.

Confesémoslo, Mariano, de buena fe, y confesémoslo con dolor. ¿No es verdad que ésta puede ser la marcha y las resultas de la diminuta y mezquina instrucción que se nos da? Lo peor es que ésta es la mejor de nuestras educaciones, porque hasta aquí no te he hablado sino de las que dan los padres vigilantes a sus hijos, cuando su cristiana solicitud puede costear ayos y colegios; pero si vuelves los ojos a considerar esa inmensa masa del pueblo, que ocupada siempre en sus trabajos rústicos y necesarios, no ha recibido en su niñez, ni puede recibir en su edad adulta más que obscuras y lánguidas nociones de la Religión, entonces comprehenderás cuán profunda y general debe ser la ignorancia de los pueblos.

Entonces se concibe fácilmente la multitud de abusos, y la extravagancia de supersticiones a que están expuestos; entonces no se puede extrañar que tengan la puerta abierta para dar entrada en su corazón a todos los vicios, y dejarse seducir de todos los errores. El remedio de este mal, y acaso el mayor de todos los que afligen a la humanidad cuando se ven con los ojos de la fe, sería que hubiese instituciones públicas y que se tomasen medidas eficaces para que todos se instruyesen de ellas en la edad y en el tiempo en que pudieran serles provechosas.

Es claro que los niños en la edad tierna no son capaces de penetrar ni de sentir este cúmulo de verdades, hechos y luces que presentan la historia y la doctrina de la Religión: se debía pues enseñarles desde luego los primeros elementos del catecismo, como se hace ahora, para prevenir el riesgo de su muerte; pero se debía también reservarles una enseñanza completa y extendida para una edad más avanzada, y que ya su razón estuviese en estado de comprehender las pruebas, el espíritu y los documentos de su fe. Para los niños de una clase que puede recibir una educación más cuidadosa, debía haber tratados elementales, en que pudieran aprenderlos; y para el pueblo, que ni sabe leer ni tiene tiempo para este estudio, debía haber conferencias o instrucciones públicas en las iglesias, especialmente en la cuaresma, y todos los años se les debía inculcar esta esencial instrucción.

Pero por desgracia no se ha establecido ni en nuestras iglesias ni en ninguna de nuestras instituciones Religiosas nada que pueda enmendar como yo quisiera este defecto de

nuestra crianza general. No se ve ni hay donde o como un mozo rico o pobre pueda adquirir estos conocimientos, que son tan esenciales tanto a su propia felicidad, como a la de todos. Los Teólogos mismos que por instituto de su vocación se consagran al estudio de la Ley divina, y son el depósito vivo de las pruebas de la Religión y sus misterios, cuando llegan a adquirir esta instrucción, apenas hallan medios de comunicarla y extenderla.

¡Cuán importante sería que los mismos nos instruyesen, y nos presentasen el augusto conjunto de la Religión con todas sus grandezas y tesoros! ¡Qué nos descubrieran este fondo inagotable de luces y verdades que encierra el sagrado libro de las revelaciones divinas; y finalmente que nos mostraran con tanta claridad las pruebas evidentes de su verdad, que nos hicieran imperturbables en la fe y la posesión de la santa doctrina!

Los Predicadores evangélicos pronuncian algunas cortas palabras sacadas de los libros santos que se proponen como texto, y procuran extenderlo y comentarlo, valiéndose de las ideas a que este texto los conduce. Exponen sobre algún punto de la doctrina o del moral cristiano lo que les parece más capaz de instruir o edificar a su auditorio; pero este método que es excelente para mantener y avivar el amor de la Religión en los que ya la conocen, no es suficiente para hacer conocer ni su verdad ni su hermosura a los que no tienen bastante conocimiento de ella. ¡Cuánto más efecto produjeran, si los oyentes estuvieran más persuadidos! ¿Y por qué un cierto número no se destina a esta parte de la instrucción que es más necesaria y primordial?

El hecho es que el púlpito que vemos tantas veces adornado con flores que algunas veces no dejan de producir sazonados frutos, raras veces se le ve en disposición de recoger todos los que pudiera, porque no nos instruye de los primeros principios de la verdad, de la Religión y de su origen divino, porque nos deja en la misma ignorancia en que nos dejó la insuficiente educación que recibimos; y de todo resulta que esta enseñanza, que por su importancia debía ser la más universal, la más completa, la más fácil, no sólo es la más rara, sino la más difícil de encontrar.

Para hacerte palpable esta verdad, yo quiero suponer ahora en la capital donde son más abundantes los socorros, y que un salvaje venga a preguntarte, ¿adónde o cómo podrá dirigirse para saber cuál es el culto y la Religión de los cristianos, cuáles son las pruebas que la persuaden, los principios que la establecen, y los testimonios en que se funda? En fin, ¿a qué Magistrado o Ministro público podrá

acudir para recibir una instrucción completa sobre el Cristianismo? Me parece, Mariano, que te hallarías muy embarazado, porque casi no sabrías qué responderle, ni a quién dirigirle.

El único recurso pues que podías tomar, sería de remitirle a la caridad particular de alguno de los pocos que a fuerza de trabajo han hecho por sí mismos este estudio. Tú te asombrarías considerando que no pudiste responder desde luego bien y fácilmente a una pregunta tan sensata; pero el salvaje se asombraría más de tu embarazo, si se pusiera a reflexionar que en un país en donde todo se enseña, que en una capital en donde hay cátedras y salarios para Químicos, Botánicos, y en general para todas las artes útiles, no haya ningún establecimiento para la enseñanza de las pruebas y fundamentos de la Religión; que el estudio que más interesa sea el único que falte; que esta enseñanza no sea la más común, y que no esté siempre abierta a todas las clases de la sociedad.

No te digo esto, Mariano, con espíritu de censura o de crítica. Sé que en la tierra todo es imperfecto, y cuanto deploro la insuficiencia de los recursos públicos contra la ignorancia y el olvido de la Religión, me hago cargo de que es difícil hacerlo mejor y mudar los usos establecidos. No desespero de que el tiempo con más conocimiento de la necesidad, y con los tristes ejemplos que nos aflijen, produzca reformas saludables; pero te lo digo para hacerte sentir la mucha razón con que mi Director me ha dicho que en el actual estado de las cosas es menester que los padres de familia ejerzan en ella una especie de magisterio doméstico, y que en sus hogares, ayudados de sus amigos, sean los institutores y los apóstoles de sus hijos.

Te confieso, amigo, le respondí yo, que mis ideas no se habían detenido sobre el grande asunto que me propones; pero tus reflexiones despiertan las mías y me afligen, porque me convencen. Tú me haces advertir que a la verdad nuestra educación religiosa es muy imperfecta y ligera, y que convendría ... ¡Ay, Mariano, me interrumpió, tú no has sentido todas las consecuencias de este mal, porque no le has sufrido! Dios te ha preservado, tu buen natural te ha hecho aprender por ti mismo tu Religión, y tus costumbres han sido siempre puras; pero ¡infeliz de mí! yo lo siento porque soy víctima desgraciada de este desorden.

Sí, amigo, yo no puedo atribuir ni los prolongados errores de mi espíritu, ni los muchos vicios de mi corazón sino a la superficial y frívola enseñanza con que se me instruyó en la Religión. Me parece que si me la hubieran dado mejor, que si

a la edad de diez y seis o diez y ocho años, cuando las pasiones desenvuelven su fuerza, se me hubiera instruido de una parte de lo que mi Director me ha enseñado, me parece, digo, que ilustrado con aquella luz, y convencido con tantas pruebas, jamás hubiera caido en los delirios de la incredulidad.

Me parece también que quizá hubiera resistido a las seducciones del vicio, y que si la juventud y la opulencia me hubieran arrastrado, el freno de la Religión me hubiera contenido, o que a lo menos hubiera disminuido el número y la prolongación de mis excesos. Sí, Mariano, me parece imposible que el mortal venturoso, que ha podido penetrar una vez, y conocer la verdad de nuestra divina Religión, pueda jamás ser seducido por los falaces sofismas de una fatal filosofía, y cuando la violencia de sus pasiones consiguiera un momento arrastrarle al error, me parece imposible que esta luz interior que ya está en su alma tardase mucho a volver a alumbrar y ponerle en el camino derecho en medio de sus mismos extravíos.

Así, Mariano, no seré yo un padre inhumano, como tantos lo son, y como era yo mismo. ¡Divina Religión! ¡cómo sabes mudar los corazones! El menor de mis cuidados era la educación religiosa; pero ahora que la fe me gobierna, y ahora que vivo con la esperanza de sus promesas, no puedo ver los tiernos renuevos que crecen a mi vista, no puedo considerar lo que serán en el día eterno estos dulces objetos de mi amor y de mi paterna vigilancia, sin derramar lágrimas de admiración y de alegría.

¡Qué! me digo a mí mismo, cuando al lado del trono vemos al Infante, hijo de los reyes, que ignorando todavía el esplendor de su nacimiento, y la elevación de sus destinos, está jugando con la pompa que le rodea, no podemos dejar de admirar las grandezas que reserva la suerte a una pequeña y débil criatura. ¡Qué sería, mi Dios, si nuestros débiles ojos pudieran percibir el resplandor celestial, el carácter divino con que queda marcado el tierno niño, que a los pies del altar recibe la inmortal regeneración que le imprime el Bautismo!

En comparación de este don celestial y supremo, ¿qué pueden parecer todas las grandezas y coronas que dejan a los hombres que morirán, otros hombres que ya van a sepultarse en sus sepulcros? ¿En dónde está el Príncipe heredero, de quien se pueda decir como del bautizado: Este niño será grande, porque su poder es eterno, y su imperio no sufrirá revolución alguna?

Y si para presidir a la educación de los hijos de los Soberanos, para dar elevación a sus discursos, y una forma real y majestuosa, se buscan los hombres más distinguidos del imperio, ¿cuál debe ser la superioridad y la ilustración del hombre que se consagra a desenvolver en un corazón tierno que nace con una alma inmortal, y que viene destinado a ser heredero del cielo, la semilla de virtudes que trae consigo, y con que debe modelarse sobre el molde infinito y del infinitamente perfecto?

¡Precisoa infancia! ¡Quién puede verte sin amarte y sin enternecerse! ¡Quién puede amar sus propios hijos sin deplorar como yo con lágrimas amargas haber sido uno de esos padres ciegos y crueles, que no los estiman sino por los frívolos talentos que les dan, y con que los pervierten y los pierden, como se pierden ellos mismos!

Mi amigo decía esto tan anegado en su llanto, y con acentos tan alterados y lastimeros, que casi no articulaba las palabras que quedaban sofocadas en sus sollozos. Me pareció necesario calmarle, y aunque yo mismo estaba muy conmovido, le dije: Todo es verdad, amigo; pero me parece que ahora, lejos de afligirnos, sólo tenemos motivos para dar gracias a Dios de que te ha abierto los ojos en tiempo oportuno. Tus hijos están en la edad más conveniente para adquirir las instrucciones necesarias, y todavía es fácil o reparar el tiempo perdido, o borrar las malas impresiones que han podido tomar.

Alabemos pues al señor, de que te ha sacado de una ceguedad tan común, y de que te da deseos tan vivos, y todos los medios de reparar este error. Ya tú, a quien la Providencia destina para tan santo ministerio, estás dispuesto a ejercerle sin interrupción ni descanso. Yo también, a quien tú quieres asociar, y dar parte en tus dignas funciones, estoy aquí, y resuelto a ayudarte y seguirte; nada nos detiene, dispongámonos pues a usar de todos los medios que la naturaleza y la Religión nos prescriben; y lejos de ocuparnos en tristes endechas, ni en lamentos inútiles, entonemos el cántico de gracias, y el himno de la súplica para pedir al Padre celestial luces y socorros. Esperemos en su bondad que nos ayudará a desempeñar esta deuda sagrada, y dejemos de poner la vista en lo pasado para considerar mejor lo por venir.

Mi amigo se levantó, y vino a enlazar sus brazos con los míos, pero con ademán tan tierno y afectuoso, que conmovió toda mi sensibilidad; estuvimos abrazados mucho tiempo, y apenas nos separamos cuando entró el cura, quien no pudo dejar de conocer nuestra conversación, y le resumí en pocas

palabras las reflexiones de mi amigo sobre la poca instrucción religiosa que se daba a los niños.

El Cura me escuchó con mucha atención, y después de haber arrancado un suspiro que parecía salir de lo íntimo de su alma, nos dijo : Este pensamiento, Señores, es el más continuo, el más punzante torcedor de mi vida. Dios sabe que desde que vine a encargarme del pasto espiritual de este pueblo, mi primer deseo y mi mayor conato ha sido influir a mis feligreses en nuestra santa Religión; pero ¿qué pueden mis débiles esfuerzos contra todos los estorbos que encuentro a cada paso tanto en sus antiguas costumbres como en las instituciones civiles? Ved aquí lo que me pasa.

Yo me ocupo mucho en la Iglesia y en todo tiempo, pero principalmente en la cuaresma en hacer pláticas, conferencias y explicaciones de la doctrina cristiana, y aunque no sea en los términos que vos lo deseáis, y que ciertamente serían mejores, a lo menos deseo enterarlos en los primeros y los más esenciales rudimentos de la fe; pero jamás he podido conseguir por más esfuerzos que he hecho, que ningún adulto de los dos sexos haya venido a mis instrucciones: todos me responden que tienen otros negocios, que ya pasaron el tiempo de aprender, que eso no es bueno sino para muchachos, y otras frioleras de esta suerte que me descubren más su ignorancia, y la poca idea que tienen de la importancia de esta instrucción.

Habiendo sido vanos todos mis esfuerzos en esta parte, procuré a lo menos instruir a los niños, y he trabajado con el celo más activo para que todos vengan al catecismo; pero aún esto me cuesta mucha pena conseguirlo, y mi solicitud no es siempre feliz. Muchos padres y madres poco instruidos ellos mismos, y que no conocen la importancia de que sus hijos se instruyan, oponen a mis esfuerzos una fría indiferencia, y prefieren los débiles servicios que les pueden hacer sus pocas fuerzas. Así lejos de conducirlos y encaminarlos a la Iglesia, los desvían y los amenazan cuando quieren venir los muchachos.

Otros cuidan de hacerlos venir, y en efecto viene gran número. Yo no dejo de repetirles las instrucciones; procuro inculcarles lo mejor que puedo los artículos más indispensables y esenciales de nuestra fe, de la manera que me parece más proporcionada a la inteligencia de su rústica y débil razón. Sobre todo cuando se acerca el término de su primera comunión, procuro aplicarme más; soy inexorable, y no permito a ninguno la participación de nuestros misterios sagrados, sin haberle puesto en estado de saber lo que fuera

delito ignorar, y para esto retardo las primeras comuniones cuanto puedo.

¿Pero qué puedo hacer con todo esto? Yo estoy solo, y por más activo que sea mi celo, mi atención se multiplica demasiado para que pueda ser suficiente con cada uno. Por otra parte ¿cómo es posible hacer entender bien misterios tan sublimes a muchachos cuyas cabezas no están formadas todavía, y que por su lijereza, están sujetas a toda especie de distracciones? Apenas les pueden quedar algunas nociones obscuras, que para fijarse y ser bien entendidas necesitarían de ser repetidas y continuadas.

Pero la mayor desgracia es que si a fuerza de trabajo consigo instruir mejor a un muchacho, y ponerle en estado de hacer bien su primera comunión, este beneficio ordinariamente dura poco, y se pierde presto, porque este mismo no vuelve otra vez al catequismo, ni las promesas ni las amenazas bastan para conseguirlo. Como ya entonces empiezan a tener alguna fuerza, y pueden ser más útiles, los padres por un motivo de interés los destinan a ocupaciones incompatibles con ésta: unos los aplican a sus comercios, otros los emplean en sus trabajos rústicos, muchos los abandonan a la mendiguez y ociosidad, y todos se distraen y alejan de un ejercicio que les es ingrato.

Lo que resulta de todo es que aquellos muchachos que aprendieron mejor, lejos de adquirir los conocimientos que les faltan, pierden muy presto los pocos que habían adquirido; que su corazón queda abierto a todos los vicios, y que si la ocasión se presentara, su espíritu daría entrada a todos los errores; que el número de los mendigos y los ociosos de que se forman los asesinos y los salteadores se multiplica, y que toda esta especie de pueblo tiene las peores costumbres. Os aseguro, señores, que esta idea me ha afligido mucho y muchas veces, y para consolarme, no hallo otro recurso que acogerme a la bondad divina que gobierna el mundo, y que puede conducir a la felicidad eterna las almas que ha criado por medios desconocidos a los hombres.

¿Pero qué se puede esperar de cristianos que no lo son más que de nombre, que no sólo ignoran las pruebas de la verdad de su religión, sino que apenas saben en qué consiste? ¿Qué se puede esperar de personas tan poco instruidas que son capaces de dar la menor razón de su fe? ¿Cómo podrán resistir a los sofismas de la incredulidad que tanto halagan a nuestra miserable corrupción? Y si alguna vez se ponen en la ocasión de escuchar sus falaces y lisonjeros discursos, ¿qué se puede esperar de su ignorancia?

CARTA IV

Aquí se nos avisó que la comida nos esperaba en la mesa; y aquí debo también advertirte que nosotros interrumpimos al Cura con diferentes reflexiones que omito por no ser de la mayor importancia, y porque mi objeto es resumir lo que me pareció más notable en su discurso. Después de comer, nos dijo otras muchas cosas, de que te informaré en la primera que te escriba. Adiós por hoy, querido Antonio.

V

Antonio mío:

Desde que salimos de la mesa volvimos a enlazar la conversación que dejamos interrumpida, y fue tan larga que duró hasta la noche. Ya comprehendes que es imposible que yo te repita con exactitud todo lo que se dijo en aquellos largos discursos; pero como mi objeto es únicamente darte una idea de lo más substancial, dejando aparte todo lo que mi amigo y yo pudimos decir, procuraré resumirte lo que me parece más importante, y que nos dijo el Cura, el cual tenía mucha instrucción en estas materias.

Después de algunos discursos vagos, nuestro digno pastor nos dijo: Señores, es increíble el extremo de ceguedad y malicia a que puede llegar el corazón del hombre, cuando no teniendo la instrucción necesaria de la Religión, se aleja de la única regla que le pudiera dirigir, y se entrega a las luces falaces de una razón obscura que le abandona al ímpetu de sus pasiones.

¿Quién puede dejar de conocer que la razón del hombre queda tan obscurecida por la culpa de su primer orígen que le lleva insensiblemente al error; su voluntad tan sin vigor, que se deja arrastrar de la falsa dulzura del vicio, y que necesita de todo su esfuerzo sostenido por un auxilio superior para resistir a las malas inclinaciones de una naturaleza depravada, y poderse encaminar a la verdad y a la virtud?

Estos sofistas muy orgullosos de su propia razón pretenden que ella sola basta para guiar al hombre en todo el laberinto de su vida. Dicen que teniendo esta antorcha que los gobierna, no necesitan de luz sobrenatural que los dirija, pero que consulten la historia de todos los siglos y todas las naciones, y verán que desde que soltaron este hilo

que sólo podía encaminarlos, cayeron en toda especie de los más vergonzosos errores. Verán que no lejos de su primer origen, y casi al salir de las manos de Dios, cuando por su primera dispersión se vieron forzados a dividirse en diferentes poblaciones, abandonadas a su propia luz, perdieron la verdadera idea de la divinidad.

Las naciones más cultas, los filósofos más sabios se precipitaron en las idolatrías más groseras. ¿Pero qué prueba mayor que la que nos presentan los incrédulos de nuestro siglo? Estos hombres sectarios de una fatal Filosofía que se ha extendido tanto en nuestros días. No permita Dios que yo censure con la menor amargura a la Filosofía sana y verdadera que es tan digna de nuestra estimación, como la otra es el horror y el oprobio de la humanidad. Yo sé que la buena Filosofía no es otra cosa que la investigación de la verdad, el amor de la sabiduría, y el buen uso de la razón que se esfuerza con su luz natural a conocer el mérito y las ventajas de la virtud.

Sé también que la Filosofía cristiana no es otra cosa que este mismo estudio de la verdad, uniendo con las leyes naturales de la razón y la experiencia las sobrenaturales, elevadas por los motivos de la revelación, y que ésta con las altas esperanzas que le añade, aumenta sus estímulos, y los hace más vivos para consagrarse a todas las virtudes. No ignoro, digo, que esta divina Filosofía es la continua ocupación de los justos, y fue el único estudio de los Santos.

Hablo sólo de aquella Filosofía falsa y pervertidora que tanto se ha difundido en estos tiempos; de aquel arte pérfido y seductor con que ciertos hombres por otra parte dotados de ingenio han intentado a fuerza de calumnias y sofismas corromper el moral, desfigurar las virtudes, y han pretendido desquiciar todos los principios de la fe. Arte diabólico, digno de la perversidad de nuestros días, y que ha corrompido una parte numerosa de la generación actual; sistema que ha lisonjeado a muchos disolutos, y que ha alucinado tantos ignorantes. Esta no deberá llamarse Filosofía sino sofistería: sus partidarios no son filósofos, sino filosofistas, y con más propiedad sofistas, porque el sofisma es la única arma o el único instrumento de que se sirven para multiplicar sus errores.

Desde el origen del mundo ha habido incrédulos, porque con él nacieron las pasiones. Jesucristo mismo nos anunció la necesidad de los escándalos, y cuando prometió su protección a la Iglesia, implícitamente la predijo que tendría enemigos y combates. Es claro que nunca más se necesita del piloto

que cuando la nave fluctúa en la borrasca. Así sin hablar de la dispersión de los hombres que fue causa del olvido de Dios y de la idolatría, apenas nació la religión cristiana cuando ya se la contaban furiosos enemigos.

Todos los siglos y todas las naciones han tenido los suyos. Pero entonces los errores no podían ser muy contagiosos, porque no era tan fácil propagarlos. La Imprenta no estaba descubierta. Los libros eran raros, y más raros los lectores. Todo se terminaba en una disputa entre sabios, en un combate entre eruditos, y tanto el ataque como la defensa eran conocidos de pocos. Asemás de esto en aquel tiempo los hombres no se atrevían todavía a soltar las riendas, ni a quitarse todos los velos del pudor; y si hubiera habido temerarios de esta especie, no hubieran encontrado auditorio que escuchase sus errores sin indignación.

Entonces la fragilidad podía arrastrar al vicio; pero la educación y el ejemplo contenían en el dogma; los más disolutos en las costumbres no lo eran siempre en los discursos; violaban los preceptos sin insultarlos, prevaricaban la ley sin desconocerla, y en medio de su desorden y de sus extravíos conservaban un secreto respeto al culto establecido, y a la esperanza de su conversión. Si algunos se atrevían a contristar la Iglesia, era con la máscara dela hipocresía, la tributaban un respeto exterior, y se cubrían con el pretexto de su defensa. Hasta Lutero y Calvino, lobos carniceros que hicieron tanto estrago en el rebaño católico, se vistieron con la piel de corderos. No pretendían ser enemigos dela Iglesia, sino antes aspiraban a parecer sus reformadores. Protestaban no combatir contra ella, sino por ella.

Este estado de cosas duró hasta la mitad de este siglo; pero entonces la mayor comunicación de las ideas entre los hombres por la facilidad que les daban el comercio y la Imprenta, y al mismo tiempo un cierto grado de ilustración en las artes y ciencias naturales fueron la ocasión de que se propagara este contagio con rápida violencia. Ya Bayle en el siglo anterior con pretexto de indagaciones y de dudas, había dejado a los instruidos muchas semillas de Pirronismo. Pero estas maléficas plantas no fueron cultivadas más que por pocas manos de literatos; no pudieron difundirse entre los pueblos, ni en las gentes sencillas y ocupadas, que conservaban con fidelidad el depósito dela fe que les dejaron sus mayores.

Nuestra edad desgraciada es la que ha visto crecer como la espuma esta súbita subversión de las ideas que debe su origen a los esfuerzos de la falaz Filosofía. Al principio

tímida y vergonzosa no se atrevió a descubrirse por entero, y sus primeros pasos fueron lentos, porque los daba con astucia y cautela; pero viendo que la novedad y la lisonja de sus doctrinas penetraban y pervertían muchos corazones, fué tomando aliento, y se atrevió a multiplicar y a desenvolver sus máximas corruptoras; y viéndose en fin acompañada y aplaudida, abrió todas las puertas al error, y soltó todos sus diques para inundar al universo en sus delirios: se quitó la solapa con que se cubría, y emprendió trastornar todas las ideas de la Religión, la majestuosa dignidad de su culto, y la santa austeridad de su moral. Erigió la impiedad en sistema, la corrupción en principios. No contenta con seducir la fragilidad de los hombres quiso también alucinar a su razón: se esforzó a desfigurar las virtudes, y a deprimir las verdades; trabajó por arrancarlas del tronco en que la Religión las tenía, para sentar en él el vicio; osó mostrarse sin máscara tomando con desverguenza el inmundo aspecto de la impiedad; y hasta el asqueroso y demente Ateismo se atrevió a presentarse con descaro su feo y denegrido rostro.

Yo vi algunos de estos tristes efectos en mis viajes. No puedo negar que encontré a cada paso personas muy religiosas, sobre todo en la edad provecta; que traté con Curas excelentes, que tuve noticia de Obispos ejemplares, y que vi mucha Religión y mucho culto; pero también debo decir que no dejé de encontrar en mi camino mozos atrevidos, que sin más experiencia que la que podía darles su corta edad, ni otra instrucción que la de los libros disolutos y frívolos, hablaban del culto con desprecio, y de la Religión con desacato.

Con esta ocasión hago memoria del suceso que voy a referiros. Un día entré en un café, y me senté por acaso junto a un joven que estaba vestido con primor, y que hablaba de todo con un tono atrevido y satisfecho. Poco a poco se resbaló a hablar de la Religión; y acaso porque sospechó que yo era Español, y porque nuestra nación pasa por supersticiosa entre esos libertinos, se desató en improperios y mofas contra los objetos más dignos de respeto, y todo esto lo decía dirigiéndose a mí. Yo no creí prudente entrar en lid con un mozo atrevido en un lugar público, y con un auditorio que estaría quizá mal dispuesto, pero no pude contenerme, y después de haberle escuchado con lástima le dije:

Vos decís, señor, muchas y diferentes cosas; pero sin tener el honor de conoceros, apostaría que vuestros abuelos, y quizá vuestro padre mismo no las escucharían sin horror. Es bien extraño que los hombres más ilustres, los Turenas, los Eugenios y otros tantos héroes que cubiertos de gloria sostenían el estado, que los Pascales, los Daguesseaux y

tantos millares de sabios que le instruían y gobernaban, fuesen tan simples que en medio de su gloria conservasen con respeto la fe que les dejaron sus mayores, y que vos con vuestros años sepáis ya más que los mayores sabios. Andad, señor, es menester haber vivido mucho y estudiado bien su Religión antes de pronunciar contra ella opiniones tan atrevidas. El mozo me respondió no sé qué fruslería, como burlándose de mi ignorancia, y haciendo una fisga nos volvió la espalda y se fue.

Yo quedé afligido considerando el triste estado de la Religión, cuando otro mozo que parecía distinguido, que tenía un aspecto muy decente, y que lo había escuchado todo se acercó a mí, y poniéndose a mi lado me dijo: ¿Qué juicio haréis, señor extranjero, de este país? Pero vos no debéis juzgar precisamente por un mozo sin cabeza que no habrá tenido una educación religiosa, que ahora está sometido al ímpetu de sus pasiones, y quizá en batalla con sus remordimientos está buscando en la impiedad el modo de sosegar sus inquietudes.

Es verdad que esta manía es nueva, y que este modo tan atrevido de discurrir se ha multiplicado mucho en nuestros días. Lo que habéis dicho a ese joven insensato es cierto. Nuestros padres no hablaban ni pensaban así, y por una fatalidad deplorable el carácter que distingue el tiempo en que vivimos del pasado es que el vicio ya no puede ni sabe separarse de la irreligión. ¿Y de qué causa proviene esta tan inmensa diferencia entre épocas tan vecinas? ¿Qué es lo que ha podido producir un trastorno tan espantoso en materias de la mayor importancia? Esto es, señor, lo que os debe sorprender más.

Un hombre dotado de mucha imaginación, pero devorado por una ambición desenfrenada de celebridad, y a quien circunstancias infelices pusieron en este camino detestable, alentado con el aplauso que le produjeron en su juventud algunas opiniones atrevidas, poco a poco fue creciendo en arrojo, y llegó al extremo de querer persuadir a su siglo que todo lo más santo era una pura superstición. El insensato, seducido por la celebridad de algunos jóvenes libertinos o de literatos corrompidos, se imaginó que lo podía conseguir, y se complació con la vanidad de ser el patriarca y promotor del más deplorable trastorno que pudiera padecer el universo; pues si hubiera podido propagar por la tierra sus caprichos de incredulidad, hubiera exterminado todo gobierno, y hubiera reducido las naciones al desorden y la confusión.

La fecundidad de su imaginación exaltada y la fuerza prodigiosa de su ingenio debieran haberle hecho uno de los hombres más útiles en las artes; pero su empeño bárbaro y absurdo le hicieron degenerar en el más pernicioso monstruo que han producido las edades. Su encarnizado furor contra los principios del moral y de la Religión le han transformado en un monstruo maléfico, que ha cegado y corrompido todas las naciones. Jamás hombre ninguno hizo tanto mal a los hombres como Voltaire. Este, señor, es el autor de la prevaricación de tantas gentes, y éste es la causa principal de los extravíos, impiedades y escándalos de nuestro siglo.

Yo quedé tan edificado como gozoso con el discurso de este mozo excelente, y di gracias a Dios en mi corazón de que en medio de la inundación general siempre se reserva su pueblo de escogidos. Allí deploramos el que una parte de la generación actual estuviese ya contagiada de peste tan mortífera, y que tantos padres infestados ellos mismos o sumergidos en el golfo de sus ocupaciones o pláceres descuidasen de la educación religiosa de sus hijos.

Allí nos dolíamos también de la indolencia del Gobierno de algunos países, en que se permitía a los sofistas publicar a rostro descubierto el secreto de su iniquidad, dando lugar a que tanta juventud incauta y poco instruida se dejara arrastrar al precipicio con la lisonjera seducción de su estilo, y la brillante osadía de sus sofismas. Nos lamentábamos de que el Clero, siendo él mismo tan instruido y tan celoso, no hubiese podido poner freno con una educación más sólida y fundamental que hubiera preservado a nuestra edad de daño tan irreparable; y después de otros discursos de esta especie en que yo admiré su instrucción y su celo, nos separamos con promesa de vernos allí otras veces;

Tanto por sus noticias como por otras que recogí después, supe que en efecto el infeliz Voltaire es el que más ha contribuido a extender y dar vuelo a la incredulidad. Yo os diré en pocas palabras lo que pude saber de su persona. Este hombre por desgracia de su siglo nació con sobresaliente imaginación; su ingenio era elevado y extendido en todas las partes de literatura y de las bellas artes.

Pero esta habilidad reconocida sólo pudo verificarse en objetos de puro agrado, en la poesía, en la dicción, en las ciencias amenas, o en lo que se llama bella literatura, y aun en esta parte con más ingenio que juicio, con más malignidad que buena fe, y en todo con pasión y sin amor a la verdad. En las ciencias exactas, fue poco profundo, y en

la más importante de todas que es la de la felicidad eterna, no sólo por vanidad cayó en mayores extravíos, sino que aspiró a ser jefe de secta, y arrastró consigo a gran número de sus contemporáneos.

Este hombre tan singular, de quien los perversos de los siglos futuros hablarán con asombro, pero de quien si se enmiendan, hablarán con horror, desde su niñez descubrió las centellas de un ingenio peregrino; pero también dejó entrever algunas chispas de su disposición a la incredulidad. Tournemine, su maestro, varón sabio y religioso, predijo y no pudo remediar los sucesos infelices que sospechaba. En la primera tragedia que publicó a la edad de veinte años, ya se pudieron brujulear algunos rasgos que espantaron por su novedad y su osadía. Los cuerdos gimieron, pero los libertinos lo celebraron.

Este aplauso insensato excitó su amor propio, y le inspiró el deseo de aumentarle a costa de la Religión; pero no era fácil dar entonces toda la rienda a su vanidad, porque el siglo no estaba corrompido todavía hasta el punto a que ha llegado hoy. El mismo fue el que le acabó de corromper. Por lo que si entonces algunos jóvenes disolutos aplaudieron sus impiedades, los hombres de juicio sano, que eran en mayor número, las escuchaban con horror.

Le fue pues preciso contener, aunque con pena, su natural inclinación, y caminar a la celebridad con la rienda sujeta, pero sin abandonar tampoco los intereses de su falsa gloria. Para eso en sus producciones sucesivas no dejó de diseminar, aunque con tímida cautela, algunas máximas, algunos principios del funesto sistema. Estas eran semillas que se iban derramando, que crecían en las tierras ya preparadas y que eran más fecundas, porque salían dispersas en obras que aprobaba el buen gusto, y agradaban al ingenio.

Entonces estas obras no eran más que tragedias, poesías fugitivas, libros de historia y literatura, todas distinguidas por su estilo y su amenidad; pero todas marcadas también con el sello de alguna doctrina impía, de alguna máxima contraria a la moral, o de algún error propio a pervertir las costumbres. Y estos principios, aunque por entonces arrojados con embozo, y diseminados con parsimonia, no dejaban de ser peligrosos y producir terribles efectos, porque eran sierpes venenosas que venían escondidas entre las flores del estilo y entre las demás bellezas que adornaban la obra.

Es muy difícil resistir a la tentación del propio natural, sobre todo cuando la sostienen el deseo y la esperanza de la celebridad. Así Voltaire a pesar de los sentimientos de pudor que gobernaban a la parte sana de su nación, a pesar de los intereses de su fortuna y su reposo, no pudo contenerse. Poco a poco fue soltando las riendas, y se abandonó al ímpetu de su malignidad. Después de algunos años de una sujeción tan violenta como penosa y forzada se dejó dominar por su rabia, y multiplicó tanto en sus producciones posteriores los sarcasmos y las ironías contra la Religión, abusó tanto de su ingenio para desfigurar las verdades y corromper las costumbres que al fin forzó al Gobierno a que le mandase salir de su patria.

Entonces fue a Prusia convidado por su Rey el grande Federico. Este Soberano tan instruido, tan político y tan ilustre General, tenía la desgracia de ser incrédulo, y la flaqueza de reunir y formar los placeres de su íntima sociedad con una tropa de literatos del mismo calibre, que hizo venir de diferentes estados de la Europa. Allí se hallaban congragados Maupertuis, Lametrie, Dargens y otros muchos que se habían hecho famosos por esta especie de escritos que brillan por aquella ciencia que hincha, y por el orgullo que embriaga.

El Rey se desahogaba en las cenas y conversaciones de la noche de las fatigas de sus días laboriosos. Voltaire vino a aumentar el número de los sofistas cortesanos, y encontró la acogida que le prometía su reputación; pero le duró poco. Lo que le ganaban de lejos sus escritos, le hacían perder de cerca su carácter envidioso y su genio maligno. No le bastaba ser el primero entre sus iguales; su orgullo aspiraba a dominar a todos, su ambición quiso gobernar a un Monarca que no se dejaba gobernar. Pretendió sojuzgar a literatos, que no le cedían en vanidad, y no pudiendo conseguirlo, su humor muy irritable no supo esconder ni su disgusto ni su enfado.

Se le acusó de haber compuesto una sátira atroz contra el mismo Soberano que le protegía, con la doble iniquidad de haberla divulgado atribuyéndola a Maupertuis, primer objeto de su envidia, y con el fin de hacerle perder el afecto del Rey. Este no se dejó engañar con tan vil artificio. Indulgente y magnánimo, prometió a Voltaire eterno olvido si quería confesarle la verdad; pero Voltaire tenaz y no arrepentido lo negó con obstinación. Y habiendo después adquirido el Rey pruebas evidentes de la inocencia del uno, y de la malignidad del otro, conoció que había abrigado en su seno una serpiente, y le arrojó de su corte y de sus estados.

Entonces fue a buscar un asilo en la libre y pervertida Ginebra, tierra infeliz, que estaba ya entregada al error, y es el centro y hogar de la heregía. Lo que hay de singular es que esta misma ciudad que se ha rebelado contra la Iglesia su primera madre, que la ha negado su antigua obediencia, que es el refugio y la capital del Calvinismo, que tiene sus puertas abiertas a todos los desertores del culto y a cuantos transfugas huyen de la severidad de la disciplina católica, se llenó de terror cuando supo que Voltaire como los otros iba a buscar un abrigo en su seno. Dudó mucho si se le concedería o no: tenía razón en temerlo, y hubiera hecho bien en no acordarlo.

En efecto, desde que el apóstata Voltaire se halló en una tierra libre, desde que pudo sin riesgo soltar las riendas a su mano, y dar ensanches a su iniquidad, se quitó la mordaza que el respeto y el temor le habían puesto, y cual tigre que se mira libre de las cadenas que le oprimen, se arrojó feroz sobre su pluma, y procuró con ella desterrar de la tierra todos los cultos, y exterminar del mundo todas las virtudes. Sus escritos perdieron aquel barniz de moderación forzada en que los había contenido el temor. El veneno que hasta allí había derramado por gotas, le vertió a manos llenas, y le transformó en un torrente de iniquidades y en un diluvio de horrores. Desde entonces, nada respetó, ni leyes, ni moral, ni Gobierno, ni Religión.

Su fecundidad tan prodigiosa como infeliz multiplicaba cada año los libros con que infestaba al público. Todas eran o producciones asquerosas y obscuras con que ofendía groseramente la decencia de las costumbres, o sátiras insolentes contra los Gobiernos establecidos, o historias infieles en que con arte pérfido alteraba la verdad de los hechos para dar un falso color a la malignidad de las intenciones, o en fin poesías y otras obras ligeras; pero todas traían el carácter de la bestia, en todas se veía un infatigable y pérfido conato de hacer odiosa la Iglesia, y ridícula la Religión. Sus primeras obras le habían procurado la celebridad de los corazones corrompidos, y se veía que trabajaba en aumentarla con las posteriores a fuerza de temeridades y blasfemias.

Largos años se ocupó en este miserable y pernicioso afán. Ginebra era el taller en que forjaba todas las armas de su impiedad, el arsenal de que salían las flechas emponzoñadas con que esparcía su mortífero veneno en todas las regiones de la tierra. Cada producción de su orgulloso ingenio le acarreaba nuevos aplausos de la gente perdida, y era el estímulo de otra nueva y más escandalosa que le merecía otras mayores. Así con una deplorable progresión, cada cual venía con un nuevo grado de malignidad y desverguenza, y las

últimas llegaron a un extremo de depravación adonde nunca habían podido llegar ni el corazón más licencioso, ni la razón más pervertida.

No era ya el empeño de un ingenio ardiente que procuraba acreditar sus propias opiniones. Tampoco era la propensión innata del orgullo que aspira a dominar los ánimos en la propagación de sus ideas, y fundar un imperio en el dominio de las letras. Era la rabia de un ánimo irritado que aborrece al enemigo que persigue, el encono de la atroz venganza que no sosiega hasta ver por tierra al odiado objeto de sus iras, y en fin el esfuerzo de una cólera ciega, que con implacable furor no se satisface sino con la ruina total de su contrario.

Todas estas viles y furiosas pasiones dominaban en las obras monstruosas de su pluma, y todas eran subversivas y enemigas de cuantas máximas de buenas costumbres ha dictado el moral, y de cuantas leyes en el gobierno ha dictado la razón; pero sobre todo se descubría en ellas un odio feroz y encarnizado contra la Religión, una incesante y rabiosa detracción contra la Iglesia y sus Ministros, una antipatía sin término contra el culto público, y el malvado conato de arrancarle si fuera posible, de la faz de la tierra.

Estas obras volaban por el mundo con las alas de la novedad y del interés, y eran recibidas con ansia por el libertinaje que alagaban y por la curiosidad que divertían. El veneno era mortífero y sutil; pero la taza era dorada. Jamás hombre poseyó en tan alto grado los primores del estilo y los adornos de la elocuencia. Jamás otro manejó con tanto artificio las flechas de la burla, y la alevosa saeta de la ironía, ni nadie supo jamás usar con agudeza tan sutil del punzante y traidor esfuerzo de la sátira para transformar en ridículos los objetos más dignos de respeto.

Este arte deplorable le sirvió con ventaja para hacer pasar a muchos corazones el tósigo fatal de sus doctrinas. Por entre la clara brillantez de su estilo y la chistosa amenidad de su expresión, se resbalaban los principios más impíos, y los corazones incautos los bebían, bien hallados con opiniones que al parecer desahogaban sus consciencias y los tranquilizaban en sus vicios. La juventud presuntuosa los adoptaba con placer; la inexperta se dejaba seducir, y la modesta y tímida ignorancia se espantaba con la novedad, se aterraba con la avilantez, pero no la sabía contrastar.

Los hombres instruidos y de sano juicio, dando el aprecio conveniente a sus obras puramente literarias, veían con

horror las impuras, y detestaban las impías. Por desgracia éstas eran las más, y en algunas que eran como un prodigio de delirios, había acumulado todos los principios destructores. No se podía esconder a las luces de los verdaderos sabios que todas aquellas novedades peligrosas no eran más que una máquina artificiosa entretegida con hilos muy resplandecientes, pero tan débiles y sutiles que no era necesario mucho esfuerzo para deshacerla, pues toda era una telaraña brillante que no podía resistir al menor soplo de la discusión.

Pero deploraban el estrago que podían producir en los que no tenían bastante instrucción para discernir el artificio y reconocer su flaqueza. Estos sabios observaban que Voltaire no había hecho otra cosa que reproducir en este siglo las objeciones contra la Religión que desde los primeros tiempos hicieron los incrédulos. Objeciones que los herederos de sus sectas han repetido con mala fe en los siguientes, olvidando las respuestas victoriosas que les dieron los primeros Padres, como en nuestro tiempo los olvidaba voltaire. Que así todo el trabajo de éste se reducía a renovar los antiguos sofismas sin poner de su parte más que el arte capcioso y la sofistería con que lo sabían revestir sus pérfidos talentos.

Observaron también que la rabia astuta de Voltaire no necesitaba de otro estudio que el de los largos voluminosos catálogos, en que los mismos católicos con el título de antimonias exponen las dificultades o contradicciones aparentes de la Religión y de las santas Escriturs en que estriban; y que copiándolos sin añadir más que las invectivas que le sugería su animosidad, procuraba con ellas formar toda su larga lista de argumentos. Al mismo tiempo vieron que si tomó el afán de repetirlos, tuvo la astucia de callar las soluciones con que los mismos que las proponen las deshacen, y no pudieron dejar de ver en esta conducta o mucha ignorancia, o lo que es más verisímil una mala fe muy artificiosa.

Por otra parte, a pesar de los falsos resplandores con que deslumbra a los ojos alucinados la mayor parte de sus obras, la perspicacia de los sabios no pudo dejar de ver los muchos errores en que abundan, aun prescindiendo de la Religión, pues están a la vista los títulos infames que merece por el mismo carácter con que le presentan sus escritos. Desde luego aparece como un poeta obsceno y lúbrico, corruptor de las buenas costumbres, y vil panegirista del vicio, de la licencia y del desorden.

Después de esto no se puede negar que es un historiador infiel, tan ligero y poco circunspecto que ni siquiera es exacto en las fechas, y mucho menos en los sucesos, pues cuando no los inventa, los tuerce y acomoda a su sentido, vistiéndolos con mentidos colores para dar valor a la malignidad de sus intenciones. Calumniador imprudente de cuanto respetan los mortales, pues vicia hasta los textos de los santos libros, citándolos diminutos, o con alteraciones esenciales. Intérprete de mala fe, pues se esfuerza a darles el sentido que no tienen, y se sirve de cuanto le puede sugerir su funesta erudición para torcerlos a su depravada inteligencia.

Calumniador de la Religión, pues para hacerla aborrecer la atribuye dogmas que no tiene y la acusa de las doctrinas que ella misma reprueba. Calumniador de la Iglesia, pues quiere hacerla responsable de todos los delitos de los hombres, cargándola de las faltas de los individuos, atribuyéndola las mismas supersticiones y excesos populares que más la afligen, como si ella los adopatara y promoviera. Calumniador de sus Ministros, pues las más veces sin pruebas contra todos los testimonios de la historia y las reglas de la verisimilitud, los juzga y representa como culpados de todos los horrores de su siglo y de todos los atentados de las pasiones.

Juez inicuo, que con una balanza desigual exalta y eleva tanto las virtudes profanas y civiles como abate y deprime las cristianas, tanto canoniza y celebra los paganos ilustres, como desprecia y escarnece los Santos más heroicos. En fin, infiel en los hechos, falaz en los discursos, pérfido en las intenciones, capcioso en los raciocinios, y que emplea sin cesar con un arte insidioso los falsos colores de la mofa, del escarnio y de la ironía. Este hombre desdichado ha mentido en todo con imprudente desverguenza: ha mentido a su Dios, a su conciencia, a sus contemporáneos y a la posteridad.

Es fácil conjeturar lo que serán unos libros compuestos de tan malignos elementos. ¡Qué conjunto de horrores, blasfemias y abominaciones deben contener volúmenes dictados por labios tan sacrílegos y con tan siniestras intenciones! A pesar de lo que lisonjean el gusto, repugnan al honor y excitan una involuntaria indignación. En cada discurso, en cada página se ve estampada una impiedad que eriza, una máxima que relaja, una sátira que choca, una mentira que indigna, y en todas se ve de bulto un insensato ardor de pervertir las almas y alejarlas de todo lo que es justo, santo y adorable; en una palabra, el ímprobo conato de hacer que todos abandonen su Dios, su Religión y su conciencia.

CARTA V

Es increible el estrago que ha causado en todas las clases de la sociedad, y lo que hay de más deplorable es que este daño se ha extendido hasta las gentes de la más baja especie de la naciones extranjeras; porque este hombre perverso tuvo el talento y la malignidad de tratar los asuntos más sublimes y profundos con un estilo llano y perceptible, salpicándolo todo con chistes. Como allí abundan los cuentos agradables, los hechos que divierten, las ironías que agradan, las máximas que lisonjean, y en fin los sarcasmos y las calumnias que complacen tanto a la malignidad humana, supo hacer muy divertida su lectura.

Lo peor es que en algunos países ella es la más común, o por decirlo mejor la única de los lacayos, las criadas, los artesanos, y todas las personas de esta especie, que apenas pueden gustar de otra, o no saben dejar ésta de la mano. Todos aprenden en ella a censurar la Religión, sus misterios, y todas las virtudes cristianas y útiles, y ve aquí el medio con que ha conseguido desarraigar de todo corazón que no se ha defendido con su educación o con la gracia divina, todo sentimiento moral y toda idea religiosa.

Con esto sólo ya podéis conjeturar cuánto ha debido cundir en nuestros días este horrible contagio y cómo ha podido extenderse desde la más alta clase hasta la más inferior, sin que ninguna ofreciese medios para resistir a la ilusión; porque la nobleza y las gentes más bien educadas, no estando bien instruidas en los fundamentos de su fe, no podían adquirir más que una ilustración profana y superficial que no los dejaba en estado de discernir los errores y los sofismas, ni querían tomarse el tiempo necesario pues sólo se ocupaban en los objetos de su ambición inferior; no habiendo tenido nunca otra instrucción que la escasa que recibieron en sus primeros años, no podían hallar en su ignorancia defensa contra tan artificiosas seducciones.

Es verdad también que muchos varones llenos de celo y de ciencia han escrito otros libros en que han probado con evidencia sus errores, sus falsedades y su mala fe; pero tampoco esto adelantó nada. Los hombres por la mayor parte no leen sino para pasar el tiempo y divertirse. Así leen con preferencia los libros frívolos que los entretienen; y sobre todo los malignos y satíricos que llevan consigo la sal del chiste y la pimienta de la calumnia. Mas los hombres serios y cristianos no pueden escribir libros de semejante especie.

Por otra parte, para poner en su luz asuntos delicados, y desenredar artificios y sofismas astutos, es indispensable usar de discusiones sabias y serias; que no sufren bufonadas y chocarrerías, y menos son permitidas calumnias y

maledicencias. Era pues casi imposible que las obras de los escritores sabios pudiesen tener los atractivos que halagan a los lectores rústicos y frívolos, y por esto no eran leidas de ellos. Ve aquí por qué su esfuerzo ha sido inútil. Aquellos para cuyo desengaño habían ecrito, no conocían la obra, o si llegaba a su noticia, el fastidio la arrancaba de su mano. Sólo la leían aquellos que no la necesitaban. De este modo el error se ha propagado sin contraste, y el remedio llegó tarde. Mejor hubiera sido prevenirle, y ahora parece el daño casi irreparable si no se toman medidas más eficaces para su remedio.

Este hombre desdichado gozó de su triunfo infame en toda la extensión de sus deseos. Los sofistas de todas las naciones recurrían a él como al centro de su unidad, le ofrecían una especie de culto, y le reconocían como jefe y corifeo de la incredulidad. El los alentaba y los dirigía, y con la infatigable fecundidad de sus escritos mantenía el fuego infernal y les afilaba las armas para el combate; pero ¡ay! todo lo mortal es caduco y limitado. Su imaginación aunque grande no era infinita, y se halló por fin agotada. Llegó el tiempo en que acabó de vomitar todas las blasfemias, las novedades, y los horrores que su malicia le pudo sugerir; ya no sabía qué inventar, y en los últimos años le fue indispensable repetirse hasta fastidiar y causar nausea.

En sus últimos días vino a París y en esa inmensa y corrompida Babilonia, oyó tales aplausos y lisonjas que pocos han conseguido de sus contemporáneos: jamás se ha visto un pueblo tan frenético y embriagado de placer como París cuando le vio en su seno; pero esto era consiguiente, pues esa París tan loca y tan fanática era la que había bebido más sus inmundas aguas. Este pueblo que tanto aplaudía era el mismo que más habían corrompido sus escritos, y no es posible concebir a qué extremo llegó el furor de su idolatría.

Los muchos secuaces que había formado en esta numerosa y ligera capital le cercaron con aclamaciones, y le llevaban en pompa. ¡Y qué gloria para su loca vanidad ver adornar su triunfo con tantas conquistas de su ingenio! Los mismos que por su seducción habían abandonado al Dios que sus padres adoraron, parecían adorar a un esqueleto descarnado cuya larga vida se había consumido en hacer guerra al cielo y a la tierra. La celebridad fue desmedida, el aplauso delirio, las aclamaciones frenéticas, y la embriaguez tan fanática que las gentes por las calles iban de tropel en su seguimiento.

Pero mientras él se dejaba embelesar con esta aura de ruidosa y frívola celebridad, la pavorosa muerte amenezaba ya a su anciano y desmoronado edificio. Este titán impío que se mostraba intrépido cuando se sentía en salud, no era tan impávido cuando las enfermedades le avisaben el peligro de su mortalidad. Era notorio que dos veces se había visto en Ginebra amenazado por la muerte, y que dos veces había ocurrido temeroso al socorro de la confesión. Con esta experiencia todos descubrieron que este corazóon tan pervertido no estaba enteramente muerto, que sentía cerca del peligro los estímulos del remordimiento, y los buenos tenían alguna esperanza de que en su postrera hora se acogiese a las lágrimas de la penitencia.

Pero esto no siempre lo concede el cielo, y suele algunas veces aterrar a los impíos con ejemplos terribles. Yo no me atrevo a escudriñar los secretos de Dios, y sé que a su misericordia basta un instante; pero la historia no podrá ocultar que Voltaire vino a París conducido por la vanidad, que el demasiado vapor del incienso con que se le recibió sofocó sus ya cansados alientos, que la muerte se presentó a su puerta, que débil y postrado en el lecho no fue ya dueño de sus acciones, y que muchas circunstancias contribuyeron a presurar su fin cuando no se pensaba tan cercano.

Tampoco podrá esconder que sus secuaces y cómplices se apoderaron de su estancia, y que instruídos de lo que había practicado en lances semejantes temieron una repetición que desacreditase en público su doctrina y dejase una idea de la inconstancia de su jefe; que le cercaron de manera que apenas le quedó libertad para explicarse; que pusieron barreras a todos los caminos para que no pudiese entrar ninguna luz, ningún reclamo, ni ningún Ministro dela Religión, y que el infeliz sorprendido por el error de un remedio mal aplicado perdió de repente el sentido, y exhaló su postrer aliento sin haber lavado las muchas iniquidades y los pésimos documentos...

¡Desdichado fin! interrumpió mi amigo, cubriéndose los ojos con las manos, y poco después añadió: ¡Ay, señor Cura, qué reflexiones me ha despertado vuestra historia! Qué ciertos son los estragos que han producido sus escritos tan lisonjeros como corruptores! Yo soy una de sus más infelices víctimas, y he visto que lo han sido muchos de los jóvenes de mi tiempo. Voltaire era nuestra ordinaria lectura, la novedad atrevida de sus opiniones nos sorprendía, la anchura que daba a nuestros corazones, quitándonos los terrores y abriéndonos las puertas a todas las pasiones, nos alagaba. Sus ligeros raciocinios nos detenían, y las contínuas sátiras con que los sazonaba nos divertían;

Con estas disposiciones era difícil convertir a ninguno de los que estábamos pervertidos. Para conseguirlo hubiera sido menester sujetarnos a un estudio serio, a una instrucción seguida, en que poco a poco y con una progresión lenta y sólida se nos hubiera hecho conocer las mentiras, falsedades y horrores que hormigueaban en sus fatales obras, y esto es lo que no queríamos hacer.

Os confieso que cuando en estos últimos tiempos ya desengañado he leido algunas de las obras que se han compuesto contra Voltaire, Rousseau y los demás sofistas, entre otras las de Mr. Bergier, os confieso, digo, que me he asombrado de la facilidad y la evidencia con que los convencen de sus mentiras atroces, de la claridad con que demuestran sus calumnias, y en fin de la fuerza y solidez con que deshacen todos sus falaces raciocinios. Yo me espantaba de la ciega y estúpida insensatez con que habíamos dado crédito a los predicadores infernales de la incredulidad.

Es imposible leer con imparcialidad estos escritos sabios, exactos y verdaderos que los impugnan sin convencerse de la mala fe de aquellos sectarios; pero para esto era menester no estar bien hallado con sus errores que lisonjean nuestras pasiones; era menester buscar la verdad con buena fe, y leerlos con deseo de encontrarla, y ni yo ni mis compañeros estábamos en esta disposición, como no lo está la mayor parte de los lectores, aunque se comprehendan en este número los que pasan por instruidos. Vos habéis dicho muy bien, señor Cura. La mayor parte de estos lectores no leen a Voltaire, Rousseau y los demás de esta especie, sino porque hallan en sus ideas opiniones que los alagan y divierten. Les sería muy áspero leer libros que los desengañen, y poco agradable leer aquellos que necesitan de aplicación. El veneno es dulce, y la triaca les parece amarga. Esta es por lo común la conducta de los hombres, conducta insensata, pues con ella caminan a su perdición, pero general, porque nace de que no conocen el riesgo y de que tienen poca idea de la importancia de las cosas.

Parece natural que en un asunto tan grave, en que se trata no menos que de la eterna felicidad, ninguno se atreva a adoptar opiniones sin haberse instruido antes de todo para hacerlo con conocimiento, y que sería locura arrojarse a tanto peligro, sin haberse antes tomado todas las medidas que le puede sugerir su razón, sobre todo cuando ha recibido en su cuna una Religión que le pasaron sus mayores, cuando esta Religión le presenta grandes esperanzas y amenazas terribles, y en fin cuando la ve seguida y respetada en todos los siglos por los hombres más sabios.

CARTA V

Aquí dije yo: Señor Cura, por la descripción que habéis hecho, me figuro ver a Voltaire como al Viejo de la montaña, con la diferencia de que éste enviaba asesinos para dar la muerte a individuos, pero aquél enviaba libros pestíferos que la daban a pueblos, a naciones enteras, y aun si no se toman precauciones, la darán a los siglos venideros. Tenéis razón, me respondió el Cura. Vuestra reflexión es justa, y yo tengo el mismo temor. Si sus libros subsisten, y no se instruye mejor a las naciones preservándolas de su influencia con el estudio de la Religión, no hay Gobierno seguro, no hay culto que pueda sostenerse, ni habrá costumbres que no se corrompan. No hablo sólo del estudio que se da en la niñez enseñando un corto número de verdades eternas, sino de un estudio de la Religión que presente en grande su majestuoso edificio, que inspire tanta admiración como amor, y que manifieste las pruebas evidentes que convencen que ella viene de Dios.

Estos son los únicos medios de arraigarla en nuestro corazón. Estos son los únicos principios que pueden determinarnos a morir antes que perderla, a abandonarlo todo antes que separarnos de su profesión; y si no se nos instruye a fondo en ellos, no somos cristianos sino de una manera obscura y confusa; esto es por persuasión. Pero si los pueblos están bien cimentados en su verdad, si conocen bien sus basas indestructibles y eternas, su antiguedad que nació con el mundo, las profecías que anunciaron al divino Redentor , su advenimiento tan asegurado y tan prevenido, los continuos milagros que evidencian su misión divina, su tan demostrada y auténtica resurrección, y en fin todas las demás pruebas que acreditan con evidencia su verdad, la falsa Filosofía no podrá hacer nada contra una nación bien penetrada de la certidumbre de la Ley que adora.

El pueblo convencido dela verdad de su Religión la amarará y obedecerá sus preceptos, y ellos le enseñarán que aunque sea a costa de su vida, no debe tolerar que se altere su pureza, que se corrompa la integridad y candor de su madre la Iglesia, de esta santa madre que le recibió en su seno, a quien juró fidelidad y obediencia, y que con su fe y esperanza le conduce a las dichas de la eternidad. También aprenderá a defender su Rey, que es imagen de Dios sobre la tierra, y a quien ha jurado también fidelidad, y perderá mil veces su fortuna y su vida antes de consentir en la menor desobediencia.

Si los sofistas han encontrado tanta facilidad en trastornar las ideas religiosas en algunas gentes, si han podido lograr designios tan terribles y temerarios, es porque la incuria de la educación las ha dejado en la ignorancia de las verdades de la Religión; es porque profesaban el

Cristianismo no por convicción ni por un asenso íntimo de su alma, sino sin saber por qué, y sin ningún afecto o respeto interior. La ignorancia lejos de poder inspirarles amor, no podía producir otro que indiferencia. No era ni podía ser aquel culto de su corazón, sino de su costumbre. En una palabra, porque eran máquinas cristianas, y el primer ímpetu de contradicción era capaz de desorganizarlas sin resistencia.

Ve aquí en mi juicio la causa más principal de tantos estragos, y la que debe hacer temblar todas las naciones cristianas. No hay ninguna que no esté amenazada del mismo riesgo, y que no deba precaverse contra él por todos los medios. Aquí quisiera yo levantar el grito para que me oyeran todos los pueblos de la tierra y decirles: Si tenéis la dicha de haber nacido en el seno de la verdadera Iglesia, que vuestro mayor esfuerzo, vuestro primero y más esencial cuidado sea el de instruiros a fondo de vuestra santa Religión, la única verdadera, la única que puede hacer felices en la tierra, y eternamente dichosos en el cielo. Penetraos de su verdad, y tened el consuelo de saber que el mismo Dios, que se dignó de comunicarla a los hombres, la ha revestido de pruebas tan claras y multiplicadas, que no pueden dejar de convencer a la razón cuando con buena fe las examina.

Cerrad también los oidos a esas pérfidas sirenas, a esos maléficos sofistas, que no sólo os inducen a atropellar lo más respetable de la tierra, sino que se atreven a arrojar sus insultos contra el cielo. No escuchéis sus seductores y falaces raciocinios. Creed que vuestros padres, y tantos hombres grandes que les han precedido, y que siempre manifestaron tan religiosa sumisión a los principios de la fe, eran más sabios que ellos, y no estaban tan corrompidos. Así que sus ataques os encuentren inexpugnables, y para que podáis burlaros de sus errores y delirios, aplicaos, estudiad y comprehended la santa religión que profesáis.

Sí, cristianos, enteraos de vuestra Religión, ella misma os defenderá contra todos sus enemigos, y tendréis la satisfacción de no poder dudar que esta Religión en que Dios os hizo la gracia de que naciéseis, es tan dulce y consoladora como cierta y segura. Que si este Dios de bondad os presenta en ella misterios obscuros para el ejercicio de vuestra fe, también la acompaña de pruebas tan luminosas, de monumentos tan incontrastables, que es imposible que se esconda su evidencia a la sinceridad del examen; vuestra propia razón bastará a convenceros que Jesucristo la dio a los hombres, que Jesucristo es Dios, que debemos creer cuanto nos dijo, y obedecer cuanto nos mandó, no menos que a

su Iglesia, pues la constituyó el órgano y la depositaria de su autoridad.

Me parece que en esta parte, dijo mi amigo, no tiene nuestra nación que envidiar a ninguna. Yo no conozco otra que conserve tan pura la fe de sus mayores; por lo menos no hay entre nosotros variedad de creencias, todos somos católicos, y estamos unidos de comunión con la Iglesia Apostólica Romana. Tampoco esa falaz Filosofía ha podido hallar acogida entre nosostros; nuestra educación la resiste, y repugna a nuestro corazón. Por ora parte el Gobierno con incesante afán la rechaza de nuestros confines, y hasta ahora a Dios gracias no ha podido el mortífero veneno de este monstruo infestar los corazones Españoles.

Yo le sé, le respondió el Cura; y ha mucho tiempo que atribuyo la unidad de nuestra creencia a la vigilencia y atención con que se sostiene no sólo la pureza de la fe que brilla entre nosotros, sino también la paz interior y la tranquilidad de que gozamos. Echo los ojos por todas las naciones, y veo que las unas más, las otras menos, todas han estado y están sujetas a turbaciones e inquietudes. Vuelvo la vista a la nuestra, y hallo que ella sola ha conseguido mantenerse siempre tranquila, tan sometida a los Reyes que la gobiernan, como fiel al antiguo culto que profesa. Busco la causa de ventajas tan inestimables, y no puedo encontrar otra que el cuidado de conservar la unidad de nuestros principios religiosos.

Pero aunque esto sea así, me parece que no basta para el riesgo que amenaza a la Europa, y que es preciso no sólo conservar lo que se tiene, sino instruirse fundamentalmente para defenderse de los ataques que se pueden temer. Los riesgos son hoy mayores que nunca. La impiedad hace cada día nuevos y rápidos progresos, y multiplicándose los peligros, es indispensable multiplicar los remedios.

Aquí exclamó mi amigo: No es posible negar que en todas las suposiciones, y en todos los casos, el estudios de la Religión no sea siempre muy útil y necesario. Nadie lo sabe mejor que yo, que he sido víctima infeliz de este descuido; y estoy persuadido que la ignorancia con que me educaron así del espíritu y grandeza de la Religión como de los fundamentos que prueban la divinidad de su origen es la causa original de todos mis delirios. Me parece que si yo hubiera sabido en mi juventud lo que ahora, mi conducta no hubiera sido tan desenfrenada; y creo también que ésta es la causa general de que nace no sólo la impiedad de las opiniones, sino también la relajación de las costumbres.

Por otra parte, nada puede ser tan eficaz para amar cada uno su Religión, obedecer sus preceptos, y excitarse a la práctica de la virtud como estar vivamente persuadido de su verdad, y vivir con la esperanza segura de los bienes inmortales que promete. Pero, señor Cura, ¿os parece esto fácil? ¿Halláis posible que toda una nación se instruya en un objeto que exige aplicación, meditación y estudio? Tres clases de personas componen por lo común una nación. Hablemos de cada una separadamente, para ver si es posible darlas, y esperar de todas que reciban esta instruccción.

La primera es la clase de gentes ricas o acomodadas, que reciben en su familia una educación distinguida. Yo quiero suponer la más sobresaliente, pero ¿a qué se reducirá esta educación? En su infancia y cuando apenas tienen bastante inteligencia para entender las cosas comunes, se les enseñará por un catecismo las verdades más indispensables de la Religión. Es imposible que entonces puedan comprehender misterios obscuros y profundos; será menester repetírselos en edad de mayor reflexión; pero apenas empiezan sus facultades a desenvolverse cuando se les ocupa en la latinidad y otros estudios, sin que se les vuelva a hablar de Religión. Desde allí pasan al colegio, a la universidad, y a otras escuelas donde a excepción de algunas que profesan piedad, tampoco se les habla de ella, y donde no se les ocupa más que en Física, Derecho, Medicina, o en otras ciencias deesta especie.

Desde que se acaban estos cursos, cada uno se va por su lado a seguir la profesión que escoge. Los unos se casan, los otros siguen el comercio: cada cual emprende una carrera, pero en ninguna encuentra la ocasión ni los medios de volver a estudiar la Religión. Así sólo pueden instruirse en ella los que por gusto propio, y porque una razón bien dirigida les hace conocer la importancia, quieren aplicarse de veras a este objeto; y ya se ve que en el curso ordinario de las cosas serán pocos los que tengan el gusto y el tiempo, las proporciones y la ocasión que exige un estudio tan serio. La mayor parte abandonada a los secos y cortos rudimentos que aprendió en su niñez, apenas quedará con las nociones más necesarias, y éstas mismas serán muy estériles y diminutas.

Peor será la condición de las personas de mediana esfera, que supongo ser de la segunda clase. Estas son las que naciendo en una familia que no pueded vivir sino con su trabajo, necesitan de que sus hijos aprendan un arte, oficio o profesión mecánica para subsistir con ella; y es claro que éstas tendrán una educación más escasa y descuidada, y que apenas habrán aprendido a leer medianamente, apenas llegarán a la edad en que tengan la razón y la fuerza suficiente,

cuando se les pondrá a estudiar o a practicar los rudimentos de la profesión que ha escogido.

Desde entonces ya no están en el caso de recibir otra instrucción fundamental. Lo único que pueden hacer es escuchar los días de fiesta algunos sermones, si su devoción los conduce; pero por lo común nuestros sermones son muy útiles para exhortar a los persuadidos, mas no están destinados ni para convencer a los incrédulos ni para instruir a los ignorantes. No dudo de que Dios por su bondad suplirá con sus dones este defecto de instrucción, y que alumbrará a los buenos espíritus con su gracia; pero es cierto que yo no veo cómo sea posible extender una institución útil a las personas de esta clase.

Menos veo la posibilidad en las gentes de un orden inferior, destinadas por la naturaleza a los trabajos más rudos de la sociedad: por ejemplo, los labradores, arrieros, carruajeros, y todos los trabajadores de esta especie, que ni siquiera aprenden a leer, y que no tienen otras ideas de la Religión que las que les han dado sus padres tan poco instruidos como ellos mismos. ¿Cómo, digo, esta masa de la nación la más numerosa, y al mismo tiempo la más ocupada, porque su pobreza la obliga a un trabajo incesante, que les embarga todo el tiempo y todas las atenciones, podrá entregarse al estudio de un objeto que supone una historia, y que necesita no sólo de espacio y comodidad para escucharla, sino de ideas y facultades para sentirla? Desde luego confieso que este estudio es el más digno, y el único necesario; pero examinando la constitución de la sociedad, no veo...

No niego, señor, le interrumpió el Cura, que a primera vista no se encuentren esas y otras grandes dificultades; pero puede ser que considerando la cosa más cerca, no sean tan insuperables como parecen; por otra parte, aun cuando se presentaran mayores, como el asunto es de tan alta importancia, merece que se hagan los últimos esfuerzos. Tal vez no se conseguirá el fruto en toda su plenitud, pero se conseguirá lo bastante para dar por bien empleado el trabajo mayor.

¿Y qué, señor Cura, le pregunté yo, pensáis que podrá haber medio para obtener un bien tan importante? Yo pienso, me respondió, que se podrá obtener mucho, y a lo menos lo suficiente para instruir en general a la nación, para mejorar las costumbres, para ponerla en estado de resistir a los sofismas de la falsa Filosofía, y para defender en circunstancias difíciles a la Religión y a su Rey. Si el asunto pendiera de mi mano, si yo pudiera reglar las cosas a

mi arbitrio, ved aquí lo que hiciera. En primer lugar lo que más nos falta, y lo que en mi juicio debe preceder a todo, es un libro clásico y elemental que nos exponga la historia de nuestra santa Religión con los monumentos que la atestiguan, con las pruebas que convencen, y con las demás incontrastables basas en que estriba.

Este libro debe empezar por la creación del mundo, y por el origen del Cristianismo, en la promesa que hizo Dios a Adán de un Reparador, debe continuar hasta la venida, muerte y resurrección de Jesucristo, que fue el reparador prometido, y acabar por el establecimiento de la Iglesia quien dejó su autoridad, declarándola depositaria de la verdad, e intérprete de su voluntad. Este libro debía ser conciso, metódico, y escrito con estilo tan corriente y claro que todo el mundo le pudiera entender.

Lo más singular es que después de tantos siglos no exista todavía este libro tan importante y necesario. No digo que no esté todo en diferentes libros; pero esto necesita de tiempo y estudio, que sólo qe consigue con mucha aplicación. Yo quisiera que hubiera uno que por sí sólo pudiera instruir de cuanto es necesario, y no lo conozco. La Gramática, las Bellas Letras, la Teología, la Medicina, los Derechos, y en fin casi todas las ciencias tienen sus libros clásicos y elementales.

Estos son los extractos o resúmenes que contienen todos sus principios, y que reducidos a un compendio claro y luminoso dan idea de todos los conocimientos que cada ciencia ha podido enseñar, y que hacen fácil y cómoda la instrucción, porque en su corto volumen presentan recogido lo que está derramado en otros muchos volúmenes. Casi no hay ciencia o arte que no tenga esta especie de manual, que acorta el trabajo y facilita la enseñaza, y es cosa deplorable que la Religión sola no le tenga.

Bien sé que en todo tiempo se han hecho catecismos; pero no tengo noticia de ninguno que llene todas las medidas que tengo hoy por necesarias. La mayor parte abrevia demasiado las materias, y sólo son buenos para los niños; y fuera de esto sólo se expone en ellos lo que se debe creer, sin que por lo común se expongan ni expliquen las razones y motivos por qué se deben creer. Y en cuanto a mí, yo no he visto uno solo, aun comprehendiendo los más famosos que se han hecho en las naciones extranjeras, que en poco volumen, y en estilo de uso, junte con las verdades de la Religión la fuerza y multiplicidad de las pruebas que la convencen.

CARTA V

De orden del Concilio de Trento, se publicó un extendido y sabio catecismo, producción de las más sublimes que han salido de la mano de los hombres; pero su objeto no era probar ni el origen divino de la Religión, ni la autenticidad de los libros santos. Suponía todas estas verdades, pues hablaba a cristianos, y sólo se ocupó en explicarnos lo que la Iglesia nos enseña en conformidad de aquellos santos libros, y la virtud de los sacramentos; y yo quisiera que para quitar este nuevo monstruo de la incredulidad que ahora se extiende tanto por el mundo, se añadieran al fondo de estas verdades, a más de la historia de la Religión, las razones y motivos que nos deben obligar a su creencia.

Tampoco ignoro que los sabios de todas las naciones cristianas están instruidos de todo esto; pero les ha sido preciso poner mucho trabajo y tiempo, y revolver muchos libros; y yo deseo que haya uno que por sí solo pueda instruir a la juventud, y sea capaz de extenderse hasta el pueblo. Si este libro existe, y es ignorancia mía no conocerle, enhorabuena, que se publique, que se propague, y que sirva para la instrucción que propongo; y si no le hay, es cosa muy fácil escribirle, y será muy útil que se escriba. Pero me parece que un libro de una importancia tan general debiera estar en las manos de todos, y cuando veo la ignorancia que domina en casi todo, temo o que no existe, o que no se estudia.

Como cualquiera que sea, es indispensable que bien sea resucitando este libro, y reformándole según las necesidades presentes, o escribiéndole de nuevo, se procure propagarle y recomendarle a la Nación. Si estuviéramos en el tiempo en que se juntaban los Concilios Provinciales, este catecismo sería la obra más digna de un Concilio; pero los Obispos como maestros de la santa doctrina pueden, aunque separados, concertarse entre sí, y tomar el partido que les parezca más conveniente para la formación y extensión de un libro semejante.

Pueden publicar un prospecto que explique todo lo que debe contener este catecismo para que por sí mismo no sólo represente el magnífico plan de nuestra Religión, sino también los evidentes testimonios que nos acreditan que ella nos viene de Dios, y que según esto, los hombres más sabios de su diócesis formen un libro que ellos puedan publicar como el depósito santo de las verdades divinas, como las pruebas más seguras de su divinidad, y como el libro más necesario tanto para la tranquilidad del corazón, como para el gobierno de la vida, sobre todo para que nos instruya y fortalezca contra las seducciones y violencias de la incredulidad.

Luego que estuviere escrito y publicado, quisiera que en todas partes se estableciesen cátedras para aprenderle y explicarle, y aquí repertiré la reflexión que me causó mucha extrañeza. Casi toda la Europa es cristiana, pues aunque por desgracia algunas naciones se hayan separado de la verdadera Iglesia, todas reconocen la divinidad de Jescristo, y piensan como nosotros sobre los fundamentos de la Religión. Vuelvo los ojos a ellas, y las veo en grande solicitud por el progreso de las ciencias útiles o profanas; no hay arte, no hay ciencia que nos las haya merecido la mayor atención: para todas han establecido cátedras y premios, y no veo ninguno de estos esfuerzos para la ciencia de la Religión y para el objeto más importante de todos que es la demostración de su verdad.

La única institución que descubro entre todas es el premio actual que estableció a su costa el Inglés Roberto Boile para él que hiciese una disertación que probase mejor la verdad de la Religión Cristiana, y esta tan digna y bien entendida institución ha producido escritos admirables. Pero es de observar que el Gobierno a quien tocaba más particularmente este encargo, no sólo abandonó a un particular el honor de una invención tan útil, sino que ha sufrido la afrenta de no haber esforzado un ejemplo tan digno.

Es de advertir que España, esta nación tan devota como magnífica, y que ha dotado con mucho esplendor fundaciones de tantos géneros, no haya pensado en este asunto que es el más importante de todos, pues es la raíz y el fundamento de los otros. Nosotros tenemos muchas universidades, y en ellas hay cátedras para todo género de ciencias, especialmente para la Teología; pero no tenemos libro que por sí solo pueda instruirnos, ni persona que por instituto de su empleo esté obligada a hacernos un curso completo del sistema de la Religión, y a demostrarnos las pruebas y testimonios que convencen su verdad.

Sin duda que nuestros padres, creyendo de buena fe lo que la Iglesia nos enseña, no previeron que llegaría un tiempo fatal en que ciertos hombres, usurpando el título y la reputación de sabios, y con toda la astucia de un ingenio falaz y seductor formarían una secta de impiedad, capaz de alucinar la simplicidad de los pueblos. Pero este tiempo ha llegado, y la experiencia nos hace ver que no sólo existe esta secta funesta, sino que seduce a muchos incautos, y que la ignorancia general les da mucha fuerza; porque las naciones y los pueblos no están bastante instruídos para resistir a sus sofismas: y no sólo sabemos que sus errores cunden en la Europa con una celeridad deplorable, sino somos testigos de los terribles estragos en oponer un dique a este

torrente de devastación, y añadir a los otros medios de vigilancia cristiana el de ilustrar y convencer los espíritus, que es el más eficaz de todos.

El hombre que conoce bien su religión, no sólo admira la sabia dispensación con que nos la comunicó la bondad divina; no sólo contempla, se arrebata y admira el inmenso y majestuoso plan que le presenta, sino que quedando íntimamente convencido de su infalible verdad, por las multiplicadas y evidentes pruebas que le produce, la ama, la sigue con una seguridad que ninguna falacia le puede desquiciar, y le sirve de consuelo en todas las adversidades y los varios sucesos de la vida.

¿Qué firmeza, qué seguridad, qué confianza puede tener el que no ha adquirido más que nociones obscuras y confusas de su Religión? Todas las bellezas que Dios ha derramado sobre ella son perdidas para él. ¿Qué sentimientos pueden excitar en su alma tantos prodigios de la bondad divina, si nos los conoce? Aun cuando supongamos que crea con firmeza las verdades eternas, y que le muevan a temer y amar a Dios, el amor y temor crecerán con esta ilustración, y la vista de una Religión tan santa, tan majestuosa y tan sublime elevará el corazón a los más vivos afectos de respeto, de admiración y de amor.

Y qué se puede esperar del que profesa su Religión sin tener de ella la idea que merece, y que Dios ha querido dar a los hombres? sino que poco instruido de lo mismo que cree, y no teniendo fundada confianza en su fe proceda en todo con pasos tímidos y mal asegurados, quedando siempre expuesto a ceder al primer sofisma que le seduzca, o a la primera pasión que le combata; en vez de que si se le hallara penetrado de la realidad de sus obligaciones y de la seguridad de sus esperanzas, fuera una roca inexpugnable que no sólo resistiría a las seducciones del error, sino al ímpetu de sus propias pasiones.

Sería pues un lamentable desacierto el no aplicarse a inculcar en los pueblos así el espíritu como la verdad de su Religión. Por otra parte, las fatales circunstancias y las tristes experiencias nos hacen conocer la necesidad de buscar nuevas defensas a nuevos y mayores peligros. Mas volviendo al libro de que hablabamos, y que supongo escrito de manera que demuestre con evidencia y claridad los fundamentos de nuestra santa Religión, digo, que todos los Gobiernos deben concurrir a que este libro sea enseñado y aprendido por todas las clases del Estado.

Bien sé que un estudio tan serio no es propio para la edad primera, pero como por su importancia debiera ser el de toda la vida, yo quisiera que por lo menos se hiciera dos veces: esto es que se continúe como se hace ahora, en enseñar a los niños los primeros rudimentos por un catecismo aprobado, para que sean éstas las primeras impresiones que reciban, y que se graben mejor en su memoria; pero que se dispongan las cosas de manera que cuando lleguen a la edad de quince a diez y seis años, cuando ya las facultades de su espíritu han desenvuelto toda su inteligencia, estén obligados a volver a empezar esta enseñanza con más solidez y en toda su extensión.

Entonces estarán en estado de comprehender tanto las máximas como el espíritu de la Religión; entonces podrán sentir toda la fuerza de las pruebas, monumentos y testimonios que convencen de su verdad. Esta se llamará la segunda educación cristiana, y será en efecto la primera o la única, porque será la verdadera y sólida. Me parece que esto no es imposible, y que lo podrán conseguir las autoridades Eclesiástica y Real, si ambas se reuniesen para dictar las órdenes con que esta segunda educación se haga general en el reino. Sin duda que los sabios y grandes hombres que presiden a uno y a otro Gobierno sabrán encontrar medios más eficaces de los que a mí me pueden ocurrir; pero ved aquí los que me parecen más oportunos.

Yo quisiera que en todos los colegios y universidades se destinase una de las muchas cátedras que existen, y se consagrase a este objeto: esto es, que en todas las casas de enseñanza pública hubiese una cátedra bien dotada, y que se considerase como la primera o la superior a todas las demás; que su objeto fuese hacer cada año un curso completo de Religión, arreglándose al libro reconocido por la nación y su Gobierno, como la Religión del estado; que para esto se escogiese el hombre que por sus luces y talentos pareciese más apto para este objeto, y que su obligación fuera hacer aprender de memoria a sus discípulos todo lo contenido en el libro, haciéndoles entender, explicar y conferir su contexto, y añadiendo todas las ilustraciones respectivas y análogas, de manera que resultase una instrucción tan sólida como extendida.

Yo quisiera que este estudio se repitiese y renovase cada año, y que se ocupase el año entero en su ejercicio; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años a dedicar un año a este estudio; y que a nadie se diese el grado de Bachiller sin presentar certificación de este curso y haber sido aprobado por los examinadores nombrados para este fin; y también deseara que esto mismo se practicara generalmente

en todos los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me parecería conveniente que a ninguno de aquellos a quienes se confiere por la primera vez un empleo sea político, civil, o militar o de cualquier otra especie que sea, se le pusiese en posesión sin haber presentado una igual certificación de haber sido aprobado por alguno de estos examinadores; y sería la obra completa, si los Prelados también prescribieran que ninguno pudiera servir de padrino o madrina en los bautismos, confirmaciones o casamientos sin producir una certificación semejante.

Me hago cargo de que será más difícil instruir al pueblo, porque no es posible darle puntos fáciles de reunión en que se les pueda juntar para que todos se instruyan a un tiempo; pero lo que falta a esta clase de proporciones y facultades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester repartir esta divina palabra con tan larga mano, que pueda llegar a los menos aplicados, y las Iglesias son el santuario en que debe frecuentarse esta enseñanza.

Me parece que si todos los domingos, o en el número que pareciera suficiente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lectura de este libro en tantas Iglesias como hay en la nación; me parece, digo, que serían innumerables los fieles que instruidos de la grandeza y certidumbre de su Religión, se excitarían no sólo a amarla y obedecerla, sino también a unirse con ella con lazos tan indisolubles que ningún esfuerzo humano los podría separar. En mi dictamen, esta instrucción es tan eficaz para reformar las costumbres y hacer buenos cristianos, como los sermones más urgentes sobre los puntos más terribles del moral.

Porque ¿qué efecto pueden hacer la muerte, el infierno y el juicio en personas que apenas creen, o que no creen más que tibiamente, porque su fe es débil y está obscurecida y casi empañada? Si reciben alguna impresión, no puede ser más que fugaz y pasajera, porque el alma no la recibe con una fe viva y persuadida, en vez de que el estudio de la Religión convenciéndonos de su verdad, nos descubre al mismo tiempo los designios de Dios, su maravillosa coordinación tan superior a los límites y obscuridades del entendimiento humano, y nos pone a la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto reunido nos produce sentimientos íntimos, continuos y profundos que nos atraen al respeto, al amor y a la regla. No es posible dudar que esta instrucción tan

repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovecharán muchos, y éstos formarán la pluralidad y darán el tono a los otros. Se puede esperar que derramándose en una nación tanta copia de luz, tanta fuerza de convicción, y que estando ésta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante que ha de arrastrar consigo a los que por incuria o corrupción no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dijo mi amigo, que si por estos y otros medios se propagara en la nación el estudio y la práctica de una Religión santa, y que no predica más que virtudes, que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no sólo esto sería el mejor preservativo para no dejarnos inficionar de esa Filosofía devastadora, no sólo aseguraría esto la consistencia de la Religión, la estabilidad del trono, y la pública tranquilidad, sino sería el motivo más eficaz de mejorar las costumbres, y hacernos tan felices como la condición humana puede alcanzar a serlo?

Soy del mismo dictamen, dije yo. Así suscribo con todo mi corazón a esta idea, y para haceros ver cuánto se conforma con mi modo de pensar, os diré que desde que mi amigo me encargó la educación de sus hijos, concebí un proyecto que aunque en pequeño se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y más importante estudio del hombre debe ser el de su Religión, porque ella sola es capaz de excitar a la virtud, me había propuesto de hacer de ella mi principal objeto; y como los niños no están todavía en edad de hacer un estudio serio y raciocinado, mi intento era contentarme por ahora con hacerles aprender los primeros elementos, y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos le proyectáis. Cuando los niños estén en la edad competente, ésta será nuestra más continua y privilegiada lectura. No sólo la haremos una vez con toda la aplicación posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece...

Aquí se interrumpió mi amigo: Señor Cura, vuestra idea es vasta, magnífica, y digna de un Gobierno ilustrado. A nadie se le puede esconder su importancia; pero esto no depende de nosostros: es menester dejarlo a Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento, y que pudiera ser muy útil. Mariano dice que está en ánimo de hacer este escrito que sirva para la instrucción de mis hijos; y yo digo: ¿por qué este escrito no servirá para la instrucción de este pueblo a que nos ha traido la providencia? El celo cristiano se debe a todos; que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga a escribirle: él servirá después

para mis hijos, pero que entre tanto se lea en nuestra Iglesia; éste será un ensayo: la experiencia nos enseñará los efectos que produce y que no pueden dejar de ser muy buenos.

El Cura aplaudió mucho la idea, y yo ofrecí poner desde luego manos a la obra. Cuando estuvo hecha, el cura y mi amigo la aprobaron. Yo quería dejarla al primero, para que él mismo la leyese, pero él me dijo: El cielo os ha traído aquí para la felicidad de este pueblo. Vos no tenéis otras ocupaciones, yo tengo muchas. Vos sois más mozo que yo, vos tenéis pecho más robusto, voz más clara y sonora que la mía; vos podéis declamar con más fuerza y vigor que yo; por todas estas ventajas el cielo os destina a este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictamen, y después de algunos debates me fue preciso ceder a sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarían el primer domingo de Diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo, y que durarían hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaría al fin de la Misa Mayor. Yo me puse a aprender casi de memoria aquel tratado para poder declamar mejor, y le llevaba siempre al Púlpito por si me faltaba la memoria; pero mientras me preparaba a esta empresa no dejaba de tener alguna desconfianza del suceso, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad a que no estaba acostumbrado.

Llegó el primer domingo de Diciembre, y aunque todos los domingos había un gran concurso a la Misa Mayor, aquel era inmenso, y no podía caber en la Iglesia. Yo me sorprendí, porque como habíamos hecho un convite general, me pareció que esto y la curiosidad podían haber traído tantas personas; pero ¡cuánta fue mi satisfacción, cuánto mi consuelo, cuando observé que esta concurrencia no se disminuyó en los domingos siguientes! Yo empecé por hacer un discurso preliminar, en que expliqué el fin y objeto de aquellas conferencias, y el fruto que debía resultar. Lo escucharon con interés, y observé que oían lo demás con gusto y atención.

Poco después supe que aquella lectura fermentaba en sus corazones, que era el asunto de sus discursos, que los padres la transferían a sus hijos, a lo menos lo que habían oído, en fin que todos lo conferían entre sí, y que la luz y la instrucción se iban propagando poco a poco. También observamos que a ningún otro Sermón asistían tantos ni le escuchaban con más visible complacencia.

La resulta de todo es que desde el primer año ya se empezó a ver entre las gentes más rústicas y groseras una especie de transformación en su conducta, tanto por la elevación de sus ideas como por una más seria y circunspecta moderación en su porte. En mi juicio, ésta era una de las causas que más han contribuido a la urbanidad de su trato, y a la mejora de sus costumbres; y como cada año se les renovaba la misma instrucción, se ha grabado en los unos, y se ha extendido más en los otros, de modo que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su religión, y persuadido de su verdad. Adiós, Amigo.

P.D. Después de tener ésta escrita, recibo la tuya en que me das noticia de la nueva comisión que te ha dado el Gobierno, y del nuevo viaje que vas a emprender. El encargo es honroso, y te da sin duda ocasión de hacer grandes servicios a tu patria. Esto sólo te puede consolar de la incomodidad, y del riesgo a que te expones. Y pues tú no vas más que por obediencia y con vivos deseos del acierto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayudará las tuyas. Tú le lisonjeas con la idea que volverás presto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre más largos de lo que se piensa, y yo temo que éste sea también de cuatro o cinco años como el otro. Dios disponga lo que convenga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darme noticias tuyas, no negarás este consuelo a mi amistad. A lo menos te pido que cuando vuelvas no me retardes un instante la noticia de tu retorno. Adiós otra vez, Antonio mío.

VI

Querido Antonio:

¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu amable carta! ¡y cuánta satisfacción me ha producido! Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justos motivos, no he vuelto a tener noticia tuya, y mi amistad estaba tan quejosa de tu silencio como inquieta de tu suerte. Bien sé que un viaje de mar, un destino incierto, y un término poco seguro podían bastar para desarmar la queja; pero también eran motivos para aumentar el susto, y yo he sufrido mucho en no saber de ti en largo tiempo. Pero al fin ya estás de vuelta, y el Cielo te ha conducido con felicidad. Yo le doy las gracias, y te las doy a ti de que tu primer cuidado haya sido comunicarme el aviso.

Tú quieres que yo te instruya de nuestro estado y de nuestros establecimientos. ¡Ay, amigo! Los tiempos se han mudado. Entonces podía escribirte los progresos y la prosperidad que el Cielo concedía a nuestra solicitud con el gozo que siente el corazón cuando pinta dulces afanes, que logran ser benéficos. La mano corre con ligereza, y las cosas le dan el colorido. Pero hoy, Antonio, ¡qué diferencia! Un velo fúnebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos vemos rodeados de las funestas sombras de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y ésta es la que lloramos. Mi incomparable amigo, el hombre en quien Dios hizo tan visible el poder de su gracia, el monumento vivo de su misericordia, y una de las pruebas más enérgicas de la fuerza y virtud del Evangelio no existe ya. Dos meses ha que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecía poseerle, y arrancándole de nuestros brazos nos ha dejado huérfanos y desconsolados.

Su muerte fue digna de los últimos años de su vida. Este ilustre convertido leía y meditaba continuamente los santos documentos que le había dado su Director, y que él llamaba

su primer Apóstol, y el oráculo de su corazón. Todo su deseo era grabarlos en su espíritu para practicarlos. No obstante te diré que a los primeros días de mi arribo, advertí que su inclinación natural le conducía a la tristeza y a la soledad, pues observé que siempre que podía se retiraba al secreto de su cuarto donde pasaba las mañanas enteras.

Observé también que cuando salía de sus meditaciones, traía los ojos encendidos con señales de haber llorado, y que al mismo tiempo venía con gesto tan dolorido y con una expresión tan fuerte de melancolía que era fácil conocer las angustias de su corazón. Muchas veces se quedaba absorto en sí mismo, no tomaba parte en nuestras conversaciones, y era menester como casi despertarle para que se asociase a nuestros discursos. Era claro que éstos eran efectos de su punzante arrepentimiento, y de la profunda impresión que le habían dejado los extravíos de su vida.

Un día que estábamos solos y que me pareció que estos sentimientos atribulaban su corazón con más actividad, le dije: Amigo, tu conducta no me parece conforme a los consejos de tu Director. Este te ha dicho que cada estado tiene sus ejercicios, y que cuando Dios nos da una vocación, nos señala en ella las virtudes que exige de nosotros. El Solitario, el Cenóbita a quienes no impone otros deberes, hacen muy bien en consumir su tiempo en el llanto de la penitencia o en las contemplaciones del amor; pero aquéllos a quienes carga de cuidados activos, que también son para su gloria, después de haber dado un tiempo suficiente a los santos ejercicios, deben pensar en este desempeño. El cielo nos ha cargado...

Aquí me interrumpió mi amigo diciéndome: ¡Ay Mariano! Cuando repaso los muchos y largos errores de mi vida, cuando siento mi corazón cargado con el enorme peso de tantas iniquidades, es imposible... - Y bien, le dije yo, eso mismo debe servirte de consuelo y de motivo para el gozo, pues Dios te ha sacado de estado tan infeliz... -¡Ah! si yo supiera que su bondad me ha perdonado...-¿Pues que dudas de la virtud de los Sacramentos? - No, pero dudo de mis disposiciones, dudo de mi flaqueza, y dudo que un miserable como yo... -Estos sentimientos son buenos, le interrumpí, y deben servirte para tenerte humillado y vigilante; pero todo tiene su medida, y nunca deben excluir la justa confianza. Al contrario nada podrá inspirártela tanto como ver que te ocupas en las virtudes que Dios te impone, pues esto será señal de que te da su gracia para hacerle los servicios que le son agradables.

CARTA VI

Dios te ha dado hijos que debes criar, casa que debes regir, vasallos de que cuidar; ve aquí tus deberes, ve aquí el único campo en que puedes sembrar y recoger virtudes, y las que embaracen el cultivo de éstas son extranjeras, y dejan de ser virtudes, porque son contrarias al espíritu de tu vocación. Después que un hombre que se halla en tu estado empieza a santificar el día, pagando a Dios el primer tributo de su reconocimiento y amor, después de haber dado algún tiempo a la meditación de su ley, de su grandeza y de sus beneficios, y en fin, después de haberle ofrecido el inefable y augusto Sacrificio, ¿qué puede hacer mejor en lo demás del día sino ocuparse en los objetos de que el mismo Dios le encarga? Todo es oración para el que ejercita lo que Dios le ordena. La intención lo santifica todo, hace divinas las cosas más indiferentes, y transforma en preciosas las más viles.

Sin duda que es un motivo de disgusto para el hombre haber desconocido y agraviado a su Dios, haber malogrado muchos años de su vida, y haber hecho cosas cuyo recuerdo destroza el corazón; pero ésta es la condición de la flaqueza humana. ¿Y qué otra cosa puede hacer el miserable cuando ya están hechas las faltas, que recurrir a los remedios que la Religión le presenta? El que ya tiene la felicidad de haberse acogido a este Sagrado, el que ya siente que con un sincero dolor está resuelto a perder la vida antes de ofender a Dios, y que le pide de veras que sostenga su flaqueza, haría mucha injuria a su misericordia, y manifestaría no fiarse bastante en sus promesas, si desconfiara de su perdón, y no esperara en los socorros de su gracia.

Esta conversación fue muy larga, y me parece que hizo algún efecto en su espíritu, pues desde aquel día le noté tomar un tono diferente. Le observé que en todas ocasiones procuraba esforzar su ánimo con las ideas de la humilde confianza que la Religión nos prescribe, y me pareció que con una progresión insensible estas ideas daban otra expresión a su exterior. En efecto, la confianza logró introducirse en su alma, y la serenidad en su semblante. La solidez y la hermosura de la Religión, de que se hallaba tan penetrado su espíritu, habían aumentado su natural sensibilidad, y siempre que se recogía en la oración, o cuando hablaba de Dios, los ojos se le enternecían con el llanto.

Pero este llanto era de otro carácter: ya no eran las lágrimas amargas de una compunción austera que derrama el dolor por un mal que considera irreparable, y que acompañan las inquietudes del temor; eran lágrimas de un corazón agradecido que siente la inmensidad del beneficio, y quisiera pagarle con la confianza del amor. Su paso era

mesurado; su traje simple, pero decente; su exterior circunspecto, pero amable; su tono serio, pero dulce; y como a todo esto se juntaba su noble y agradable fisionomía, adornada ya con los blancos cabellos que le empezaba a dar la edad, todo representaba en él la figura del buen Cristiano y del hombre de bien.

Era imposible verle sin amarle, y sin sentirse penetrado de respeto y veneración. Su aspecto sólo inspiraba la confianza, y exhortaba a la virtud; pero estos sentimientos crecían mucho cuando se le miraba de más cerca. Su vida era sobria, sujeta a una regla, y siempre ocupada en sus obligaciones. No sólo fue el alma, el móbil, el que hacía todos los gastos de nuestra Sociedad, sino el más ardiente de sus cooperadores. A pesar del descuido de su educación, sus talentos naturales le hicieron adquirir una inteligencia superior en todos los objetos de las artes, y la hizo servir a nuestra utilidad con muchas ventajas.

Después de reglar todas las mañanas sus negocios domésticos, y mientras yo me ocupaba en la enseñanza práctica de sus hijos, mi amigo recorría todos los días las fábricas, sus trabajos y manufacturas. A todas llevaba la inteligencia, el acierto y el estímulo del celo. También visitaba los enfermos y necesitados. Añadía a los socorros más necesarios que había suministrado la Sociedad los que su beneficencia creía útiles o agradables. Los consolaba, despertaba la atención de los asistentes, de los ministros de la salud, y sobre todo procuraba la prontitud de los socorros cristianos cuando el peligro los hacía oportunos. Lo único que se permitía cuando le quedaba algún tiempo antes de comer era dar sólo un paseo por el campo. Nos decía que ésta era la hora de su grande lectura porque iba a leer lo que Dios nos ha escrito en el libro inmenso de la naturaleza; las reflexiones del día solían ser el asunto de la conversación en la mesa.

Esta era frugal, pero proporcionada y suficiente para nosotros y su familia, sin permitir nada exquisito ni costoso. Después de comer ya no se apartaban de nosotros, y cuando el sol empezaba a templar sus ardores, íbamos juntos al paseo. Creía que este ejercicio era conveniente para sus hijos, y se complacía en verlos correr, saltar y acostumbrarse a toda especie de fatigas con los demás muchachos del pueblo. Decía que esto era útil para fortificar su temperamento, para hacerles adquirir agilidad, y él mismo los excitaba con el estímulo de ganar los premios en los combates gimnásticos de nuestras fiestas.

CARTA VI

Algunas veces nos ocupábamos en nuestros paseos con el estudio de la historia natural. Mi amigo la aprendía con una ansiosa solicitud, y cada flor, cada planta, cada piedra le daba nuevos motivos de admiración y de amor hacia el autor de maravillas tan bien organizadas. Una parte de las primeras horas de la noche, mientras yo me ocupaba con los niños, él la pasaba en reglar sus negocios domésticos, o en meditar la Ley divina. Cuando yo acababa mis lecciones, hacíamos todos una lectura útil que él animaba con reflexiones oportunas, y yo admiraba con frecuencia el fuego de la virtud en que ardía su corazón, y que también encendía nuestras almas. La cena y las oraciones de la noche llenaban lo demás del tiempo, y así acababa un día que no era más que repetición del precedente, y ensayo para el venidero.

Ya puedes figurate que el irresistible ascendiente de la virtud, añadido a una beneficencia tan universal, y un celo afectuoso tan extendido como vivo, debieron ganarle todos los corazones. En efecto, todos le miraban como un Angel tutelar descendido del cielo para consuelo y felicidad de esta población. El sentimiento que tanta virtud y tantos beneficios produjeron en todos sus vasallos no era sólo aquél de respeto que inspira la superioridad de los talentos, del nacimiento y de la fortuna; tampoco era aquella reverente sumisión que nace de la dependencia, ni aquel servil acatamiento con que se espera el beneficio; menos era aquella humillación baja con que se presenta la esperanza cuando la acompaña el temor; y tampoco bastarían para describir este afecto ni las ideas que dejan la natural veneración que se acarrea el mérito, ni la satisfacción que produce la confianza y la ternura que se gana el amor; era un sentimiento compuesto de todos estos, y los habitadores felices de este pueblo cuando veían a mi amigo sentían movimientos en su corazón, y hallaban en sus labios expresiones que nunca habían podido producir en sus almas la vista de sus padres, hijos, maridos, y los otros objetos más tiernos de su vida.

De aquí puedes inferir el grado de autoridad que llegó a adquirir entre todos, sin desear tener ninguna, ni mandar jamás nada. Su juicio solo lo arreglaba todo. Ya no había pleitos, porque él componía todas las diferencias. Menos se veían enemistades públicas ni desavenencias domésticas, porque él llevaba a todas partes la paz y la amistad en sus labios, y bastaba el temor de desagradarle para que todos y cada cual cediesen a costa de pequeños sacrificios.

A medida que las gentes se iban ilustrando, el valor de sus oficios paternales iba adquiriendo mayor fuerza, y llegó el momento en que cada palabra suya era un oráculo, y cada ejemplo una ley. ¡Dichosos ellos! pues mi amigo no se servía

de la autoridad que le daban sino para hacerlos felices, para dirigirlos por las sendas de la virtud, y para reformarles las costumbres. No hay hombre que cercado de tropas y cañones se haga obedecer con tanta celeridad y tanto gusto. Mi amigo no tenía más armas que sus labios, más castigos que su ceño, y una palabra suya bastaba para reprimer el desorden, hacer respetar la virtud y contener las pasiones.

Dios le dio tiempo no sólo para emprender y acabar todas las empresas que imaginó útiles para la felicidad de esta población, sino para que pudiese ver los frutos, y gozar él mismo de los beneficios que había hecho. Este pueblo es hoy el trono de la paz, el centro de la abundancia, y el modelo de lo que puede caber en la perfección humana. Todo está corriente y arreglado, no hay vicioso ni mal entretenido; un mendigo sería un oprobio, un borracho un escándalo. Cada cual se aplica a su profesión respectiva, y ya se tiene por vergonzoso no estar aplicado a su oficio el día de trabajo.

Los de fiesta se pasan entre las funciones de la Iglesia y las inocentes diversiones que están destinadas para cada uno de estos días, y todas tienen el objeto de ocupar un tiempo que sin ellas se pasaría en vicios o discordias. Todas están ordenadas de manera que por sí solas puedan contribuir a la mejora de todas las edades. La niñez adquiere agilidad, industria y fuerza; la juventud se forma, adquiere ideas de honor, estímulos de gloria y principios de obediencia y virtud; uno de los sexos, en medio de la decencia, y con las reglas del decoro, escoge la compañía y la dulzura de su vida, y al fin la ancianidad halla el reposo y el respeto, que debe ser la recompensa de sus largas virtudes. Así las buenas costumbres se esfuerzan con los ejemplos prácticos, y se corroboran más porque son los más repetidos. Por este orden cada uno se pone en el lugar que debe, y de este arreglo general resulta la armoniosa consonancia de que nacen la paz, el concierto y la felicidad de todos.

Pero lo que sobresalía más eran las virtudes domésticas. Mi amigo concibió desde luego que éstas son la basa de las repúblicas, y que sin ellas es una quimera buscar las otras. Con este principio tan seguro, su principal ocupación era poner en estimación y valor el amor conyugal, la fidelidad de los esposos, el amor y cuidado bien dirigido de los padres, el respeto y la obediencia de los hijos, y en fin la caridad, la paciencia, la dulzura y todas las demás virtudes de la sociedad humana que la Religión también consagra; y en poco tiempo consiguió hacer una transformación tan general y notable que presto la fama llevó nuestra reputación más allá de nuestra comarca.

Ya los mozos de los pueblos vecinos preferían las muchachas de nuestro lugar; pero éstas tenían mucha pena en dejarle. Las grandes señoras de las ciudades ricas eran muy dichosas cuando podían encontrar una criada educada en nuestro pueblo; pero eran pocas las que querían serlo. En fin bastaba ya el renombre de nuestra población para dar a cuantos eran de ella reputación de honradez y de estimación.

Mi amigo era testigo, gozaba de todo y con la felicidad que había dado era más feliz que ninguno. Cuando algunas veces le dábamos noticias, o le hacíamos mención de tantos y bien logrados frutos de su celo, él nos repondía con los ojos llenos de dulces lágrimas de su placer: Nosotros hemos plantado y regado; pero Dios es el que ha dado el incremento.

En fin yo creo que si es posible que haya un mortal dichoso en esta vida, lo era ciertamente mi amigo, que lleno del amor de Dios y del celo más vivo por la humanidad, veía tantos dichosos, de modo que reunía en su corazón la felicidad de todos. ¿Pero cuánto más puro debía ser su júbilo cuando consideraba que este bienestar que les había procurado en la tierra, los encaminaba también al cielo? Que éstas eran dichas estables, que debían pasar más allá de su vida; y dichas fecundas, que sin más límites que la duración del mundo debían producir nuevas generaciones, que todas disfrutarían de sus mismos beneficios.

El cielo le dejo gozar algún tiempo de placeres tan raros y exquisitos; pero al fin quiso recompensarle con los que no se acaban. Nosotros habíamos observado que después de algunos días se veía una sensible alteración en su salud; su semblante parecía pálido y marchito, sus facciones alteradas, sus ojos apagados y lánguidos, su apetito disminuido, y él mismo se quejaba con unas continuas vigilias y desasosiegos. Nosotros no nos atrevíamos a mostrarle nuestra inquietud, porque este hombre tan blando y tan humano para otros, era muy duro para sí mismo, y su dulzura jamás oía con desagrado sino sólo lo que podía ser cuidado o inquietud de su persona.

Por otra parte temíamos hacerle ver nuestro temor. Pero un día que con sus hijos hacíamos nuestro paseo ordinario de las tardes, y que respirábamos en un olivar el aire puro de los campos, ved, nos dijo, esos bellos olivos. Es verdad que su color es mustio y parecido al de los cipreses; pero ¡qué diferencia en los efectos! Al ciprés seco y sin fruto su tristeza y su esterilidad le han condenado a ser el símbolo de la muerte. Es el único adorno funerario que puede decorar los depósitos solitarios en que reposan las frías cenizas de

los que yacen; pero el olivo fructífero y fecundo es el símbolo de la paz, y contiene en sus ricas producciones todos los principios de la vida.

Con este motivo nos hizo según su costumbre un sublime discurso sobre el aceite, llamándole la más útil criatura de Dios. Después de habernos explicado los usos en que el hombre le convierte, tanto para su alimento como para las artes y manufacturas, nos expuso las relaciones que tiene con el cielo, las virtudes con que Dios le sanctifica, y como es el símbolo misterioso de los más elevados ejercicios de Dios.

Observad, nos decía, como con el oleo consagrado se hace el santo crisma que nos abre en el Bautismo las puertas del cielo, y nos graba con un buril indestructible el carácter indeleble de cristianos. Como por su virtud desciende a nuestras almas el Espíritu divino que corrobora nuestra fe, y nos inspira fuerza para resistir al torrente del mundo y al de nuestra propia corrupción, dándonos fuerza para superar hasta el furor de las persecuciones.

Observad que con él se comunica al Sacerdote el inefable poder con que puede derramar sobre nosotros la sangre de Jesucristo, y lavar nuestras culpas. Que con él se confiere a los Obispos el carácter eminente de Legados de Jesucristo y de Pastores de nuestras almas; y que por fin tiene la virtud de purificar nuestros miembros cuando los han profanado los pecados, de quitarles las manchas que han contraido, y de hacerles recobrar la gracia y los títulos de adopción que el Espíritu Santo les había dado en el Bautismo; y sobre todo que éste es el poster vehículo con que el alma se transporta a su patria inmortal, las últimas alas con que vuela al seno de su Criador.

Después de haber dicho muchas cosas sobre este asunto, se volvió a mí, y me dijo: Mariano, yo tengo mucho deseo de recibir con tiempo el sacramento de la Extrema Unción, porque es el último auxilio de los que se embarcan para la eternidad. Estos miembros groseros prostituidos tan largos años a la iniquidad de sus sentidos han menester recibir este último baño de la sangre del cordero. Amigo, yo reclamo tu amistad, y también interpelo tu Religión. También reclamo el amor y la ternura de mis hijos, y pido a todos que si la enfermedad entorpece mis sentidos, no me dilaten por una falsa prudencia, o por un vano terror de afligirme, este santo remedio, en que tengo mucha confianza, y que considero necesario.

Sus hijos se lo ofrecieron, y yo añadí: Para mí es muy fácil hacer lo que deseas, porque estoy persuadido de que este sacramento no sólo es útil para la salud del alma, sino que también lo es muchas veces para la del cuerpo. Así lo cree la Iglesia, y la experiencia lo acredita cada día, pues apenas se unge a los enfermos con los oleos sagrados cuando empiezan a sentirse mejores, sea que Dios aumente la virtud de los remedios, o que comunique sus luces al Médico para que los escoja con acierto. Así puedes estar seguro de que no olvidaré diligencia tan oportuna.

Mi amigo se enternecía. Pareció escuchar con satisfacción mi oferta, y la aceptó con expresiones de gratitud; pero sea que este largo y muy sentido discurso le hubiese fatigado, o que ya empezaba la enfermedad a desenrollar los síntomas que después se manifestaron, cuando dijo estas últimas palabaras, una súbita palidez había descolorido sus mejillas. Se sintió malo, y no pudiendo sostenerse en pie, se recostó sobre la tierra. Nosotros nos turbamos, y acudimos a socorrerle; pero él nos hizo señas con la mano de que le dejásemos tranquilo, y lo hicimos así sin atrevernos a decirle nada, porque conocíamos que le importunarían nuestras inquietudes.

Este silencio fue largo, porque tardó mucho en recobrarse; pero cuando pasó aquella congoja que le había oprimido, y se sintió mejor, poniéndose en su asiento nos dijo: Yo espero, amigos míos, que vosotross no seréis de aquellos que hacen un estudio de distraer a las personas que aman de la idea de la muerte. Esta fatal prudencia sólo puede ser hija de una fría amistad, o de una fe muy débil; y yo deseo que mis amigos me dejen gozar del más dulce de mis pensamientos, que es la proximidad del término de mis esperanzas.

¡Ay hijos! considerad lo infeliz que es el hombre que para no afligirse se halla reducido a la necesidad de olvidar que ya está cerca de morir! ¡Reflexionad cuán glorioso es para la Religión el que sólo en su seno la muerte sea una felicidad! Mariano, la Filosofía que ha disputado y ha intentado obscurecer todas las verdades que incomodan los vicios, debe estar desesperada de no poder negar la muerte, que es el término y castigo de todos. Si hubiera podido quitar a los hombres la idea de la muerte, mucho hubieran logrado sus esfuerzos para tranquilizar las pasiones, y para extinguir los remordimientos. Si no se hubiera visto morir a nadie, si la providencia hubiera destinado un día fijo para la muerte general de todos como le ha señalado para que todos resuciten, los sofistas hubieran pretendido que la muerte era una idea supersticiosa, como pretenden que lo es la resurrección.

Pero la incredulidad que se atreve a negar todo lo que no se ve, no puede negar lo que dice la revelación cuando la experiencia lo acredita, y es mucha desgracia suya que la falte este recurso precisamente en el punto más decisivo, en el asunto más importante, y en que desearía más nuestra corrupción que se la quitasen sus terrores. Lo peor para ella es que ella misma aumenta los horrores naturales del sepulcro, y duplica las angustias de su muerte, pues nos quita todas las esperanzas sin quitarnos ninguno de sus horrores.

Solo el buen cristiano puede consolarse con la muerte, porque sabe que nada se destruye en el espíritu que le anima, y que la muerte no hace más que dar otra forma a su existencia, que se queda lo que era, que lejos de extinguirse no hace más que transformarse, y mejorar de suerte, pasando de una vida de prueba y pasajera a otra más elevada, en que empieza una duración que nunca acaba. Por eso el cristianismo es el único que puede hallar la certitud de su eternidad en las cenizas frías de esos tenebrosos subterráneos que se tragan todas las generaciones de los hombres.

Después de este discurso, mi amigo, sintiéndose mejor, nos propuso volver a casa sin dar nueva señal de indisposición. En el camino le dije que sería bien avisar a Don Francisco para atajar o precaver cualquier riesgo. Este Don Francisco era el Médico que mi amigo había hecho venir al lugar, y que por su talento y acierto había obtenido nuestra confianza. Mi amigo me respondió : Que venga en buena hora. Yo debo y estoy pronto a hacer lo que me ordene; pero, Mariano, añadió acercándose a mí y bajando la voz, los hombres no pueden estorbar lo que el cielo dispone. Me parece que ha llegado la hora, y una voz interior me dice que ya es tiempo de ir a esperarte en la eterna mansión.

Estas palabras me hicieron estremecer, y aunque procuré disimular a causa de sus hijos, sentí que me dio un vuelco el corazón. El me las había dicho con aire tan agradable y risueño que sus hijos no pudieron comprehender nada; pero en mí, produjeron una impresión tan profunda y dolorosa que no le pude responder. La serenidad de su semblante, y la firmeza de su expresión me parecieron una prueba segura de la certeza de su presentimiento.

Don Francisco después de bien informado nos dijo que todavía no podía hacer juicio, y que para formar un concepto fundado era menester que el tiempo diese otras indicaciones; que todo aquello que habían observado podía no tener alguna consecuencia. No obstante le prescribió un régimen, que dijo

ser bueno para todos los casos, y mi amigo se sometió con docilidad; pero yo veía que esta obediencia era más virtud que esperanza, y que a pesar de las conjeturas favorables en que abundaba nuestro deseo de su recobro, mantenía imperturbable en su corazón la idea de su próximo fin. Nosotros con todo eso empezamos a esperar, porque en tres días enteros no volvió a sentir nuevo ataque ni otra flaqueza.

El mismo sintiéndose tan bueno nos propuso renovar nuestros paseos de la tarde. El Médico los aprobó diciéndole que el aire podía serle favorable, con tal de que el ejercicio fuese moderado y no largo ni violento; y con este salvoconducto, nos resolvimos a ir aquella misma tarde al cementerio. Pero me parece que hasta ahora no te he dado ninguna idea de este edificio, y te lo voy a explicar.

Cuando mi amigo vino a este lugar, y se ocupó en reedificar la Iglesia dándola la forma majestuosa y decente que tiene hoy, observó que se enterraban en ella los difuntos. A su talento tan lleno de amor de la humanidad no se podían esconder los inconvenientes de esta práctica, pues en efecto ni es prudente ni cristiano exponer a los que van a adorar al Dios de los vivos a que se contagien con los vapores de los muertos.

De acuerdo pues con el Cura y las demás autoridades públicas, determinó construir un cementerio separado adonde se pudieran transportar todos los cadáveres de la Iglesia que estaban en estado, y donde se enterrasen todos los que murieran en adelante, y también hizo levantar en él una capilla suficiente para celebrar en ella los oficios de los difuntos. Por este medio la Iglesia se conservaría pura sin recibir más incienso que el que la adoración y el amor presentan al Dios de los vivos, y en el cementerio, se podría ofrecer con los ruegos y oblaciones que se dirigen al alivio de los muertos.

Como al mismo tiempo mi amigo hacía construir al contorno del lugar una alameda o paseo público, y que al fin de éste se hallaba un baldío, le pareció escogerlo para que se fabricasen en él el cementerio, pues por este medio a la oportunidad y cercanía del sitio, podía añadir la ventaja del camino. Estando el paseo empedrado, y siempre bien conservado, ofrecía en todo tiempo un camino fácil para todos. Allí pues, y precisamente en el sitio en que la alamena se termina, para acortar en lo posible la distancia, hizo tomar las medidas, y dispuso un vasto espacio cuadrado que hizo cercar con muros elevados.

En medio hizo construir una capilla para depositar los cadáveres y celebrar en ellos los sacrificios y los oficios funerales que la Religión consagra a los que han terminado su carrera. Los cuatro ángulos espaciosos que quedaban fuera de la capilla estaban destinados para la inhumación indistinta y general de todos los vecinos. Mi amigo no quería que cuando la providencia con sus dones, y la muerte con su guadaña segadora igualan a todos los humanos, el orgullo se atreva a pasar más allá de los confines de la vida, y que pretenda poner una distinción soberbia entre cadáveres, cuyas cenizas presto serán confundidas. A la entrada hizo poner una puerta de hierro con verjas, de modo que los claros separados dejaban penetrar la vista, permitían la de la capilla que estaba enfrente, y se podían detener algunos tristes y funestos cipreses que hizo plantar al contorno de la capilla, para que con su mustia y su muda tristeza anunciasen el destino de aquel lugar.

Pero para quitar a este lúgubre recinto en cuanto era posible el austero semblante de su terrible y pavorosa imagen, y para neutralizar los mortíferos miasmas de sus vapores pútridos, hizo plantar no sólo verdes y lozanos naranjos, sino cuantas plantas y flores olorosas podían producir con sus fragancias muchas exhalaciones balsámicas. Allí estaban plantados y confundidos el romero y el espliego, el mirto y el jazmín, y hasta el encarnado clavel y la agradable rosa contribuían con sus matices y perfumes a amenizar la seria rigidez de aquel sitio.

Parecía que mi amigo había querido despojar a la muerte de una parte de sus horrores, y si los difuntos hubieran podido ver desde sus irrevocables destinos los oficios que les hacían los vivos, hubieran tal vez imaginado que se les preparaba otro paraíso. Pero no, éste era un jardín que la naturaleza quería presentar a la fe para preservarla del temor del contagio en sus ejercicios fúnebres, y al considerar la pompa y abundancia con que habían prosperado las fecundas semillas, se podía imaginar que también ellas habían querido presentar la imagen de la resurrección.

La capilla era vasta, pero simple, y de una arquitectura sólida y severa. No había más que un altar, pero era grande y serio. No había en él más que un devoto crucifijo, y en su presencia ardía sin cesar una lámpara que representaba la no interrumpida duración de la eternidad. Todos los adornos que se veían eran fúnebres y análogos al objeto de este establecimiento. En los dos ángulos de las paredes laterales se habían abierto cuatro grandes nichos en que se colocaron otros tantos esqueletos, y éstos eran las respetables reliquias de cuatro personas veneradas, célebres en su tiempo por la alta virtud que profesaron.

Entre ellos estaban los huesos de un antiguo Cura, que la devoción había separado de los otros, depositándolos en una caja que se había conservado en la Iglesia colocada en un sitio respetuoso. Mi amigo los hizo también sacar, y conservando el orden con que la naturaleza los establece en la estructura de los cuerpos, los hizo poner en uno de aquellos nichos, y lo cerró todo por delante en cumplimiento de lo dispuesto por la Iglesia. Mi amigo decía que mientras estos hombres venerables, que habían seguido sobre aquella tierra la Cruz de Jesucristo, esperaban la aprobación de la Iglesia para ser presentados al culto, podían indicar su situación para la memoria y el ejemplo, que estas imágenes despertando la idea de sus virtudes debían excitar los estímulos de su imitación, que aquellos eran los mejores libros en que podían aprender los ignorantes y los sabios, y que por lo menos no podían dejar de inspirar a los que entraban pensamientos graves y religiosos.

Sobre cada uno de estos nichos se había puesto una inscripción análoga, y en lo más alto del altar se leía en grandes letras : *Exultabunt Domino ossa humiliata*. Estos huesos ahora humillados en el polvo volverán a animarse, y se presentarán con alegría delante del Señor. En la fachada de la capilla se grabó otra, sacada de uno de los cánticos con que la Iglesia celebra la gloria de sus Mártires: *Sunt haec plena Deo pignora*. Aquí todo está lleno de Dios. Así en aquel fúnebre recinto todo era sagrado y religioso, todo conforme a las serias ideas de su objeto; y ya que no podía esconder la imagen de la muerte, a lo menos la mostraba dulce y venturosa con las sublimes esperanzas de la fe.

Desde que se acabó este edificio, se destinó un día para bendecir la nueva capilla. Se examinó si convendría trasladar a ella los despojos de la antigua Iglesia, y aunque muchos pensaron que no debínan turbarse aquellas cenizas frías, otros creyeron que sería mejor purificar por entero el lugar en que los fieles debían congregarse. Mi amigo se inclinó a este partido, porque fuera de esta razón le pareció que con este motivo podía hacer una solemnidad, que despertaría la reverencia que se debe a los muertos, y la necesidad que tienen de nuestras oraciones. Se derterminó pues el día en que se debía hacer esta traslación, y no puedo darte una idea completa de la seriedad y aspecto religioso conque se solemnizó esta pompa funeraria.

Muchos de los Curas comarcanos convidados por el nuestro contribuyeron a darla más solemnidad. La víspera se habían colocado con órden y distinción las cajas que contenían los cuerpos conocidos; y cada familia tuvo el derecho de reclamar los suyos cuando podían distinguirlos. A las ocho de la mañana empezó esta lúgubre función. La Iglesia estaba

llena, y los que podían vestidos de luto. Se dio principio por el oficio de difuntos, que el Clero, aquel día numeroso, cantó con unción y respeto. Acabado éste, el Cura del lugar y todos los otros revestidos se acercaron a las bóvedas, y entonaron los responsos. Entre tanto mi amigo, sus hijos y todas las personas principales del lugar cargaron en sus hombros las cajas de los difuntos que se debían trasladar, todos nos dirigimos al cementerio, y no es posible imaginar el respeto, la decencia y el religioso silencio de esta triste y devota función.

Se bendijo la capilla, y mientras el Clero iba a bendecir el campo santo, mi amigo y otros se ocuparon en sacar de sus cajas, y colocar en los nichos los cuatro cuerpos destinados para ellos. De modo que cuando el Clero volvió, ya estaba todo corriente, y el altar preparado para celebrar la misa de difuntos. Uno de los Curas convidados la dijo con mucha solemnidad, y el nuestro nos predicó un sermóin corto, pero muy tierno y lleno de unción. Después del sacrificio se entonó un responso general con una gravedad y reverencia difícil de encontrar en un pueblo numeroso y poco instruido.

Esta función y otras que con el mismo espíritu se habían hecho en la Iglesia, habían contribuido a dar al nuestro la idea de la modestia y respeto con que se deben santificarse los ritos religiosos. Pero desde aquel día este edificio quedó únicamente consagrado a los entierros, honras, cabos del año y todos los demás oficios funerarios. El día de difuntos se hacen en él todos los oficios del día, y por este medio la Iglesia desembarazada de toda influencia nociva ha quedado la casa de oración en que se presenta a Dios con el sacrificio de los vivos la oferta de un corazón tranquilo y sin zozobra.

Este cementerio era el término frecuente de nuestros paseos por la tarde, y es el mismo a que nos propusimos ir aquel día. En efecto fuimos, y después de haber hecho una breve oración en la capilla salimos a pasear por el campo. Mi amigo dirigiéndose a sus hijos les dijo: Hijos míos, éste es el lugar en que vuestro padre viene a meditar sobre la eternidad, para aprender la importante y difícil ciencia de morir; siempre que he podido, me he transportado aquí para preguntar a estas tumbas y a estos áridos despojos de los hombres que yacen sepultados en las entrañas de la tierra ¿cuáles son sus obscuros destinos?

Ellos me han respondido siempre que allí están aguardando el terrible momento en que la trompeta formidable les dará el aviso de que ya es tiempo de presentarse al soberano Juez; que allí aguardaban el soplo divino que los debe animar de

nuevo para unirse otra vez con sus almas en los irrevocables destinos de la eternidad. Observad cómo millares de arbustos frondosos han crecido y prosperado a pesar de tantas calaveras innobles, y cómo sus flexibles raíces dirigidas por la insensible mano del tiempo se entrelazan con tantos huesos áridos y yertos entre las cavidades que han formado.

Se diría que impaciente la naturaleza se adelanta al término que tiene señalado su autor, y quiera anticipar el milagro de la resurrección. Se diría que ansiosa de presentarnos esta idea, derrama apresurada toda la vida y calor que conserva en su seno para vivificar cuanto encierra en la tierra desanimado y frío, y que nos dice con un lenguaje mudo, pero sublime y elocuente: Todo lo que el tiempo destruye, volverá a reedificarse en la eternidad.

Hijos queridos, que entre vuestros estudios éste sea el principal de todos, y el que os ocupe con preferencia mientras durare vuestra vida. Que este lugar, que aunque triste encierra tantas instrucciones, sea vuestro más frecuente paseo, y el objeto de vuestra continua meditación. Venid a visitarle muchas veces, y siempre que vengáis hablad con estos mudos testigos de vuestra caducidad, pero también monumentos visibles de nuestras esperanzas. Rogad por los muertos que sepultados en su cerco están enseñando el camino, y pedidles que os reciban en el seno de la felicidad.

Yo os aseguro que en ninguna parte siente mi corazón tantas delicias como las que me inspira este espectáculo sombrío y taciturno. Me parece que esta inmobilidad y este silencio profundo que anuncian el imperio de la muerte, son también el majestuoso indicio, el augusto presagio del divino soplo que debe reproducir y volver a dar la vida a todos estos inanimados despojos de los hombres.

Cuanto más considero los multiplicados montones de huesos descarnados y áridos que se pudren y confunden con la tierra, cuanto más veo aumentarse su número, cuantos más cadáveres consumen los gusanos en lo interior de estas tumbas, tanto más me parece que se acerca aquel gran día en que deben animarse todos. ¡Y cuán grande me parece, hijos míos, el Dios del universo cuando le contemplo en la altura de su inaccesible trono, y que allí está como aguardando que la corrupción acabe de reducir a polvo todas las generaciones humanas para comunicar su vida y eternidad sobre todas ellas!

Mi amigo nos dijo otras muchas cosas de esta especie. Nosotros le escuchábamos con veneración. La enardecida vivacidad de sus ojos, la nobleza de su expresión, y los acentos penetrantes de su voz afectuosa daban a su tono tanta fuerza, y parecían introducir sentimientos tan sobrenaturales y divinos que sentíamos inflamar nuestras almas con su mismo fuego. Nuestra atención sumisa, y nuestro silencio reverente tenían el aire de un culto religioso; pero lo que añadía mucho a nuestra satisfacción era verle hablar con tanto vigor y entereza, pues esto nos acreditaba su robustez y el recobro de su salud.

En efecto no parecía entonces ni alteración en su semblante, ni diminución en sus fuerzas, y cuando volvimos a casa tuvimos sin novedad nuestros acostumbrados ejercicios. Al otro día no salió, porque el Médico le había ordenado ciertos remedios que produjeron los efectos deseados, de modo que el siguiente día se halló en tal estado de salud, que resolvimos ir aquella tarde otra vez al cementerio. Yo empezaba a lisonjearme con la esperanza de que no sería cierto su presentimiento, y daba gracias a Dios de que nos dejase todavía un hombre que era tan útil para nuestra edificación, y tan necesario para el establecimiento de sus hijos.

Llegó pues la hora y nos encaminamos al cementerio. Pero ¡ay! este melancólico paseo tan delicioso entonces para mi amigo, y de tanto consuelo para nosotros, era el último que Dios concedía a nuestros ruegos. Desde que llegamos, mi amigo se puso de rodillas delante del altar, y más de una hora se mantuvo postrado en la inmovilidad de un grave y profundo recogimiento. Su semblante estaba inflamado, y sus ojos inundados de lágrimas. Su hijo mayor que estaba por detrás y cerca de él, volviéndose a mí, me significó su extrañeza y su inquietud, y animado con la mía se levantó y dijo a su padre que ya era demasiado estar tan largo tiempo de rodillas, y que esto le podía incomodar.

Mi amigo volvió en sí como si despertara de un sueño, y sentándose le dijo: Hijo mío, tú me arrancas de una satisfacción, una dulzura con la que no puede compararse nada de lo que se llama placer en este vida. Estaba meditando estas palabras de Job: *Yo sé que mi Redentor vive, y que en el último de los días me levantaré de la tierra para ver a mi Dios con los mismos ojos con que ahora veo lo que está delante de mí*. Esta es la dulce esperanza que consuela mi corazón. ¡Dios grande! añadió, ¿cómo una Religión santa que nos promete tan altos dones ha podido tener ningún enemigo de su verdad y sus promesas? Después nos hizo sobre el mismo asunto muchas reflexiones tan justas

como luminosas, y yo no cesaba de levantar mi corazón al cielo para darle las gracias de su recobro.

Pero no fue de larga duración nuestro consuelo, pues aunque después de llegar a casa pasó algún tiempo sin novedad, cuando llegó la hora de los ejercicios devotos de la noche, y que uno de sus hijos se preparaba a empezar la acostumbrada lectura, mi amigo con un movimiento extraordinario gritó: Misericordia, Dios mío. Corrimos a socorrerle, y ya le hallamos sin razón ni sentido. Su letargo era profundo, y yo temía que fuese precursor de la muerte. El Médico vino apresurado, y a pesar de sus esfuerzos no pudo hacerle volver en sí. Más de dos horas duró esta tan entera enajenación, hasta que Dios quiso que poco a poco volviese a la vida, y recobrase el uso de sus sentidos.

Cuando ya estuvo capaz de ver y discernir los objetos, derramó la vista sucesivamente sobre sus hijos y los demás que rodeábamos su lecho, adonde le habíamos transportado. Sus hijos que hasta entonces no habían dejado de llorar no pudieron contenerse, y prorrumpieron en sollozos; pero mi amigo levantando un poco la cabeza, y ostentando en el semblante aquella seria dignidad que le era tan natural, me dijo: ¡Qué, Mariano! ¿éste es el fruto de la educación cristiana que les hemos procurado dar?

Después volviéndose a ellos les tomó las manos, y con una voz dulce y enternecida les dijo: Hijos míos, hijos de mi corazón, ¿no queréis que beba el cáliz que el Señor me envía? Y con esto se volvieron a renovar sus lamentos y nuestras lágrimas. El Médico nos dijo que era menester calmar la viveza de nuestros sentimientos que podían incomodarle. Con esto hicimos salir a sus hijos y los demás. El Médico y yo quedamos solos, y en un silencio profundo para procurarle algún reposo, y en efecto poco después le vimos alentar con la dulce respiración de los que duermen.

El Médico se acercó al lecho para examinarle, y me aseguró que era un sueño blando y apacible. Se determinó a pasar allí la noche para observarle, y estar pronto cuando despertara. Yo fui a hacer acostar a los hijos, y volví con el fin de hacerle compañía. El sueño del enfermo duró hasta las cuatro de la mañana. Cuando despertó, pareció sorprendido de encontrarnos allí, y nos preguntó la hora; se la dijimos, y nos manifestó alguna pena de habernos hecho pasar tan mala noche, añadiendo que todavía no le parecía tan urgente este cuidado.

El Médico se informó de lo que había sentido interiormente en aquellos dos ataques, y le respondió que uno y otro no habían traido ninguna preparación antecedente, y que ambos habían sido golpes súbitos. Que la única sensación de que le quedaba alguna idea era como que sentía alguna cosa que le quería sofocar. Que en el primero, había sentido este efecto más tiempo porque no había perdido la razón, y había luchado contra su violencia; pero que el segundo, aunque más fuerte, lo había sentido menos, porque se había enajenado, y no podía dar razón de sí. Me parece, continuó, que tengo un enemigo interior que va adquiriendo fuerzas y desenvolviendo progresivamente su violencia; pues la primera vez me dejó libre el uso de los sentidos, y en la segunda me los ha quitado. En verdad, añadió sonriendo, que si va con pasos tan largos, presto llegará al término.

El Médico le ordenó algunos remedios, que tomó con docilidad, y parecía tan bueno y despejado como si no hubiera tenido nada; pero esta mejoría pasajera no me tranquilizaba ya, pues la experiencia ma había hecho ver que su mal era pérfido y traidor. A las seis dijo mi amigo que deseaba levantarse, y que le parecía que estaría mejor en pie que acostado. El Médico respondió que no veía ningún inconveniente, y que por el contrario pensaba que la sangre circularía mejor. Nos pasamos a la pieza inmediata para darle lugar de vestirse, y yo me aproveché de esta oportunidad para buscar algún sosiego a mi inquietud.

Pregunté pues al Médico qué juicio formaba de aquella enfermedad, y con los ojos llenos de lágrimas, me respondió que era un polipo en el corazón. ¿Y qué, le dije yo, no hay remedio? No, me volvió a decir. La medicina no le conoce, y cuando le hubiera, ¿cómo sería posible aplicarle a lo más íntimo y escondido del pecho? Estas son entumecencias que se forman en sus interiores cavidades. Estas se llenan continuamente con el humor que cae en ellas; cuando cae tanto que ya no pueden contenerle, revientan, y al reventar, producen estas súbitas explosiones que causan estos desmayos y enajenaciones. Si la naturaleza tiene bastante fuerza para resistir a su violencia, pasan y el enfermo se halla tan bueno como si no tuviera nada.

Pero la desgracia es que mientras goza de esta aparente salud, las cavidades vuelven a llenarse, y sigue alternando esta lucha de ataques y victorias hasta que llega una tan violenta a que la naturaleza cede, y la muerte triunfa. Como nadie puede saber el grado de fuerza que trae cada ataque, nadie puede tampoco conjeturar cuál será el último. En general, pocos suelen bastar para el estrago, y los de nuestro enfermo han empezado con tanta violencia que temo que no pueda sufrir muchos. Ya no hay momento seguro, cada

instante es un peligro, y es indispensable manifestarle el riesgo para que tome sus disposiciones.

Mientras el Médico hablaba, un sudor frío me cubría todo el cuerpo, y con una vista rápida se me presentaron la pérdida que íbamos a hacer, y los embarazos en que yo quedaba con su casa y sus hijos. Levanté mi corazón a Dios, y sin saber lo que hacía, me puse de rodillas para presentarle mi humilde sumisión. Allí le ofrecí el sacrificio de la vida de mi amigo, uniéndole con el de nuestro Redentor, y pidiéndole que aceptase también el mío. En esto nos vinieron a avisar que ya estaba levantado, y nos esperaba; le encontramos vestido, y me dijo al entrar: Apuesto que nuestro Don Francisco te ha explicado el juicio que forma de mis accidentes.

Sí, le respondí yo, y me ha hablado con la sinceridad de un hombre de bien. Entonces le repetí todo lo que me había dicho, sin exagerar ni disminuir nada. Mi amigo lo escuchó con un semblante plácido y sereno; pero cuando acabó de oirme, animándose la alegría de sus ojos, y la sonrisa de sus labios, extendió los brazos, y presentándonos sus manos que nosotros enlazamos con las nuestras, exclamó: Ve aquí dos buenos cristianos, dos amigos verdaderos: que el cielo que me los ha dado, les depare otros tan sinceros y fieles. Después, haciéndonos sentar, continuó diciéndonos: Amigos, no me decís nada de nuevo, nada que yo sepa. Días ha que conozco que se acerca el término de mi vida, y ya se la he ofrecido a Dios en sacrificio de expiación por mis pecados.

No ignoro que la muerte es el castigo del pecado, y el que ha cometido tantos como yo debe aceptarla con espíritu de penitencia para obtener su perdón. Amigos, cuando yo considero lo horrendo que es caer en manos del Dios vivo cuando no ha habido tiempo de purificarse de sus iniquidades y delitos, cuando me acuerdo que pude morir de repente, y sin un momento de separación entre la violación de la Ley y la presencia del Juez supremo, me confundo, me abato y me horrorizo; y cuando considero que he pasado muchos años de mi vida culpable expuesto cada instante a este peligro, me estremezco de terror, y doy gracias al Dios de las misericordias de que no me haya querido sorprehender en un tiempo en que mi perdición eterna era inevitable, y de que se ha dignado esperarme, y darme luces para reclamar su bondad por los méritos de nuestro Salvador.

No nos aflijamos pues; y que las luminosas ideas de la fe sean más fuertes en nuestro corazón que los sentimientos naturales de la flaqueza humana. Dios me llama, y debo responderle como Adán: Aquí estoy. Mis delitos debieran

aterrarme; pero su misericordia me alienta, y a pesar del largo desorden de mi vida, iré con confianza a presentarme delante de un padre amoroso que me ha dado el tiempo y los medios de lavarme con las aguas de la penitencia, que se ha dignado admitirme a su mesa sagrada, y que ahora mismo me va a repartir el pan del cielo que comunica la inmortalidad.

Armado con estas armas, lavado con la sangre del cordero, y cargado con todos los méritos de Jesucristo que no los adquirió sino para mí, pues para sí no los necesitaba, ¿por qué no me arrojaré con alegría entre los brazos de un Dios de amor que me llama, y que desea más que yo mismo darme una parte de los tesoros de su gloria? ¿Qué es lo que pierdo? Una vida ya cansada, que mi perversidad hizo delincuente muchos años, que sus luces y auxilios reformaron algunos días, y que siempre estaba cercada de peligros.

Ahora pues es cuando voy a empezar una vida de gloria que nunca acabará; ahora es cuando ya llega el día de la esperanza, y que iré a ver a mi Dios. Sí, yo iré a verle. Su infinita bondad me inspira esta confianza, y los méritos de mi Redentor me dan el derecho. Jesucristo crucificado pagó todas mis deudas con sus divinas satisfacciones, y éstos son mis títulos. Los Angeles y demás Bienaventurados si han tenido noticia de mis muchos y grandes atentados se sorprehenderán de verme entrar en las mansiones celestiales, de saber que voy a ser el compañero de sus dichas, y a entonar con ellos los cánticos del gozo y del amor. Pero esto solo acabará de hacerles conocer la inmensa bondad de nuestro Dios, les hará ver hasta dónde llega la extensión de su misericordia, y les hará inventar nuevos himnos de admiración para cantar su gloria.

Aquí las lágrimas que hasta entonces sólo le asomaban en los ojos, atropellándose en tumulto, se desataron en raudales caudalosos. Se pone de rodillas, besa la tierra, y con voz más esforzada dice: Sí, Dios de bondad, Dios de misericordias, que has tratado con piedad tan divina a la más perversa de tus criaturas, yo acepto con todo mi corazón la muerte que me envías. *Ita Pater:* sea así, Padre universal de todos los hombres; pues así lo dispones, hágase tu voluntad. Acepto la muerte en espíritu de penitencia, porque es el castigo que impusiste al pecado; pero junto la mía con la muerte de tu hijo divino, para que pueda servir de expiación a mis muchos y enormes delitos.

Hágase tu voluntad, porque es tuya; hágase, porque siendo tuya me será favorable. Espero que has perdonado mis iniquidades, y que a pesar de su innumerable muchedumbre me recibirás en el seno paterno de que me sacaste; porque tú

eres más bueno que lo que yo he podido ser malo; porque tu misericordia es mayor que mi perversidad; porque reclamo en mi favor los méritos de Jesucristo, que son míos, pues me los cedió en la Cruz, y dejó pagados todos mis delitos con sus infinitas satisfacciones; porque no desprecia un corazón contrito y humillado; y en fin porque pues moriste para redimirme, tú me ayudarás para salvarme.

Esta oración fue articulada con tanto llanto y afectos tan sentidos que nosotros nos deshacíamos en lágrimas. El Médico temiendo que tan impetuosa efusión de sentimientos apresurase los síntomas del mal, se acercó a él, y tomándole por la mano como para ayudarle a levantar le dijo: Sosegaos, señor: ya Dios os ha escuchado, y por ahora necesitáis de reposo. Mi amigo se levantó, pero continuó diciéndonos otras cosas de la misma especie.

Cuando logramos que calmara un poco los impetuosos ardores de conmoción tan viva, me dijo: Mariano, pues que cada instante es un peligro, no perdonamos ninguno. Avisa al Cura para que venga a confesarme. Yo le pediré que me traiga inmediatamente el viático de mi largo viaje, y que no olvide el oleo sagrado que debe ungir las ruedas del carro que debe conducirme. El Cura había sido su Confesor ordinario desde que se estableció en esta población. Antes de venir éste, pregunté a mi amigo si le recibiría en pie, y él me respondió que una vez que la enfermedad lo permitía, esto le parecía más decente.

Entonces reflexioné que era menester preparar un altar para recibir al Señor, y que si se sabía que era para mi amigo, querría acompañarle mucha gente. Con esta idea le propuse que podíamos preparar el altar en el gimnasio. Esta era una grande sala baja consagrada a los ejercicios de los niños en los momentos de su recreación cuando el tiempo era húmedo o lluvioso, y por su mucha extensión daba lugar a un gran concurso. Mi amigo lo aprobó, y yo salí a ponerlo en ejecución.

Mientras el Cura quedó solo con mi amigo para confesarle, yo me ocupé en ponerlo todo corriente, y apenas salió aquel para volver con el sagrado viático, cuando mi amigo me llamó, y me dijo: Yo no quisiera ver a mis hijos en este momento en que su presencia puede conmover mucho mi sensibilidad, y quisiera emplear todas las facultades de mi alma únicamente en la visita que voy a recibir. Te ruego, Mariano, que los lleves a la Iglesia para que acompañen al Señor de ida y vuelta, y que los prepares a someterse a las

órdenes de la providencia con la resignación y la entereza de un cristiano.

Yo le propuse quedarme para asistirle; pero él me respondió: No, para esto bastan los criados, y lo que yo pido ahora a tu amistad es que no ocupes tu atención más que en mis pobres hijos. Yo le obedecí, hice cuanto pude para que recibieran noticia tan dolorosa con la constancia y resignación cristiana; pero no me costó poco tiempo y esfuerzo para ponerlos en estado de que me acompañasen a la Iglesia. Allí encontramos ya un concurso inmenso, porque desde que sonó la campana con señal de viático se propagó en un instante que era para mi amigo, y hubo una grande turbación en el pueblo.

Muchos que ni siquiera sabían la enfermedad se sorprendieron de que la primera nueva que llegaba a sus oidos fuese lo que suele ser lo último que se sabe, y todos parecían tan atónitos como consternados. Venían a mí con semblantes macilentos y descoloridos a preguntarme de la enfermedad y del estado del enfermo; y cuando yo les confesaba la ninguna esperanza de su recobro prorrumpían en llanto, y gritaban al cielo con el acento del dolor más vivo. No se veía más que un triste y desconsolado movimiento; no se oían más que los acentos del suspiro, y los gemidos del afán. Esta escena fue muy terrible para mí, y acabó de destrozarme el corazón.

En fin salió el Cura conduciendo al Señor, y todos se pusieron en fila para acompañarle, formando una procesión tan numerosa, que casi ocupaba el espacio que hay de la Iglesia a la casa. Jamás hubo una reunión tan fervorosa y tan devota, jamás se ha implorado al cielo más de veras. Pero cuál fue el asombro del mismo pueblo, que esperaba encontrar al enfermo como sucede por lo común recostado en su lecho, cuando le vio postrado en la puerta de la sala que puesto a un lado y dejando la entrada libre, esperaba de rodillas al Dios que por la última vez venía a visitarle.

La sorpresa y el dolor, a pesar de la reverencia que se debe al culto, excitaron un grito casi general. Los unos lo mostraban a los otros; todos se afligían, todos se consolaban sin poder discernir entre sus confusos sentimientos si debían afligirse de saber que iba a recibir los últimos sacramentos, o si debían consolarse al verle en un estado que parecía tan lejos de peligro.

Cuando entraron a la casa, y vieron a mi amigo arrodillado, se oyó que todos sin distinción, viejos, mozos y niños le dirigían en voz baja aquellas expresiones afectuosas que les

arrancaba el dolor. Unos decían: Que Dios conserve a nuestro padre; otros: Que Dios prolongue con mi vida la de nuestro bienhechor; y todos: Que Dios tenga misericordia de nosotros; pero mi amigo inmóvil, y con la vista siempre fija en su Dios parecía no tenía sentidos para advertir las demostraciones y los discursos de los hombres.

Luego que el Señor pasó se levantó, y se puso a seguirle. Cuando el Cura le puso sobre el altar, mi amigo se postró allí delante; pero ¡quién podrá, Antonio mío, describir esta tierna y sublime situación! ¡Cuán luminosa era a los ojos de la fe, y cuán agradabla debía ser a los espíritus inmortales que veían en la tierra una imagen de sus adoraciones en el cielo! ¡Cuánto debía complacerles un pueblo religioso, que humillado en presencia de su Dios le pedía con fervor la conservación de un hombre benéfico, y que en las mismas oraciones que hacía, ejercía las virtudes de la caridad y de la gratitud!

!Cuán agradable debía serles el esfuerzo Religión, que a pesar de la actividad de su dolor y de la abundancia de sus lágrimas, contenía el ímpetu de sus sollozos y alaridos, para no interrumpir el respetuoso silencio que debe la fe a la majestad de tan alto misterio! Pero ¡cuánto mayor debía ser su placer cuando veían al penitente ya justificado, que lleno de sumisión y de amor estaba haciendo a Dios el sacrificio de su vida, que esperaba recibirle para volar con él al seno de su gloria, y que presto sería el compañero de sus delicias inefables!

En cuanto a mí, Antonio, ya me parecía verle rodeado del glorioso resplandor de que ahora goza; ya creía descubrir en su semblante el augusto carácter de predestinado; y en efecto en su rostro se manifestaba toda la firmeza de su fe, en la actividad de sus ojos todas las llamas de su amor, en su solicitud fervorosa todas las ansias de su corazón, y en la dulzura y nobleza de su fisionomía todo el consuelo de sus felices esperanzas. Yo no puedo resistir, amigo, a la impresión que me han dejado recuerdos tan dulces como tristes; mis ojos se deshacen en llanto, y mi corazón no basta a soportar sentimientos tan vivos. Que él me obtenga la dicha de llevarme cuanto antes a las mansiones en que habita.

Cuando se acabó esta función divina en que también recibió todos los demás auxilios de la Iglesia, todos volvimos a acompañar al señor, y él quedó sumergido en su profundo recogimiento; y desde que dimos fin a lo que exigía nuestra reverencia, volvió a empezar un nuevo clamor con que se desahogaba la inquietud general. Todos me cercaban para

informarse de mí. Todos trabajaban para arrancarme una esperanza, que no les podía dar. Muchos ofrecían misas, penitencias y oraciones muy vivas, y ninguno dejaba de mostrar toda la amargura de su pena. Me costó tiempo y trabajo poder desembarazarme de una solicitud tan tierna como interesante; pero deseaba volverme presto para continuar mis oficios piadosos con mi amigo.

También deseaba aprovecharme de un momento de soledad para volver a inculcar a mis jóvenes discípulos las máximas cristianas, a fin de fortalecerlos contra el natural dolor de su corazón, y que su justa sensibilidad no turbase los últimos suspiros de su padre. Por eso cuando volví con ellos a la casa, antes que le viesen, los lleve a mi cuarto, tanto porque yo no me atrevía a presentarlos sin su orden, como para que cuando éste viniese, se hallasen ya preparados para trance tan amargo.

En efecto cuando fue tiempo, pasé con ellos al cuarto de mi amigo. Allí encontramos diferentes personas que habían venido a verle, y todos para consolarle le contaban las demostraciones públicas de dolor, y la consternación general de todo el pueblo. Mi amigo para cortar discursos que podían lisonjar su vanidad o amor propio respondía humildemente: Es misericordia de Dios que no me hayan conocido antes, para que puedan dignarse de verme ahora con algún interés.

Pero al instante que quedamos solos, llamó a un criado y le dijo: Yo no quiero consumir la poca vida que me queda en visitas inútiles. Así que en adelante no entren a mi cuarto más que el señor Cura, el Médico, Mariano y mis hijos. Pero para que puedan saber de mi estado los que se interesan en mi salud, Don Francisco se servirá dar todos los días una noticia por escrito, que podrán leer los que lo desearen; y que se pida en mi nombre que me encomienden a Dios. Cuando se fue el criado, añadió: Ya no hay momento que desperdiciar, todo el tiempo es ya necesario para despedirme de los míos y prepararme a entrar en los insondables abismos de la eternidad.

Después volviéndose a sus hijos con un semblante risueño y agradable les dijo: ¡Hijos míos! ¡hijos queridos! Dios concede una muerte muy dulce al hombre que más ha merecido los castigos de su justicia inexorable. ¡Tiernos pedazos de mi corazón! no os aflijáis, no lloréis por mí. Mi alma está nadando en un mar de alegría, y llena de esperanza y consuelo aguarda el momento en que su Criador se la lleve, y la sumerja en la indisoluble y deliciosa unión que Jesucristo ha prometido a los que le adoran. Llorad, hijos

míos, por los infelices que mueren sin haber conocido la excelencia y divinidad de nuestra santa Religión.

Pensad bien, considerad y nunca olvidéis estas sublimes palabras, que nuestro Salvador nos dejo escritas: El que vive y cree en mí no morirá jamás. Esta promesa divina está resonando ahora en lo más íntimo de mi corazón, y cuanto más me acerco al término de mis alientos, tanto más mi espíritu se avanza, inclinándose hacia los brazos del Padre celestial, que quiere recibirme en la perpetuidad de la divina luz. Todas mis potencias embargadas con un dulce embeleso meditan estas palabras de los oráculos divinos: Ya tu Dios va a introducirte en su eterno reposo; ya va a penetrar toda tu alma de todos sus resplandores, y un día sacará también tus huesos de la obscuridad, para que reverbere sobre ellos el inmenso resplandor de su gloria. ¡Qué esperanzas, hijos míos! ¿Quién puede meditarlas sin desfallecer de admiración y de amor?

Pues bien, hijos queridos, estas palabras de tan gran consuelo han sido dictadas por Dios mismo, y hacen parte del cántico sagrado que la Iglesia consagra a los que mueren en su seno; estas palabras divinas van a cantarse presto sobre mi yerto cadáver cuando será conducido al cementerio. Vos las escucharéis, hijos míos, y os pido que las escuchéis con mucha atención, consuelo y reverencia, cuando las canten sobre mí. Considerad entonces que si ya no veis sobre la tierra más que un cuerpo exánime, una ceniza fría, es porque mi espíritu ha volado al seno de su Dios, y que si el Señor me ha perdonado, ya goza con los Bienaventurados de toda la felicidad del cielo.

Que esta consideración, amados hijos, endulce la amargura del dolor natural, y con ella mi muerte, lejos de afligiros pueda consolaros; que la verdad de la Religión supere a la ilusión de los sentidos, y que la fe sea más fuerte que la naturaleza. Si yo no consultara más que las reglas de la prudencia humana, debiera excusar a vuestra edad joven, y a vuestro tierno corazón esta triste escena de dolor; pero vosotros habéis recibido una educación cristiana, y sabéis que el hombre ha nacido para sufrir y resignarse. Debéis estar prontos a someteros a todas las disposiciones del cielo, y es bueno que os familiaricéis desde luego con la vista y la imagen de la muerte. La muerte no puede ser terrible y pavorosa sino a los que abandonan la virtud, y también sorprende a la edad juvenil.

Yo quisiera dejaros establecidos, y ya rodeados no sólo de dos esposas virtuosas sino de los hijos de vuestros hijos; pero como sé que Dios es nuestro Padre, y el más amoroso de

los padres, y que sabe mejor lo que nos conviene a todos, hago acallar este grito de la naturaleza, y me arrojo rendido entre los brazos de su providencia. Demasiadas pruebas me ha dado de su protección para entregarme a ella lleno de confianza. Y ¿cuál puede ser mayor que la que me presenta en este lance?

Discurrid, hijos míos, cuál sería mi desconsuelo si ahora que la muerte va a separarme de vosotros, en la edad en que empiezan los peligros, y cuando vuestra razón sin experiencia necesita todavía de una guía que os dirija, de un padre que os instruya, y de un amigo que os sostenga, el cielo no me hubiera deparado un sucesor que llena todos mis deseos, un sucesor que ha hecho con vosotros los oficios de padre mejor que yo mismo, y sobre cuyo buen corazón reposa el mío con descanso.

Ya sabéis, hijos míos, que desde que el cielo le condujo a nosotros, yo le traspasé todos los derechos de la naturaleza. Habéis visto el amor, el desvelo y la atención con que los ha desempeñado. ¿Cómo no creeré pues que continue, y con mayor esfuerzo, si es posible, ahora que no los tiene de mí sino del cielo? Sí, hijos míos, Dios que con mi muerte os priva de la asistencia que yo os debía, la suple con la suya, y caracteriza su vocación. La transmite con los derechos de padre los afanes de este sagrado título; pero a vosotros os impone también obediencia, amor y respeto. Obedecedle pues hijos míos; miradle como vuestro Angel tutelar sobre la tierra, o para decirlo mejor, como la imagen de Dios, pues va a ocupar su lugar, y hablaros en su nombre.

Venid pues, hijos queridos, añadió poniéndose en pie, venid y abrazad a vuestro tierno padre: ven, Félix mío; ven, amado Paulino, venid y dejadme gozar de este último y dulce momento que todavía concede el cielo a mi ternura. Mi dolor fuera inconsolable si no le templara la esperanza de que un día nos juntaremos en el cielo. Bendigo mil veces al Señor de haberme dado dos hijos excelentes que han sido todo el consuelo de mi vida, y que un día vendrán a entonar conmigo las alabanzas de nuestro Criador. Que la inmensa y paternal majestad divina os cubra con sus alas protectoras, y que su infinito amor vele sobre vosotros, para conservar la pureza de vuestro corazón. ¡Dios de misericordia! arrancadles la vida antes que se altere su inocencia.

Después viniendo a mí con cada uno de sus hijos por la mano, y haciendo el ademán de arrojarlos entre mis brazos, con voz más esforzada me dijo: Mariano, ve aquí tus hijos. Hijos, ved aquí vuestro padre. Yo, atónito, confuso y anegado en mi

llanto no podía articular palabra, ni pude atinar a otra cosa que arrojarme a sus pies. Sus hijos hicieron lo mismo, y todos le abrazábamos las rodillas. El nos enlazaba entre sus brazos, y decía: Mariano, recíbelos en nombre de Dios. No te separes nunca de ellos; que la muerte sola pueda dividiros. Dame esta palabra: yo la necesito para morir tranquilo.

Esta situación era terrible, no había corazón para poderla resistir; pero lo que más me afligía era que impresiones tan vivas, y de sensibilidad tan extremada no podían dejar de conmoverle demasiado, y apresurar quizá los insultos de su mal. Así, haciendo un esfuerzo, me levanté y a pesar de mi llanto procuré dar fuerza a mi voz, y le dije: Sí, amigo, yo te lo prometo. Nunca ni nada podrá separarme de tus hijos. Yo les consagro en nombre de ese Dios que me los envía por tu mano hasta el poster aliento de mi vida; pero ahora cuida de la tuya. Estos movimientos tan vivos pueden serte perjudiciales. Tú debes a Dios, a nosotros, y a tí mismo no apresurar el momento de la providencia. Y tomándole por la mano le llevé a su asiento.

Después que procuré calmar la agitación de su espíritu con algunos minutos de reposo, se volvió hacia nosotros, y con tono ya sosegado y apacible nos dijo: Yo necesitaba de esta efusión de mi alma para desahogar mi corazón y asegurar mis inquietudes; pero ahora que la naturaleza y el amor paternal se han satisfecho, ahora que la única duda que me afligía se ha disipado, ya no me queda que desear, y voy a aguardar tranquilo la hora del Señor. Volviéndose a sus hijos los hizo poner entre sus brazos, los besó con ternura, y con una voz dulce y sosegada les dijo: Hijos míos, hijos que Dios me ha dado en su misericordia, grabad bien en vuestro corazón los últimos consejos que os da un padre que os ama tiernamente, y que va a morir.

Yo tengo hecho mi testamento, y en él os instituyo mis herederos por partes iguales. Vos sois igualmente dignos, vos me habéis amado y obedecido igualmente, y no pudiera yo sin injusticia preferir a ninguno. No aspiréis a ser más ricos: ya lo sois bastante, y si lo fuerais menos, quizá quedaríais mejor. La mayor riqueza es la moderación; pero pues Dios os ha dado estos bienes, contentaos con ellos, haced buen uso, y procurad solamente conservarlos y cultivarlos para poder hacer más bien.

Seguid el destino o la vocación que el Señor os inspire; pero si su providencia no se explica con señales particulares que vuestro corazón entienda, tened por cierto que ya os ha descubierto su voluntad con el nacimiento que

os dio, y las circunstancias en que os ha puesto. Estimad la vida del campo, y preferidla porque es la más simple, la más conforme a la naturaleza y a los designios de Dios, y la que os puede alejar menos de los caminos del cielo: lejos de la ambición, del fausto y de lo que fomenta las pasiones, las costumbres son más puras, los deseos menos vivos, y los peligros no son tantos.

Amaos siempre sin que nada pueda alterar la unión de vuestras almas. Si nuestra Religión nos manda amar a todos los hombres, si la naturaleza nos estimula a amar nuestros amigos ¿cuánto más debemos amar a los que vienen destinados por el cielo para serlo? Dios y la naturaleza constituyen como amigos naturales a los parientes, y mucho más a los hermanos. Y si hay muchos que no lo son, es porque las pasiones han superado y corrompido esta innata propensión de los corazones. Pero en una Religión que toda es amor, en una Ley que conserva la paz y la unión, no sólo entre los extraños sino también entre los enemigos porque la caridad nos obliga a ceder a todos, ¿cómo es posible que ningún interés pueda separar a dos hermanos? Sólo el vicio pudiera tener esta fuerza, y yo espero que jamás habitará este monstruo con vosotros.

Si vuestro corazón se inclina al matrimonio, escoged una mujer modesta, dulce y educada con las máximas de la Religión. No la busquéis rica: vosotros sois bastante ricos para que ellas os deban su fortuna, y tratad de vivir todos juntos para sosteneros recíprocamente en los sucesos y adversidades de la vida, y para animaros unos a otros con el buen ejemplo. Esta casa es suficiente para todos. Que vuestro corazón escoja la mujer digna y honesta con quien pueda enlazar toda la cadena de sus días; pero que vuestro corazón no sea el único arbitrio de la elección, sino que también consulte a la razón, que ésta se conforme con la del otro hermano, y también con la del amigo que queda en mi lugar.

Aquí, hijos míos, interpelo todo el amor y cariño que me debéis, y si es necesario interpongo todo el respeto y autoridad de un padre para pediros y mandaros, que me deis ahora la palabra de que no tomaréis ningún empeño indisoluble, ni daréis la mano a ninguna mujer, sin que el otro hermano lo apruebe, y sin el consentimiento de Mariano. Sus dos hijos inundados en lágrimas se lo prometieron, y mi amigo después de haberlos abrazado de nuevo, sosegando aquel movimiento de sensibilidad, les volvió a decir:

Haced gloria de ser cristianos. Estimad este título como el más alto y glorioso de todos. En ningún caso, concurso o

circunstancia os avergoncéis de seguir el Evangelio; y tened presentes estas terribles palabras del Hombre Dios: Yo no reconoceré delante de mi Padre al que no me reconociere delante de los hombres.

Sobre todo, hijos míos, amad al divino Jesús con todas las fuerzas de vuestro corazón, y para esto no necesitáis de otra cosa que de conocerle bien. Leed y guardad continuamente su Evangelio. Leedle para adorar y amar a su divino autor. Meditadle para practicarle con más exactitud. Empapaos en todas sus máximas. Penetrad vuestro corazón de sus palabras y de su espíritu para conformar a él todas vuestras acciones y discursos. Considerad toda la vida de Jesús, y tenedle presente siempre. Llevadle delante de los ojos, y en todas las ocasiones dudosas preguntaos a vos mismo: ¿Qué es lo que en este caso hubiera hecho Jesucristo? El mismo nos ha dicho: Que el que le sigue no anda en tinieblas.

Amadle pues cuanto podéis amar. Amadle por sí mismo, y porque es el único objeto digno de vuestro amor. Amad después todo lo que él amó, y porque nos lo manda amar. Cuantas criaturas existen son suyas. Por él debemos amarlas todas, pero amándole a él sobre ellas. No aborrezcáis sino lo que él aborreció. Que esta vil pasión del odio tan atrozmente tirana, que empieza por devorar al mismo que la tiene, no se introduzca jamás en vuestros pechos sino contra los vicios, y nunca contra las personas; y tened presente que Jesucristo quiso que su Religión se distinga y se caracterice por el recíproco amor de los cristianos.

Después de Jesucristo lo que debéis amar más es a su digna Madre, porque es lo que Jesucristo ama más. María fue escogida para tan alta dignidad como ser Madre de Dios, porque fue la más perfecta de la criaturas que han salido y saldrán de sus divinas manos. También la constituyó madre nuestra, y por eso debemos tener mucha confianza en su poderosa intercesión. Dirigidla todos los días vuestros ruegos, y sabed que la esperanza que pongo en esta madre de misericordia, es en este momento el mayor consuelo de mis justos temores.

Escoged algunos Santos, según os inspire la devoción, para que sean vuestros abogados en el cielo; pero en cuanto a vuestros Angeles Custodios no hay que escoger. Dios los escogió para vosotros. Estos son los tutelares y los amigos íntimos que os dio. Vosotros les debéis mucha reverencia, y podéis dirigiros a ellos en vuestras necesidades con confianza. Yo os aconsejo también mucha devoción a San

Josef, esposo de María, que tiene títulos muy altos en el cielo.

No temáis en esta vida más que a Dios, porque él sólo nos puede castigar con males que no tienen fin. Los hombres no pueden haceros mal sino con su permiso. Los males que nos hacen son pasajeros, y nosotros con la paciencia y el perdón podemos transformarlos en bienes.

La tierra es una mansión de destierro, un lugar de prueba, y un valle de lágrimas. Así tened por cierto que no os faltarán tribulaciones, tentaciones y congojas. Esta es la suerte de la condición humana y pena del pecado. Por otra parte, Jesucristo mismo anunció a la virtud que sería perseguida; pero también nos dejó en su Religión socorros con que nos podemos defender.

Por eso el que vive de la fe no teme más que a Dios, y está preparado a todos los males que le pueden venir de los hombres. Si la persecución que sufre es justa, la mira como pena de su culpa, y procura convertirla en expiación. Considera que los hombres no son más que instrumentos de que Dios en su misericordia se sirve para castigarle en esta vida. Le da gracias, excusa a los hombres, los perdona, pide por ellos, y procura aplacar al autor de la justicia.

Si la persecución es injusta, compadece a los malvados, se acuerda de sus propios errores, y ruega a Dios que los alumbre como a él en su ceguedad. Piensa que Dios le prueba, y esfuerza su fidelidad para aprovecharse de sus frutos.

Las tribulaciones no le abaten, porque sabe que no pueden ser más que momentáneas y leves; que producen un peso inmenso de su gloria, y que las mayores no tienen proporción con los premios inmortales que le aguardan.

Las tentaciones no le turban, porque sabe que Dios es fiel, y que nos envía los socorros proporcionados a los peligros. En sus necesitades temporales no se inquieta. Después de hacer todo lo que la prudencia le aconseja, se abandona confiado a la providencia de un Padre tan amante como magnífico, cuya atención se extiende hasta el más débil pajarillo.

En sus dudas recurre al Evangelio, levanta los ojos con recta intención a Jesús su modelo, y recibe toda la luz que necesita para decidirse sin temor. La muerte no le asusta,

porque sabe que es el término de la prueba, el principio de una vida que no se acaba, y que con ella empieza el día eterno que no tiene noche. Así después de haber vivido con la esperanza en la tierra, vuela feliz a la patria de la inmortalidad.

Vuelvo a encargaros, hijos míos, que vuestra más continua y más aplicada lectura sea la del Evangelio. Reunid en vuestro espíritu el compendio de su doctrina oficial, y veréis que sus máximas son las más proporcionadas a producir la paz, la concordia y la dulzura de la tierra, que su moral es el único que puede hacer felices a los hombres, y que cuando no hubiera otra vida, sería menester practicarle para ser dichosos en ésta.

Estudiad bien vuestra Religión, y procurad concebir y grabar en vuestro espíritu el magnífico plan con que la estableció Dios, y que él solo podía concebir para hacerse conocer de los hombres. Abrazadle en toda su grandeza y extensión en cuanto vuestra capacidad pueda alcanzar, y por poco que podáis entrever, admiraréis un edificio inmenso y grandioso, que se corresponde con la más armoniosa proporción en todas sus partes, y que es de una naturaleza muy superior a todas las concepciones humanas. Vos veréis que tan elevada y sublime claridad no puede descender más que del Padre de las luces.

La vista de un objeto tan divino os producirá la admiración más asombrosa, el respeto más profundo, y la más reverente adoración a su autor incomparable. Ella os abrasará el corazón de amor, viendo lo que un Dios ha hecho por los hombres; ella os hará estimar la dignidad augusta de cristianos; ella os inflamará en la dulce satisfacción y en la justa gratitud de haber sido escogidos para tan alto título; y ella os hará despreciar los bienes caducos de la tierra cuando los comparéis con los que aguardan en el cielo.

En fin, hijos míos, acordaos de mí para pedir a Dios que perdone mis largos desvaríos. Amaos mucho, amad a todos los hombres. Tened lástima de los débiles y de los malvados que se dejan gobernar por sus pasiones, y más de los ciegos voluntarios que cierran los ojos a las luces victoriosas de la fe. Huid de su compañía más que se huye de un castigo, a menos que no tengáis esperanza de hacerles ver la luz. Sed dulces, e indulgentes y afables con todos. Estimad la pobreza, socorred a los pobres, y no olvidéis jamás que vuestro padre no pudo ser feliz hasta que se arrojó en los brazos de la Religión.

Desde que mi amigo acabó de hablar, sus hijos se pusieron de rodillas, le besaron las manos, le prometieron que no olvidarían sus consejos, y que esperaban con el socorro del cielo observarlos con exactitud. Su padre enternecido los recibió en sus brazos, y les dijo que uno de sus mayores consuelos era morir con la idea de que dejaba en el mundo dos pedazos de su corazón, que serían un día dos adoradores eternos del Dios que habita en el empireo, y que presto nos veríamos todos reunidos en su divino seno.

Yo temí que este movimiento produjese una nueva conmoción, y procuré cortarla diciendo: Que yo respondía de mis jóvenes amigos, pero que no debíamos excitar más nuestra común sensibilidad, sino consolarnos todos con la idea de que se hacía la voluntad de Dios. Cuando yo decía esto entraron el Cura y el Médico. Mi Amigo les propuso se quedasen con nosotros todo el día. Ambos convinieron, y lo pasamos todos en conversaciones tiernas y edificantes. Mi amigo hizo discursos tan sublimes sobre la majestad del Cristianismo, y sobre la bondad de Dios, que nos encendían y arrebataban; pero nada podía igualar a la caudalosa elocuencia y al sublime entusiasmo con que nos hablaba de sus próximas esperanzas de ir a verle cara a cara, de gozar de sus perfecciones, y de alabar eternamente su misericordia.

Cuando llegó la hora de recogerse, el Cura y el Médico querían velar toda la noche. Mi Amigo no lo consintió, y en efecto no aparecía peligro; pero el Médico insistió, y fue preciso darle una cama en un cuarto inmediato. Yo le forcé a que se acostara, y llevé a mis dos discípulos para que hicieran lo mismo; pero yo que hacía acostar a los demás no quise hacerlo sin haber tomado las precauciones posibles. Así me quedé por allí cerca para ver si el enfermo necesitaba de algún socorro; pero viendo que ya eran las cuatro de la mañana, y que mi Amigo dormía con un sueño tranquilo y natural, me pareció ir a tomar algún reposo, dejando un criado en mi lugar.

Cuál fue mi sorpresa cuando hallé a mis dos discípulos, que yo creía acostados y dormidos, alrededor de una mesa que estaban escribiendo, y preguntándoles lo que hacían, me respondieron que no pudiendo dormir, se habían levantado para poner por escrito los consejos de su padre para no olvidarlos. Yo los abracé con ternura, y les dije que esta solicitud era un seguro garante de que los sabrían observar. En efecto, cada uno había escrito por su lado, y de las copias he formado el extracto que te he referido. Yo estaba tan turbado, tan fuera de mí, que no hubiera podido hacerlo por mí mismo.

CARTA VI

Con esta conversación, y con la confrontación de los dos escritos se nos pasó la noche, y aunque yo procuré persuadirles que entonces se fueran a acostar, Félix me dijo con semblante muy afligido: Pero, mi buen amigo, éste era el nombre que me daban, mi padre no nos ha hecho hasta ahora su santa bendición. ¿Cómo que no? le dije yo; no tienes más que leer tu propio escrito, y verás cómo implora a Dios para que os proteja y mantenga en su gracia. Sí, me respondió, pero esas eran oraciones que hacía por nosotros, y no bendición.

¿Qué entiendes por bendición? le pregunté yo; y él me respondió: Yo entiendo lo que todo el mundo entiende: que nosotros nos pongamos de rodillas, y que mi padre haga la Cruz sobre nosotros, diciéndonos: "Hijos míos, Dios os bendiga, y yo os bendigo en su nombre". Quise persuadirle que ya había dicho eso y mucho más; pero ni uno ni otro quedaron satisfechos, y por más que me esforzaba a persuadirles que ya todo estaba hecho, y que era inútil renovarle a su padre estos movimientos de sensibilidad, siempre me volvían a repetir: ¡Qué desconsuelo para toda nuestra vida ver que mi padre ha tenido tiempo y la voluntad de echarnos su bendición, y que nos hemos quedado sin ella!

Yo admiraba su buen natural, y hubiera querido darles satisfacción tan fácil; pero temía volver a despertar las vivas conmociones de su padre, y después de alguna meditación, les presenté este motivo con seriedad. Si esto puede ser perjudicial, dijo Félix, es preciso no pensar más en ello; pero es mucha desgracia, añadió suspirando que ayer que lo podía hacer sin inconveniente no lo haya hecho; en fin, no hablemos más. Yo vi que a pesar de todas mis persuasiones siempre les quedaba este escozor; así les dije: Hijos, id a acostaros por ahora, tomad algún reposo, y yo veré si esto puede ejecutarse sin riesgo de vuestro padre. Ellos se fueron a la cama, y yo daba gracias a Dios de verles sentimientos tan tiernos y tan cristianos.

Cuando supe que mi Amigo estaba despierto, fui a su cuarto, y ya encontré al Médico. Le hallamos muy tranquilo, y nos dijo que había pasado buena noche, que no sentía nada que le incomodase, que si no fuera por los insultos que le habían acometido, creyera que nunca había estado mejor; pero que aquellos parasismos eran indicios ciertos de su riesgo. Entonces le conté mi sorpresa de haber encontrado a sus hijos en medio de la noche fijando en el papel sus consejos para no olvidarlos, y le leí el escrito de cada uno.

Mi Amigo se enterneció admirando su feliz memoria, y pidió a Dios que cultivase tan buenas disposiciones. Viéndole en tan buen estado, le dije: Yo pudiera decirte otra cosa que

debiera consolarte más; pero temo la ternura de tu sensible corazón, que debe estar fatigado con tan repetidas conmociones. El me protestó que del modo que se sentía, no había que temer, y que todo lo que podía decirle sólo podría hacerle levantar su corazón a Dios para darle nuevas gracias. Al fin le conté nuestra conversación, y el desconsuelo de sus hijos, porque no les había dado la última bendición, haciendo la señal de la Cruz sobre ellos.

El candor y la simplicidad de la inocencia de sus hijos hizo sonreir a mi amigo; pero al instante y con un ardor presuroso me dijo: Mariano, es menester satisfacerlos. Anda y traémelos presto. Mi mano repetirá lo que mi corazón ha hecho tantas veces. El Médico se opuso con la razón de que éste sería un nuevo motivo de agitarle, y que tantas y tan violentas sacudidas podían degenerar en convulsiones. Yo era del mismo parecer; pero mi Amigo insistió diciendo que él sabría moderarse, y que sería muy inhumano dejar a sus hijos privados de tan fácil consuelo, cuando ellos ponían en esto tanta importancia.

Al fin nos rendimos; pero yo dije que era menester esperar a que despertasen, que no habían dormido toda la noche, y quedó así resuelto. Mi Amigo se vistió, se puso en su asiento ordinario, y poco después llegó nuestro vigilante Cura, que se consoló mucho viéndole en tan buen estado. Yo confieso que a pesar de lo que me había dicho el Médico, y de lo que yo mismo había visto, no dejaba de tener también una cierta esperanza secreta. Me parecía que Dios querría quizá dejarle todavía algún tiempo en la tierra para el bien de sus hijos, el de aquel Pueblo y el consuelo de todos.

Mi Amigo no nos hablaba más que de sus esperanzas, que siempre creía muy inmediatas, de la grandeza de Dios, de la extensión de sus misericordias, y de la felicidad de que gozan los Bienaventurados con su vista, y se explicaba con tanto ardor, con un entusiasmo tan noble y fervoroso que nos parecía un hombre iluminado. Había muchos días que mi Amigo no hablaba otra cosa que del cielo, y de lo que podía alimentar el fuego de sus esperanzas, y siempre con ardor, viveza y dignidad; pero en aquel momento parecía excederse a sí mismo, y estar penetrado de un espíritu divino que le inflamaba, y le sacaba de la esfera de lo humano.

Era un torrente caudaloso de la majestuosa elocuencia en que corrían con fuerza y dignidad las saludables aguas de las delicias celestiales, y como si las dirigiera un impulso de orden superior, penetraba nuestras almas del ardor sobrenatural que conducían. Parecía que hacía transformar nuestras inteligencias en substancias más elevadas, y que

hacía circular en nuestras venas algunas emanaciones de la vida divina.

Todo había tomado en él un carácter, una grandeza, una actividad que parecían exceder las facultades humanas. Su tono, sus miradas, su gesto, la rapidez y la majestad de sus palabras, en fin todo lo que salía de su alma se nos presentaba con un aspecto sobrenatural. No nos atrevíamos a respirar para no perder nada. Nosotros le escuchábamos absortos y embriagados, y como si quisiéramos introducir en nuestros corazones toda el alma de este hombre incomparable para que se comunicase con la nuestra.

Al oirle discursos tan altos y sublimes pronunciados con tanta facilidad, y animados con tan enérgica expresión, se podía imaginar que ya casi bebía en el seno mismo de la soberana verdad la doctrina de la santa Religión y su fuerza; y que cuando nos hablaba de la felicidad de los Bienaventurados, ya tenía en su interior la vista de su gloria, y que ya brillaba a sus ojos toda la inmensidad de sus eternos resplandores.

Pero cuando escuchábamos atónitos y enardecidos discursos tan sublimes, se me avisó que Félix y Paulino estaban ya vestidos. Su padre me pidió que los hiciese venir, y yo salí a conducirlos. El Cura me ha contado después que mi Amigo al instante fijó la vista en un crucifijo que tenía enfrente, y que se quedó algún tiempo profundamente recogido; pero cuando sintió que sus hijos se acercaban, se incorporó en su asiento, que le pareció que su alma estaba llena de Dios y que sus ojos resplandecían con luces sobrenaturales y celestes. Mil veces me ha repetido que esta transformación fue tan sensible que le inspiró un sentimiento de veneración y asombro, y que no pudo sacudirse de una especie de terror sagrado y religioso.

Desde que vio a sus hijos, se adelantó para recibirlos en sus brazos, y con una mezcla de dignidad y de amor que no se puede describir, les dijo con un acento blando y afectuoso: Venid, hijos míos; venid hijos tiernos de mi corazón: que nuestros Angeles nos asistan, que nuestros celestiales Abogados nos ayuden, que la grande Madre de los cristianos sea nuestra protectora en este lance, y que todos los Bienaventurados intercedan para que el Dios de las misericordias escuche desde la altura de su trono la indigna voz de un padre penitente, que le pide por última gracia el que se digne de acompañar con su bendición la que va a dar a sus humildes y respetuosos hijos.

Entonces éstos se arrojaron a sus pies; mi amigo levanta los brazos al cielo, y nosotros sorprendidos de la solemnidad que daba a esta ceremonia, arrebatados con el tono inflamado de su voz, y con la elevada dignidad que daba a un acto tan tierno la circunspecta majestad de la Religión, por un movimiento involuntario nos pusimos también de rodillas. Yo sentí que se me erizaban los cabellos, que la sangre corría con ímpetu por mis venas, y al mismo tiemo noté una sensación extraordinaria de espíritu. No podía saciarme de ver en aquel momento un mortal tan superior a todos los demás, y aun a sí mismo; me figuraba verle como cercado de una luz celestial. Sus ecos resonaban en mi corazón, y le penetraban de una especie de culto. Me parecía que el espíritu de Dios estaba entre nosotros, y que inflamaba nuestras almas; en fin que estábamos fuera de la tierra, y en una esfera superior que nos acercaba a las mansiones celestiales.

Mi Amigo levantando los ojos, y con aquella reverente unción que acompaña al ruego religioso dijo: Dios de las misericordias, Dios que con una bondad infatigable a pesar de mis largos errores te has dignado de vencer a mi perverso corazón hasta volverle al seno de tu Iglesia; tú que le has alumbrado con tus santas verdades, que le has hecho participar de tus divinos dones, y le haces morir en los brazos de tu religión con el consuelo de la esperanza cristiana, ¿cómo no recibirás propicio dos jóvenes corazones que por una consecuencia de las misericordias que has usado conmigo, están instruidos de la verdad de tu fe, y desean vivir en el culto que nos has revelado, y que es el único digno de tu santidad?

Yo te presento, Señor, estos dos discípulos de tu Cristo, que le reconocen por su Dios, que desean seguir su divina Ley, y conformar su vida con las santas máximas de su Evangelio. Yo imploro este mismo Mediador que nos diste para que nuestra bajeza pueda subir con él hasta la altura de tu gloria. Yo interpelo a este Pontífice sagrado que nos constituyó tu bondad, para que puedan serte aceptables nuestros ruegos, a fin de que lleve los míos a tu anaccesible trono, y que por sus méritos infinitos derrames sobre ellos todas las bendiciones de tu gracia.

Protégelos, Señor, socórrelos con tus luces, hazlos fuertes con tu fuerza, y santos con tu santidad; que jamás se separen de tu santa esposa, de nuestra madre la Iglesia, que tú estableciste con tu sangre, que jamás se desvíen de tu Ley. Conservadlos, señor, en su inocencia para que cuando llegue el día que les tienes señalado, vengan a cantar tu gloria en la misma mansión que tu misericordia concederá a mi arrepentimiento. Y entre tanto, Dios mío, si el que vive

contigo puede descender a la tierra, yo los rodearé con mi espíritu, yo volaré sobre ellos para que ninguna criatura ni prosperidad humana los distraiga un instante del incesante amor que te deben; a lo menos, Señor, te pediré sin interrupción que los socorras con los auxilios de tu gracia.

Ahora, Señor, ahora, Padre que estás en los cielos, dígnate de abrir tu seno paternal, y acoger en tu infinito abismo de misericordia el último oficio que un padre mortal puede dar a dos hijos que le confió tu providencia. Hijos, usando de todos los derechos que me dio el cielo, cuando me dio la calidad de vuestro padre, y con todo el amor que debo a vuestros tiernos y cristianos deseos, escuchad la bendición que voy a daros en nombre de nuestro Dios, y de su individua y adorable Trinidad; y haciendo una cruz sobre cada uno, añadió: Félix, yo te bendigo; Paulino, yo te bendigo; y el Dios de las misericordias que nos ve y escucha el gemido de nuestros corazones, derrame las suyas sobre todos nosotros.

Todos estábamos inundados en llanto y mi Amigo también; pero fue menester dejar que le abrazasen sus hijos, que colgados de su cuello le daban gracias con una ternura que derretía nuestros corazones. En fin después de haber dado algún tiempo al desahogo de todos, le procuramos sosegar diciendo que ya no debíamos tratar de las cosas de la tierra, sino poner nuestra conversación en el cielo. Yo, para evitar todo motivo de nueva agitación, propuse alguna lectura, y mi Amigo me pidió que leyese otra vez un discurso que habíamos leido poco antes sobre la alegría que hay en el cielo por la conversión de un pecador.

Ocho días más vivio con nosotros este hombre extraordinario, dándonos siempre nuevas instrucciones y excelentes ejemplos. Jamás se desmintieron ni su moderación ni su paciencia; jamás le hicieron ilusión nuestras esperanzas, y cuando nos queríamos lisonjear con el retardo de un ataque nuevo, se sonreía como burlándose de nuestras conjeturas. No creo que sea posible caminar a la muerte con tanta alegría; pero en fin Dios quiso premiar su virtud y corresponder a su confianza.

Una noche que todos dormíamos, un criado que le velaba nos vino a advertir que el insulto le había repetido. Yo volé con sus hijos; pero ya le encontramos sin sentido. Hice llamar al Médico y al cura. Todos esperábamos que este parasismo pasara como los otros, y aun el Médico hizo preparar una bebida; pero nuestra aflicción creció cuando vimos que este letargo duraba más que ninguno.

Al fin después de más de cinco horas, abrió los ojos. Félix corrió con la bebida preparada, pero él con un semblante risueño le dijo: Hijo mío, ya no necesito más que de Dios. Tendió la vista por todos lados, y viendo a los que estábamos alrededor, nos dijo: Amigos, Dios me llama; rogad por mí. Besó el crucifijo que tenía en la mano, le puso sobre el pecho, le estrechó entre sus brazos y volvió a caer en su letargo.

Nosotros esperábamos que pudiese recobrar el sentido pero, ¡ay! aquél era el último, pues el Médico que se acercó a observarle nos dijo algún tiempo después que ya estaba en la presencia de Dios. Todos nos consternamos con declaración tan terrible, como si no estuviéramos preparados. Volamos a él, y ya le vimos sin señal de vida. Nos pusimos de rodillas por uno y otro lado de su lecho, y besándole con reverencia las dos manos, las inundamos con nuestro tierno llanto. El Cura alzando los ojos y la voz exclamó: Mortal querido de Dios, vaso grande de misericordia, si ya estás como piadosamente creo, en el seno de su bondad Divina, no te olvides de los infelices mortales que habitan todavía en esta tierra desdichada.

Sus dos hijos y los demás criados no podían contener el ímpetu de sus congojas y sollozos, y con sus angustias y alaridos gritaban al cielo: ¡O Dios de bondad! recibe favorable en tu piadoso seno al mejor y más amable de los padres, al más dulce y más justo de los amos, al más benéfico de los hombres, y a una viva imagen tuya en la tierra. Yo creí que era prudente dejar desahogar algunos instantes a tantos afligidos corazones; pero deseando calmar tanta agitación, y que se diese lugar a la resignación y constancia de cristianos, pedí al Cura y al Médico que llevasen los hijos a nuestro cuarto, y los procurasen consolar, mientras yo daba las órdenes necesarias.

Antonio, yo no emprenderé contarte ni lo que pasó en la dolorosa función de su entierro, ni la pena y las lágrimas de aquel pueblo que le debía su instrucción y su felicidad; sólo te diré que aunque mi Amigo había mandado que se le enterrase en el cementerio como a todos, sin distinción alguna, sus hijos quisieron absolutamente que las cenizas de su padre se depositasen separadas; y para conciliar la modestia del difunto con el justo deseo del amor filial, el Cura y yo consentimos en que se pusiese en una caja de plomo, y que ésta se colocase en la capilla, rústicamente revestida de cal y piedra, y sin más inscripción que ésta: *A su Padre - Félix y Paulino.*

CARTA VI

Tampoco te referiré los muchos y extraordinarios actos de virtudes públicas y privadas de que a su pesar fuimos testigos, y de otros que con este motivo se han publicado, y que ignorábamos nosotros mismos. Se pudiera hacer un volumen, y yo no puedo más. Demasiado ha refrescado mi corazón sus llagas dolorosas. La poderosa mano del tiempo no bastará para curarlas, y sólo puede hacerlo la omnipotente mano de un Dios consolador. Adiós, Antonio mío, adiós.

APENDICE :

UNA ADICION CENSURADA.

En el manuscriro de **El Evangelio en triunfo** que se conserva en la Biblioteca municipal de La Carolina (Jaen), se encuentran nueve folios que llevan el título de *Adición al fol. 8 Carta 39. Al número uno*, y parecen haber sido escritos de la propia mano de Olavide.

Una parte de este texto -la que empieza después del párrafo consagrado al valor educativo de los juegos y acaba con la afirmación de que "al mismo tiempo distraen de la taberna y otros vicios y aumenta la agilidad y las fuerzas" (p. 229 de la edición de Madrid de 1799, y 126 de la presente)- no ha sido publicado, sin duda por el carácter demasiado "ilustrado" que presentaba, aunque no aparece ninguna anotación de los censores.

Damos a continuación este fragmento que ya transcribimos en nuestra tesis de tercer ciclo, **Recherches sur 'El Evangelio en triunfo' de Pablo de Olavide**, Paris-Sorbonne, 1966, p. 201 - 204. Vienen entre corchetes las palabras tachadas y que son todas del propio Olavide o del que copió el texto bajo dictado. Se podrá comprobar por el cotejo con el texto publicado en qué medida ha sido modificado el propósito inicial de Olavide, incluso si se conservaron algunas frases que fueron reutilizadas en otro contexto.

***

Piensa también que para divertir y ocupar la juventud con decencia convendría establecer un Baile público, que por lo mismo de ser público y de que asistirán los Ancianos y Magistrados no pueda [ser peligroso] dejar de ser decente y le parece que con las reglas que se van a explicar, lejos de producir malos efectos debe producirlos buenos. Ya se está construyendo en la misma Alameda en continuación del lugar un Porche cubierto que se destina a los mercados, para que se tenga éstos al abrigo del sol y de la lluvia. Pero como los mercados no son más que por la mañana, y como el porche es muy espacioso y abierto por todo su contorno, ofrece un lugar muy adecuado para que se tenga en él por las tardes el baile público de que se habla.

La Sociedad piensa que [xx] todo buen Gobierno [xx] por una política bien entendida [que] debe también en general [que] sea posible hacerles agradables el país [en] que habitan para destruir el espíritu de vagancia y excitar los estímulos de la aplicación [y trabajo]. Que después de haber dado la semana al trabajo y las mañanas de los días de fiesta a la Religión, es justo que las gentes encuentren diversiones sencillas y desahogos inocentes. Que esto interrumpe la continua fatiga y da nuevo aliento para volver a comenzar. Que esto les hace amar el país en que viven y no piensan en abandonarlo. Que los que no pueden conocerse en lo demás del tiempo, porque cada uno está en sus trabajos, se conocen en estas ocasiones y se forma un espíritu de fraternidad que [por una parte] es el principio de la caridad cristiana y [por otra] es absolutamente necesaria para producir la dulzura y amenidad del trato.

[Piensa en fin que estas ocasiones dan] Gobernada por estos principios [no] y deseosa de evitar mayores inconvenientes, le parece que sería muy útil establecer que después que se acaben por la tarde los oficios de la Iglesia que han de salir todos juntos y dirigirse [con la musica] al Porche precedidos de la Música de los Miembros de la Sociedad que serán nombrados para presidir al Baile y cuidar de que todo se haga con orden y decencia. Estos [cuidarán que] harán que los hombres ocupen una mitad y las Mujeres otra. Las madres estarán con sus hijas. Los Miembros de la Sociedad darán el orden de empezar y cuando anochezca el de acabar y que cada familia se retire a su casa.

Parece que un baile tenido con esta publicidad y separación alumbrado por la luz del día, autorizado con la [vista] presencia de los Magistrados y a la vista de los Padres y de las Madres no puede tener ningún riesgo; pero es cierto que puede producir muchos bienes. En primer lugar se ocupa la juventud de uno y otro sexo en momentos que por razón de la inaccion forzada son los más peligrosos. se les ocupa en

ejercicios de su gusto, y conformes al instinto de la naturaleza que en aquella edad no [se contenta sino con] apetece más que diversiones que exigen [el] movimiento, y se les distrae de otras ocupaciones más secretas y peligrosas. ¡Cuántos mozos y hombres dejarán de ir a la taberna, de embriagarse y tener tantas discordias, quimeras, y aun heridas, como se experimentan los días de fiesta!

Por otra parte esta reunión, este espectáculo recíproco obligará a todos los Asistentes en especial a los jóvenes de uno y otro sexo a asearse y aliñarse para presentarse con mayor decencia; y este cuidado de limpieza, que es tan útil para la salud del cuerpo, influye mucho para suavizar la aspereza del comercio, y afinar la natural rusticidad y grosería de los que tratan poco con las gentes. Al mismo tiempo les inspira el deseo de parecer bien; [xx] para esto procurarán vestirse con alguna distinción en su esfera y este deseo de vestirse con alguna distinción es el primero y el más vivo estímulo que los excita al trabajo, pues él sólo les puede dar los medios de obtenerlo.

En estas ocasiones los jóvenes se conocen más particularmente. Allí se forman las inclinaciones secretas, las preferencias con que los Mozos empiezan unas solicitudes honestas que se terminan por honrados y bien apareados casamientos; y todo esto produce en los ánimos un sentimiento común de benevolencia, cortesía, y atención que se derrama en todos, que se hace general, y de que resulta lo que se llama urbanidad. Calidad necesaria para que una Sociedad de hombres pueda vivir con dulzura y atención recíproca, y calidad que no pueden tener los hombres groseros, que cubiertos de crasa se esconden en sus andrajos y viven separados unos de otros como los osos en sus cuevas.

INDICE

Página

Introducción..... 5

Bibliografía..... 33

CARTAS DE MARIANO A ANTONIO

Carta I..... 39

Carta II..... 71

Carta III..... 105

Carta IV..... 139

Carta V..... 161

Carta VI..... 191

Apéndice 231

Achevé d'Imprimer
sur les Presses de
l'Imprimerie l'IMAGINE
en Février 1988

Dépôt légal - 1er Trimestre 1988

ISBN - N° 2 - 85399-178-4